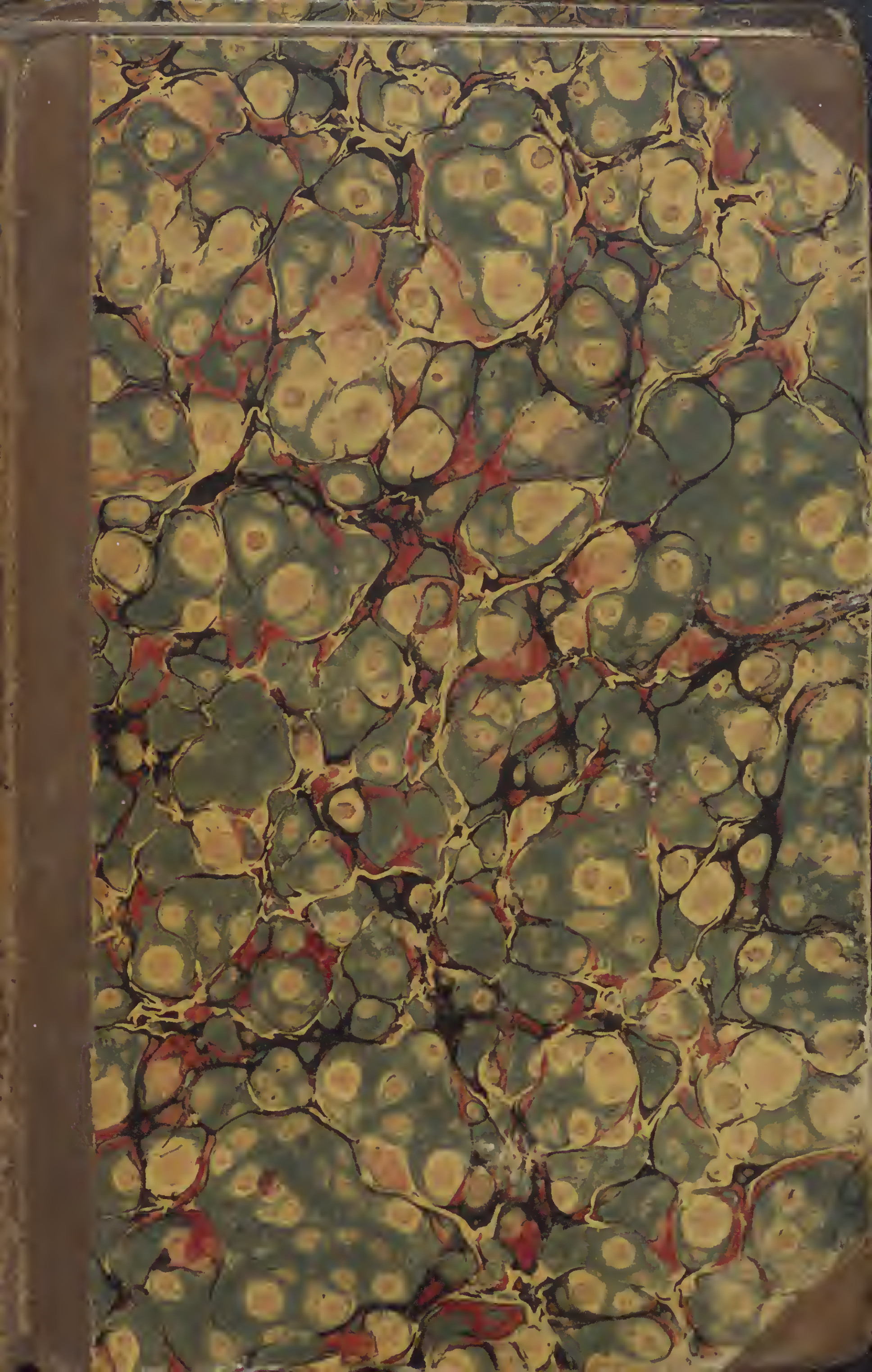
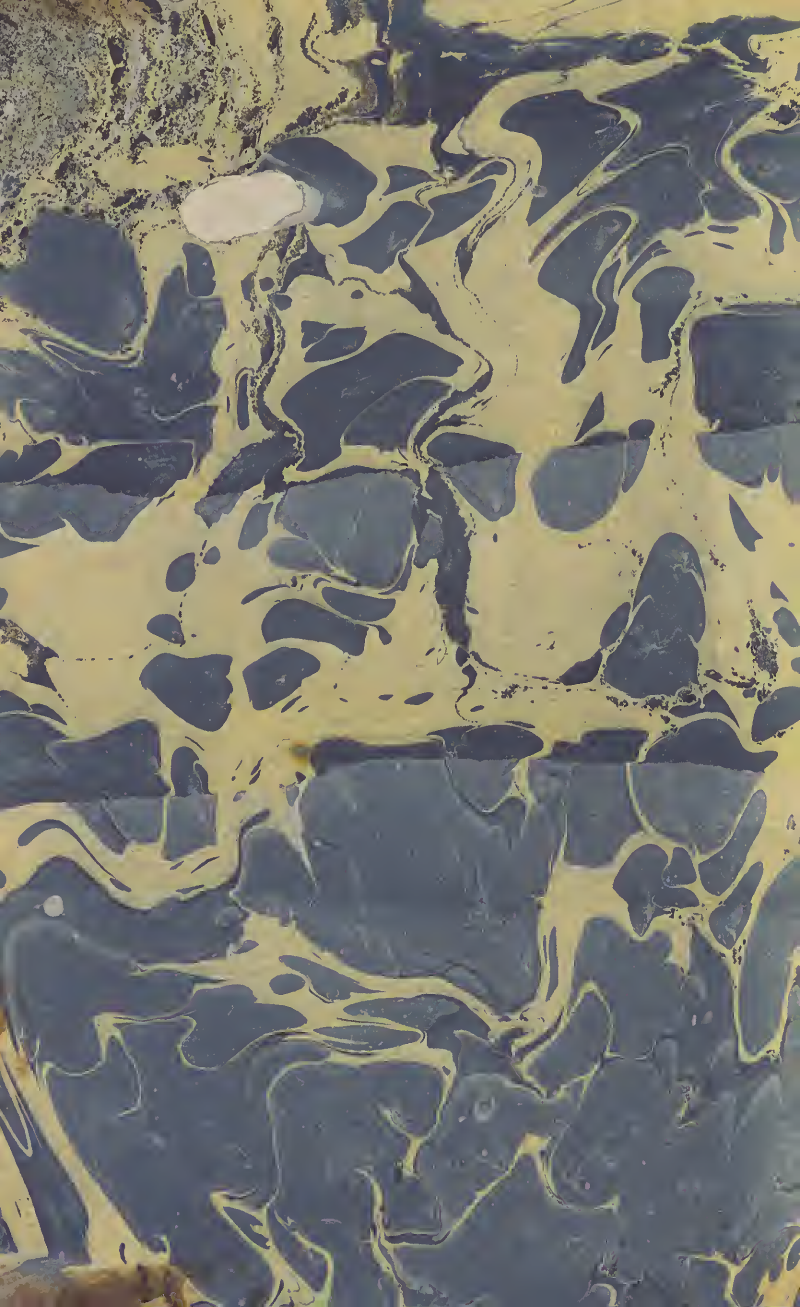
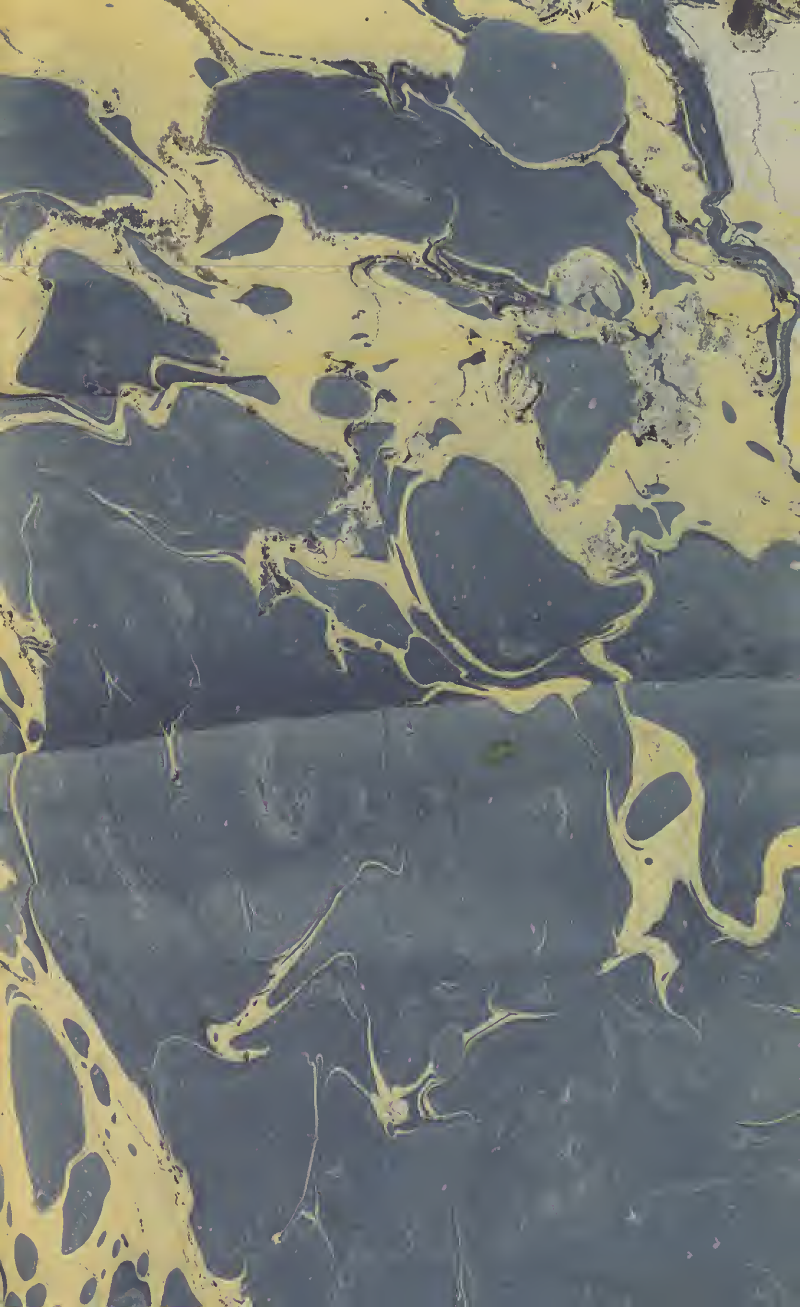






Sub 250
p - 70

[illegible] Co.

[illegible]

# TEATRO ESCOGIDO

DE

# FRAY GABRIEL TELLEZ,

CONOCIDO CON EL NOMBRE DE

## EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA.

---

TOMO XII,

QUE CONTIENE UN APENDICE A LA OBRA.

---

MADRID:
EN LA IMPRENTA DE YENES,
CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

1842.

# APENDICE.

## COMEDIAS ABREVIADAS.

Y

## FRAGMENTOS.

# COMEDIAS ABREVIADAS.

## ADVERTENCIA.

En el prólogo de esta coleccion ofrecí que constaria de treinta y seis comedias: razones de peso, posteriormente consideradas, me han obligado á rebajar tres piezas de aquel número. Las que habian de formar el tomo que resulta de menos por esta supresion, eran: *El Burlador de Sevilla*, *Quien no cae no se levanta*, y *Tanto es lo de mas como lo de menos*. Queria publicar la del *Burlador de Sevilla*, por ser la obra dramática en que apareció por primera vez la prodigiosa leyenda y singular figura de don Juan Tenorio, que han sido trasladadas á todos los teatros de Europa, y que despues de haber

dado ocupacion á las plumas de Molière, Tomas Corneille y Goldoni, aun en nuestros dias han inspirado á Byron y á Dumas. Pero este drama, quiza el que mas celebridad ha dado á su autor fuera de España, es uno de los que Tellez escribió con menos vigor y valentía, de los mas irregulares, desaliñados y sucios, de los peores de su teatro. El mismo personage de don Juan es débil, y no tiene mas mérito que su originalidad, la cual no es invencion de Tellez, sino que pertenece á la historia, tradicion ó cuento que Fray Gabriel hizo popular, poniéndola en accion y haciéndola ver en las tablas. La comedia que escribió Zamora sobre el mismo asunto, y que se le aventaja mucho en interés, artificio y pintura de caractéres y costumbres, hizo olvidar la de Tellez en España, y el suyo es el Convidado de Piedra único de que nuestro público tiene noticia: es la mejor de las dos obras, y por consiguiente la que se preferiria tambien para la lectura.

No sucede lo mismo con la de *Tanto es lo de mas como lo de menos*, refundida por un antiguo Ingenio de esta Corte con el título de: *La virtud consiste en medio, Pródigo y Rico Avariento*, comedia que aun se ha representado en Madrid el año 1839. Lo bueno que hay en ella es lo que el refundidor dejó intacto: pero siendo mi ánimo presentarla como por modelo del drama parabólico, y habiendo reimpreso ya la de *El Condenado por desconfiado*, que es una parábola de otra especie, me pareció que bastaba con ella, principalmente cuando los lectores habian de echar de menos al fin de la primera un análisis como el que ha escrito el señor don Agustin Duran para la segunda.

En cuanto á *Quien no cae no se levanta*, siempre me pareció que hasta la mitad del acto segundo era la comedia mejor escrita y la mas licenciosa de Tellez, y que de alli adelante, todo lo que seria moralmente bueno, valia literariamente muy poco;

por cuya razon dudé siempre que bajo ningun concepto conviniera reimprimirla toda.

Sin embargo, como de estas tres composiciones, la una es un fenómeno literario curioso, y las otras dos son harto notables por la ejecucion y por el pensamiento, no he querido limitarme á copiar de ellas algun que otro pasage, sino que he escogido todos los suficientes para comprender la accion completa, poniendo ademas una relacion breve en lugar de cada trozo suprimido, cuando este es de una estension razonable.

A continuacion de estas COMEDIAS ABREVIADAS, en las que no obstante jamas he alterado ni una palabra en el testo para enlazar un pasage con otro, incluyo en este APÉNDICE varios FRAGMENTOS mas cortos, aunque no de inferior mérito, y doy por último una ligera nota sobre el argumento de todos los dramas de Tellez escluidos de la coleccion. Bien hubiera querido adornar este volumen con el retrato del autor; pero han sido vanas mis diligencias y las de mis amigos para encontrarlo. En desquite va un facsímile de su letra, copiado de una nota original puesta por él mismo á la *Tercera parte de Santa Juana*, que posee manuscrita el Excmo. señor duque de Osuna. Aun en aquellos pocos renglones escritos de la mano de Tellez, y bajo el aspecto de una fórmula rutinaria, se ve el espíritu malicioso del poeta, y se descubre el rasgo distintivo de su caracter.

¡Ojalá que hallen los jóvenes, á quienes principalmente dedico esta obra, tanto placer en su lectura, como yo he tenido en ofrecérsela! No há mucho tiempo que era inútil querer estudiar á nuestros escritores dramáticos mas distinguidos, porque las obras de alguno, como Alarcon y Tellez, no se hallaban sino en las bibliotecas; y los libros de estudio se necesitan en casa. Comedia hay en esta coleccion, y no es una sola, que para adquirirla entonces, me fue absolutamente preciso copiarla de

mi mano: la idea de que todo español amante del teatro nacional puede economizar ahora el tiempo que yo he desperdiciado, basta para recompensarme de mi fatiga.

*Juan Eugenio Hartzenbusch.*

# TANTO ES LO DE MAS
# COMO LO DE MENOS.

COMEDIA.

PERSONAS.

NINEUCIO.
LIBERIO.
LAZARO.
FELICIA, *dama.*
CLEMENTE, *viejo.*
MODESTO.
GULIN, *lacayo.*
ABRAHAN.
DINA.
SIMON.
DIODORO.
NISIRO.
TORBISCO, *pastor.*
LAURETA, *pastora.*
NICANDRO.
FLORA, *dama.*
TAIDA, *dama.*
GARBON, *pastor.*
POBRES.
CAPEADORES.
MUSICOS.
CRIADOS.
PASTORES.

*La escena es en Palestina y en Egipto.*

## ACTO PRIMERO.

Casa de Felicia en Jerusalen.

*Salen* NINEUCIO, LIBERIO *y* LÁZARO.

NINEUCIO.

En fin, ¿en mi competencia
amais los dos á Felicia?

LIBERIO.

No siempre guarda justicia
el juez que ciego sentencia;
y siendo ciego el amor,
cuando te venga á escoger
Felicia por ser muger,
vendrá á escoger lo peor.

NINEUCIO.

No imagines que me afrento
de tu loca mocedad;
que yerra tu voluntad,
pero no tu entendimiento;
que este, por torpe que sea,
confesará, aúnque forzado,
que no hay hombre afortunado,
que el bien que gozo, posea.
No hay caudal ni posesion,
que en Palestina pretenda
ser réditos de mi hacienda;
casi mis vasallos son
cuantos en Jerusalen
saben mis bienes inmensos:
sus casas me pagan censos,
sus posesiones tambien.
Desde el Nilo hasta el Jordan
Ceres me rinde tributo;
cada año á Baco disfruto
desde Bersabé hasta Dan.
A la arismética afrenta
la suma de mi tesoro,
pues entre mi plata y oro
se halla alcanzada de cuenta.
De suerte el planeta real
con diamantes me enriquece
y esmeraldas, que parece
que traigo el sol á jornal.
Las ondas del mar, si á verlas
llego, son tán liberales,
que en nácares y en corales
me ofrecen púrpura y perlas.
Mi mesa es la cifra y suma
donde el gusto no preserva

desde el árbol á la yerba,
desde la escama á la pluma.
Y á tal gloria me provoco,
que conforme á lo que escucho,
para rey me sobra mucho,
para Dios me falta poco.
Si de esto teneis noticia,
¿no será temeridad,
viendo mi felicidad,
que pretendais á Felicia?

LIBERIO.

Ponderativo has estado.
Rico y poderoso eres;
mas no es razon que exageres
con tal soberbia tu estado.
Arrogante á Dios te igualas,
y á nadie te comunicas;
caudaloso te publicas,
y á tí solo te regalas.
El bien es comunicable;
Dios es bien universal;
tú para tí liberal,
para todos miserable.
Podremos sacar de aquí
(aunque te injuries) los dos,
que no es bueno para Dios
quien es todo para sí.
Yo en las riquezas no fundo
la pretension de mi amor;
que en fin soy hijo menor,
pues me hizo el cielo segundo:
en las partes personales
con que me aventajo, sí:
de ilustre sangre nací;
dotes tengo naturales.
Juventud y gentileza
es el tesoro mayor
para los gustos de amor,
cuyo objeto es la belleza.
En esta felicidad
hallarás tus desengaños:
no quita el oro los años

que ya han mediado tu edad.
Ya en la tela de tu vida
teje la vejez ingrata
hilos de peinada plata,
que traen la muerte escondida.
Disforme estás para amante;
que la gula corpulenta,
en fé que en tí se aposenta,
te hizo su semejante.
Procura desvanecer
el fuego que te estimula,
y pues adoras la gula,
no busques otra muger.

NINEUCIO.

Eres loco, y te desprecio.
(*A Lázaro.*)
Solo, sobrino, de tí
me admiro, por ver que así
intentes, como este necio,
haciéndome oposicion,
desacreditar la fama
que sabio y cuerdo te llama.

LÁZARO.

Sobrárate la razon,
si estribara la esperanza
que en Felicia tengo puesta,
en la riqueza molesta
que es tu bienaventuranza.
Menos rico que tú soy,
aunque con bastante hacienda
para que esposa pretenda
á quien inclinado estoy.
Entre sabios é indiscretos
Dios sus dones repartió;
ingenio á los sabios dió,
y hacienda á los imperfetos.
Que si, para tu desprecio,
la sabia naturaleza
reparte hacienda y riqueza
á la medida del necio,
de estos dos diversos modos
la cuenta podrás hacer,

qué tan necio vendrá á ser
el que es mas rico de todos.

NINEUCIO.

Consuélete esa opinion;
que no por eso me agravio:
tan rico fue como sabio
Job, David y Salomon.
No es bien que por eso cobre
desestima de mi estado:
siempre el rico es murmurado,
y desvergonzado el pobre.
Llamados hemos venido
por Felicia todos tres;
si es hermosa, discreta es;
escoger quiere marido;
al mas digno ha de nombrar
por esposo, de nosotros:
esta es: ¡pobres de vosotros!
¡cuáles os he de dejar!

---

*Sale* FELICIA.

FELICIA.

Reconocida al amor
que todos tres me mostrais,
si yo tuviera tres almas
en tres cuerpos, que lograr
entre sugetos tan nobles,
diera en amorosa paz
fin á vuestra competencia,
y á mi sangre calidad.
Mas siendo vosotros tres,
y una sola la que amais,
fuerza es que entre vuestro amor
viva mi eleccion neutral.
Reconozco de Liberio
que es ilustre, que es galan,
que es discreto, que es hermoso,
que es cortés, que es liberal;
y cuando voy á elegir,

hallo que alegando está
Lázaro merecimientos
de valor y estima igual.
Considérole apacible,
virtüoso y principal,
bienhechor de sus vecinos,
amado en esta ciudad.
Bien pudieran tantas partes
reducir mi libertad,
si no le contrapusiera
Nineucio, prosperidad
de este siglo, mayorazgo
de la fortuna, caudal
del contento y la riqueza,
que en él colmados estan.
*(A Liberio.)*
En fin, halla en vos el gusto
gentileza y mocedad;
*(A Lázaro.)*
en vos prudencia y virtud;
*(A Nineucio.)*
y en vos halla autoridad
y riqueza el interés:
colegid ¡cuál estará
quien ha de escoger al uno,
y perder á los demas!
Pero pues ha de ser fuerza,
y Felicia me llamais,
la inclinacion determino
con el nombre conformar.
Felicia soy: solamente
aquel mi dueño será,
que poseyere en su estado
la humana felicidad.
Vos, Liberio, mientras vive
vuestro padre, y á él estais
sujeto, hijo de familias,
tasándoos la cortedad
de su vejez alimentos;
mal os podreis alabar
de ser feliz, pues consiste
el serlo en la libertad.

Juventud y bizarría
son venturas al quitar,
que ó el tiempo las tiraniza,
ó postra la enfermedad.
En espera sois dichoso;
martirio es el esperar;
dichas presentes procuro:
pues que tardan, perdonad.
Y vos, Lázaro, tambien;
que puesto que sea verdad
que os den fama las virtudes,
que piadoso ejercitais,
ya remediando pobrezas,
componiendo pleitos ya;
entre tanto que adquirís,
á costa de la mortal,
la felicidad eterna
á que piadoso aspirais,
disipando vuestra hacienda,
y faltándoos el caudal,
fuerza es, casando con vos,
que tambien falte la paz.
En la casa de Nineucio
no halló la necesidad
puerta franca, ni hasta ahora
ha entrado en ella el pesar.
La abundancia es quien la habita,
y hasta ella corriendo van
los deleites como rios,
por ser Nineucio su mar.
Llámale *Rico Avariento*
la murmuracion vulgar,
porque con ellos no gasta
los bienes que Dios le da.
Miente el vulgo; que el avaro,
solo por acrecentar
riqueza á riqueza, es
verdugo de sí mortal.
Cuando mas rico, es mas pobre;
no come por no gastar:
en la casa de Nineucio,
desde el retrete al zaguan,

toda huele á ostentacion,
toda sabe á magestad.
Sus paredes cubren telas;
sus artesones estan
compitiendo en sus labores
con la esfera celestial.
Viso delicado viste,
arrastra púrpura real;
sobre blandas plumas duerme;
en carrozas fuera va.
Luego no será avariento
quien consigo liberal
no malogra sus riquezas
y bienes con los demas.
Si es Nineucio, pues, tan rico...
Discretos sois; sentenciad
el pleito de vuestro amor;
que entre tanto que envidiais
mi eleccion y su poder,
él y yo con yugo igual
al triunfo de amor unidos,
consagraremos su altar.
(*Da la mano á Nineucio.*)

NINEUCIO.

Consolaos el uno al otro,
y uno de otro me vengad.
Rico soy: Felicia es mia;
cuerdos sereis si sacais,
en mi abono y vuestra afrenta,
que aunque el bien partido está
en honesto y deleitable,
no hay bien sin utilidad.

—

Retíranse Nineucio y Felicia; Liberio y Lázaro, en dos sonetos muy diferentes de la bellísima versificacion que precede y sigue, manifiestan sus afectos respecto á la dama perdida. Liberio la desprecia y maldice. Lázaro le agradece su desden, y consagra su amor á Dios. (*Vanse.*)

Sala de casa de Clemente, en Jerusalen.

---

*Salen* MODESTO *y* CLEMENTE.

Modesto, hijo mayor de Clemente, se queja á su padre de que permita las liviandades de Liberio. Cuando el padre disculpa las imprudencias del hijo, atribuyéndolas á efecto de la poca edad y comparándole á un rio que se desborda, sorprenden ambos al criado Gulin, que por mandado de Liberio, le llevaba una porcion de joyas y dinero que aquel habia robado á Clemente la noche antes, y ahora iba á jugarlas. Llega en esto Liberio, encolerizado.

CLEMENTE.

Mal, Liberio, te aprovechas
del amor con que te trato:
á Dios y á tu padre ingrato,
consejos cuerdos desechas,
y haciendo ya mis sospechas
verdades, porque te adoro,
osas perderme el decoro,
y eres, por vivir sin rienda,
ladron de tu misma hacienda,
pirata de tu tesoro.
Aun si en nobles ejercicios
mozo la desperdiciaras,
ó amigos con él ganaras
en la adversidad propicios,
colorearas los vicios
con que darme muerte quieres;
pero ¡en juegos y mugeres,
peste de la juventud,
hospital de la salud,
del infierno mercaderes....!

¡Ay de tí! que al mismo paso
que á engaños vicios enlazas,
tu perdicion misma abrazas,
corriendo ciego á tu ocaso.
De tu edad verde haz mas caso;
que el que en torpezas livianas
gasta las flores tempranas
de su juventud florida,
plazos acorta á su vida,
y al tiempo adelanta canas.

LIBERIO.

¡No ha estado malo el sermon
para el humor con que vengo!
¿Sabio David en tí tengo
cuando ser quiero Absalon?
¿Tan torpes mis vicios son,
tan adeudado te dejo,
para que llores perplejo
culpas que finjes en mí?
¡Que en cada maravedí
me has de dar siempre un consejo!
Gentil modo has inventado
de ahorrar, por no persuadirte:
siempre que llego á pedirte,
me riñes adelantado.
Ya yo estuviera casado
(si menos guardoso fueras)
con quien honrarme pudieras,
y mi sosiego alabaras;
en nietos te conservaras,
y noble en ellos vivieras.
Mas como dura el invierno
de tu larga vejez tanto,
me tienen (y no me espanto)
por hijo del Padre eterno.
De tu cansado gobierno
es ya mártir mi paciencia;
edad tengo y esperiencia:
padre, acaba; ó mueretè,
ó la parte se me dé
que me toca de mi herencia.

MODESTO.

¡Atrevido! ¿así es razon
que hables á quien el sér debes?
¿así á tu padre te atreves?

LIBERIO.

Empieza tú otro sermon,
hipócrita en la opinion
de quien tiene entendimiento:
encarece sobre el viento
la virtud que no acreditas;
dime que á mi padre imitas,
por ser cual él avariento.
Alábate que no juegas;
que nunca serviste damas;
que si Modesto te llamas,
modesta vida sosiegas;
que si soberbio me alegas
que eres mi hermano mayor,
te probaré yo en rigor
que del justo Abel, en fin,
fue hermano mayor Cain,
y vino á ser el peor.
Si en los primeros que el mundo
tuvo, el mayorazgo fue
tan malo, ¿es justo que esté
sujeto á tí por segundo?
En no estimarte me fundo,
por ser de tí tan distinto,
que si obediente te pinto,
será, hipócrita avariento,
para que en su testamento
te mejore en tercio y quinto.
Por huir de él y de tí,
pienso partirme tan lejos,
que os espante: tus consejos
y tu ambicion huyo asi:
Liberio soy; pues aqui
oprimes mi libertad,
escuse mi libre edad
vuestra avara hipocresía,
y busque en Alejandría
la humana felicidad.

:

Corte soberbia es Egîto;
lograré en ella mi hacienda;
soltaré al deleite rienda,
y presas al apetito.
Con el mismo sol compito
en gentileza; á mi amor
la dama de mas valor,
mas rica, sábia y hermosa
rendiré: será mi esposa,
y yo de Egipto señor.
Triunfará mi mocedad
sin perdonar juego ó fiesta,
convite, prado ó floresta,
deleite ó prosperidad.
Esta es la felicidad
por quien me dejó Felicia;
esta mi gusto codicia,
y esta sola me destierra
de mi casa y de mi tierra,
y en fin, de vuestra avaricia.
Venme, padre, á entregar luego
lo que heredé de mi madre:
saca el testamento, padre,
ó pondré á tu casa fuego.

CLEMENTE.

Liberio, ten mas sosiego;
considéralo mejor:
no uses tan mal de mi amor;
que ya tu perdicion lloro.

(*Llora.*)

LIBERIO.

Mejor dirás por el oro
de quien soy tu ejecutor.
Dame mi herencia, y no intentes
que mala vejez te dé.

CLEMENTE.

Oye; eso y mas te daré
como de mí no te ausentes.

MODESTO.

Respeta canas prudentes:
y si estás de mi ofendido,
perdon y brazos te pido.

LIBERIO.

Aparta engañosos lazos:
dinero quiero, y no abrazos:
tus engaños he entendido.
Todo es por lo que sentís
que á los dos el oro os lleve:
ni vuestro llanto me mueve,
ni con él me persuadís.
¡Vive Dios, si me impedís
la hacienda que me usurpais,
y el tesoro me negais
en que idolatrais avaros,
que en casa no he de dejaros
un solo pan que comais! (*Vase.*)

MODESTO.

Dásela: corra este rio,
como dices, caro padre,
sin presas: salga de madre
su juvenil desvarío.

CLEMENTE.

¡Ay engañado hijo mio!
esperimenta mortales
peligros, que á buscar sales,
si al desengaño previenes;
que nunca estimó los bienes
quien nunca probó los males. (*Vanse.*)

---

Palacio de Nineucio en Jerusalen con vistas á un patio ó calle.

—

*Sale* NINEUCIO, *vistiéndose y lavándose. Música de chirimias.* CRIADOS, *dándole de vestir.* DINA *sale y se hinca de rodillas.*

DINA.

Señor, si en tiempo de bodas
los reyes hacen mercedes,
y tú aventajarte puedes

entre las personas todas
que coronan sus cabezas;
casándote hoy, no hay dudar
que te hayas de aventajar
á todos, como en riquezas.
Mayordomo tuyo ha sido
mi esposo; dió mala cuenta
de su oficio y de tu renta,
en deleites divertido.
Disculpa en parte merece,
pues en ellos te ha imitado;
pues todo leal criado
á su señor se parece.
(*Se va paseando Nineucio y vistiendo.*)
En mil ducados le alcanzas,
y le has hecho encarcelar:
no te ha de poder pagar,
si no le das esperanzas.
Deudo es tuyo, y yo muger:
si uno y otro no es bastante
á enternecer un diamante,
tu misma sangre, tu ser
cifro en dos ángeles bellos,
partes de mi corazon:
haz crüel, ejecucion
en tu sangre, y cobra de ellos,
ó da lugar á su padre
para pagarte despues,
siquiera porque á tus pies
está su afligida madre.

NINEUCIO.

(*A los músicos.*)
Cantadme algun nuevo tono.

DINA.

Quien vale mucho, hace mucho.

NINEUCIO.

Cantad.

DINA.

Escucha.

NINEUCIO.

No escucho.

DINA.

Perdónale.

NINEUCIO.

No perdono.

DINA.

Si no le das libertad,
¿cómo ha de satisfacer?

NINEUCIO.

Los hijos podeis vender
para pagarme. —Cantad.

(*Cantan.*)

*Si el poder*
*estriba solo en tener,*
*y es mas el que tiene mas;*
*tú que das*
*tus bienes, que son tu sèr,*
*serás tu propio homicida;*
*pues mientras gastas sin rienda,*
*cuanto dieres de tu hacienda,*
*tanto acortas de tu vida.*

NINEUCIO.

¿Cuya es esa letra?

UN MÚSICO.

Es
de un poeta corpulento,
en verdades avariento,
y en los versos calabrés.
Miente mas que da por Dios,
tahur en naipes y engaños,
viejo en pleitos como en años,
y es en la cara de á dos.

NINEUCIO.

Ese ha de estar en mi casa;
gages desde hoy le señalo.

MÚSICO, *aparte.*

Este medra porque es malo;
que aqui la virtud no pasa.

---

*Sale* SIMON.

SIMON.

Señor, mi esposa y tu prima,
espiró ahora; y es cierto
que mas la hambre la ha muerto
que la enfermedad: si estima
tu sangre la compasion
que á los difuntos se debe;
si el ser tu deudo te mueve;
si obliga la religion
que adoras y profesaste,
y con tu piedad concierta,
dame con que entierre muerta
á quien viva no amparaste.
No tengo con que le dar
mortaja ni sepultura.

NINEUCIO.

Los pobres y la basura,
echallos al muladar.
En Job esta verdad fundo,
pues luego que empobreció,
en un muladar paró,
por ser basura del mundo.

SIMON.

¿No fue sangre tuya?

NINEUCIO.

Sí;
mas fue sangre aborrecida,
por ser pobre corrompida,
y echéla fuera de mí.
Haz á los cuervos con ella
plato, en que sepulcro cobre,
si por ser carne de pobre
los cuervos osan comella.

(*Se ha acabado de vestir.*)

SIMON.

Señor...

NINEUCIO.

No seas importuno.—
Cantad.—Echaldos de aquí.

SIMON.

¡Que el oro enloquezca así!

---

*Suenan las chirimías, y salen* CRIADOS *con toallas y platos y bebida, y detras* FELICIA *con una taza en un plato.*—DICHOS.

NINEUCIO.

¿Qué es esto? Hola.

UN CRIADO.

El desayuno.

FELICIA.

Porque te sepa mejor,
quise yo servirte el plato.

NINEUCIO.

Envídieme el aparato
el monarca que hay mayor.
¿Qué haceis? Cantad mi ventura.
(*Cantan.*)
*En la casa del placer*
*ha convidado á comer*
*al apetito la hartura.*
*Felicia es quien la procura,*
*pues á pesar del pesar,*
*al gusto ofrece manjar,*
*y á los ojos hermosura.*
*Aunque en diversos estremos,*
*plato franco hace el amor.*

—

*Salen* CUATRO POBRES, *y se hincan de rodillas.*

POBRE 1.º
Danos limosna, señor;
que de hambre perecemos.
(*Cantan.*)
*Satisfecho el gusto vemos,*
*pues que le sirve la hartura.*
POBRE 2.º
Señor, nuestra desventura
manda, por Dios, remediar.
(*Cantan.*)
*Al gusto sirve el manjar,*
*y á los ojos la hermosura.*
NINEUCIO.
¡Oh asqueroso y vil enjambre
de moscas, que licenciosas,
en las mesas mas preciosas
osais matar vuestra hambre!
Despues que aqui habeis entrado,
el alma me habeis revuelto:
¿de qué infierno os habeis suelto,
ó qué peste os ha brotado?
¡Qué presto olísteis mis bodas,
harpías de mis regalos!
Echádmelos de aquí á palos;
cerradme esas puertas todas.

—

*Quieren echarlos, y sale* LÁZARO *al encuentro, y tiénelos.*

LÁZARO.
¿Con tal desalumbramiento,
tio, los pobres maltratas?
Ya que niegas buenas obras,
no niegues buenas palabras.

Si felicidades buscas,
mayor bienaventuranza
es dar, que no recibir;
que esta sirve, aquella manda.
Dá á tus deudos, dá á los pobres,
y no serás semejanza
de estéril tierra en invierno,
ni malograrás tu fama.

NINEUCIO.

¿Será bien que en el estío
de mi edad, necio reparta
bienes, que eche despues menos
en la senectud helada?
Si yo limosna á estos diera,
otros pobres convocaran;
porque siempre se eslabonan
los pobres y las desgracias.
Tengo mucho que vivir;
sustento familia y casa:
saducea es mi opinion;
la inmortalidad del alma
niego; en muriéndose el hombre,
todo para él se acaba;
ni espero premios del cielo,
ni el infierno me amenaza.
Tú que en opinion distinta
quimérica gloria aguardas,
deposita en pobres toscos
bienes que con ellos gastas;
y si en el mundo, mendigo
vieres á la hambre la cara
por la hartura que esperas,
muy buen provecho te haga.

LÁZARO.

¡Qué ciego estás! Ven acá:
á tu mayordomo alcanzas
en mil ducados; por ellos
te quiero dar una granja
que orillas del Jordan tengo.

NINEUCIO.

Ya la he visto.

LÁZARO.

Soltar manda
por ella á tu mayordomo.

NINEUCIO.

Hazme, pues, la entrega, y salga.

DINA.

Dame esos piadosos pies,
amparo de pobres.

LÁZARO.

Alza. —
¿Qué pides tú?

SIMON.

Con que entierre
mi esposá, mitad del alma.

LÁZARO.

Sangre es mia: en el sepulcro
donde mis padres descansan
esté; y para sus obsequias,
si cien escudos no bastan
que aqui llevas, ven por mas.
(*Dale un bolsillo.*)

SIMON.

Pisen mis labios tus plantas.

NINEUCIO.

¡Oh sepulturero loco!
Mientras que tu hacienda gastas
en la basura del mundo,
yo con acciones contrarias
quiero sepultar deleites
en mí mismo.
(*Colócase á un lado Lázaro con sus pobres, y á otro Nineucio con sus criados.*)
Haced que traigan
para cenar esta noche
el ave fenix, si Arabia
se atreve á ponerla en precio.

POBRE 1.°

Yo, señor, pido frazadas
para el hospital; que hay muchos,
y casi no tienen camas.

LÁZARO.

¡Ay agentes de Dios vivo!

todo esto es pagar libranzas.—
Vé á la noche, y te daré
cuanta ropa tengo en casa.

NINEUCIO.

Hola, haced á mis caballos
y á mis yeguas nuevas mantas:
cortaldas de paño azul,
y guarneceldas de grana.

LÁZARO.

Cenad conmigo vosotros
esta noche; que empalaga
el manjar comido á solas.

NINEUCIO.

Estén mis puertas cerradas
mientras me asiento á cenar;
que no es mi mesa villana,
para que á otros pague pechos.

SIMON.

¡Qué vidas tan encontradas!

—

*Suena un clarin, y salen por la calle á caballo bizarramente de camino,* LIBERIO, *y en una mula de alquiler tras él,* GULIN, *á lo gracioso.*

LIBERIO.

Mucho me huelgo de hallaros
juntos, cuando me despido:
ya de menor he salido;
ya no tengo que envidiaros:
de los tesoros avaros
que mi padre encarceló,
la parte que me tocó
pone á mi apetito espuelas;
de alimentos y tutelas
mi libertad me sacó.
A la Babilonia egïcia,
de Alejandro fundacion,
me destierra la eleccion

bárbara, que hizo Felicia:
juzgue ahora su codicia,
(si da lugar al consejo)
mientras que de ella me quejo,
cuál es mas cumplido gozo,
ó el gusto en brazos de un mozo,
ó el pesar en los de un viejo.
Que aunque el tesoro le sobre,
¿qué importa, si ya publica
que al paso que triunfa rica,
llora el gusto triste y pobre?
De su felicidad cobre
réditos el interés,
y compitamos los tres
sobre quien es en su estado
solo el bienaventurado;
reinará en los dos despues.

(*A Nineucio.*)

Gasta tú solo contigo,
regálate, come, bebe;

(*A Lázaro.*)

y tú, empobreciendo en breve,
gana el cielo por amigo;
que yo que otro estremo sigo,
sin que perdone mi edad
fiesta, deleite, beldad,
galas, convites, placeres,
solo en juegos y en mugeres
pongo mi felicidad.

NINEUCIO.

¿Un loco me desafia
á deleites? Vive Dios,
mi bien, que hemos de ir los dos
á la egipcia Alejandría:
hasta allí la hacienda mia
llega, hasta Menfis alcanza
mi poder; déme venganza
quien soberbio me resiste,
y sépase en qué consiste
esta bienaventuranza.

LÁZARO.

En vosotros, pobres mios,

la suya ha puesto mi fé;
venid, y os regalaré;
corran al mar estos rios:
pues sois del cielo navíos,
mi hacienda al cielo llevad;
que en él mi felicidad
tengo solamente puesta.

NINEUCIO.

Este necio me molesta.
Triste estoy: hola, cantad.

*(Tocan chirimías, y éntranse los unos por un lado y los otros por otro.*



# ACTO SEGUNDO.

*Un jardin en Alejandría.*

LIBERIO habla con indiferencia á sus nuevos amigos DIODORO y NISIRO de las cantidades que ha perdido en el juego; y tratándose de mugeres, murmuran de todas. Apéanse en esto de un coche FLORA y TAIDA, que traen en su compañia varios músicos y cantatrices, y bailan delante de Liberio. GULIN se halla presente á la fiesta.

*Canta* UNA MUGER.

*Los ricos avarientos*
*son como cardos,*

OTRA.

*Que á ninguno aprovechan*
*sino enterrados.*

TODAS LAS VOCES.

*Todo dinero*
*es redondo, por causa*
*que es rodadero.*

LIBERIO.

¡Bien cantado y bien bailado!
Dádivas, y no razones,
se estiman: estos doblones,
que del juego me han quedado,
repartid vosotros, y estas
(*Dales unas cadenas.*)
vosotras.

FLORA.

Tan liberal
amante no sea mortal.

TAIDA.

Bien el nombre manifiestas
que de pródigo adquiriste.

LIBERIO.

Sentaos las dos á mi lado.
(*Él en medio.*)

GULIN.

En mugeres empeñado,
no hayas miedo que estés triste.

LIBERIO.

Esta es mi felicidad:
agora en mi centro estoy.

DIODORO.

Tambien yo, Liberio, soy
de la hermosa facultad
de amor: dadnos parte de ella.

LIBERIO.

Eso no; pedidme vos
dineros; pedid los dos
galas, joyas, la mas bella
pieza de cuantas poseo;
que nunca en eso reparo;
solo en damas soy avaro:
tantas quiero, cuantas veo.—
Mucho os habeis hoy tardado:
¿cómo os habeis detenido?

TAIDA.

Bastante ocasion ha sido
venir en coche prestado

LIBERIO.

¿Luego estais sin él las dos?

TAIDA.

Circunstancia es para dama
que disminuye su fama,
y mas queriéndoos á vos.

LIBERIO.

No ha de quedar, pues, por eso:
en el mio os llevaré,
y en casa os le dejaré.

TAIDA.

La pródiga mano os beso,
que á Alejandro afrentar sabe.

DIODORO.

Digno érades de imperar.

FLORA.

Tambien yo os quiero abrazar
por la parte que me cabe;
que coche que es de mi amiga,
conmigo se ha de partir.

LIBERIO.

No, Flora: no he de sufrir
que nadie en mi agravio diga
que os dejo quejosa á vos.
Para comprar otro coche,
vayan á casa esta noche
por mil escudos.

NISIRO.

Por Dios,
que sois un rey.

FLORA.

¡Oh! ¡bien hay
quien os sirve!

GULIN, *aparte.*

¡O socarronas
aruñatrices, chuponas!
¡qué bien le encajais la saya!

TAIDA.

Asi lo hiciera el poltron
de Nineucio.

FLORA.

Desde el dia
que vive en Alejandría,
falta en ella provision.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

LIBERIO.

Felicia, que su oro goza,
¿cómo lo pasa?

TAIDA.

Cual moza
con las pensiones de vieja.

LIBERIO.

¿Por qué?

FLORA.

Todo hombre barriga
es inútil para amante:
todo marido tragante

deleites de amor castiga.

LIBERIO.

Muy buen provecho le haga,
y satisfaga Felicia
si no su amor, su codicia;
que mal cobra quien mal paga.
Y entre tanto que ella llora,
tráigannos de merendar.

NISIRO.

Mañana se han de casar
Timandro y Arquisilora,
y hay sortija.

LIBERIO.

¿Pensais vos
salir?

NISIRO.

Fáltanme caballos.

LIBERIO.

Escusaréos de buscallos
como salgamos los dos.
De un alazan y un overo
sois dueño, que al viento bebe
las alas con que se atreve
al pájaro mas lijero.

NISIRO.

¡Vive Dios, que echais prisiones
á las almas!

DIODORO.

¿Hay largueza
semejante?

TAIDA.

La nobleza
impera en los corazones
con beneficios, testigos
del valor de quien los da.

LIBERIO.

Ea, señoras, bueno está:
quien no da, no gana amigos.—
Aderezos y jaeces
con ellos os llevarán;
y vos, porque de galan
(*A Diodoro.*)

os den el precio los jueces,
os vestireis en mi casa
la librea que tenia
para mí.

DIODORO.

Ya es demasía
lo que en vuestros gastos pasa.
¿Habíaos yo de quitar
las galas que para vos
teneis hechas? ¡Bien por Dios!

LIBERIO.

Vos las habeis de lograr,
puesto que á dos mil escudos
me llegan; de azul turquí
y blanco son.

GULIN.

(*Aparte con su amo.*)
¿Mas que aquí
nos han de dejar desnudos
estos leones rapantes,
si de ese modo les das?

LIBERIO.

Soy pródigo.

GULIN.

En huerta estás:
seremos representantes
de Adan y Eva en el paraiso:
hunde galas y dineros;
quedarémonos en cueros
llorando tu poco aviso.

LIBERIO.

Yo quiero salir de verde
y encarnado, que es color
que conforma con mi humor.

TAIDA.

Merendemos; que se pierde
el tiempo.

DIODORO.

Ya estan las mesas
debajo aquellos parrales,
mostrando cuán liberales
son los gustos que profesas.

(*Levántanse.*)

LIBERIO.

Vamos pues, y holguemonós:
no quede gusto á la vista
del deleite, que no asista
en nuestra mesa; por Dios,
que no he de perdonar fiesta,
mientras durare la vida,
que no esperimente.

FLORA.

Impida
tu edad la vejez molesta.

LIBERIO.

Esta noche he de cenar
en tu casa, Taida bella.

TAIDA.

Toda yo soy tuya.

LIBERIO.

A ella
puedes por mí convidar
cuantos entretenimientos
alegran á Alejandría:
bailes, juegos, bizarría,
juglares y encantamentos.
No tenga el pesar molesto
jamás en mi casa puerta;
solo el gusto la halle abierta.
Venid, cantad. Mas ¿qué es esto?

---

*Sale* LÁZARO, *de peregrino.*

LÁZARO.

Mísero fin, Liberio, mi camino
ha tenido en haberos encontrado,
si ya no es que el cielo lo previno,
incomprensible en su razon de estado.

LIBERIO.

¡Lázaro! ¿vos á pie? ¿vos peregrino?
¿vos en Egipto, solo y fatigado?
¡tan rico ayer, tan pobre y triste ahora?

LÁZARO.

No es pobre quien riquezas atesora.
Deposité en los cambios de los cielos
(pobres, digo, de Dios correspondientes)
mi hacienda, donde libre de recelos,
no teme fortüitos accidentes,
ni recela ladrones, ni en desvelos
necesita de guardas, que imprudentes,
á costa de la escolta de los ojos,
cuando hallar piensan oro, hallan enojos.
Quedé pobre; que en fin, el que contrata
y embarca á estraños reinos su riqueza,
mientras no llega el logro de su plata,
fuerza es que le ejecute la pobreza:
siempre al menesteroso le fue ingrata
la patria que le dió naturaleza:
fuélo tambien la mia; no hallé ayuda
en deudos ni amistad, que el tiempo muda.
Fuéme fuerza pedir: ¿qué mas bajeza?
Parientes cuando rico me adulaban,
que nunca conocí; y en mi pobreza
los que eran mas propincuos, me negaban:
amigos lisonjearon la riqueza
que, mendigo, despues vituperaban;
y huyeron el invierno, como hormigas
que brota el campo cuando dora espigas.
Por no cobrar, en fin, en sinrazones
beneficios librados en engaños,
espuelas me pusieron ocasiones,
destierros me enseñaron desengaños:
peregrinando bárbaras naciones,
antepongo á los propios los estraños;
que para el pobre, si le ven con mengua,
lo que les falta en manos, sobra en lengua.

LIBERIO.

Desperdicios imprudentes
son de tu afrenta testigos:
quien ganar no supo amigos,
no halle ayuda en sus parientes.
En pobres impertinentes,
loco, liberal has sido;
aun si lo hubieras comido,

eso hubieras mas gozado;
que todo gusto pasado
suele deleitar perdido.
Aunque con fin diferente,
pródigos somos los dos;
tú al fiado diste á Dios;
mas yo cobro de presente.
Amigos gano, prudente,
á quien cuando pobre pida;
pero en tí está tan fallida
la hacienda que diste á pobres,
que no es posible que cobres
sino es perdiendo la vida.
Mas yo quiero con todo eso
ser hoy liberal contigo;
sigue la vida que sigo;
profesa el bien que profeso.
Ama, juega, sé travieso;
que mi hacienda es de los dos:
mozo eres, holguemonós;
que al fin de la vida breve,
si en sus pobres Dios te debe,
ejecutarás á Dios.
Vente á vivir á mi casa;
que cual yo su dueño eres:
escoje de estas mugeres
la que mas bella te abrasa.
Pues se pasa el tiempo, pasa
el que te queda en regalo.

LÁZARO.

Huyendo de tí, señalo
lo que tus vicios condeno:
mas quiero ser pobre bueno,
que rico, si he de ser malo. (*Vase.*)

GULIN.

¡Oh borracho! ¡Ah de la huerta!
Suelta el mastin al bribon.

LIBERIO.

Déjale con su opinion,
y pida de puerta en puerta;
juzgue la del cielo abierta,
y nosotros merendemos:

vida y juventud tenemos,
gusto, hacienda y libertad.

TODOS.

¡Viva el pródigo!

TAIDA.

Cantad;
que nosotros bailaremos.
(*Vanse cantando y bailando.*)

---

Casa de Nineucio en Alejandría.

—

Felicia se queja á Nineucio de que la desatiende, ocupándose solo en comer y reposar. Duérmese Nineucio mientras Felicia le habla, y despiértale un criado que le da cuenta de que ha venido Lázaro á visitarle. Airado el gloton porque le han interrumpido el sueño, se niega á recibir á su sobrino, y despide al sirviente.

---

Sala de la casa correspondiente al jardin donde Liberio festeja á sus amigos.—Es de noche.

—

Liberio, Taida, Flora, Nisiro, Diodoro y Nicandro, que se retiran de ver una comedia con su entremés, tratan de jugar mientras se dispone la cena. Cuando Liberio gana, hace regalos á las damas y á sus amigos; cuando pierde, ni los amigos le prestan, ni quieren jugar con él al fiado. Ya principia á recelar de aquella turba de tahures, cuando sobreviene Gulin á decirle que por descuido de un mozo de caballeriza, se le ha incendiado la casa. Acude asustado á ver si puede salvar algo del fuego, y los jugadores le hacen mil ofertas en todo caso. Múdase la decoracion, y el teatro representa una calle de Alejandría,

donde viven Taida y Nisiro. Despojan unos capeadores á Gulin de su ropa, dejándole en camisa, á tiempo cabalmente que principia á llover, no obstante la sequedad del pais: otra seccion de la misma cuadrilla ha hecho poco menos con Liberio.

GULIN, *en paños menores.*

¡Con buen fieltro me socorren
para resistir canales!
¡Qué cobardes son los males,
cuando tras un pobre corren!
No haya miedo que acometan
de uno en uno; en escuadron
vienen juntos, y á traicion
goteras de agua recetan
contra el fuego cuyos brios
nuestra hacienda han abrasado:
fuego y agua me han dejado
desnudo y con calosfrios.
¡Pues decir que cada gota
no es una bala de hielo!
¿Tanta riguridad, ¡cielo!
contra una camisa rota?
Duélaos el peligro mio;
que estoy, si moveros puedo,
ti.... tiritando de miedo,
ti.... tiritando de frio.

---

*Sale* LIBERIO, *casi desnudo.*

LIBERIO.

(*Sin ver á Gulin en la oscuridad.*)
No es pequeña maravilla
llamándose el mundo mar,
de su tormenta escapar,
aunque desnudo, á la orilla.
Quitóme la hacienda el fuego;
salteadores el vestido;

torpes vicios el sentido;
mocedades el sosiego.
¿Qué he de hacer? ¿adónde iré
de noche, solo y desnudo?

GULIN.

¡Qué despacio y qué menudo
se deja llover!

LIBERIO.

¿Qué haré?

GULIN.

Otro encamisado viene.
Mal de muchos es consuelo.
¿Si es nuestro pródigo?

LIBERIO.

¡Ay cielo!
¡qué bien merecido os tiene
mi mala vida el rigor
con que, aunque tarde, recuerdo!

GULIN.

¿Quién viene?

LIBERIO, *aparte.*

Desnudo pierdo,
á fuer de pobre, el temor.
Ya ¿qué me pueden quitar
sino es la vida cansada,
en el pobre despreciada,
si en el rico de estimar.
¡Qué en breve el gusto se pasa!

GULIN.

¿Quién va?

LIBERIO.

¿Quién es quien me avisa?

GULIN.

Una doncella en camisa,
que la echaron de su casa;
y tras roballa su flor,
le han quitado el faldellin
dos bellacos.

LIBERIO.

¿Es Gulin?

GULIN.

¿Es Liberio mi señor?

LIBERIO.

¡Ay amigo! la fortuna
me deja; toda es estremos.

GULIN.

Segun llueve, no diremos:
«dejado nos ha á la luna.»
A las puertas de tu dama,
mojados y pobres, sí.

LIBERIO.

Dos amigos tengo aquí
que me den socorro. Llama.

GULIN.

¿Amigos?

LIBERIO.

Sí; llama aprisa.

GULIN.

Como los de Job serán;
que cuando salgan, saldrán
á quitarnos la camisa.

LIBERIO.

Pues yo mi hacienda les daba,
de que me amparen no dudo.

GULIN.

Mas da el duro que el desnudo:
desnudo estás... Va de aldaba.

(*Llama, y arriba suena música, grita y baile.*)

*Cantan dentro.*

*¿Qué parecen los ricos*
*que empobrecieron?*
*Cáscaras de los huevos*
*que se sorbieron.*
*Toda la gente,*
*de los tres tiempos, vive*
*solo el presente.*

GULIN.

Si escuchas esto, ¿qué esperas?
Bailando estan, ¡vive Dios!
y acá rabiando los dos
al son de viento y goteras.

LIBERIO.

En eso se diferencia
el tener del no tener.

GULIN.

No lo quisiste creer,
cuando tuviste.

LIBERIO.

Paciencia.

GULIN.

Huevos nos llamó sorbidos
el cantor.

LIBERIO.

Verdades fragua.

GULIN.

Huevos pasados por agua
somos ahora, y cocidos,
como tu hacienda en el fuego,
asada y hecha jigote.
Diera yo por un capote
cuatro votos y un reniego.—
¿No lo oyen?

LIBERIO.

Llama otra vez.

*(Grita y baile dentro.)*

GULIN.

A un pobre nadie le oirá:
y si viene un agua-va
con su mano de almirez,
y á plomo calla y sacude,
¿habrá cascos...?

LIBERIO.

Llama.

GULIN.

Llamo.

UNA VOZ DENTRO.

¿Quién va allá?

GULIN.

Gulin y su amo
en remojo.

DENTRO.

Dios le ayude.

GULIN.

¿Ayude? No estornudamos.

LIBERIO.

Todo contra mí se muda.

GULIN.

¡Bueno es echarnos ayuda
cuando calados estamos!

LIBERIO.

(*Llamando.*)
Liberio soy: abre, amigo.

DENTRO.

Liberio no vive aqui.

LIBERIO.

Cuando era rico, viví;
ya no, porque soy mendigo.
Decid á Taida que está
Liberio aqui.

UN HOMBRE.

(*Asomándose á la ventana.*)
¡Buen regalo!
Pues si bajo con un palo...

OTRO, *dentro.*

Cierra, y canta.

GULIN.

¡Bueno va!
(*Cierran de golpe.*)
*Cantan dentro.*

*No recibe esta casa*
*pobres ni calvos,*
*porque unos y otros*
*vienen pelados.*
*En nuestros libros,*
*mientras no hubiere gastos,*
*no habrá recibos.*

LIBERIO.

¡Vive Dios, que ya no basta
la paciencia! Abrid, villanos.
(*Da golpes recio.*)
¡Para recibir, con manos!
¡sin ellas con quien no gasta!
¿Asi la amistad pasada
pagais? ¿este premio da
vuestra lealtad?

UNO.

(*Abriendo la ventana y mojando á Gulin.*)
Agua va.

GULIN.

Agua viene, y no rosada.
¡Puf! ¡Fuego de Dios en ella!

LIBERIO.

(*Llama.*)
Las puertas he de quebrar,
vive Dios.

GULIN.

Para afeitar
caras, es el agua bella.

LIBERIO.

¡Ah Taida, ah Flora, ah tiranas!
¿asi pagais un amor
tan dadivoso? ¿Al rigor
de desdichas inhumanas
dejais á quien por vosotras
es pobre? ¿Que esto no os mueve?

GULIN.

Cuanto mas llamas, mas llueve.
¡Qué mal tiempo para potras!

LIBERIO.

¿Este premio da una dama
que su hermosura celebra?

---

*Salen* TAIDA *y* FLORA *á la ventana.*

TAIDA.

¿Quién es el necio que quiebra
así las puertas? ¿Quién llama?

LIBERIO.

Mi bien, tu Liberio soy:
abre, amores; que desnudo
y al agua, mi vida dudo.
De dos elementos hoy
mísero despojo he sido:
el fuego abrasó mi hacienda,
sin haber quien me defienda
del agua. Si me has querido,
cumple la palabra ahora
que me ofreció tu favor;
haz alarde de tu amor,
Taida hermosa, bella Flora.

TAIDA.

Lastímanme tus congojas;
que te traspasará el aire.
Aun asi tienes donaire.
¡Con qué gracia que te mojas!
Estáte un poquito mas:
debajo de esta gotera
te pon: llega.

LIBERIO.

¡Ah ingrata, ah fiera!
¿Burlando de mí te estás?

TAIDA.

¿Yo burlas? No, por mi vida;
sino que cumplo un deseo,
despues que al agua te veo.
De muchos que fui querida,
escuché el desasosiego,
porque todos me juraban
que por mi amor se abrasaban:
causábame tanto fuego;
pero en tí cesa mi enfado:
tú sazonas mi apetito;
que deseaba infinito
un amante remojado.

LIBERIO.

Basta la burla, mi bien:
Flora, haced abrirme vos.

FLORA.

Hemos de sentir las dos,
si te abrimos, y te ven
los que estan aqui, en camisa,
la vaya que te han de dar;
y crecerá tu pesar
á medida de su risa.
A casa puedes tornarte;
que puesto que se ha quemado,
hallarás, pues te has mojado,
lumbre en ella en que enjugarte.
Y no llames mas, mi bien;
que acá, si abrimos y subes,
como allá llueven las nubes,
lloverán palos tambien.

(*Cierran con ventanazo, y vanse.*)

GULIN.

Concertadme esas medidas.

LIBERIO.

Villanos, amigos viles,
mugeres siempre civiles,
al torpe interés rendidas,
de vuestra deslëaltad
está agraviado el valor;
de vosotras el amor,
de vosotros la amistad.
mas no importa: padre tengo
que enriquecerme podrá,
si el cielo aviso le da
de la desdicha á que vengo.
Yo le escribiré, villanos;
yo volveré presto á ser
caudaloso, para ver
si teneis entonces manos
para defender castigos
que no podreis resistir,
como para recibir
á fuer de falsos amigos.

GULIN.

Sâlgan acá los que arrojan
zupia, y sabrán, si los vemos,
de la suerte que corremos,
y del modo que se mojan.
Y ellas las...

NISIRO, *dentro.*

Abre esas puertas;
vive Dios, que he de matalle
á palos.

GULIN.

Toma esa calle,
si en tus peligros despiertas;
no haya tras el agua-vá
un rato de torbellino.

LIBFRIO.

¡Ay juvenil desatino!
tarde escarmentaste ya. (*Vanse.*)

Casa de Nineucio en Alejandría.

*Sale* LÁZARO, *medio desnudo, y echándole* NINEUCIO *y sus* CRIADOS; *sale detras* FELICIA.

NINEUCIO.

¿Tú en mi casa á mi pesar?
¿tú á mis puertas, pordiosero?
Ni te conozco ni quiero
por deudo; he te de sacar
yo en persona de esta corte
y del mundo; no me fio
de nadie.

LÁZARO.

Nineucio, tio,
señor, mi humildad reporte
tu cólera. Enfermo estoy,
á pobres mi hacienda dí,
ninguno conozco aquí,
de tu tierra y sangre soy.
¿Qué importa que á los umbrales
de tu casa un pobre esté,
que sobrino tuyo fue?

NINEUCIO.

En la corte hay hospitales:
no lo es mi casa; sal fuera.

LÁZARO.

Opinion los pobres dan,
que á puertas del rico estan:
deja que á las tuyas muera.
Crean los que á ellas me ven,
que ser limosnero sabes.

NINEUCIO.

Cerrad, y dadme las llaves.

FELICIA.

Compasion, esposo, ten
por esta noche no mas,

de tu sobrino.

LÁZARO.

Lebreles
criar regalados sueles;
á perros sustento das:
haz cuenta que un mastin tienes;
con ellos, señor, me iguala.

NINEUCIO.

No hago yo cuenta tan mala,
que menoscabe mis bienes.
Ni aun como perro has de estar
aquí; que ellos á quien pasa,
ladran por guardar la casa
que el pobre viene á robar;
y no es justo que tú cobres
lo que ellos tan bien merecen;
pues no sin causa aborrecen
los perros tanto á los pobres.
Mira quien eres, y fia
que limosnas te acrediten,
pues aun los perros no admiten
á un pobre en su compañía.—
Sacalde de aqui arrastrando.

---

*Salen* LIBERIO *y* GULIN, *como antes.*

LIBERIO.

(*Arrodillándose delante de Nineucio.*)
Porque tu felicidad
triunfe de mi adversidad,
que hasta en esto te está honrando,
quiere mi suerte importuna
que Liberio á tus pies venga
para que los suyos tenga
en mi cuello la fortuna.
No quieras mayor venganza
de quien compitió contigo.

GULIN.

Ni de un lacayo prodigo,
que entra tambien en la danza.

LIBERIO.

Mientras mi padre me envia
algun socorro, señor,
hazme en tu casa favor.
Destruyéronme en un dia
las llamas, el vicio, el juego,
la amistad que ahora pasa;
que pues que todo esto abrasa,
todo debe de ser fuego;
y como no hace ventaja
el pobre al que se murió,
la fortuna me dejó
solamente esta mortaja.
El mas vil de tus criados
ser en tu casa quisiera.

GULIN.

Porque venimos siquiera
como piñones mondados.

NINEUCIO.

¡Oh qué buenos mercaderes
de la felicidad fuistes!
¡Ingeniosos la adquiristes,
tú en pobres, tú con mugeres!
Felicia, ¡buen casamiento
hubieras hecho, por Dios,
con cualquiera de los dos!

FELICIA.

Señor, pues que vencedor
de estos pobres has salido,
hacer merced al vencido
es propio del vencedor.
En tu casa los recibe.

NINEUCIO.

De que eso digas me pesa.
Las migajas de mi mesa
no les daré, el cielo vive.
Quitádmelos; que me corro
de que aun los tengas amor.
Idos.

LIBERIO.

Socorro, señor.

GULIN.

Socarron señor, ſavor.
(*Aparte.* ¡Mala imágen del socorro!)

LIBERIO.

¡Ay cielos! ¡qué tarde avisa
el desengaño!

GULIN.

A buscar
voy quien me dé de cenar
á costa de mi camisa.



# ACTO TERCERO.

Vista esterior de una granja de Nineucio inmediata á Alejandría.

*Salen* GULIN, *de labrador*, TORBISCO *y* GARBON, *de villanos.*

TORBISCO.
Sea para bien, Gulin,
el nuevo cargo y oficio.
GULIN.
Aunque soy en él novicio,
pues no soy del campo en fin,
yo mostraré en mi talento
que soy persona de tomo.
Hízome su mayordomo
Nineucio, el rico avariento,
(que asi le llama la gente)
de esta granja, y pienso en ella
mostrar que sé merecella
por guardoso y diligente.
GARBON.
¿Qué es lo que movelle pudo
á recibiros á un hombre
tan miserable?
GULIN.
Mi nombre.
Entré en su casa desnudo
con el pródigo perdido;
envióle en hora mala,
(que así á los pobres regala)
sin dalle un pobre vestido;
y queriendo hacer de mí
lo propio, me preguntó:

«¿quién sois vos?» Díjele yo:
«lacayo pródigo fuí,
y Gulin es mi apellido.»
«Si de gula se deriva,»
dijo, «justo es que os reciba:
en gracia me habeis caido.
De la gula esclavo soy,
y en fé de ello honraros quiero:
mi mayordomo y quintero
habeis de ser desde hoy.»
Dióme de vestir, y en fin
su quintero me intitula;
que siendo su Dios la gula,
fuerza es que medre Gulin.

TORBISCO.

No es poca vuestra ventura;
que segun el año pasa,
estéril todo, en su casa
la vida estará segura.

GARBON.

Toda esta region perece
de hambre.

GULIN.

¡Rigor estraño!

TORBISCO.

No ha crecido el Nilo ogaño,
y con su olvido padece
el campo. . . . . . . . . .

GULIN.

Por tasa racion nos dan,
tasajos mal sazonados,
y pan tosco de salvados.

TORBISCO.

Para la hambre no hay mal pan.

GULIN.

Cada cual cuidado tome
de trabajar, mientras pasa
este año; que en esta casa,
quien no trabaja no come.
Y con esto, alto de aquí,
á trabajar; que ya es hora.

---

*Sale* LAURETA, *pastora.*

LAURETA.

Felicia, nuestra señora,
está en la granja: vení
á recibilla.

TORBISCO.

¿Nuesa ama?

LAURETA.

La muger de nueso dueño.

GULIN.

Pues ¿á qué vendrá?

LAURETA.

Del sueño
y gula de quien no la ama
se queja, y por consolarse,
salir al campo ha querido.

GULIN.

No suple el campo un marido.
Pues quiso con él casarse,
pena tiene merecida;
páguela.

TORBISCO.

Tambien lo digo.

GULIN.

Mas venid todos conmigo
á darle la bien venida. (*Vanse.*)

---

*Sale* LIBERIO, *muy roto.*

LIBERIO.

Todo Egipto llora hambriento;
hasta en esto infeliz fuí,
pues en tiempo empobrecí
que no hay quien me dé sustento.
Ni tengo fuerzas ni aliento,
ni de aqui puedo pasar.

La mayor pena y azar
que á sentir un pobre viene,
es cuando pide al que tiene
escusa para no dar.
Granja es esta: ¿podré ir
á pedir limosna? No,
porque no hay para el que dió,
afrenta como el pedir.
No hay de *ser vil* á *servir*
nada, si una letra mudo:
servir quisiera; mas dudo
aun dichoso en esto ser,
porque ¿quién ha de querer
á un pobre, hambriento y desnudo?

—

*Sale* GULIN.

GULIN.

(*Al salir de la Granja.*)
Para comida de priesa
bástale un pavo y capon;
haz que los asen, Garbon,
y en el jardin pon la mesa.

LIBERIO.

(*Aparte.* Este hombre debe ser
el que administra esta hacienda:
temo que en verme se ofenda,
que aun no estoy ya para ver.)
(*De rodillas sin mirarle.*)
Señor, la necesidad,
que tan adelante pasa...

GULIN.

Hermano, en aquesta casa
no hay limosna; perdonad.
Idos, antes que un mastin
os trinche una pierna.

LIBERIO.

¡Cielo!
¿No es este Gulin?

GULIN.

Recelo

que si en casa os ven...

LIBERIO.

¡Gulin!

¿No me conoces?

GULIN.

¿De tú

á mí un pobre? ¡Gatuperio!

LIBERIO.

¿No conoces á Liberio?

GULIN.

Conózcale Bercebú.
¿Quién es Liberio?

LIBERIO.

Quien fue

dueño tuyo.

GULIN.

¿Fué? Pasó:

no sé pretéritos yo,
los presentes solo sé.
Dos linajes solamente
en el mundo puede haber,
que es tener y no tener,
y un tiempo, que es el presente.
Si no teneis, y tuvistes,
y en ese andrajoso trage
os pasais á otro linaje,
ya no soïs el que fuistes.

LIBERIO.

Tienes razon: no te pido
que me dés; que no podrás
(si con dueño avaro estás)
ser liberal; haslo sido
conmigo; pero delante
de quien sirves, y yo lejos,
si criados son espejos,
imitarás su semblante.
Cual él serás avariento;
recíbeme en tu servicio
para el mas humilde oficio,
y dame solo el sustento.

GULIN.

Puercos hay: ¿sabreis guardallos?

LIBERIO.

Sabré, por ser tan inmundo,
pues quiere que sirva el mundo
á mi mozo de caballos.

GULIN.

Pues de ellos cuenta tened,
que en esa zahurda estan;
y no imagineis, galan,
que os hago poca merced;
que á fé que hay opositores
muchos, como el año es caro;
mas aunque os parezco avaro,
las obras tengo mejores.
Bellotas que les echeis,
os quiero dar.

LIBERIO.

¡Qué de males
esperimento!

GULIN.

Gordales
son; no las golosmeeis,
y cenareis á la noche.
Dejad pensamientos tristes;
que si en coches anduvistes,
acá hay tambien coche-coche
por la mañana y la tarde.

LIBERIO.

Quien en torpezas vivió,
bien merece como yo
que brutos tan torpes guarde. (*Vanse.*)

—

Sale de la granja Felicia, que está cada vez mas pesarosa de su desacertada eleccion de marido: entretanto da Gulin á Liberio un saco de bellotas para los puercos: acosado por la necesidad, come de ellas el pródigo, lo ve Laureta y da voces, á las que acuden Gulin y Garbon, que maltratan á Liberio y le despiden de la familia. Felicia no ha presenciado el atropello por haberse retirado poco antes.

LIBERIO.

Alma, del cielo enemiga,
despertad, volved en vos,
ya que con azotes Dios,
á fuer de esclava, os castiga.
Al villano no le obliga
el bien; que es hijo de Adan:
trabajos virtud le dan.—
¡Ay Dios! ¡cuántos jornaleros
de mi padre, aunque groseros,
andan sobrados de pan!
¡y yo pereciendo aquí
de hambre, suspiro en vano!
Mi Dios, dadme vos la mano;
levantadme, pues caí:
iré á mi padre, ¡ay de mí!
diréle, besando el suelo:
«padre, contra vos y el cielo
pequé, no me llameis hijo;
el menor gañan elijo
ser de vuestra casa.» Apelo,
mundo vil, de tu escasez
á su abundancia y clemencia:
sabio soy por esperiencia;
de mi mismo seré juez.
No he de servirte otra vez,
mundo vil; desengañado
salgo de tí y desmedrado;
mas no me baldonarán
que he comido, en fin, tu pan;
que bellotas no me has dado.

(*Quiere irse.*)

---

*Sale* FELICIA, *y detiénele.*

FELICIA.

Aguarda, Liberio amado,
si he sido de ti querida:
desde esta mata, escondida
tus desdichas he escuchado.

No sé de los dos á quién
persiga asi la inclemencia,
tú en los males con paciencia,
yo impaciente en tanto bien.
Aunque ya no son tus daños
con los míos tan atroces;
tus desengaños conoces,
yo conozco mis engaños.
No es tu suerte tan crüel,
pues no hay desventura igual
como conocer el mal,
y no poder salir de él.
Tengo esposo que aborrezco,
téngote presente á tí;
como muger elegí,
y como elegí, padezco.
Cuando de todos querido,
te aborreció mi interes;
y ámote cuando te ves
de todos aborrecido.
Si por el amor presente
el desden pasado olvidas,
restaura prendas perdidas;
repudios mi ley consiente.
Llévame, mi bien, contigo.
Rica soy, serás señor
de mi hacienda y de mi amor.

LIBERIO.

(*Medio para sí.*)

Eso no, mundo enemigo.
Ya te entiendo; la razon
rompió á mis ojos la nube:
de lo que contigo estuve,
conozco tu condicion.
Quitarme tu engaño pudo
la hacienda, la libertad,
la virtud, la castidad,
hasta dejarme desnudo;
y como, sobre mí vuelto,
propósitos he adquirido,
de tu rigor despedido
y de mis engaños suelto,

á robármelos se atreve
tu lisonjera malicia;
que le pesa á tu avaricia,
aun que propósitos lleve.
Desnudo voy; no te admires,
si de tí el cielo me escapa;
que aun no me dejaste capa,
como á Josef, de que tires. (*Vase.*)

FELICIA.

Ni á mí me queda paciencia
que sufra tanto rigor.

—

*Sale* UN CRIADO.

UN CRIADO.

Vuestro esposo y mi señor
está, sin vuestra presencia,
triste, señora; y me envia
por vos.

FELICIA, *aparte.*

Iré á padecer.
Escogí como muger;
la culpa y la pena es mia. (*Vase.*)

---

Sala en casa de Nineucio en Alejandría.

—

*Salen* NINEUCIO *y* DOS CRIADOS.

NINEUCIO.

En fin, ¿muere mucha gente
de hambre?

CRIADO 1.°

Está todo Egipto
pereciendo.

CRIADO 2.°

Gran señor,

mas mueren que quedan vivos.

NINEUCIO.

Pues tráiganme de comer;
que no hay para mi apetito
como ver á otros hambrientos.
¿En qué se distingue el rico
del pobre, si todos comen,
los nobles y los mendigos?

Sale GULIN.

GULIN.

Dame, gran señor, tus pies.

NINEUCIO.

¡O Gulin! seas bien venido.
¿Llegó Felicia?

GULIN.

Indispuesta,
tanto, que al punto que vino,
se echó en la cama.

NINEUCIO.

¿Qué tiene?

GULIN.

Dicen que antojos de un hijo.

NINEUCIO.

No apetezco yo herederos;
yo he de heredarme á mí mismo:
en un dia han de acabarse
yo y mis bienes. ¿Han traido
de comer?

CRIADO 1.º

Esta es la mesa.

NINEUCIO.

Di el altar de mi apetito.

*(Descubren una mesa muy espléndida, siéntase Nineucio, tocan chirimías, y sírvenle con magestad.)*

¿Hay deleite comparable
en cuantos á los sentidos
tributa naturaleza,

como el del gusto? ¿Hay paraiso
como el distinguir sabores
de manjares esquisitos,
ostentando competencias,
unos simples y otros mistos?
¿Qué gloria hay como comer?

GULIN.

Yo por mayor he tenido
la del beber, gran señor,
puesto que á entrambas me inclino.
El comer cuestra trabajo
y necesita ministros;
el beber es caballero;
pues sin tantos requisitos
da los gustos sin pension,
colándose el blanco y tinto
al son de aquel cla, cla, cla,
¡apacible villancico!

NINEUCIO.

Hola, echadme de beber,
confirmaré lo que has dicho.

(*Bebe al son de chirimias, y híncanse de rodillas mientras bebe.*)

—

*Sale* LÁZARO, *muy llagado.*

LÁZARO.

Á las puertas de la muerte
y á las tuyas, han traido
tu crueldad y mi miseria
á morir á tu sobrino.
De llagas estoy cubierto,
de bocas soy un prodigio,
y todas estas no bastan
á moverte, aunque dan gritos.
Dame á censo una limosna;
que si en los cielos te libro
seguridades eternas,
ganarás logro infinito.
Las migajas de tu mesa

son los regalos que pido
al despedírseme el alma;
si estimas tanto el sér rico,
da lo que es fuerza arrojar;
haz virtud lo que en tí es vicio,
y en abono de esta deuda,
haré mis llagas testigos.

NINEUCIO.

¿Qué me estás atormentando,
ignorante persuasivo,
con inmortales quimeras
que juzgo por desvaríos?
¿No sabes que no confieso
mas de esta vida, y que afirmo
que, como los brutos, mueren
cuerpo y alma á un tiempo mismo?
Pues ¿de qué estima serán
promesas, que en desatinos,
á plazos del cielo ofreces,
falsos como tú y fingidos?

LÁZARO.

¡Ay blasfemo! en la esperiencia,
cuando padezcas abismos
de penas, siempre inmortales,
desengaños te apercibo.
¿La vida niegas al alma,
imagen del sér divino
en el fin sin fin que espera,
puesto que tuvo principio?
Mas racionales que tú
son tus perros, que han lamido
las llagas que tú maltratas,
piadosos y compasivos.
¿Migajas niegas, avaro?
¡Plega á Dios que en su júicio
no te niegue el cielo gotas,
cuando sediento des gritos!

*(Éntrase.)*

*(Levántase Nineucio, y quitan las mesas.)*

NINEUCIO.

Matalde, sacalde el alma,
satisfacedme ofendido.

GULIN.

Ya él por sí se está muriendo.

NINECCIO.

¡A mí un llagado! ¡un mendigo!
Arrojad aquesas mesas:
el asco me ha conmovido
las entrañas. ¡Muerto soy!
Ofúscanse mis sentidos.
Desnudadme, que me abraso.
Llamas broto por suspiros.
Vengan los médicos todos
que en mas precio tiene Egipto.
¡Que me abraso! ¡que me enciendo!
¡Agua, cielos!

(*Llévanle los criados.*)

GULIN.

Dalde vino,
y plegue á Dios que reviente,
si de luto ha de vestirnos.

(*Vanse todos.*)

---

Vista esterior de una quinta de Clemente cerca de Jerusalen.

—

*Sale* CLEMENTE.

CLEMENTE.

La madre de Tobias
imitan, valles, las desdichas mias:
como ella cada instante
salgo á buscar un hijo, que ignorante
(1) de vicios salteadores,
causa su perdicion y mis temores.
Caminos, reducilde,
si loco se ausentó, cuerdo y humilde;
arroyos, detenelde,
si se despeña contra Dios rebelde.
¡Ay prolijos enojos!
Si le vieran venir mis tristes ojos,
diera á la vida plazos,

---

(1) De las consecuencias de los vicios, del pago que dan.

y á su cuello amoroso tiernos brazos.
Apenas se mueve hoja,
cuando al alma, que viene se le antoja.
Mas ¡ay loco deseo!
¿Quién es aquel que apresúrado veo?
El aire, el movimiento,
es todo de mi hijo. ¡Ay pensamiento...!
Corriendo, al viento alcanza,
y juzgo yo por siglos su tardanza.—

(*Llama á voces.*)

¡Liberio!—¡Ay desvario!—
¡Hijo! ¡Liberio!

LIBERIO.

(*Responde como de muy lejos.*)

Amado padre mio.

CLEMENTE.

¡Ay cielos! Padre dijo.
¿Si el eco me engañó?—¡Querido hijo!
¿eres tú?

LIBERIO.

(*Mas cerca.*)

Sí, mi padre.

CLEMENTE.

¡Él es! ¿Qué dicha habrá que no me cuadre?
¡Ay pies! si os entorpece
la edad, amor, que es dios, rejuvenece.
Corred; que siempre el gozo
tiñendo al viejo canas, le hace mozo.
Mitad del alma mia,
restituye con ella mi alegría.

(*Corre hácia Liberio, que sale y se hinca de rodillas, y le abraza.*)

¡Qué alegre que estuviera,
si en veros, toda en brazos se volviera!
Levántate del suelo.

LIBERIO.

Pequé contra tí, padre, y contra el cielo.

CLEMENTE.

No digas mas disculpas;
bastantes son arrepentidas culpas;
mi llanto y tus cuidados
son cohechos de amor. Hola, criados.

—

*Salen* DOS CRIADOS.

CRIADO 1.°
¿Qué es, señor, lo que mandas?
CLEMENTE.
Púrpuras escoged, sacad holandas;
dia es hoy de mi boda;
mi recámara abrid, robalda toda.
Entapizad mis salas,
y registrando magestuosas galas,
haced eleccion de ellas,
vistiéndole á mi hijo las mas bellas;
sus dedos le coronen
anillos, que del sol giros blasonen.
Convidad mis amigos;
que no hay contento donde no hay testigos;
matad una ternera
escogida entre mil de esa ribera,
tan pingüe, que la leche,
en vez de sangre, por los poros eche;
instrumentos sonoros
alegren danzas, y ocasionen coros:
todo sea regocijo,
pues muerto en vicios, resucita un hijo.
Perdióseme, y ahora
restituido alegra, porque llora.
LIBERIO.
Ya, bárbaros engaños,
mejoro con la vida torpes años;
no sois ya, alma, cautiva.
CRIADOS.
¡Viva tal padre!
LIBERIO.
Mas que todos viva.
*(Vanse Clemente, Liberio y el Criado 2.°, y suenan dentro chirimías.)*

—

*Sale* MODESTO, *como de campo.*

MODESTO.

¿Qué músicas serán estas,
tan nuevas en nuestra casa?
¿Qué huésped hay? ¿Quién se casa?
¿Por qué se hacen tantas fiestas?

CRIADO 1.°

No admires el regocijo,
señor, que juzgas por vano:
hoy has hallado á un hermano,
y tu padre ha hallado un hijo.
Vino Liberio, aunque roto,
desengañado y confuso
del mundo; á los pies se puso
de su padre; cumplió el voto,
cual marinero que en medio
del mar naufragó perdido;
porque en fin su padre ha sido
la imágen de su remedio.
Recibióle con los brazos
abiertos, porque es clemente;
él pidió pies de obediente,
y en vez de ellos halló abrazos.
Tan regocijado está
el viejo noble y piadoso,
que con todos generoso,
albricias y joyas da,
terneras de leche mata,
á sus amigos convida,
y remozando su vida,
años y gustos dilata.
Tanto como esto ha podido,
con ser tú su mayorazgo,
de un hijo mozo el hallazgo,
hoy hallado, ayer perdido.

MODESTO.

Eso sí, gaste con él
la hacienda que á mí me toca;

premie de su vida loca
los vicios; y á mí, que fiel
siempre estuve en su obediencia,
¡trátame con escasez!
Efetos de su vejez,
y prueba de mi paciencia.

—

*Salen* CLEMENTE *y* CRIADOS.

CLEMENTE.

Dame albricias, hijo mio,
ó para decir mejor,
pídeselas á mi amor:
ya volvió á su madre el rio,
que desatinado viste
romper presas; ya tu hermano,
obediente, humilde y llano,
te espera.—¿De que estás triste?
Entra, y abrazos apresta.

MODESTO.

Desde que tuve de tí
vida y sér, nunca salí
de tu gusto, ni en molesta
juventud, quebré jamás
las leyes que me pusiste;
y nunca, padre, me diste
lo que hoy á un perdido das.
Aun un cabrito siquiera
que comer con mis amigos,
te debo (sean testigos
mis quejas); y una ternera,
la mas gruesa de tus hatos,
á un disipador previenes
de tus virtudes y bienes,
y autor de sus desacatos.
Si es bien hecho que autorices,
contra quien te obedeció,
á quien su hacienda gastó
en juegos y en meretrices,
mas me valiera haber sido
como él, que el obedecerte.

CLEMENTE.

Necio enojo te divierte;
mi mayorazgo querido
eres, Modesto; mi hacienda
es tuya toda; ¿quién duda?
El tiempo costumbres muda,
la esperiencia pone rienda.
Ya reducido, te besa
los pies; enséñale amor,
y agraviarás tu valor
si de su dicha te pesa.
*(Vuelve á sonar la música.)*

—

*Sale bizarramente vestido* LIBERIO, *y se hinca á los pies de su hermano.*

LIBERIO.

Hermano y señor, yo he sido...

MODESTO.

Las entrañas me enterneces:
no me digas mas; mil veces
seas, hermano, bien venido.—
Tu hijo es; á festejalle
con los demas quiero ir;
que mas es el reducir
un hijo, que el engendralle.

—

*Sale* FELICIA, *de viuda.*

FELICIA.

Si desengaños del mundo
son padres del escarmiento,
y de tus justos agravios
alcanzó perdon Liberio;
viuda ya y desengañada,
con el alma que te ofrezco,
*(A Liberio.)*
á darte cuenta he venido
de lástimas y sucesos.
Murió de una apoplegía

Nineucio, el rico avariento,
blason que torpe ha ganado.

LIBERIO.

¿Qué dices? ¡Válgame el cielo!

FELICIA.

Murió Lázaro tambien;
los dos en la vida estremos
de la rueda de fortuna,
y hasta en el morir diversos.
A Lázaro, como á sobras
del mundo, por pobre dieron
sepulcro en un arenal,
como sus entrañas seco.
Al otro con aparatos
costosos cuanto soberbios,
arrastrando largos lutos,
galas de sus herederos,
en prolija procesion
le llevaron hasta un templo,
donde de mármoles finos,
de jaspes verdes y negros,
piras que á la clave llegan
del edificio supremo,
en sus entrañas admiten
el cadaver avariento,
que vivo no abrió jamás
piadosas puertas al pecho.
Rica y libre, restituyo
á la voluntad el reino
que mi engañada eleccion
entregó al interés necio.
¡Mil veces yo venturosa,
y muchas mas, si merezco
en tálamos mejorados
enmendar pasados yerros!

CLEMENTE.

Felicia, porque lo sea
ya mi ganado Liberio,
esposo vuestro será,
y el amor de entrambos dueño.
La inmortalidad del alma
negaba el torpe Nineucio;

su felicidad ponia
Lázaro en bienes del cielo;
¡mi Dios! para certidumbre
de la vida que confieso
en vuestro inmortal dominio,
y mas seguro escarmiento
de este pródigo enmendado,
enseñadnos con qué premio
premiais los pobres humildes,
y castigais los soberbios.

—

(*Música arriba; en lo alto del tablado un paraiso, y* LÁZARO *de blanco y oro, echado en el regazo de* ABRAHAN, *y abajo un infierno, y á una mesa sentado* NINEUCIO *abrasándose, y muchos platos, echando de los manjares llamas.*)

NINEUCIO.

Padre Abrahan, que me abrasan
en el alma y en el cuerpo
llamas de inmortalidad,
castigos de Dios eterno.
La gula, en que idolatré,
manjares me da de fuego;
hidrópica sed me abrasa;
ten piedad de mis tormentos,
padre, á Lázaro me envia,
que moje el último estremo
del dedo en agua un instante,
y dé un breve refrigerio
á mi lengua.

ABRAHAN.

Acuerdaté,
hijo, del bien que viviendo
recibiste en la otra vida,
y Lázaro los desprecios
y trabajos que tú sabes.
No hay dos glorias, no hay dos cielos;
él recibe descansado
de sus virtudes el premio;
tú en tormentos perdurables

pagas los males que has hecho.
Mal te podrá socorrer
desde lugar tan diverso
al en que estás; que hay abismos
de inmensa distancia en medio.

NINEUCIO.

Ruégote, pues, que le envies
(si desde aqui obligan ruegos)
á la casa de mis padres
donde cinco hermanos tengo,
para que los amoneste,
porque á estas penas viniendo,
no acrecienten las que paso:
ten misericordia de ellos.

ABRAHAN.

Á Moisés y á los profetas
tienen en libros, que llenos
de amonestaciones santas,
predican y dan ejemplos.

NINEUCIO.

No, padre Abrahan; mejor
los persuadirán los muertos;
si á Lázaro ven, no hay duda
que ponga á sus vicios freno.

ABRAHAN.

Quien los profetas no admite
y tiene de bronce el pecho,
ni á los que resucitaren
creerá tampoco: esto es cierto.

CLEMENTE.

Hijo, á Lázaro imitando,
y escarmentando en Nineucio,
restaurarás lo perdido,
y escusarás sus tormentos.
Vicioso pródigo fuiste,
y aquel misero avariento;
tanto en ti fué lo de mas
como en él fue lo de menos.
En medio está la virtud,
si son vicios los estremos;
de Lázaro el medio escoge,
y tendras á Dios por premio.

# EL BURLADOR DE SEVILLA
# Y CONVIDADO DE PIEDRA,

## COMEDIA.

---

PERSONAS.

D. JUAN TENORIO.
D. DIEGO TENORIO, *viejo.*
D. PEDRO TENORIO.
EL REY DE NÁPOLES.
EL REY DE CASTILLA D. ALONSO XI.
D. GONZALO DE ULLOA, *comendador de Calatrava.*
ISABELA, *duquesa.*
DOÑA ANA DE ULLOA.
EL DUQUE OCTAVIO.
EL MARQUES DE LA MOTA.
CATALINON, *lacayo.*
TISBEA, *pescadora.*
FELISA, *pescadora.*
ANFRISO, CORIDON, *pescadores.*
PATRICIO, GASENO, AMINTA, BELISA, *labradores.*
FABIO, RIPIO, *criados.*
UNA MUGER.
GUARDIAS.
PESCADORES.
MÚSICOS.
PUEBLO, *etc.*

*La escena es en Nápoles, en Tarragona, en Sevilla y en Dos-Hermanas.*

---

## ACTO PRIMERO.

La accion principia en el palacio del rey de Nápoles, en el cual habita la duquesa Isabela, de quien era amorosamente favorecido el duque Octavio. D. Juan Tenorio, sobrino de D. Pedro Tenorio embajador de Castilla, entra á oscuras en el aposento de la duquesa fingiendo ser el duque, y la deshonra: sorprendido D. Juan por el monarca en el momento de conocer Isabela su engaño, el embajador á quien el rey ha confiado el preso, le facilita la fuga; y al

dia siguiente da cuenta del suceso al duque Octavio, el cual se determina á venir á España por no casar con la duquesa, como ordenaba el rey, que creia, engañado por D. Pedro, haber sido el duque la persona que habia profanado el decoro del palacio real, y aquel á quien el rey mismo habia hallado encubierto disputando con la duquesa.

Playa de Tarragona.

—

*Sale* TISBEA *con una caña de pescar.*

Yo, de cuantas el mar
pies de jazmin y rosa
en sus riberas besa
con fugitivas olas,
sola de amor exenta,
como en ventura sola,
tirana me reservo
de sus prisiones locas.
¡Dichosa yo mil veces,
amor, pues me perdonas!
si ya por ser humilde,
no desprecias mi choza.
Mi honor conservo en pajas,
como fruta sabrosa,
vidrio guardado en ellas,
para que no se rompa.
De cuantos pescadores
con fuego Tarragona
de piratas defiende
en la argentada costa,
desprecio soy y encanto,
á sus suspiros sorda,
á sus ruegos terrible,
á sus promesas roca.
Anfriso á quien el cielo
con mano poderosa
prodigó un cuerpo y alma

dotado en gracias todas;
medido en las palabras,
liberal en las obras,
sufrido en los desdènes,
modesto en las congojas;
mis pajizos umbrales,
que él en las noches ronda,
á pesar de los tiempos,
las mañanas remoza;
pues ya con ramos verdes
que de los olmos corta,
mis pajas amanecen
ceñidas de lisonjas;
ya con vihuelas dulces
y sutiles zampoñas,
músicas me consagra:—
y todo no le importa;
porque en tirano imperio
vivo, de amor señora,
que halla gusto en sus penas
y en sus infiernos gloría.
Todas por él se mueren,
y yo todas las horas
le mato con desdenes:
de amor condicion propia,
querer donde aborrecen,
despreciar donde adoran;
que si le alegran muere,
y vive si le oprobian.
Pero, necio discurso,
que mi ejercicio estorbas,
en él no me diviertas
en cosa que no importa.
Quiero entregar la caña
al viento, y á la boca
del pececillo el cebo.—
Pero al agua se arrojan
dos hombres de una nave
antes que el mar la sorba,
que sobre el agua viene,
y en un escollo aborda.
Las olas va escarbando,

y ya su orgullo y pompa
casi la desvanece;
agua un costado toma.
Hundióse, y dejó al viento
la gavia, que la escoja
para morada suya;
que un loco en gavias mora.

VOCES, *dentro.*

¡Socorro, que me ahogo!
(1). . . . . . . . . . . . . . .

TISBEA.

Un hombre á otro aguarda,
que dice que se ahoga.
¡Gallarda cortesía!
En los hombros le toma...
Ya nadando, las aguas
con valentía corta,
y en la playa no veo
quien le ampare y socorra.
Daré voces: ¡Tirseo,
Anfriso, Alfredo, hola!
Pescadores me miran,
¡plega á Dios que me oigan!
Mas milagrosamente
ya tierra los dos toman,
sin aliento el que nada,
con vida el que le estorba.

—

*Saca en brazos* CATALINON *á* DON JUAN.

CATALINON.

¡Válgame la Cananea,
y qué salado está el mar!
Aqui puede bien nadar

(1) Falta un verso: no se suple porque los infinitos defectos de versificacion que se notan en esta comedia, manifiestan que debió ser la primera que publicó el autor; y este pudo ser un descuido de tantos.

el que salvarse desea;
que allá dentro es desatino.
Donde la muerte se fragua,
donde Dios juntó tanta agua,
¿no juntara tanto vino?—
¡Ah señor!—Helado está.—
¡Señor!—¿Si acaso está muerto?
Del mar fue este desconcierto,
y mio este desvarío.
¿Qué he de hacer?

TISBEA.

Hombre, ¿qué tienes
en desventuras iguales?

CATALINON.

Pescadora, muchos males
y falta de muchos bienes.
Veo por librarme á mí,
sin vida á mi señor: mira
si es verdad.

TISBEA.

No, que aun respira.
Ve á llamar los pescadores
que en aquella choza estan.

CATALINON.

Y si los llamo, ¿vendrán?

TISBEA.

Vendrán presto, no lo ignores.
¿Quién es este caballero?

CATALINON.

Es hijo aqueste señor
del camarero mayor
del rey, por quien ser espero
antes de dos dias conde
en Sevilla, donde va
y donde su alteza está,
si á mi amistad corresponde.

TISBEA.

¿Cómo se llama?

CATALINON.

Don Juan
Tenorio.

TISBEA.

Llama mi gente.

CATALINON.

Ya voy. (*Vase.*)

(*Coge en el regazo Tisbea á Don Juan.*)

TISBEA.

¡Mancebo escelente,
gallardo, noble y galan!
Volved en vos, caballero.

DON JUAN.

(*Recobrándose.*)

¿Dónde estoy?

TISBEA.

Ya podeis ver,
en brazos de una muger.

DON JUAN.

Vivo en vos, si en el mar muero.
Ya perdí todo el recelo
que me pudiera anegar,
pues del infierno del mar
salgo á vuestro claro cielo.
Un espantoso huracan
dió con mi nave al través
para arrojarme á esos pies,
que abrigo y puerto me dan.

TISBEA.

Muy grande aliento teneis
para venir sin aliento,
y tras de tanto tormento,
mucho tormento ofreceis.
Mucho hablais, cuando no hablais,
y cuando muerto venís,
mucho al parecer sentís;
¡plega á Dios que no mintais!

DON JUAN.

A Dios, zagala, pluguiera
que en el agua me anegara,
para que cuerdo acabara,
y loco en vos no muriera;
que el mar pudiera anegarme
entre sus olas de plata,
que sin límites desata;

mas no pudiera abrasarme.
Gran parte del sol mostrais,
pues que el sol os da licencia,
pues solo con la apariencia,
siendo de nieve, abrasais.

TISBEA.

Por mas helado que estais,
¿tanto fuego en vos teneis,
que en este mio os ardeis?
¡Plega á Dios que no mintais!

---

*Salen* CATALINON, ANFRISO, CORIDON *y* PESCADORES.

CATALINON.

Ya vienen todos aquí.

TISBEA.

Y ya está tu dueño vivo.

DON JUAN.

Con tu presencia recibo
el aliento que perdí.

CORIDON.

¿Qué nos mandas?

TISBEA.

Coridon,
Anfriso, amigos...

ANFRISO.

Todos
buscamos por varios modos
esta dichosa ocasion.
Dí: ¿qué nos mandas, Tisbea?
que por labios de clavel
no lo habrás mandado á aquel
que idolatrarte desea
apenas, cuando al momento,
sin cesar en llano ó sierra,
surque el mar, tale la tierra,
pise el fuego, el aire, el viento.

TISBEA.

(*Aparte.* ¡Oh! ¡qué mal me parecian

estas lisonjas ayer,
y hoy echo en ellas de ver
que sus labios no mentian!)
Estando, amigos, pescando
sobre este peñasco, ví
hundirse una nave allí,
y entre las olas nadando
dos hombres; y compasiva
dí voces, y nadie oyó;
y en tanta afliccion llegó,
libre de la furia esquiva
del mar, sin vida á la arena,
de este en los hombros cargado
un hidalgo, ya anegado;
y envuelta en tan triste pena,
á llamaros envié.

ANFRISO.

Pues aqui todos estamos,
manda que en tu gusto hagamos
lo que pensado no fue.

TISBEA.

Que á mi choza los llevemos
quiero, donde agradecidos
reparemos sus vestidos,
y allí los regalaremos;
que mi padre gusta mucho
de esta debida piedad.

CATALINON, *aparte.*

Estremada es su beldad.

DON JUAN.

(*A Catalinon.*)
Escucha aparte.

CATALINON.

Ya escuch.

DON JUAN.

Si te pregunta quien soy,
dí que no sabes.

CATALINON.

¿A mí
quieres advertirme aquí
lo que he de hacer?

DON JUAN.

Muerto soy
por la hermosa pescadora:
esta noche he de gozalla.

CATALINON.

¿De qué suerte?

DON JUAN.

Ven y calla.

CORIDON.

Anfriso, dentro de un hora
que canten y bailen.

ANFRISO.

Vamos,
y esta noche nos hagamos
rajas, y palos tambien.

DON JUAN.

(*Aparte á Tisbea.*)
Muerto estoy.

TISBEA.

¿Cómo, si andais?

DON JUAN.

Ando en pena, como veis.

TISBEA.

Mucho hablais.

DON JUAN.

Mucho entendeis.

TISBEA.

¡Plega á Dios que no mintais! (*Vanse.*)

---

Alcazar de Sevilla.

—

El rey de Castilla, don Alonso XI, pide á don Gonzalo de Ulloa, comendador de Calatrava, cuenta de la embajada á que le ha enviado á Portugal, con cuyo motivo hace don Gonzalo una larga descripcion de Lisboa, que al rey sin embargo le parece sucinta. Informado despues don Alonso de que el comendador tiene una

hija llamada doña Ana, le anuncia que se propone ca-sarla con don Juan Tenorio, que aun se halla ausen-del reino. El padre marcha á dar á su hija parte de voluntad del rey.

---

Playa de Tarragona.

—

*Salen* DON JUAN *y* CATALINON.

DON JUAN.

Estas dos yeguas preven,
pues acomodadas son.

CATALINON.

Aunque soy Catalinon,
soy, señor, hombre de bien;
que no se dijo por mí:
«Catalinon es el hombre
que sabes;» que aquese nombre
me asienta al revés á mí.

DON JUAN.

Mientras que los pescadores
van de regocijo y fiesta,
tú las dos yeguas apresta;
que de sus pies voladores
solo nuestro engaño fio.

CATALINON.

Al fin, ¿pretendes gozar
á Tisbea?

DON JUAN.

Si burlar
es hábito antiguo mio,
¿qué me preguntas, sabiendo
mi condicion?

CATALINON.

Ya sé que eres
castigo de las mugeres.

DON JUAN.
Por Tisbea estoy muriendo,
que es buena moza.

CATALINON.
¡Buen pago
á su hospedage deseas!

DON JUAN.
Necio, lo mismo hizo Eneas
con la reina de Cartago.

CATALINON.
Los que fingís, y engañais
las mugeres de esa suerte,
lo pagareis con la muerte.

DON JUAN.
¡Qué largo me lo fiais!
Catalinon con razon
te llaman.

CATALINON.
Tus pareceres
sigue; que en burlar mugeres,
quiero ser Catalinon.
Ya viene la desdichada.

DON JUAN.
Vete, y las yeguas preven.

CATALINON.
¡Pobre muger! harto bien
te pagamos la posada. (*Vase.*)

—

*Sale* TISBEA.

TISBEA.
El rato que sin tí estoy,
estoy agena de mí.

DON JUAN.
Por lo que finges asi,
ningun crédito te doy.

TISBEA.
¿Por qué?

DON JUAN.
Porque si me amaras,

mi llama favorecieras.

TISBEA.

Tuya soy.

DON JUAN.

Pues dí, ¿qué esperas,
ó en qué, señora, reparas....?

TISBEA.

Reparo en que fue castigo
de amor el que he hallado en tí.

DON JUAN.

Si vivo, mi bien, en tí,
á cualquier cosa me obligo.
Aunque yo sepa perder
en tu servicio la vida,
la diera por bien perdida,
y te prometo de ser
tu esposo.

TISBEA.

Soy desigual
á tu sér.

DON JUAN.

Amor es rey
que iguala con justa ley
la seda con el sayal.

TISBEA.

Casi te quiero creer;
mas sois los hombres traidores.

DON JUAN.

¿Posible es, mi bien, que ignores
mi amoroso proceder?
Hoy prendes por tus cabellos
mi alma.

TISBEA.

Yo á tí me allano
bajo la palabra y mano
de esposo.

DON JUAN.

Juro, ojos bellos,
que mirando me matais,
de ser vuestro esposo.

TISBEA.

Advierte,

mi bien, que hay Dios y que hay muerte.

DON JUAN.

(*Aparte.* ¡Qué largo me lo fiais!)
Y mientras Dios me dé vida,
yo vuestro esclavo seré.
Esta es mi mano y mi fé.

TISBEA.

No seré en pagarte esquiva.

DON JUAN.

Ya en mí mismo no sosiego.

TISBEA.

Ven, y será la cabaña,
del amor que me acompaña
tálamo á nuestro sosiego.
Entre estas cañas te esconde
hasta que tenga lugar.

DON JUAN.

¿Por dónde tengo de entrar?

TISBEA.

Ven, y te diré por donde.

DON JUAN.

Gloria al alma, mi bien, dais.

TISBEA.

Esa voluntad te obligue,
y si no, Dios te castigue.

DON JUAN, *aparte.*

¡Qué largo me lo fiais! (*Vase.*)

---

*Salen* CORIDON, ANFRISO, FELISA *y* MÚSICOS.

CORIDON.

Ea, llamad á Tisbea,
y los zagales llamad,
para que en la soledad
el huésped la corte vea.

FELISA.

Vamos á llamarla.

CORIDON.

Vamos.

FELISA.

A su cabaña lleguemos.
(1) . . . . . . . . . . . . . .

CORIDON.

¿No ves que estará ocupada
con los huéspedes dichosos,
de quien hay mil envidiosos?

ANFRISO.

Siempre es Tisbea envidiada.

FELISA.

Cantad algo mientras viene,
porque queremos bailar.

ANFRISO.

¿Cómo podrá descansar
cuidado que celos tiene?

MÚSICOS.

(*Cantan.*)

*A pescar salió la niña,*
*tendiendo redes,*
*y en lugar de peces,*
*las almas prende.*

---

*Sale* TISBEA.

TISBEA.

¡Fuego, fuego! que me quemo,
que mi cabaña se abrasa:
repicad á fuego, amigos;
que ya dan mis ojos agua.
¡Ay, choza, vil instrumento
de mi deshonra y mi infamia,
cueva de ladrones fiera,
que mis agravios ampara!
¡Ah falso huésped, que dejas
una muger deshonrada,
nube que del mar salió
para anegar mis entrañas!

---

(1) Faltan dos versos á lo menos.

Yo soy la que hacia siempre
de los hombres burla tanta;
que siempre las que hacen burla,
vienen á quedar burladas.
Engañóme el caballero
debajo de fé y palabra
de marido, y profanó
mi honestidad y mi cama.
Gozóme al fin, y yo propia
le dí á su rigor las alas
en dos yeguas que crié,
con que me burló y se escapa.
Seguidle todos, seguidle:
mas no importa que se vaya;
que en la presencia del rey
tengo de pedir venganza.
¡Fuego, fuego, zagales: agua, agua!
¡Amor, clemencia, que se abrasa el alma! (*Vase.*)

CORIDON.

Seguid al vil caballero.

ANFRISO.

¡Triste del que pena y calla!
Mas vive el cielo, que en él
me he de vengar de esta ingrata.
Vamos tras ella nosotros,
porque va desesperada,
y que vaya podrá ser
buscando mayor desgracia.

CORIDON.

¡Tal fin la soberbia tiene!
¡Su locura y confianza
paró en esto!

ANFRISO.

Al mar se arroja.

CORIDON.

Tisbea, detente, para.

TISBEA, *dentro*.

¡Fuego, fuego, zagales: agua, agua!
¡Amor, clemencia, que se abrasa el alma!

## ACTO SEGUNDO.

*Alcazar de Sevilla.*

Sabiendo el rey D. Alonso de boca de D. Diego Tenorio la culpa cometida en Nápoles por D. Juan que se halla de vuelta en Sevilla, dispone que se avise al rey de Nápoles para que con su permiso dé don Juan la mano á la duquesa y repare su honor, mandando al propio tiempo que aquella misma noche salga el atrevido mozo desterrado á Lebrija. El duque Octavio ha llegado á España en esto, y D. Alonso aprovecha la ocasion de su venida para casarle con Doña Ana de Ulloa, que quedaria desairada, no debiendo ya casarse con D. Juan.

Vista esterior del alcazar de Sevilla.

EL MARQUÉS DE LA MOTA, DON JUAN *y* CATALINON.

MOTA.

Todo hoy os ando buscando,
y no os he podido hallar.
¿Vos, don Juan, en el lugar,
y vuestro amigo penando
en vuestra ausencia?

DON JUAN.

Por Dios,
amigo, que me debeis
esa merced que me haceis.
¿Qué hay de Sevilla?

MOTA.

Está ya
toda esta corte mudada.

DON JUAN.

¿Mugeres?

MOTA.

Cosa juzgada.

DON JUAN.

¿Inés?

MOTA.

Á Vejer se va.

DON JUAN.

¡Buen lugar para vivir
la que tan dama nació!

MOTA.

El tiempo la desterró
á Vejer.

DON JUAN.

Irá á morir.
¿Julia, la del candilejo?

MOTA.

Ya con sus afeites lucha.

DON JUAN.

¿Véndese siempre por trucha?

MOTA.

Ya se da por abadejo.

DON JUAN.

El barrio de Cantarranas
¿tiene buena poblacion?

MOTA.

Ranas las mas de ellas son.

DON JUAN.

¿Y viven las dos hermanas?

MOTA.

Y la mona de Tolú
de su madre Celestina,
que les enseña doctrina.

DON JUAN.

¡O vieja de Bercebú!
¿Cómo la mayor está?

MOTA.

Blanca, sin blanca ninguna:
tiene un santo á quien ayuna.

DON JUAN.

¿Ahora en vigilias da?

MOTA.

Es firme y santa muger.

DON JUAN.

¿Y esotra?

MOTA.

Mejor principio
tiene; no desecha ripio.

DON JUAN.

Buen albañil quiere ser.
¿Qué hay de terrero?

MOTA.

No muero
en terrero; que en-terrado
me tiene mayor cuidado.

DON JUAN.

¿Cómo?

MOTA.

Un imposible quiero.

DON JUAN.

¿Pues no os corresponde?

MOTA.

Sí,
me favorece y estima.

DON JUAN.

¿Quién es?

MOTA.

Doña Ana, mi prima,
que es recien llegada aquí.

DON JUAN.

¿Pues dónde ha estado?

MOTA.

En Lisboa,
con su padre en la embajada.

DON JUAN.

¿Es hermosa?

MOTA.

Es estremada,
porque en Doña Ana de Ulloa
se estremó naturaleza.

DON JUAN.

¿Tan bella es esa muger?
Vive Dios, que la he de ver.

MOTA.

Vereis la mayor belleza
que los ojos del rey ven.

DON JUAN.

Casaos, pues es estremada.

MOTA.

El rey la tiene casada,
y no se sabe con quien.

DON JUAN.

¿No os favorece?

MOTA.

Y me escribe.

CATALINON, *aparte.*

No prosigas; que te engaña
el gran burlador de España.

DON JUAN.

¿Quién tan satisfecho vive?

MOTA.

Ahora estoy aguardando
la postrer resolucion.

DON JUAN.

Pues no perdais la ocasion;
que aquí os estoy aguardando.

MOTA.

Ya vuelvo.

(*Vanse el marqués y el criado.*)

DON JUAN.

Sigue al marqués,
que en el palacio se entró.

(*Vase Catalinon.*)

---

*Sale á una reja* UNA MUGER, *y llama á* DON JUAN.

MUGER.

Ce, ¿á quién digo?

DON JUAN.

¿Quién llamó?

(*Repara en la muger, y acércase á la reja.*)

MUGER.

Pues sois prudente y cortés,

y su amigo, dadle luego
al marqués este papel:
mirad que consiste en él
de una señora el sosiego.

DON JUAN.

Digo que se lo daré;
soy su amigo, y caballero.

MUGER.

Basta, señor forastero:
á Dios.

*(Quítase de la reja.)*

DON JUAN.

Y la voz se fue.
¿No parece encantamento
esto que ahora ha pasado?
A mí el papel ha llegado
por la estafeta del viento.
Sin duda que es de la dama
que el marqués me ha encarecido.
Venturoso en esto he sido.
Sevilla á voces me llama
el Burlador, y el mayor
gusto que en mí puede haber,
es burlar una muger,
y dejarla sin honor.
¡Vive Dios, que le he de abrir,
pues salí de la plazuela!
Mas ¿si hubiese otra cautela?
Gana me da de reir.
Ya está abierto el tal papel,
y que es suyo es cosa llana,
pues que aquí firma *Doña Ana.*
Dice así: *Mi padre infiel*
*en secreto me ha casado,*
*sin poderme resistir;*
*no sé si podré vivir,*
*porque la muerte me ha dado.*
*Si estimas, como es razon,*
*mi amor y mi voluntad,*
*y si tu amor fue verdad,*
*muéstralo en esta ocasion.*
*Porque veas que te estimo,*

*ven esta noche á la puerta,*
*que estará á las once abierta,*
*donde tu esperanza, primo,*
*goces, y el fin de tu amor:*
*traerás, mi gloria, por señas*
*de Leonorilla y las dueñas,*
*una capa de color.*
*Mi amor todo de tí fio,*
*y á Dios.* ¡Desdichado amante!
¿Hay suceso semejante?
Ya de la burla me rio.
Gozaréla, vive Dios,
con el engaño y cautela
que en Nápoles á Isabela.

---

*Sale* CATALINON.

CATALINON.
Ya el marqués viene.

DON JUAN.
Los dos
aquesta noche tenemos
que hacer.

CATALINON.
¿Hay engaño nuevo?

DON JUAN.
Estremado.

CATALINON.
No lo apruebo:
tú pretendes que escapemos
una vez, señor, burlados;
que el que vive de burlar,
burlado habrá de escapar
de una vez. . . . . . . (1)

DON JUAN.
(2). . . . . ¿Predicador
te vuelves, impertinente?
(3). . . . . . . . . . . . .

---

(1) (2) (3) Faltan versos: la primera redondilla defectuosa constaria corrigiendo en el primer verso de ella *burlados al fin, señor.*

Esta vez quiero avisarte,
porque otra vez no te avise.

CATALINON.

Digo que de aquí adelante
lo que me mandes haré,
y á tu lado forzaré
un tigre y un elefante.

DON JUAN.

Calla, que viene el marqués.

CATALINON.

Pues ¿ha de ser el forzado?

---

*Sale* EL MARQUÉS DE LA MOTA.

DON JUAN.

Para vos, marqués, me han dado
un recado harto cortés
por esa reja, sin ver
el que me lo daba allí;
solo en la voz conocí
que me lo daba muger.
Dícete al fin que á las doce
vayas secreto á la puerta,
qué estará á las doce abierta,
donde tu esperanza goce
la posesion de tu amor;
y que llevases por señas
de Leonorilla y las dueñas,
una capa de color.

MOTA.

¿Qué dices?

DON JUAN.

Que este recado
de una ventana me dieron,
sin ver quien.

MOTA.

Con él pusieron
sosiego en tanto cuidado.
¡Ay, amigo! solo en ti
mi esperanza renaciera.

Dame esos pies.

DON JUAN.

Considera
que no está tu prima en mí.
Eres tú quien ha de ser
quien la tiene de gozar,
¿y me llegas á abrazar
los pies?

MOTA.

Es tal el placer,
que me ha sacado de mí.
¡O sol, apresura el paso!

DON JUAN.

Ya el sol camina al ocaso.

MOTA.

Vamos, amigos, de aquí,
y de noche nos pondremos.
Loco voy.

DON JUAN.

Bien se conoce;
mas yo bien sé que á las doce
harás mayores estremos.

MOTA.

¡Ay prima del alma! ¡Prima!
¿que quieres premiar mi fé?

CATALINON, *aparte.*

Vive Cristo, que no dé
una blanca por su prima.

(*Vase el marqués.*)

---

*Sale* DON DIEGO.

DON DIEGO.

¿Don Juan?

CATALINON.

Tu padre te llama.

DON JUAN.

¿Qué manda vueseñoría?

DON DIEGO.

Verte mas cuerdo querria,

mas bueno, y con mejor fama.
¿Es posible que procuras
todas las horas mi muerte?

DON JUAN.

¿Por qué vienes de esa suerte...?

DON DIEGO.

Por tu trato y tus locuras.
Al fin el rey me ha mandado
que te eche de la ciudad,
porque está de una maldad
con justa causa indignado;
que aunque me lo has encubierto,
ya en Sevilla el rey lo sabe,
cuyo delito es tan grave,
que á decírtelo no acierto.
¡En el palacio real
traicion, y con un amigo!
Traidor, Dios te dé el castigo
que pide delito igual.
Mira que aunque al parecer
Dios te consiente y aguarda,
su castigo no se tarda.
¡Y qué castigo ha de haber
para los que profanais
su nombre! que es jüez fuerte
Dios en la muerte.

DON JUAN.

¿En la muerte?
¿Tan largo me lo fiais?
De aquí allá hay gran jornada.

DON DIEGO.

Breve te ha de parecer.

DON JUAN.

Y la que tengo de hacer,
pues á su alteza le agrada,
ahora, ¿es larga tambien?

DON DIEGO.

Hasta que el injusto agravio
satisfaga al duque Octavio,
y apaciguados esten
en Nápoles, de Isabela
los sucesos que has causado,

en Lebrija retirado,
por tu traicion y cautela,
quiere el rey que estés ahora:
pena á tu maldad ligera.

CATALINON, *aparte.*

Si el caso tambien supiera
de la pobre pescadora,
mas se enojara el buen viejo.

DON DIEGO.

Pues no te vence el castigo
con cuanto hago y cuanto digo,
á Dios tu castigo dejo. (*Vase.*)

CATALINON.

Fuése el viejo enternecido.

DON JUAN.

Luego las lágrimas copia,
condicion de viejo propia:
vamos, pues ha anochecido,
á burlar al marqués.

CATALINON.

Vamos.
¿Y al fin gozarás su dama?

DON JUAN.

Ha de ser burla de fama.

CATALINON.

Ruego al cielo que salgamos
de ella en paz.

DON JUAN.

Catalinon,
en fin.

CATALINON.

Y tú, señor, eres
langosta de las mugeres;
y con público pregon
porque de tí se guardara,
cuando á noticia viniera
de la que doncella fuera,
fuera bien se pregonara:
«guárdense todos de un hombre
que á las mugeres engaña,
y es el Burlador de España.»

DON JUAN.

Tú me has dado gentil nombre. (*Vanse.*)

Cerrada ya la noche, viene el marqués con unos músicos á dar una serenata á la hija del comendador: D. Juan para separarse del marqués, pretesta que tiene que ir á dar un chasco; y entonces el marqués le ofrece su capa para no ser conocido. D. Juan, embozado en ella, entra en casa de Doña Ana, que le conoce á tiempo, y pide socorro; el comendador acude á los gritos de su hija, cierra el paso á D. Juan, y este le tiende muerto de una estocada, huyendo en seguida para devolver al marqués la capa, y disfrazándole la verdad de lo que ha sucedido. Retirado D. Juan, sobreviene su padre y luego el rey con guardias y acompañamiento, y prenden al marqués sin espresar por qué, pues Doña Ana, de quien se dice que se ha puesto bajo la proteccion de la reina, no ha podido acusar á su amante. Múdase la decoracion. D. Juan y su criado aparecen en el pueblo de Dos-Hermanas, donde el anciano labrador Gaseno va á celebrar los desposorios de su hija Aminta con Patricio: convídanse á la boda los dos viajeros, y al momento D. Juan, segun su costumbre, se aficiona á la muger del prójimo. Patricio, que parece presiente el peligro de su honra, esclama desde el momento que ve á D. Juan, y lo repite despues:

¿En mis bodas caballero?
¡Mal agüero!



# ACTO TERCERO.

Casa de Gaseno en Dos-Hermanas.

---

*Sale* PATRICIO, *pensativo.*

PATRICIO.

¿Qué me quereis, caballero,
que me atormentais asi?
Bien dije, cuando le ví
en mis bodas: «¡mal agüero!»
¿No es bueno que se sentó
á cenar con mi muger,
y á mí en el plato meter
la mano no me dejó;
pues cada vez que queria
meterla, la desviaba,
diciendo á cuanto tomaba:
«grosería, grosería?»
Pues el otro bellacon,
á cuanto comer queria,
«¿esto no come?» decia;
«no teneis, señor, razon;»
y de delante al momento
me lo quitaba. Corrido
estoy viendo esto, que ha sido
(1) culebra, y no casamiento.
Ya no se puede sufrir,
ni entre cristianos pasar.

(1) Chasco cruel, como si dijéramos ahora *pasar baquetas.*

Y acabando de cenar
con los dos, ¿mas que á dormir
se ha de ir tambien sin porfía
con nosotros, y ha de ser
el llegar yo á mi muger
grosería, grosería?
Ya viene; no me resisto:
aquí me quiero esconder;
pero ya no puede ser,
que imagino que me ha visto.

---

*Sale* DON JUAN.

DON JUAN.

¿Patricio?

PATRICIO.

Su señoría
¿qué manda?

DON JUAN.

Haceros saber...

PATRICIO, *aparte.*

¿Mas que ha de venir á ser
alguna desdicha mia?

DON JUAN.

Que há muchos dias, Patricio,
que á Aminta el alma le dí,
y he gozado...

PATRICIO.

¿Su honor?

DON JUAN.

Sí.

PATRICIO.

(*Aparte.* Manifiesto y claro indicio
de lo que he llegado á ver;
que si bien no le quisiera,
nunca á su casa viniera.)
Al fin, al fin es muger.

DON JUAN.

Al fin, Aminta, celosa,
ó quizá desesperada

de verse de mí olvidada
y de ageno dueño esposa,
esta carta me escribió,
enviándome á llamar;
y yo prometí gozar
lo que el alma prometió.
Esto pasa de esta suerte:
dad á vuestra vida un medio;
que le daré sin remedio
al que lo impida, la muerte.

PATRICIO.

Si tú en mi eleccion lo pones,
tu gusto pretendo hacer;
que el honor y la muger
son malos en opiniones.
La muger en opinion (1),
siempre mas pierde que gana;
que son como la campana,
que se estima por el son;
y asi es cosa averiguada
que opinion viene á perder
cuando cualquiera muger
suena á campana quebrada.
No quiero, pues me reduces
el bien que mi amor ordena,
muger entre mala y buena,
que es moneda entre dos luces.
Gózala, señor, mil años;
que yo quiero resistir
desengaños, y morir,
y no vivir con engaños. (*Vase.*)

DON JUAN.

Con el honor le vencí,
porque siempre los villanos
tienen su honor en las manos,
y siempre miran por sí;
que por tantas variedades,
es bien que se entienda y crea

(1) Cuya opinion anda en lenguas.

que el honor se fué al aldea,
huyendo de las ciudades.
Pero antes de hacer el daño,
le pretendo reparar:
á su padre voy á hablar,
para autorizar mi engaño.
Bien lo supe negociar;
gozarla esta noche espero;
la noche camina, y quiero
su viejo padre llamar.
Estrellas que me alumbrais,
dadme en este engaño suerte,
si el galardon en la muerte
tan largo me lo guardais. (*Vase.*)

*Salen* AMINTA *y* BELISA.

BELISA.

Mira que vendrá tu esposo:
entra á desnudarte, Aminta.

AMINTA.

De estas infelices bodas
no sé qué siento, Belisa.
Todo hoy mi Patricio ha estado
bañado en melancolía;
todo es confusion y celos:
¡mira qué grande desdicha!

BELISA.

Dí ¿qué caballero es este...?

AMINTA.

Déjame, que estoy corrida.
La desvergüenza en España
se ha hecho caballería.
¡Mal hubiese el caballero,
que de mi esposo me priva!

BELISA.

Calla, que pienso que viene;
que nadie en la casa pisa
de un desposado, tan recio.

AMINTA.
Queda á Dios, Belisa mia.
BELISA.
Desenójale en los brazos.
AMINTA.
¡Plega á los cielos que sirvan
mis suspiros de requiebros,
mis lágrimas de caricias! (*Vanse.*)

—

*Salen* DON JUAN, CATALINON *y* GASENO.

DON JUAN.
Gaseno, quedad con Dios.
GASENO.
Acompañaros queria,
por darle de esta ventura
el parabien á mi hija.
DON JUAN.
Tiempo mañana nos queda.
GASENO.
Bien decís: el alma mia
en la muchacha os ofrezco.
DON JUAN.
Mi esposa decid.
(*Vase Gaseno.*)
Ensilla,
Catalinon.
CATALINON.
¿Para cuando?
DON JUAN.
Para el alba, que de risa
muerta ha de salir mañana,
de este engaño.
CATALINON.
Allá en Lebrija,
señor, nos está aguardando
otra boda; por tu vida
que despaches pronto en esta.
DON JUAN.
La burla mas escogida

de todas, esta ha de ser.

CATALINON.

Que saliésemos querria
de todas bien.

DON JUAN.

Si es mi padre
el dueño de la justicia,
y es la privanza del rey,
¿qué temes?

CATALINON.

De los que privan
suele Dios tomar venganza,
si delitos no castigan.

DON JUAN.

Vete, ensilla; que mañana
he de dormir en Sevilla.

CATALINON.

¿En Sevilla?

DON JUAN.

Sí.

CATALINON.

¿Qué dices?
Mira lo que has hecho, y mira
que hasta la muerte, señor,
es corta la mayor vida;
que hay tras la muerte imperio.

DON JUAN.

Si tan largo me lo fias,
vengan engaños.

CATALINON.

Señor...

DON JUAN.

Vete, que ya me amohinas.
(*Vase Catalinon.*)
Yo quiero poner mi engaño
por obra; el amor me guia
á mi inclinacion, de quien
no hay hombre que se resista.
Quiero llegar á la cama.
(*Acércase á la puerta de la alcoba, y llama.*)
Aminta.

---

*Sale* AMINTA, *como que estaba acostada.*

AMINTA.

¿Quién llama á Aminta?
¿Es mi Patricio?

DON JUAN.

No soy
tu Patricio.

AMINTA.

¿Pues quién?

DON JUAN.

Mira
despacio, Aminta, quien soy.

AMINTA.

¡Ay de mí! yo soy perdida.
¿En mi aposento á estas horas?

DON JUAN.

Estas son las horas mias.

AMINTA.

Volveos; que daré voces:
no escedais la cortesía...

DON JUAN.

Escúchame dos palabras,
y esconde de las mejillas
en el corazon la grana,
por tí mas preciosa y rica.

AMINTA.

Vete, que vendrá mi esposo.

DON JUAN.

Yo lo soy.—¿De qué te admiras?

AMINTA.

¿Desde cuándo?

DON JUAN.

Desde ahora.

AMINTA.

¿Quién lo ha tratado?

DON JUAN.

Mi dicha.

AMINTA.

¿Y quién nos casó?

DON JUAN.

Tus ojos.

AMINTA.

¿Con qué poder?

DON JUAN.

Con la vista.

AMINTA.

¿Sábelo Patricio?

DON JUAN.

Sí,
que te olvida.

AMINTA.

¿Que me olvida?

DON JUAN.

Sí, que yo te adoro.

AMINTA.

¿Cómo?

DON JUAN.

Con mis dos brazos.

AMINTA.

Desvia.

DON JUAN.

¿Cómo puedo, si es verdad
que muero?

AMINTA.

¡Qué gran mentira!

DON JUAN.

Aminta, escucha y sabrás,
si quieres que te lo diga,
la verdad; que las mugeres
sois de verdades amigas.
Yo soy noble caballero,
cabeza de la familia
de los Tenorios antiguos,
ganadores de Sevilla.
Mi padre, despues del rey,
se reverencia y estima,
y en la corte, de sus labios
pende la muerte ó la vida.
Corriendo el camino acaso,
llegué á verte; que amor guia
tal vez las cosas de suerte,

que él mismo de ellas se olvida.
Víte, adoréte, abraséme
tanto, que tu amor me anima
á que contigo me case;
y aunque el rey lo contradiga,
y aunque mi padre enojado
con amenazas lo impida,
tu esposo tengo de ser.
¿Qué dices?

AMINTA.

No sé qué diga;
que se encubren tus verdades
con retóricas mentiras;
porque si estoy desposada
(como es cosa conocida)
con Patricio, el matrimonio
no se absuelve, aunque él desista.

DON JUAN.

En no siendo consumado,
por engaño ó por malicia
puede anularse.

AMINTA.

En Patricio
todo fue verdad sencilla.

DON JUAN.

Ahora bien, dame esa mano,
y esta voluntad confirma
con ella.

AMINTA.

¿Qué? no, me engañas.

DON JUAN.

Mio el engaño seria.

AMINTA.

Pues jura que cumplirás
la palabra prometida.

DON JUAN.

Juro á esta mano, señora,
infierno de nieve fria,
de cumplirte la palabra.

AMINTA.

Jura á Dios que te maldiga
si no la cumples.

DON JUAN.

Si acaso
la palabra y la fé mia
te faltare, ruego á Dios
que á traicion y alevosía
me dé muerte un hombre muerto;
(*Aparte.* que vivo, Dios no permita.)

AMINTA.

Pues con ese juramento
soy tu esposa.

DON JUAN.

El alma mia
entre los brazos te ofrezco.

AMINTA.

Tuya es el alma y la vida.

DON JUAN.

¡Ay Aminta de mis ojos!
mañana sobre virillas
de tersa plata, estrellada
con clavos de oro de Tibar,
pondrás los hermosos pies,
y en prision de gargantillas
la alabastrina garganta,
y los dedos en sortijas,
en cuyo engaste parezcan
transparentes perlas finas.

AMINTA.

A tu voluntad, esposo,
la mia desde hoy se inclina:
tuya soy.

DON JUAN, *aparte.*

¡Qué mal conoces
al Burlador de Sevilla! (*Vanse.*)

Playa de Tarragona.

—

*Salen* ISABELA *y* FABIO, *de camino.*

ISABELA.
¡Que me robase el sueño
la prenda que estimaba y mas queria!
¡O rigoroso empeño
de la verdad, o máscara del dia,
noche, al fin, tenebrosa,
antípoda del sol, del sueño esposa!

FABIO.
El mar está alterado,
y en grave temporal riesgo se corre;
el abrigo han tomado
las galeras, duquesa, de la torre
que esta playa corona.

ISABELA.
¿Dónde estamos ahora?

FABIO.
En Tarragona.
De aqui á poco espacio,
daremos en Valencia, ciudad bella,
del mismo sol palacio:
divertiráste algunos dias en ella;
y despues á Sevilla
irás á ver la octava maravilla;
que si á Octavio perdiste,
mas galan es Don Juan, y de notorio
solar. ¿De qué estás triste?
Conde dicen que es ya Don Juan Tenorio;
el rey con él te casa,
y el padre es la privanza de su casa.

ISABELA.
No nace mi tristeza
de ser esposa de Don Juan; que el mundo
conoce su nobleza:

en la esparcida voz mi agravio fundo;
que esta opinion perdida,
es de llorar mientras tuviere vida.

FABIO.

Allí una pescadora
tiernamente suspira y se lamenta,
y dulcemente llora;
acá viene sin duda, y verte intenta;
mientras llamo tu gente,
lamentareis las dos mas dulcemente. (*Vase.*)

*Sale* TISBEA.

TISBEA.

Robusto mar de España,
ondas de fuego, fugitivas ondas,
Troya de mi cabaña,
. . . . . . . . . . . . . . .
¡maldito el leño sea
que á tu amargo cristal halló camino,
. . . . . . . . . . . . . .
y el cáñamo primero, ó primer lino,
aspado de los vientos
para velas, de engaños instrumentos!

ISABELA.

¿Por qué del mar te quejas
tan tiernamente, hermosa pescadora?

TISBEA.

Al mar formo mil quejas.
¡Dichosa vos, que en su tormenta ahora,
de él os estais riendo!

ISABELA.

Tambien quejas del mar estoy haciendo.
¿De dónde sois?

TISBEA.

De aquellas
cabañas que mirais del viento heridas,
tan victorioso entre ellas,
cuyas pobres paredes desparcidas
caen en pedazos graves,
dándoles, mientras, nidos á las aves.
¿Sois vos la . . . . . . hermosa,

que esos . . . . . . . llevan?

ISABELA.

Á Sevilla (1)
llévanme á ser esposa
contra mi voluntad.

TISBEA.

Si mi mancilla
á lástima os provoca,
y si injurias del mar os tienen loca,
en vuestra compañía,
para serviros como humilde esclava,
me llevad; que querria
(si el dolor ó la afrenta no me acaba)
pedir al rey justicia
de un engaño crüel, de una malicia.
Del agua derrotado,
á esta tierra llegó Don Juan Tenorio,
difunto y anegado;
amparéle, hospedéle en tan notorio
peligro, y el vil huesped
vívora fue á mi planta en tierno cesped.
Con palabra de esposo
la que de aquesta costa burla hacía,
se rindió al engañoso:
¡mal haya la muger que en hombre fia!
Fuése al fin, y dejóme:
mirad si es justo que venganza tome.

ISABELA.

Calla, muger maldita;
vete de mi presencia; que me has muerto. (2)
Mas si el dolor te incita,
no tienes culpa tú; prosigue el cuento.

TISBEA.

La dicha fuera mia...

ISABELA.

¡Mal haya la muger que en hombre fia!

---

(1) Aqui faltaba la palabra que habia de consonar con *mancilla*: los otros vacíos señalados con puntos en esta ó cualquiera escena son supresiones hechas por el editor.

(2) No consuena con *cuento*.

¿Quién tiene de ir contigo?

TISBEA.

Un pescador, Alfredo, un pobre padre,
de mis males testigo.

ISABELA.

No hay venganza que á mal tanto le cuadre.
Ven en mi compañía.

TISBEA.

¡Mal haya la muger que en hombre fia! (*Vanse.*)

---

Claustro ó nave de una iglesia de Sevilla, y en ella á un lado el sepulcro del comendador con la estatua del difunto.

---

*Salen* DON JUAN *y* CATALINON.

CATALINON.

Todo en mal estado está.

DON JUAN.

¿Cómo?

CATALINON.

Que Octavio ha sabido
la traicion de Italia ya,
y el de la Mota ofendido
de tí, justas quejas da,
y dice que fue el recado
que de su prima le diste,
fingido y disimulado,
y con su capa emprendiste
la traicion que le ha infamado.
Dicen que viene Isabela
á que seas su marido,
y dicen...

DON JUAN.

(*Dándole un bofeton.*)
Calla.

CATALINON.

Una muela

en la boca me has rompido.

DON JUAN.

Hablador, ¿quién te revela
tanto disparate junto?

CATALINON.

Cuanto llamas disparate, (1)
verdades son.

DON JUAN.

No pregunto
si lo son: cuando me mate
Octavio, ¿estoy yo difunto?
¿No tengo manos tambien?—
¿Dónde me tienes posada?

CATALINON.

En la calle oculta.

DON JUAN.

Bien.

CATALINON.

La iglesia es tierra sagrada.

DON JUAN.

Di que de dia me den
en ella la muerte.—¿Viste
al novio de Dos-Hermanas?

CATALINON.

Tambien le ví, ansiado y triste.

DON JUAN.

Aminta estas dos semanas
no ha de caer en el chiste.

CATALINON.

Tan bien engañada está,
que se llama Doña Aminta.

DON JUAN.

Graciosa burla será.

CATALINON.

Graciosa burla y sucinta;
mas siempre la llorará.

(*Reparan en el sepulcro.*)

DON JUAN.

¿Qué sepulcro es este?

---

(1) Suplido.

CATALINON.

Aqui
Don Gonzalo está enterrado.

DON JUAN.

Este es al que muerte dí.
¡Gran sepulcro le han labrado!

CATALINON.

Ordenólo el rey así.
¿Cómo dice este letrero?

DON JUAN.

(*Lee.*) *Aquí aguarda del Señor*
*el mas leal caballero*
*la venganza de un traidor.*
Del mote reirme quiero.
¿De mí os habeis de vengar,
(*Asiendo la barba á la estatua.*)
buen viejo, barbas de piedra?

CATALINON.

No se las podrás pelar;
que en barbas muy fuertes medra.

DON JUAN.

(*Dirigiéndose á la estatua.*)
Aquesta noche á cenar
os aguardo en mi posada;
alli el desafío haremos,
si la venganza os agrada;
aunque mal reñir podremos,
si es de piedra vuestra espada.

CATALINON.

Ya, señor, ha anochecido:
vámonos á recoger.

DON JUAN.

Larga esta venganza ha sido;
si es que vos la habeis de hacer,
importa no estar dormido;
que si á la muerte aguardais
la venganza, la esperanza
ahora es bien que perdais;
pues vuestro enojo y venganza
tan largo me lo fiais. (*Vanse.*)

Sala en casa de Don Juan.

—

*Salen* DOS CRIADOS, *que ponen la mesa.*

CRIADO 1.º
Quiero apercebir la pieza;
que vendrá á cenar Don Juan.

CRIADO 2.º
Puestas las mesas estan.
¡Qué flema tiene, si empieza!
Ya tarda, como solia,
mi señor; no me contenta:
la bebida se calienta,
y la comida se enfria.
¿Mas quién á Don Juan ordena
en tal desórden?

—

*Salen* DON JUAN *y* CATALINON.

DON JUAN.
¿Cerraste?

CATALINON.
Ya cerré, como mandaste.

DON JUAN.
Hola, tráiganme la cena.

CRIADO 2.º
Ya está aquí.

DON JUAN.
Catalinon,
siéntate.

CATALINON.
Yo soy amigo
de cenar despacio.

DON JUAN.
Digo

que te sientes.

CATALINON.

La razon

haré.

CRIADO 1.°, *aparte.*

Tambien es camino

este, si come con él.

DON JUAN.

Siéntate.

(*Dan un golpe dentro.*)

CATALINON.

Golpe es aquel.

DON JUAN.

Que llamaron imagino.

Mira quién es.

CRIADO 1.°

Voy volando.

CATALINON.

¿Si es la justicia, señor?

DON JUAN.

Sea: no tengas temor.

(*Vuelve el criado huyendo, sin acertar á hablar.*)

¿Quién es? ¿De qué estás temblando?

CATALINON.

De algun mal da testimonio.

DON JUAN.

Mal mi cólera resisto.

Habla, responde: ¿qué has visto?

¿Asombróte algun demonio?

Vé tú, y mira aquella puerta:

presto, acaba.

CATALINON.

¿Yo?

DON JUAN.

Tú, pues.

Acaba, menea los pies,

¿No vas?

CATALINON.

(*Al criado* 1.°)

¿Dejaste en la puerta

tú la llave?

CRIADO 2.º

(*Que se habrá llegado á mirar la puerta, pero sin abrirla.*)

Con la aldaba
está cerrada no mas.

DON JUAN.

¿Qué tienes? ¿Por qué no vas?

CATALINON, *aparte.*

Hoy Catalinon acaba.
¿Mas si las forzadas vienen
á vengarse de los dos?

(*Vase Catalinon, y vuelve al punto corriendo; cae y levántase.*)

DON JUAN.

¿Qué es eso?

CATALINON.

¡Válgame Dios!
¡Que me matan, que me tienen!

DON JUAN.

¿Quién te tiene? ¿quién te mata?
¿Qué has visto?

CATALINON.

Señor, yo allí
vide... cuando luego fuí...—
¿Quién me ase? ¿quién me arrebata?—
Llegué, cuando... despues ciego...
cuando vide, juro á Dios...
Hablo y digo: ¿quién sois vos?
Respondió, respondí luego...
topé y vide...

DON JUAN.

¿A quién?

CATALINON.

No sé.

DON JUAN.

¡Cómo el vino desatina!
Dame la vela, gallina,
y yo á quien llama veré.

—

*(Toma la vela Don Juan, y llega á la puerta; sálele al encuentro* DON GONZALO *en la forma que estaba en el sepulcro, y Don Juan se retira atrás turbado, empuñando la espada, y en la otra mano la vela; Don Gonzalo va hácia él con pasos menudos, y al compás Don Juan retirándose, hasta estar en medio del teatro.)*

DON JUAN.

¿Quién va?

DON GONZALO.

Yo soy.

DON JUAN.

¿Quién sois vos?

DON GONZALO.

Soy el caballero honrado
que á cenar has convidado.

DON JUAN.

Cena habrá para los dos;
y si vienen mas contigo,
para todos cena habrá:
ya puesta la mesa está;
siéntate.

CATALINON.

Dios sea conmigo.
¡San Panuncio! ¡san Anton!
Pues ¿los muertos comen? di.
Por señas dice que sí.

DON JUAN.

Siéntate, Catalinon.

CATALINON.

No, señor; yo lo recibo
por cenado.

DON JUAN.

Es desacierto.
¿Qué temor tienes á un muerto?
¿Qué hicieras estando vivo?
¡Necio y villano temor!

CATALINON.

Cena con tu convidado;
que yo, señor, ya he cenado.

DON JUAN.

¿He de enojarme?

CATALINON.

Señor,
vive Dios que huelo mal.

DON JUAN.

Llega, que aguardando estoy.

CATALINON, *aparte.*

Yo pienso que muerto soy,
y está muerto mi arrabal.

(*Tiemblan los criados.*)

DON JUAN.

Y vosotros, ¿qué decís?
¿qué haceis? ¡Necios! ¿temblar?

CATALINON.

Nunca quisiera cenar
con gente de otro país.
¿Yo, señor, con convidado
de piedra?

DON JUAN.

¡Necio temor!
si es piedra, ¿qué te ha de hacer?

CATALINON.

Dejarme descalabrado.

DON JUAN.

Háblale con cortesía.

CATALINON.

¿Está bueno? ¿Es buena tierra
la otra vida? ¿Es llano ó sierra?
¿Prémiase allá la poesía?

CRIADO 1.º

A todo dice que sí
con la cabeza.

CATALINON.

¿Hay allá
muchas tabernas? Sí habrá,
si no se reside allí.

DON JUAN.

Hola, dadnos de beber.

CATALINON.

Señor muerto, ¿allá se bebe
(*Baja la estatua la cabeza.*)
con nieve? ¡Ah! ¿sí? ¿que hay nieve?
Buen país.

DON JUAN.

(*Al comendador.*)
Si oir cantar
quereis, cantarán.
(*El comendador baja la cabeza.*)

CRIADO 2.º

Sí, dijo.

DON JUAN.

Cantad.

CATALINON.

Tiene el seor muerto
buen gusto.

CRIADO 1.º

Es noble por cierto,
y amigo de regocijo.
(*Cantan, dentro.*)
*Si de mi amor aguardais,*
*señora, de aquesta suerte,*
*el galardon en la muerte,*
*¡qué largo me lo fiais!*

CATALINON.

Ó es sin duda veraniego
el seor muerto, ó debe ser
hombre de poco comer:
temblando al plato me llego.
Poco beben por allá;
(*Bebe.*)
yo beberé por los dos.
Brindis de piedra, por Dios,
menos temor tengo ya.
(*Cantan.*)
*Si ese plazo me convida*
*para que gozaros pueda,*
*pues larga vida me queda,*
*dejad que pase la vida.*
*Si de mi amor aguardais,*
*señora, de aquesta suerte,*

*el galardon en la muerte,*
*¡qué largo me lo fiais!*

CATALINON.

¿Con cuál de tantas mugeres
como has burlado, señor,
hablan?

DON JUAN.

De todas me rio,
amigo, en esta ocasion.—
En Nápoles á Isabela...

CATALINON.

Esa ya no está, señor,
burlada, porque se casa
contigo, como es razon.
Burlaste á la pescadora
que del mar te redimió,
pagándole el hospedage
en moneda de rigor.
Burlaste á Doña Ana...

DON JUAN.

Calla;
que hay parte aquí que lastó
por ella, y vengarse aguarda.

CATALINON.

Hombre es de mucho valor;
que él es piedra, tú eres carne:
no es buena resolucion.

(*Don Gonzalo hace señas de que se quite la mesa y queden solos.*)

DON JUAN.

Hola, quitad esa mesa,
que hace señas que los dos
nos quedemos, y se vayan
los demas.

CATALINON.

¡Malo! Por Dios,
no te quedes, porque hay muerto
que mata de un mojicon
á un gigante.

DON JUAN.

Salíos todos.
A ser yo Catalinon...—

Vete, que viene.

(*Vanse los criados, y quedan solos Don Juan y Don Gonzalo, que le hace señas para que cierre la puerta.*)

La puerta
ya está cerrada; ya estoy
aguardando; di, ¿qué quieres,
sombra, ó fantasma, ó vision?
Si andas en pena, ó si aguardas
alguna satisfaccion
para tu remedio, dilo;
que mi palabra te doy
de hacer lo que me ordenares.
¿Estás gozando de Dios?
¿Díte la muerte en pecado?
Habla, que suspenso estoy.

DON GONZALO.

(*Hablando paso, como cosa del otro mundo.*)
¿Cumplirásme una palabra
como caballero?

DON JUAN.

Honor
tengo, y las palabras cumplo,
porque caballero soy.

DON GONZALO.

Dame esa mano; no temas.

DON JUAN.

¿Eso dices? ¿yo temor?
si fueras el mismo infierno,
la mano te diera yo.

(*Dale la mano.*)

DON GONZALO.

Bajo esta palabra y mano,
mañana á las diez estoy
para cenar aguardando.
¿Irás?

DON JUAN.

Empresa mayor
entendí que me pedias.
Mañana tu huesped soy.
¿Dónde he de ir?

DON GONZALO.

A mi capilla.

DON JUAN.

¿Iré solo?

DON GONZALO.

No, los dos;
y cúmpleme la palabra
como la he cumplido yo.

DON JUAN.

Digo que la cumpliré;
que soy Tenorio.

DON GONZALO.

Yo soy
Ulloa.

DON JUAN.

Yo iré sin falta.

DON GONZALO.

Y yo lo creo: á Dios.

(*Va á la puerta.*)

DON JUAN.

Aguarda, iréte alumbrando.

DON GONZALO.

No alumbres, que en gracia estoy.

(*Vase muy poco á poco, mirando á Don Juan, y Don Juan á él, hasta que desaparece, y queda Don Juan con pavor.*)

DON JUAN.

¡Válgame Dios! todo el cuerpo
se ha bañado de un sudor,
y dentro de las entrañas
se me hiela el corazon.
Cuando me tomó la mano,
de suerte me la apretó,
que un infierno parecia;
jamás vide tal calor.
Un aliento respiraba,
organizando la voz,
tan frio, que parecia
infernal respiracion.
Pero todas son ideas
que dá á la imaginacion
el temor; y temer muertos

es muy villano temor;
que si un cuerpo noble, vivo,
con potencias y razon
y con alma, no se teme,
¿quién cuerpos muertos temió?
Mañana iré á la capilla
donde convidado soy,
porque se admire y espante
Sevilla de mi valor. (*Vase.*)

---

Salon del alcazar.

—

*Salen* EL REY, DON DIEGO TENORIO *y* ACOMPAÑAMIENTO.

REY.

¿Llegó al fin Isabela?

DON DIEGO.

Y disgustada.

REY.

Pues, ¿no ha tomado bien el casamiento?

DON DIEGO.

Siente, señor, el nombre de infamada.

REY.

De otra causa procede su tormento.
¿Dónde está?

DON DIEGO.

En el convento está alojada
de las Descalzas.

REY.

Salga del convento
luego al punto; que quiero que en palacio
asista con la reina mas despacio.

DON DIEGO.

Si ha de ser con Don Juan el desposorio,
manda, señor, que tu presencia vea.

REY.

Véame, y galan salga; que notorio

quiero que este placer al mundo sea:
conde será desde hoy Don Juan Tenorio
de Lebrija; él la mande y la posea;
que si Isabela á un duque corresponde,
ya que ha perdido un duque, gane un conde.

DON DIEGO.

Y por esta merced tus pies besamos.

REY.

Mi favor mereceis mas dignamente;
que si aquí los servicios ponderamos,
me quedo atrás con el favor presente.
Paréceme, Don Diego, que hoy hagamos
las bodas de Doña Ana juntamente.

DON DIEGO.

¿Con Octavio?

REY.

No es bien que el duque Octavio
sea el restaurador de aqueste agravio.
Doña Ana con la reina me ha pedido
que perdone al marqués, porque Doña Ana,
ya que el padre murió, quiere marido,
porque si le perdió, con él le gana.
Ireis con poca gente y sin rüido
luego á hablarle á la fuerza de Triana;
por su satisfaccion y por su abono
de su agraviada prima, le perdono.

DON DIEGO.

Ya he visto lo que tanto deseaba.

REY.

Que esta noche han de ser, podeis decirle,
los desposorios.

DON DIEGO.

Todo en bien se acaba;
fácil será al marqués el persuadirle;
que de su prima amartelado estaba.

REY.

Tambien podeis á Octavio prevenirle.
Desdichado es el duque con mugeres;
son todas opinion y pareceres.
Hanme dicho que está muy enojado
con Don Juan.

DON DIEGO.

No me espanto, si ha sabido
de Don Juan el delito averiguado,
que la causa de tanto daño ha sido.
El duque viene.

REY.

No dejeis mi lado,
que en el delito sois comprehendido.

—

*Sale* EL DUQUE OCTAVIO.

OCTAVIO.

Los pies, invicto rey, me dé tu alteza.

REY.

Alzad, duque, y cubrid vuestra cabeza.
¿Qué pedís?

OCTAVIO.

Vengo á pediros,
postrado ante vuestras plantas,
una merced, cosa justa,
digna de serme otorgada.

REY.

Duque, como justa sea,
digo que os doy mi palabra
de otorgárosla; pedid.

OCTAVIO.

Ya, sabes, señor, por cartas
de tu embajador, y el mundo
por la lengua de la fama
sabe, que Don Juan Tenorio,
con española arrogancia,
en Nápoles una noche,
para mí noche tan mala,
con mi nombre profanó
el sagrado de una dama.

REY.

No paseis mas adelante;
ya supe vuestra desgracia:
en efecto, ¿qué pedís?

OCTAVIO.

Licencia que en la campaña
defienda como es traidor.

DON DIEGO.

Eso no; su sangre clara
es tan honrada...

REY.

Don Diego...

DON DIEGO.

Señor...

OCTAVIO.

¿Quién eres, que hablas
en la presencia del rey
de esa suerte?

DON DIEGO.

Soy quien calla
porque me lo manda el rey;
que si no, con esta espada
te respondiera.

OCTAVIO.

Eres viejo.

DON DIEGO.

Ya he sido mozo en Italia,
á vuestro pesar, un tiempo;
ya conocieron mi espada
en Nápoles y en Milan.

OCTAVIO.

Tienes ya la sangre helada:
no vale fuí, sino soy.

DON DIEGO.

Pues fuí y soy.

(*Empuña la espada.*)

REY.

Tened, basta:
bueno está; callad, Don Diego;
que á mi persona se guarda
poco respeto: y vos, duque,
despues que las bodas se hagan,
mas despacio me hablareis.
Gentilhombre de mi cámara
es Don Juan y hechura mia,
y de aqueste tronco rama:

mirad por él.

OCTAVIO.

Yo lo haré,
gran señor, como lo mandas.

REY.

Venid conmigo, Don Diego.

DON DIEGO, *aparte.*

¡Ay hijo! ¡qué mal me pagas
el amor que te he tenido!

REY.

Duque.

OCTAVIO.

Gran señor.

REY.

Mañana
vuestras bodas se han de hacer.

OCTAVIO.

Háganse, pues tú lo mandas.

(*Vanse el rey y Don Diego.*)

---

*Salen* GASENO *y* AMINTA.

GASENO.

Este señor nos dirá
donde está Don Juan Tenorio.—
Señor, ¿si está por acá
un Don Juan, de quien notorio
ya su apellido será?

OCTAVIO.

Don Juan Tenorio direis.

AMINTA.

Sí señor, ese Don Juan.

OCTAVIO.

Aquí está: ¿qué le quereis?

AMINTA.

Es mi esposo ese galan.

OCTAVIO.

¿Cómo?

AMINTA.

¡Pues no lo sabeis,

siendo del alcazar vos?

OCTAVIO.

No me ha dicho Don Juan nada.

GASENO.

¿Es posible?

OCTAVIO.

Sí, por Dios.

GASENO.

Doña Aminta es muy honrada,
cuándo se casen los dos;
que cristiana vieja es
hasta los huesos, y tiene
de la hacienda el interés
(1) que en Dos-Hermanas mantiene,
mas bien que un conde ó marqués.
Casóse Don Juan con ella,
y quitósela á Patricio.

AMINTA.

Decid como fuí doncella
á su poder.

GASENO.

No es jüicio
esto, ni aquesta querella.

OCTAVIO.

(*Aparte.* Esta es burla de Don Juan,
y para venganza mia
estos diciéndola estan.)
¿Qué pedís al fin?

GASENO.

Queria,
porque los dias se van,
que se hiciese el casamiento,
ó querellarme ante el rey.

OCTAVIO.

Digo que es justo ese intento.

GASENO.

Y razon y justa ley.

OCTAVIO.

(*Aparte.* Medida á mi pensamiento

---

(1) Suplido.

ha venido la ocasion.)
En el alcazar tenemos
bodas.

AMINTA.

¿Si las mias son?

OCTAVIO.

Quiero, para que acertemos,
valerme de una invencion.
Venid donde os vestireis,
señora, á lo cortesano,
y á un cuarto del rey saldreis
conmigo...

AMINTA.

Vos de la mano
á Don Juan me llevareis.

OCTAVIO.

Que de esta suerte es cautela.

GASENO.

El arbitrio me consuela.

OCTAVIO, *aparte.*

Estos venganza me dan
de aqueste traidor Don Juan,
y el agravio de Isabela. (*Vanse.*)

---

Calle, con vista de la iglesia donde está sepultado el comendador.

---

*Salen* DON JUAN *y* CATALINON.

CATALINON.

¿Cómo el rey te recibió?

DON JUAN.

Con mas amor que mi padre.

CATALINON.

¿Viste á Isabela?

DON JUAN.

Tambien.

CATALINON.

¿Cómo viene?

DON JUAN.

Como un ángel.

CATALINON.

¿Recibióte bien?

DON JUAN.

El rostro

bañado de leche y sangre.

. . . . . . . . . . . . . . . . . .

CATALINON.

¿Esta noche son las bodas?

DON JUAN.

Sin falta.

CATALINON.

. . . . Podrás casarte

mañana; que hoy es mal dia.

DON JUAN.

Pues ¿qué dia es hoy?

CATALINON.

Es martes.

DON JUAN.

Mil embusteros y locos
dan en esos disparates;
solo aquel llamo mal dia,
aciago y detestable,
en que no tengo dineros;
que lo demas es donaire.

CATALINON.

Vamos, si te has de vestir;
que te aguardan, y ya es tarde.

DON JUAN.

Otro negocio tenemos
que hacer, aunque nos aguarden.

CATALINON.

¿Cuál es?

DON JUAN.

Cenar con el muerto.

CATALINON.

Necedad de necedades.

DON JUAN.

¿No ves que dí mi palabra?

CATALINON.

Y cuando se la quebrantes,

¿qué importará? ¿ha de pedirte
una figura de jaspe
la palabra?

DON JUAN.

Podrá el muerto
llamarme á voces infame.

CATALINON.

Ya está cerrada la iglesia.

DON JUAN.

Llama.

CATALINON.

¿Qué importa que llame?
¿Quién tiene de abrir? que estan
durmiendo los sacristanes.

DON JUAN.

Llama á este postigo.

CATALINON.

Abierto
está.

DON JUAN.

Pues entra.

CATALINON.

Entre un fraile
con su hisopo y estola.

DON JUAN.

Sígueme y calla.

CATALINON.

¿Que calle?

DON JUAN.

Sí.

CATALINON.

Dios en salvo y en paz
de estos convites me saque.
(*Entran por una puerta y salen por otra.*)

---

Interior de la Iglesia.

CATALINON.

¡Qué oscura que está la iglesia,

señor, para ser tan grande!—
¡Ay de mí! Tenme, señor,
porque de la capa me asen.

—

*Sale* DON GONZALO, *como antes, y encuéntrase con ellos.*

DON JUAN.

¿Quién va?

DON GONZALO.

Yo soy.

CATALINON.

¡Muerto estoy!

DON GONZALO.

El muerto soy, no te espantes;
no entendí que me cumplieras
la palabra, segun haces
de todos burla.

DON JUAN.

¿Me tienes
en opinion de cobarde?

DON GONZALO.

Sí, que aquella noche huiste
de mí, cuando me mataste.

DON JUAN.

Huí de ser conocido;
mas ya me tienes delante.
Di presto lo que me quieres.

DON GONZALO.

Quiero á cenar convidarte.

CATALINON.

Aqui escusamos la cena;
que todo ha de ser fiambre.

DON JUAN.

Cenemos.

DON GONZALO.

Para cenar,
es menester que levantes

esa tumba.

DON JUAN.

Y si te importa,
levantaré esos pilares.

DON GONZALO.

Valiente estás.

DON JUAN.

(*Alzando por un estremo el túmulo, que se vuelca con facilidad, y deja descubierta una mesa negra aparada.*)

Tengo brio
y corazon en las carnes.

CATALINON.

Mesa de Guinea es esta.
Pues ¿no hay por allá quien lave?

DON GONZALO.

Siéntate.

DON JUAN.

¿Dónde?

CATALINON.

Con sillas
vienen ya dos negros pages.
(*Salen dos enlutados con sillas.*)
¿Tambien acá se usan lutos,
y bayeticas de Flandes?

DON JUAN.

Siéntate tú.

CATALINON.

¿Yo, señor?
he merendado esta tarde.

DON GONZALO.

No repliques.

CATALINON.

No replico.
(*Aparte* Dios en paz de esto me saque.)
¿Qué plato es este, señor?

DON GONZALO.

Este plato es de alacranes
y víboras.

CATALINON.

¡Gentil plato!

DON GONZALO.

Estos son nuestros manjares.
¿No comes tú?

DON JUAN.

Comeré,
si me dieres aspid, áspides
cuantos el infierno tiene.

DON GONZALO.

Tambien quiero que te canten.

CATALINON.

¿Qué vino beben acá?

DON GONZALO.

Pruébalo.

CATALINON.

Hiel ý vinagre
es este vino.

DON GONZALO.

Este vino
esprimen nuestros lagares.

(*Cantan dentro.*)

*Adviertan los que de Dios*
*juzgan los castigos grandes,*
*què no hay plazo que no llegue,*
*ni deuda que no se pague.*

CATALINON.

(*Aparte á su amo.*)

¡Malo es esto! Vive Cristo,
que he entendido este romance,
y que con nosotros habla.

DON JUAN, *aparte.*

Un hielo el pecho me abrasa. (1)

(*Cantan.*)

*Mientras en el mundo viva,*
*no es justo que diga nadie:*
*¡qué largo me lo fiais!*
*siendo tan breve el cobrarse.*

---

(1) Es verso suelto: quizá falta uno asonantado antes y otro despues.

CATALINON.

¿De qué es este guisadillo?

DON GONZALO.

De uñas.

CATALINON.

De uñas de sastre
será, si es guisado de uñas.

DON JUAN.

Ya he cenado; haz que levanten
la mesa.

DON GONZALO.

Dame esa mano;
no temas la mano darme.

DON JUAN.

¿Eso dices? ¿Yo temor?
*(Le da la mano.)*
¡Que me abraso! No me abrases
con tu fuego.

DON GONZALO.

Este es poco
para el fuego que buscaste.
Las maravillas de Dios
son, Don Juan, investigables;
y asi quiere que tus culpas
á manos de muerto pagues.
Esta es justicia de Dios:
quien tal hace, que tal pague.

DON JUAN.

¡Que me abraso! No me aprietes.
Con la daga he de matarte.
Mas ¡ay, que me canso en vano
de tirar golpes al aire!
A tu hija no ofendí;
que vió mis engaños antes.

DON GONZALO.

No importa; que ya pusiste
tu intento.

DON JUAN.

Deja que llame
quien me confiese y absuelva.

DON GONZALO.

No hay lugar, ya acuerdas tarde.

DON JUAN.

¡Que me quemo! ¡Que me abraso!
Muerto soy.

*(Cae muerto.)*

CATALINON.

No hay quien se escape;
que aquí tengo de morir
tambien por acompañarle.

DON GONZALO.

Esta es justicia de Dios:
quien tal hizo, que tal pague.

*(Húndese el sepulcro con Don Juan y Don Gonzalo, y cáese Catalinon al suelo.)*

CATALINON.

¡Válgame Dios! ¿qué es aquesto?
toda la capilla se arde,
y con el muerto he quedado,
para que le vele y guarde.
Arrastrando, como pueda,
iré á avisar á su padre.
¡San Jorge! ¡san Agnus Dei!
sacadme en paz á la calle.

*(Vase arrastrando.)*

---

Salon del alcazar.

—

*Salen* EL REY, DON DIEGO *y* ACOMPAÑAMIENTO.

DON DIEGO.

Ya el marqués, señor, espera
besar vuestros pies reales.

REY.

Entre luego, y avisad
al conde, porque no aguarde.

—

*Salen* PATRICIO *y* GASENO.

PATRICIO.

¿Dónde, señor, se permiten
desenvolturas tan grandes?
¡Que tus criados afrenten
á los hombres miserables!

REY.

¿Qué dices?

PATRICIO.

Don Juan Tenorio,
alevoso y detestable,
la noche del casamiento,
antes que le consumase,
á mi muger me quitó.
Testigos tengo delante.

—

*Salen* TISBEA, ISABELA *y* ACOMPAÑAMIENTO.

TISBEA.

Si vuestra alteza, señor,
de Don Juan Tenorio no hace
justicia, á Dios y á los hombres,
mientras viva, he de quejarme.
Derrotado le echó el mar,
díle vida y hospedaje,
y pagóme esta amistad
con mentirme y engañarme
con nombre de mi marido.

REY.

¿Qué dices?

ISABELA.

Dice verdades.

—

*Salen* AMINTA *y* EL DUQUE OCTAVIO.

AMINTA.
Mi novio os pido, señor. (1)
REY.
¿Quién es?
AMINTA.
¿Pues aun no lo sabe?
El señor Don Juan Tenorio,
con quien vengo á desposarme,
porque me debe el honor,
y es noble, y no ha de negarle.

—

*Sale* EL MARQUÉS DE LA MOTA.

MOTA.
Pues es tiempo, gran señor,
que á luz verdades se saquen,
sabrás que Don Juan Tenorio
la culpa que me imputaste
tuvo él, pues como amigo
pudo el crüel engañarme,
de que tengo dos testigos.
REY.
¡Hay desvergüenza tan grande!
Prendedle, y matadle luego.
DON DIEGO.
Haz que le prendan, y pague
sus culpas, porque del cielo
rayos contra mí no bajen,
si es mi hijo tan malo.

(1) Suplido.

---

*Sale* CATALINON.

CATALINON.

Oid
el suceso mas notable
que en el mundo ha sucedido,
y en oyéndome, matadme.
Don Juan al comendador
haciendo burla una tarde,
tirando al bulto de piedra
la barba, por ultrajarle,
á cenar le convidó:
¡nunca fuera á convidarle!
Fué el bulto, y á él convidóle;
y ahora (porque no os canse)
acabando de cenar,
entre mil presagios graves,
de la mano le tomó,
y la apretó hasta quitarle
la vida, diciendo: «Dios
me manda que asi te mate,
castigando tus delitos.
Quien tal hace, que tal pague.»

REY.

¿Qué dices?

CATALINON.

Lo que es verdad:
diciendo antes que acabase,
que á Doña Ana no debia
honor; que le oyeron antes
del engaño.

MOTA.

Por las nuevas,
mil albricias pienso darte.

REY.

¡Justo castigo del cielo!
Y ahora es bien que se casen
todos, pues la causa es muerta,
vida de tantos desastres.

OCTAVIO.

Pues ha enviudado Isabela,
quiero con ella casarme.

MOTA.

Yo con mi prima.

PATRICIO.

Y nosotros
con las nuestras, porque acabe
*El Convidado de piedra.*

REY.

Y el sepulcro se traslade
en san Francisco en Madrid,
para memoria mas grande.



# QUIEN NO CAE NO SE LEVANTA,

## COMEDIA.

PERSONAS.

MARGARITA.
CLENARDO.
LELIO, *galan.*
VALERIO.
ROSELIO.
LISARDA.
LEONELA, *criada.*
BRITON, *lacayo.*
ALBERTO, *lacayo.*
CELIO.
LUDOVICO.
ANDRONIO.
PINARDO.
PINABEL.
FELICIO.
UN ANGEL.

*La escena es en Florencia.*

## ACTO PRIMERO.

Sala en casa de Clenardo.

*Salen* CLENARDO, *de camino*, MARGARITA *y* LEONELA.

CLENARDO.

No hay mucho desde aquí á Sena;
Laurencia tu tia está
á la muerte; el verme allá
tiene de aliviar su pena;
mi hermana es, y hermana buena:
solo ella pudiera ser
ocasion, hija, de hacer,

aunque corto, este camino;
que no es poco desatino
dejar sola una muger
moza, y doncella en tu edad,
donde el vicio y la insolencia
habitan, porque Florencia
no tiene otra vecindad.
Parentesco y voluntad
me obligan; pero el temor
de tu edad y de mi honor,
viendo el peligro en que estás,
vuelven los pasos atrás
que da adelante mi amor.
Hija, si una despedida
licencia de hablar merece,
por ver lo que se parece
á la muerte una partida;
haz cuenta que de la vida
en esta ausencia me alejo;
y como cansado y viejo,
no á Sena, al sepulcro voy;
y que en el paso en que estoy
te encamino y aconsejo.
Sola en mi casa naciste
de una madre, á quien Florencia,
aunque muerta, reverencia;
pero bien la conociste:
nobleza antigua adquiriste;
lo mejor de esta ciudad,
honrando mi calidad,
pariente mayor me llama;
riqueza heredas y fama,
discrecion y autoridad.
El verte sola y querida
y celebrada en Florencia,
dió á tu mocedad licencia,
mas suelta que recogida:
al fin le costó la vida
á tu madre el conocerte
tan libre; y por no ofenderte
ni con reñirte, enojarte,
quiso mas, por adorarte,

morirse que reprenderte.
¡Cuántas veces te llamó
poniendo á tu vida freno,
y á solas en nombre ageno
tus costumbres reprendió!
¡Cuántas veces te leyó
sucesos con que Dios toca
la mocedad libre y loca;
y temiendo darte enojos,
te castigó con los ojos,
lo que no osó con la boca!
Pues yo sé vez que enojada
de ver tu desenvoltura,
tu libertad y locura
castigó en una criada;
y tú por esto agraviada,
en un mes no nos hablaste
ni á la cara nos miraste,
hasta que vino á quebrar
por nosotros; que á callar
y á sufrir nos obligaste.

MARGARITA.

Pues ¿á qué efecto es agora
tan estudiado sermon?
¿Qué afrenta ó disolucion
en mí tu linage llora?
¿Heme ido, como Lidora,
con algun hombre, perdida?
¿De qué ventana atrevida
de noche escala has quitado,
ó qué persona has hallado
tras el tapiz escondida?
¡Oh! ¡qué pesadas vejeces!

CLENARDO.

Soy pesado... y tú liviana:
no ví escala en tu ventana,
pero á tí sí muchas veces;
y como en ella pareces
siempre, por mas que te digo,
tu fama ha de ser castigo
de la licencia que toma;
que pocas veces se asoma,

que no dé abajo consigo.
¿Qué oraciones y ejercicios
lees, cuando estás despacio?
Las novelas del Bocacio,
maestre-escuela de los vicios.
Tus mangas darán indicios,
escritorio, cofre ó arca,
de los papeles que marca,
y con quien haces tu agosto:
el *Furioso* del Ariosto
y las obras del Petrarca.
Con tal compañía, ¿quieres
que tu honor no ande en demandas?
De los amigos con que andas,
podremos sacar quien eres.
¿Qué gusto ó provecho adquieres
de traer las faltriqueras
preñadas con las quimeras
de canciones y tercetos,
de liras y de sonetos,
de décimas ó terceras?
Anda, que ninguno aprende,
que no procure saber:
la poesía es mercader
que versos por honras vende;
es fuego sordo que enciende;
sus vanos tercetos son
*terceros*; y al torpe son
de los sonetos que miras,
leyendo *liras*, deliras,
dando á tu afrenta ocasion.

MARGARITA.

¡Recoletándome vas
con industria peregrina!
Ea, vuélveme capuchina;
que asi contento estarás.
No me traigas galas mas;
quítame el oro y la plata;
el chapin al alpargata
reduce, al sayal la seda,
porque encartujada, pueda
ser á tu gusto beata.

Por onzas vienes á darme
la libertad de la vida;
pues aun vista tan medida
determinas cercenarme.
¿Qué daño ha de resultarme
de que las varas posea
de una celosía, y vea
por su confusa noticia?
A ser varas de justicia,
¿pudieran hacerme rea?
¿No es una jaula enredada?
¿Aun menos quieres que sea
que un pájaro, y que no vea,
segura de ser mirada?
¿Qué monja hay tan encerrada,
que ya por rejas de acero,
ya por el rallo grosero
ó vistas, á ver no venga,
si aun no hay torno que no tenga
su socarron agujero?
Ó pretendes con casarme
propagar tu sucesion,
ó huyendo la condicion
de un yerno, monja encerrarme:
si lo primero has de darme,
deja que en canciones reales
las cortesanas señales
pueda aprender de un poeta;
que no han de hacerme discreta
los salmos penitenciales.
Pero debes de gustar
que entre estameña y picote
me entre monja, porque el dote
temes que así me has de dar:
la vejez toda es ahorrar;
y pues ella me limita
lo que un convento aun no quita,
vete con Dios donde vas;
que á la vuelta, me hallarás
recoleta ó carmelita.
*(Hace que se va, y detiénela Leonela.)*

CLENARDO.

Hija, Margarita, espera.
Leonela, vuélvela acá.
No te reñiré mas ya:
que soy viejo considera.
Prolija es la edad postrera;
llégate acá, abrazamé;
todo es de burlas á fé;
ansí probarte he querido;
tu virtud he conocido,
tu recojimiento sé.
Quita el lienzo de los ojos:
no llores lágrimas vanas,
ó en la holanda de estas canas
deposita sus despojos.
¿No ves que me das enojos
cuantas veces me amenazas
entrarte monja? Si trazas
matarme presto, hazlo así.
Ea, por amor de mí.—
De mala gana me abrazas.—

(*Déjase caer Margarita en una silla como acongojada.*)

Pedirte quiero perdon:
dame la mano, y pondréla
sobre la boca.— Leonela,
¿dála el mal de corazon?

LEONELA.

De tu mala condicion
mil es poco que la den.

CLENARDO.

¿Pues ríñesme tú tambien?

LEONELA.

Si está por tí mi señora
de esta suerte cada hora,
y la affliges, ¿no hago bien?

CLENARDO, *aparte.*

¡Buena anda toda mi casa!
¡O amor de hijos imprudente!
Quiérola escesivamente:
no hay poner á mi amor tasa:
con ella mi vejez pasa
en el descanso.

MARGARITA.

¡Ay!

CLENARDO.

¿Volviste?

MARGARITA.

No sé.

CLENARDO.

Ea, no estés triste:
mírame alegre, y de Sena
te prometo una cadena
como la que á Lesbia viste;
mas si palabra me das
que no te has de meter monja.

LEONELA, *aparte.*

No es esta mala lisonja.

MARGARITA.

Como no me digas mas
vejeces, siempre hallarás
en mí una justa obediencia.

CLENARDO.

No oso salir de Florencia,
porque un monasterio temo.

MARGARITA.

Ya se ha acabado este estremo.

CLENARDO.

Pues júralo.

MARGARITA.

En mi conciencia.

CLENARDO.

Pues con esa condicion,
á verme parto á mi hermana:
hasta despues de mañana
orden en mi casa pon.

MARGARITA.

Ni ventana ni balcon
la calle ha de ver abierto
hasta que vuelvas.

CLENARDO.

Bien cierto
estoy que has de ejecutallo.
Ea, á Dios.

(*Yéndose.*)

Hola, el caballo.
(*Aparte.* Amor todo es desconcierto. *Vase.*)

LEONELA.

Vaya con... Iba á decir,
una sarta de galeotes.
Quítale al sol los capotes
que ya te puedes reir.
¿Saco mantos?

MARGARITA.

¿Para qué?

LEONELA.

¿No hemos de irnos á un convento?

MARGARITA.

De Venus.

LEONELA.

¡Buen fingimiento,
y de harto provecho á fé!
No hay sino, en riñendo el viejo,
decir que á enmonjarte vas:
¡buen «cata el coco» hallado has!

MARGARITA.

No medro si no me quejo.

LEONELA.

¡No sino haceos miel! ¡Qué enfado
es un padre ó madre vieja,
cuando á una hija aconseja,
sin quitársela del lado;
que habiendo en su mocedad
no perdonado deleite,
conversacion, gala, afeite,
fiesta, sarao, ni amistad,
mas envidiosa que honrada,
riñe, aconseja, limita
en la mesa, en la visita;
y porque de desdentada
no puede comer por vieja,
es perro del hortelano,
que con la col en la mano,
ni come, ni comer deja!

MARGARITA.

Los viejos de nuestros dias,
cansados é impertinentes,

que el gusto á falta de dientes
repasan con las encías,
papilla nos piensan dar
á los que al mundo venimos.

LEONELA.

Esa al viejo se la dimos,
ya que no puede mascar.
Váyase el caduco al rollo;
y pues es tu edad en flor
bollo de azúcar de amor,
busca quien coma ese bollo.
Ni bien seas primavera
que toda en flores se va,
ni bien estío que está
abrasado dentro y fuera.
¿Entiéndesme lo que digo?

MARGARITA.

Anda, necia, que ya sé
que me aconsejas que dé
un medio al gusto que sigo.

LEONELA.

No como el abril en flores
pases el tiempo inconstante:
«daca el guante, toma el guante»,
papeles, cintas, colores...
Que hay muger que el tiempo pasa
en aquestas chucherías;
y al cabo de muchos dias
que á fuego lento se abrasa,
cuando echa mano á la presa
que de sustancia ha de ser,
no se la dejan comer,
porque levantan la mesa.
Gasta tus años de modo,
que sin perdonar manjar,
puedas despues afirmar
que sabes comer de todo.

MARGARITA.

Maestra estás: pon escuela.

LEONELA.

Díme en los estudios prisa.

MARGARITA.

Aunque me has causado risa,
te pienso seguir, Leonela.—
Pero escucha: ¿qué es aquello?

LEONELA.

Callejeros mercaderes.
(*Alberto pregonando dentro.*)
¿Compran peines, alfileres,
trenzaderas de cabello,
franjas de oro milanés,
agua fuerte, adobo en masa,
de manos? Cristo sea en casa.

—

*Sale* ALBERTO *con una caja llena de buhonería.*

¿Quién llamaba aquí al francés?

LEONELA.

Aquí, nadie.

ALBERTO.

¿Es menester
poner postizo algun diente?
Haréle naturalmente,
sin que al dormir ó al comer
sea menester quitalle,
ni haya quien la falta vea,
por mas curioso que sea,
aunque se llegue á miralle.

MARGARITA.

¿Trae cintas de resplandor?

ALBERTO.

Y son la cosa mejor
de Italia; no las alabo
por mias: este papel
(*Dale un papel con unas cintas.*)
si es verdad ó no dirá,
que lleno de ellas está;
escoged, señora en él...—
Mas ¡cuerpo de Dios!

MARGARITA.

¿Qué es esto?

ALBERTO.

Quédaseme en la posada

la bolsa, y no está cerrada
la caja donde la he puesto.
En ella mi caudal tengo:
el diablo, por Dios, seria
que me la dejasen fria.
Esperen, que luego vengo. (*Vase.*)

MARGARITA.

Confianza hizo de mí
el mercero alborotado,
pues el papel me ha dejado,
yéndose, Leonela, ansí.

LEONELA.

Tal prisa le da el dinero.

MARGARITA.

Líbrele Dios de un ladron.

LEONELA.

Veamos qué tales son;
que hurtalle unas varas quiero.
¿Qué miras?

MARGARITA.

¡Letra gallarda!
Un sobre escrito que está
en el papel.

LEONELA.

Veamos ya
estos listones.

MARGARITA.

Aguarda.
(Lee.) *Á Margarita de Ursino.*

LEONELA.

¿Á quién?

MARGARITA.

¿No escuchas mi nombre?

LEONELA.

Aquí hay maula; no era el hombre
mercero que á vender vino,
sino un gentil alcahuete.

MARGARITA.

Casarte puedes con él.

LEONELA.

¿Qué aguardas? Mira el papel,
que grandes cosas promete.

MARGARITA.

*Valerio* dice la firma.

LEONELA.

Si es suyo, bien recebido
será.

MARGARITA.

Muy bien le he querido.

LEONELA.

Así Florencia lo afirma,
pues has llegado á dar nota
con él, de no recatada.

MARGARITA.

Este negro *ser honrada*
mil buenos ratos agota.
Mi padre tuvo noticia
de no sé qué, y se ausentó
Valerio, porque temió
el rigor de la justicia.

LEONELA.

Mírale. ¡Que tengas flema
para no velle!

MARGARITA.

¡Ay! ¡cuál viene
el pobre! Tal fuego tiene,
que hasta la mano me quema.

LEONELA.

¿Más que no viene en poesía?

MARGARITA.

¿En qué lo echaste de ver?

LEONELA.

En que es papel mercader,
pues cintas de oro te envia.

MARGARITA, *leyendo.*

*Temores, mas de la justicia que de tu padre, me ausentaron de Florencia, y deseos de tu vista me han traido esta noche escondido á gozalla: obligaciones me tienes y te tengo, mas de marido que de pretendiente: si gustas, llévalas adelante, pues tu padre (segun he sabido) está en Sena. Al anochecer irán por tí dos negros con una silla; que no oso entrar en tu casa, porque desde la noche que me halló en ella tu padre, la tengo por agüero: no lo seas tú de mi amor, sino fiate de los que te han de*

*traer, hasta que Dios quiera que muerto el viejo, vivamos los dos juntos. Él te guarde.—Valerio Nigro.*

LEONELA.

Como marido dispone:
parece señor de casa.

MARGARITA.

Quiérole bien, y no pasa
las leyes que amor propone.
Tomó quieta posesion
de lo mas; ¿qué mucho, pues,
que de lo que menos es
se la dé mi inclinacion?

LEONELA.

¿Piénsaste casar con él,
muerto el viejo?

MARGARITA.

Bien le quiero;
mas que es tambien considero
determinacion crüel
ser su esposa, porque estan
en estado arrepentido
cuantas han hecho marido
del que antes fue su galan.—
(*Llegándose á una mesa.*)
Papel y tinta hay aquí.

LEONELA.

¿Sabes tú si volverá
el francés fingido acá?

MARGARITA.

Parecéme á mí que sí.

LEONELA.

No pide el papel respuesta;
que tú sola lo has de ser,
si viene al anochecer
la silla.

MARGARITA.

Poco me cuesta,
por si vuelve ó no, escribir
dos renglones.

LEONELA.

El mercero
es un gentil embustero;

á fé que le he de pedir...
(*Suenan pretales dentro.*)

MARGARITA.

Esto basta. ¿Qué es aquello?

LEONELA.

Carrera, á fe de cristiana.

MARGARITA.

No perderé la ventana,
aunque estuviese en cabello;
que me muero, si en la calle
suenan pretales.

LEONELA.

¿Y aquí
te dejas el papel?

MARGARITA.

Sí:
luego volveré á cerralle. (*Vanse.*)

—

*Sale* CLENARDO.

CLENARDO.

Dos veces he salido de Florencia,
y el recelo otras tantas, adivino,
volviendo las espaldas al camino,
no me consiente hacer de casa ausencia.
Venció al fraterno amor la diligencia
del honor que amenaza un desatino;
que al fin su parentesco es mas vecino,
aunque su hermano soy, que el de Laurencia.
Si ella á la muerte el túmulo previene,
y á la muerte mi honra en casa espera,
fuerza es mirar por lo que mas conviene.
Menos me importa que Laurencia muera;
que quien enfermos en su casa tiene,
no hay para que visite á los de fuera.
La puerta falsa hallé abierta
que mi sospecha encamina,
y temo que salga cierta;
que no vuelve la honra fina
que sale por falsa puerta.

¿Nadie acá abajo ha quedado,
haciendo tanto calor?
¿la sala baja han dejado?
Pero como es fuego amor,
busca su esfera elevado.

(*Suena dentro ruido de carrera de caballos.*)

¿Carrera hay? No fue quimera
mi sospecha apercebida.
¡Ah mocedad altanera!
¿Mas que ha de salir corrida
mi honra de esta carrera?
Un papel hay aquí escrito;
letra de Margarita es;
ya sospecho su delito.
¿Si es sentencia, que despues
eche á mi honra un sambenito?
No es prudente padre aquel
que su hija enseña á que escriba;
porque en la tinta y papel
conserva la ocasion viva,
que se preserva sin él.
Estos argumentos son
contra mí, pues que procuro
mas que mi honra mi aficion.
Quiero velle: á buen seguro
que no es de devocion.

(Lee.) *No quiero multiplicar palabras donde tan presto se han de ver las obras. La silla espero, y supuesto que ya anochece, pudiera haber venido. Guárdete el cielo; y detenga allá al viejo todo lo que durare el quererme. Tu bien, &c.*

¡Buena ausencia quise hacer!
¡No hay de mi honor qué presuma;
que seguro está en poder
de un papel y de una pluma
en manos de una muger!
Ea, remisa afliccion,
aplicad medios crüeles
al honor; que no es razon
que por Florencia en papeles
ande mi honra en opinion.
No sé á quién este se escribe;

la silla quiero aguardar
que mi deshonra apercibe,
y en ella la muerte dar
á quien en mi agravio vive. (*Vase.*)

---

Calle con vista de la casa de Clenardo. Es de noche.

---

*Salen* LELIO *y* BRITON *con vaqueros de mozos de sillas, correones y palos, y tiznados como negros.*

BRITON.

Bien pudieras ya decirme
á qué fin has hecho, Lelio,
con los dos este guisado
de hígado, pues es negro.
Desenguinéame ya;
que mirándome al espejo,
temor tuve de mí mismo,
segun estoy sucio y feo.
Ó declárate, ó me lavo;
que vive Cristo, que temo
que me he de quedar ansí
*per omnia sæcula.*

LELIO.

Necio,
¿mondo yo nísperos? Calla,
y ven conmigo.

BRITON.

No quiero.

LELIO.

Calla, y sígueme.

BRITON.

Es en vano:
yo he dado por hoy en esto.

LELIO.

Ven, sabráslo de camino.

BRITON.

No hay que hablar; aqui me asiento,
ó sacando agua de un pozo,
me quito todo el ungüento
de esta carátula sucia;
que á grajos y pringue huelo.

LELIO.

Sabrás pues, ya que porfias...

BRITON.

Eso, vaya.

LELIO.

Que Valerio
quiere á Margarita bien.

BRITON.

Dime otra cosa de nuevo.

LELIO.

El temor de sus parientes,
solicitados del viejo,
le hace vivir con recato,
hasta que la muerte y tiempo
que vencen dificultades,
al yugo del casamiento
los iguale.

BRITON.

Dices bien;
que es mas ella, y él es menos.

LELIO.

Esta tarde, pues, se fue
Clenardo á Sena, sabiendo
que está á la muerte su hermana:
supo su ausencia Valerio;
y fiándose de mí,
vino á Florencia encubierto
á verse con Margarita.

BRITON.

¡Diligente caballero!

LELIO.

Para que esta noche vaya
á mi casa, donde ha puesto
el tesoro de sus gustos,
y han de gozarse en secreto,
pidió á Grimaldo préstada

la silla con los dos negros,
dueños de aquestos vestidos.

BRITON.

Muy bien huelen á sus dueños.

LELIO.

Yo, que como soy de carne,
y no de mucha edad, tengo
mis tentaciones humanas,
. . . . . . esta noche intento
hurtalle esta Margarita.

BRITON.

Envidia, por Dios, te tengo.

LELIO.

Como supe que pidió
á Grimaldo silla y negros,
llamélos aquesta tarde,
y dentro de un aposento
sus zaques llené de vino.

BRITON.

¿Desnudástelos?

LELIO.

Dejélos
en carnes.

BRITON.

Muy bien guardaste
tu vino, pues queda en cueros.

LELIO.

Cerrélos despues con llave,
encomendélos al sueño;
he compuesto este betun,
con que los dos parecemos
infantes de Monicongo;
y fiado del silencio
de la noche, en el zaguan
de mi dama á punto tengo
la silla en que á Margarita
llevemos los dos.

BRITON.

Apelo.
Aun si me cupiera parte...—
Si viene por ella Alberto,
criado de su galan,

¿cómo ha de tener efeto
tu mal digerida traza?

LELIO.

Una riña fingiremos
con él, y con los correones
de suerte le apartaremos
de nosotros en la calle,
que huya como liebre ó ciervo.

BRITON.

¿Y dónde piensas llevalla?

LELIO.

¿Eso preguntas? ¿No tengo
en Florencia otras dos casas,
una de la otra lejos?

BRITON.

Alto: la maula está hecha;
vive Dios, que eres discreto;
el ingenio te ha aguzado
la muela de algun barbero.
Mas ¿no es este Alberto?

LELIO.

El mismo.

BRITON.

Enguinéate y hablemos
á lo de zape y Angola.

---

*Sale* ALBERTO.

ALBERTO.

¿En qué diablos andais, perros,
que en todo hoy no os he topado?

BRITON. (1)

Habrá bien, si no queremo
que turu ru palo encaja
en cabeza, y sacan seso.

ALBERTO.

¿Qué es de la silla?

LELIO.

Esá acá.

(1) Briton y Lelio imitan el lenguaje y pronunciacion de los negros.

ALBERTO.

¿Acá está ya?

LELIO.

Acá traemo,
porque ruega ansí tu amo.

ALBERTO.

¿Pues cuándo le hablastes?

BRITON.

Ruego.

ALBERTO.

¿Y os mandó aguardarme aquí?

BRITON.

Sí, y sancá de fratiquero
ocho realè para vina;
que esá nobre cagayero.

ALBERTO.

(*Aparte.* Alto: viendo mi tardanza
dándole prisa el deseo,
los debió de enviar aquí.)
Aguardadme en este puesto;
iré á avisar á la dama
que habeis de llevar.

BRITON.

¿Queremo
hacé Valerio co eya
quaquala?

LELIO.

Primo, cayemo.

(*Entra Alberto en casa de Margarita.*)

¡Famosamente se traza!

BRITON.

¡Bueno se le va poniendo
el ojo al haca!

LELIO.

¡Oh! ¡qué noche!

BRITON.

No la dormirás, al menos.

LELIO.

¡Lindo embuste!

BRITON.

Para tí;
que yo soy solo el jumento,

que le hacen llevar á cuestas
la paja, y se queda hambriento.
A mi costa has de cenar.

LELIO.

Tú buscarás tu remedio.

BRITON.

¿Qué he de hacer? Cuando no hallare
cecial, cenaré abadejo.

—

*Salen* MARGARITA *con manto*, LEONELA *en cuerpo*, *y* ALBERTO; *y sacan los negros la silla.*

MARGARITA.

Leonela, cierra la puerta.

LEONELA.

(*A Alberto.*)

Di de mi parte á Valerio
que si me ha de enviar barato.

MARGARITA.

¿Y la silla?

LELIO.

Aquí traemo.

ALBERTO.

¿Quereis que me quede yo
por barato en casa?

LEONELA.

¡Bueno!

Ahorcado sea tal barato.

ALBERTO.

Del rollo de vuestro cuello.

LEONELA.

Sois grande para joyel.

(*Entra Margarita en la silla.*)

¿Entraste?

MARGARITA.

Sí, cierra.

LEONELA.

(*Cerrando la portezuela de la silla.*)

Cierro.

ALBERTO.

En fin, ¿no he de volver?

LEONELA.

No.—
Mas si volviere, sea luego.
(*Éntrase Leonela en la casa.*)

ALBERTO.

Ea, perros, por aquí.

LELIO.

Ya dije que no yamemo
perra á nadie; que tambien
hay en mundo branca perro.

ALBERTO.

Pues ¿de qué se entona el galgo?

BRITON.

Négoros há cagayero;
y no hay négoro sudio;
que come mantega y pueco.

ALBERTO.

Hablen menos, y anden mas;
que ya se me va subiendo
á las narices el humo.

LELIO.

Po lo Dioso velalero,
que han de pagad e beyaco
con cozo, é lale con cuelo
de buey.
(*Lelio y Briton dan de correazos á Alberto.*)

BRITON.

Dale culuban.

ALBERTO.

¡Ay!

BRITON.

¿Quejamo?

ALBERTO.

¡Ay que me han muerto!
(*Huye.*)

LELIO.

Síguele porque se aleje;
que al momento volveremos
por la silla.
(*Vase persiguiendo á Alberto.*)

BRITON.

Bien se traza.

ALBERTO, *dentro.*

¡Ah perrazo!

BRITON.

Aguala, perro.

(*Vase corriendo por donde huye Alberto.*)

---

*Sale* CLENARDO.

CLENARDO.

La silla que mi deshonra
lleva, he seguido encubierto
hasta aquí, por conocer
quién es su lascivo dueño;
pues dándolos muerte juntos,
verá Florencia si tengo
la sangre helada, ó si hierve
con la venganza, que es fuego.
Pero sola se ha quedado,
porque los mozos huyeron.
Amor, dejadme vengar,
pues mi enojo es, cual vos, ciego.

(*Llégase á hablar á Margarita por la ventana de la silla.*)

Deshonra de aquestas canas,
á quien tan mal pago das,
Lamia torpe, ¿dónde vas?
¿por qué mi sangre profanas?
Tus mocedades livianas
castiga quien de ese talle
quiere que en la calle te halle,
y huye tu desenvoltura;
pues al fin como basura
te han arrojado á la calle.
El modo y traza condeno
con que tu infamia procura
dar muestras de tu locura,
pues vas en silla y sin freno:
que enfrenaras fuera bueno
la torpeza que te abrasa:
entra en casa, si es que pasa
por ello, y te admite en sí;
que por echarte de sí,

te abrió sus puertas mi casa.
Para dar al vicio entrada,
las abrió Leonela agora;
que siempre de la señora
es retrato la criada.

(*Sale de la silla Margarita con el manto echado, y se entra en su casa sin poder decir palabra.*)

Solo has tenido de honrada
el irte sin responder,
con que has podido vencer
aquesta daga desnuda;
pero ¿cuándo no fue muda
la vergüenza en la muger?
Gente viene: al que me ofende
no conozco; hablarle intento;
engendrado ha atrevimiento
el enojo que me enciende.
Si en esta silla pretende
deshonrarme mi enemigo,
con ir en ella consigo
que sea, en venganza igual,
esta silla tribunal
de mi agravio y su castigo.
Ahora bien, aunque el temor
tiene en la vejez su centro,
determino entrarme dentro;
que tambien sabe el honor
disfrazarse como amor:
trazas tienen de ser estas
para mi ofensor molestas,
pues me ha de llevar su gente
sobre sí, cual penitente
que lleva su cruz acuestas.

(*Éntrase en la silla.*)

---

*Salen* LELIO *y* BRITON.

LELIO.

Bien le habemos alejado.

BRITON.

Cual novillo va corrido.

LELIO.

Habíase de haber ido
la dama; que hemos tardado.

BRITON.

¿Dónde diablos, si han cerrado
su puerta? Cual plomo pesa.
(*Alzando los dos la silla.*)
Aquí está.

LELIO.

¡Famosa empresa!

BRITON.

Como de tu ingenio fué.

LELIO.

(*Hablando por la ventanilla.*)
Peldona vuesa mecé.
Anda, plimo.

BRITON.

Vamo apriesa.

(*Llevan la silla de un cabo á otro del tablado.*)

---

*Sale* VALERIO.

VALERIO.

Ó el esperar, al que aguarda,
con sofisticos engaños
le vende instantes por años,
ó mi Margarita tarda.
Pero estos los negros son,
y esta la silla en que viene
quien há ya un año que tiene
en mi pecho posesion.
(*Llegándose á hablar por la ventanilla de la silla.*)
Sol mio, ¿qué maravilla
de noche os saca bizarro,
y saliendo el sol en carro,
¿sois vos sol, y andais en silla?
Pero pues dejais el coche,
corred cortinas tambien,
porque los que en silla os ven,
puedan ver al sol de noche.

¿No quereis hablarme, amores?
Mi bien, mi dueño, mi vida,
muda sereis mi homicida.

BRITON.

Cagayero, deján frores;
que pensan mucho muger,
y queremo caminar.

VALERIO.

Pues por aquí habeis de echar;
que en cás de Lelio ha de ser
donde habeis de parar.

LELIO.

¡Bueno!
Andá con Dioso; que aquí
sabemo do va.

VALERIO.

¡Que así
me desconoceis?

BRITON.

Sereno
no conoce; que esá escuro.

VALERIO.

Valerio soy.
¡Para eya!

LELIO.

No sá para vos donceya.
Apartamo.

VALERIO.

Perros, juro....

BRITON.

No yama perro; que hay palo
de siya, y hay cureon.

VALERIO.

¿No es linda disolucion...?

LELIO.

Que yeva pasagonzalo,
si no aparta de camino.

VALERIO.

Basta, que burlan de mí.
Ó habeis de echar por aquí,
ó he de hacer un desatino.

(*Desenvaina la espada, y dales de espaldarazos.*)

Ea, perros, caminemos,
ó morireis á estocadas.

LELIO.

¡Compañera! ¡Cuchuradas!
Palo de siya tenemos:
aguarda vuesa mecé,
y veremo maravilla.

*(Lelio y Briton dejan la silla para armarse con los palos de ella; Valerio entonces abre la portezuela.)*

VALERIO.

Amores, sal de la silla,
y á casa te llevaré.

*(Sale Clenardo de la silla, y empuña la espada.)*

Mas ¡qué es esto!

CLENARDO.

El desengaño
que has de ver en mi venganza,
la burla de tu esperanza,
de tu atrevimiento el daño.
No es Margarita muger
que deshonrando su casa,
al deseo que te abrasa
tiene de corresponder;
que ella misma me avisó
de tu invencion atrevida,
y en castigo de tu vida
aqui dentro me metió.
La espada tienes desnuda;
si como afrentas mugeres,
la infamia defender quieres,
palabras en obras muda;
que si me haces que trasnoche,
á matarte es, enemigo.

VALERIO.

No suelen reñir conmigo
fantasmas que andan de noche.
¡Jesus mil veces! No puedo
creer que Clenardo seas,
si no el diablo, que deseas
ponerme de noche miedo;
y no será maravilla
que segun el mal gobierno

de mi vida, del infierno
demonios traigan la silla.
¡Jesus, infinitas veces!
¿La Margarita sois vos?
No mas amores, por Dios. (*Vase.*)

CLENARDO.

¿De un viejo huyes? Bien mereces
nombre infame de cobarde.
Soy pesado; no te sigo;
mas yo te daré castigo,
que si llega, nunca es tarde. (*Vase.*)

BRITON.

¡Burlaos con silla ó con coche!
¡Oigan como ha enmudecido!
¡Gentil dama hemos traido!
Duerme con ella una noche.

LELIO.

Déjame.

BRITON.

¡Burla gallarda!
Dado te han linda papilla:
si hasta aquí trujiste silla,
desde hoy mas te pon albarda.
En blanco nos han dejado;
mas miento: mejor diré,
pues contigo me tizné,
que nos dejan en tiznado.



# ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de Lelio.

—

*Salen* LELIO, *quitándole á* LISARDA, *su esposa, unas joyas; y* BRITON.

LELIO.

Quítate ya esas joyas; que he tenido
mucha paciencia: ea.

LISARDA.

¿Qué es aquesto?
¿Cuándo, Lelio, el respeto me has perdido?
Dos años há que el yugo nos ha puesto
del conyugal amor la iglesia santa;
tirando á su coyunda el carro honesto,
voluntad me has mostrado siempre tanta,
que á cuantas damas hay, envidia he dado.
Pues ¿qué mudanza mi ventura espanta?
De un mes acá te veo tan trocado,
que si antes á las nueve te acostabas,
volver sueles ya al alba disfrazado.
Apenas, Lelio, de comer acabas,
cuando antes que levanten los manteles,
tomas la capa que antes olvidabas.
Jugaste, y aunque pocas veces sueles
gastar el tiempo en esto, ya has perdido
el dinero, la plata y los doseles;
y no tan malo, si en el juego ha sido
esta pérdida sola, y no en desvelos
que sospecho te traen desvanecido;
que el juego que hay peor es el de celos,
pues pierden con la vida la paciencia.

LELIO.

¿Quereis, Lisarda, no llorarme duelos?
Ni el juego ni el amor me da licencia
para quitarte joyas que no he dado,
pues las trajo tu dote por herencia;
salí fiador; estoy ejecutado;
no quiero que entre en casa la justicia,
y lo sepan tu tio y mi cuñado:
otras joyas habrá de mas codicia
que comprarte prometo: acaba, amores.

LISARDA.

Ya esa fianza vino á mi noticia:
deuda es que tiene muchos acrèdores;
y aunque su honra es ya dita quebrada,
se empeñan mas por ella sus deudores.
No estoy, Lelio, en tu amor tan descuidada,
que aunque calle y consienta, no trasnoche
celosa con razon y desvelada.
¡Qué! ¿piensas tú que del disfraz de anoche
tan ignorante estoy, que no he sabido
la negra traza de la silla ó coche?
Autor de este entremés debe haber sido
aqueste bien-aventurado.

BRITON.

¡Bueno!
Yo he de tener la culpa. Si ha perdido,
Briton le hizo perder: si del sereno
le duele la cabeza, este bellaco
de Briton es la causa: si el moreno
se emborracha con vino ó con tabaco,
Briton le dió á beber: si falta en casa
alguna cosa, Britoncillo es Caco.
No lo puedo sufrir; de raya pasa.
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

LELIO.

. . . . . . . . . En vano entablas
dilaciones: del cuello el oro quita;
que pierdo tiempo mientras tanto me hablas.
Quita las perlas.

LISARDA.

¿Qué furor te incita?
No estan mejor al cuello de tu esposa,

que no al cuello...?

LELIO.

¿De quién?

LISARDA.

De Margarita.

LELIO.

No digas necedades, si celosa
estás; que es tan honrada como bella
Margarita, y doncella generosa.

LISARDA.

Será virgen y madre, si es doncella;
que de Valerio dicen que ha parido.

LELIO.

Mientes, y toma: acordaráste de ella.

(*Dale un bofeton.*)

LISARDA.

¡Ay cielos!

(*Llora.*)

BRITON.

Mas me pesa, que has rompido
la sarta.

LELIO.

Los anillos le he quitado,
y los zarcillos.

BRITON.

Su pirata has sido.

LELIO.

Coge las perlas.

BRITON.

¿No me ves bajado
cual fraile en Gloria Patri?

---

*Sale* ROSELIO.

ROSELIO.

¿Qué es aquesto?
Lisarda, ¿de qué lloras?

LISARDA.

He quebrado
la sarta de las perlas, en que he puesto

todo mi gusto.

BRITON, *aparte.*

No hay mas linda pieza
que una muger, para mentir de presto.

ROSELIO.

No es es esa la ocasion de tu tristeza;
que no eres tú, sobrina, tan liviana,
que por eso des muestras de tristeza.
¿Qué es eso del carrillo? Mas la grana
en que se tiñe, el daño que recelas
y tu honrada respuesta me hizo llana.
Lelio, ¿hasla dado?

LELIO.

¿Yo?

ROSELIO.

Deja cautelas.
Briton, ¿qué es esto?

BRITON.

Es una niñería:
un dolorcillo que le dió, de muelas.

ROSELIO.

¿Callais los dos? A la sospecha mia
doy crédito; la cara de Lisarda
es un papel que á mi venganza envia:
tinta es la sangre que la letra aguarda:
con cinco plumas la escribió el villano,
valiente con mugeres que acobarda.

LISARDA.

Por mi fé que te engañas.

ROSELIO.

Jura en vano;
que ya en la plana de tu rostro leo
el renglon riguroso de la mano.
¡Ah, Lelio, Lelio! ¿es éste el justo empleo
que hice en tí de Lisarda, que te adora?

LISARDA.

No ha reñido conmigo.

ROSELIO.

Ya lo veo.

LELIO.

Si la he reñido, ¿qué tenemos ahora?
Quitéla estos zarcillos y estas perlas,

que llevo á una muger; quiso habladora,
por resistirme, consentir romperlas,
y díle el bofeton que te ha ofendido.
Estas las joyas son, si quieres verlas.

ROSELIO.

¿Por qué la tratas mal?

LELIO.

Soy su marido.

ROSELIO.

Una vez sola pone el que es honrado
la mano en su muger, si infame ha sido.
No le quites el oro que no has dado:
vuélvesele, ó si no...

LELIO.

Aparta, viejo,
si no quieres...

ROSELIO.

La sangre se me ha helado;
mas no por eso que me injuries dejo.
Has de darle las perlas.

LELIO.

¡Buen aviso!
Pagarte á coces quiero ese consejo.

(*Derríbale y dale de coces.*)

LISARDA.

¿A mi tio?

LELIO.

Él se tiene lo que quiso.

ROSELIO.

Soy tierra: en fin, atréveste á la tierra.

LELIO.

Pues si eres tierra, con razon te piso.

BRITON, *aparte.*

Hoy reina alguna suegra: todo es guerra.

(*Vanse Lelio y Briton.*)

ROSELIO.

¡A mí en el suelo, y de coces!
Lisarda, dame una espada.

LISARDA.

Sosiégate; no des voces;
que no es justo sepan nada
los vecinos.

ROSELIO.

Mal conoces
mi condicion. ¡ Vive el cielo!
¡De un cobarde mal nacidò...!

LISARDA.

Deja las leyes del duelo;
que tú la culpa has tenido
de que te echase en el suelo.

ROSELIO.

¿ Yo la culpa en defender
tu injuria? ¡En mí un mozalbete
las manos ha de poner!

LISARDA.

Eso tiene quien se mete
entre marido y muger.
¿Qué tengo yo que no sea
de Lelio?

ROSELIO.

¡A tí un bofeton!

LISARDA.

Ni me afrenta, ni me afea:
afeites del honor son
con que el amor se hermosea.
Es mi esposo; hacello pudo.

ROSELIO.

Hablas al fin como honrada;
pero el acero desnudo,
ya jubilado en la espada,
me vengará.

LISARDA.

De eso dudo. (*Vase.*)

—

*Sale* VALERIO.

ROSELIO.

¿Aquí estás? ¿Cómo te atreves
salir en público así,
si por tus costumbres leves
anda Clenardo tras tí,

y antiguos enojos mueves?

VALERIO.

Quiero hoy volverme al aldea,
y he menester que me des
unos escudos.

ROSELIO.

Granjea
tu hacienda asi; que despues
no es mucho que corta sea.
¿Cuántos los escudos son?

VALERIO.

Quinientos.

ROSELIO.

Pues ¿para qué?

VALERIO.

Compro cierta posesion.

ROSELIO.

¿Tú posesion? Ya yo sé,
de tu santa inclinacion,
la posesion en que estriba
tu liviana voluntad,
en torpes vicios cautiva.

VALERIO.

Por Dios, que es una heredad.

ROSELIO.

Si es heredad, será viva.

VALERIO.

¡Oh! ¡qué de ello que me cuesta
cualquier cosa que me das!
Digo que es para una fiesta,
para jugar, ¿quieres mas?
para una muger.

ROSELIO.

Y honesta.

VALERIO.

¿Tienes otro que te herede
mas que á mí, para que estimes
lo que es justo que acá quede?
Ya soy hombre; no escatimes
lo que mi edad me concede.

ROSELIO.

¿Tantos pasos y argumentos

gastas, si en darte me fundo
los reales cientos á cientos?

VALERIO.

Mas que un hermano segundo
en cobrar sus alimentos.
Si me los tienes de dar,
¿para qué con esa flema
me los haces desear?

ROSELIO.

A tí y Lelio un mismo tema
os hace locos de atar.
Ea, en mí las manos pon
como hizo Lelio en tu prima,
si te parece razon;
mi cano rostro lastima;
dame en él un bofeton:
el oro y joyas me quita
con alborotos y voces,
y en tierra me precipita;
darásme otra vez de coces
por amor de Margarita.

VALERIO.

¿Cómo es eso?

ROSELIO.

A su muger
las joyas Lelio ha quitado
que no le supo traer,
y un bofeton le ha costado
el querellas defender;
y porque yo como tio
sus locuras reprendí,
fue tanto su desvarío,
que puso los pies en mí:
mira ¡qué valiente brio!
A Margarita pretende:
para ella las joyas son
con que su interes enciende:
si es esta la posesion
que tu deshonra te vende,
cómprala, y cual Lelio yerra:
echa á mal mi hacienda así,
y de casa la destierra:

písala bien, como á mí
Lelio me ha pisado en tierra. (*Vase.*)

VALERIO.

¿Lelio á mi padre ha injuriado?
¿Lelio en Margarita ¡cielos!
emplea hacienda y cuidado?
¿Lelio afrentas, Lelio celos?
Mas ¿qué mucho, si es cuñado?
Voile á buscar; que mejor
satisfará á mi esperanza
que á la lengua mi valor:
daré de un golpe venganza
á mi padre y á mi amor. (*Vase.*)

Sala en casa de Margarita.

—

Margarita declara á Leonela que se inclina favorecer á Lelio, porque Clenardo no tiene de él sospecha alguna, al paso que desde el lance de la silla, observa á Valerio. Habiéndose quedado sola, y mientras Leonela va á llevar el recado de su ama, se oye una voz divina que al son de música triste reprende á la liviana joven sus vicios, la revela las penas que padece su madre difunta, y la anuncia que en un sermon ha de convertirse y mudar de costumbres. Al prodigio de la voz siguen dos apariciones simbólicas, que le muestran el fin espantoso que le aguarda si continúa caminando por la florida senda del pecado, y la corona inmarcesible que ceñirá sus sienes como abrace la vida áspera de la penitencia. Mientras tanto, á los umbrales de la casa de Margarita riñe Valerio con Lelio, deseoso de vengar sus celos en él y el mal trato de Roselio su padre, y Lisarda su prima. Un momento despues de haberse retirado los dos jóvenes, salen al mismo sitio acuchillándose los dos viejos Clenardo y Roselio: el motivo de la pelea es que Clenardo ha propuesto á Roselio la boda de Valerio con Margarita, y Roselio ha respondido que su hijo no se ha de casar con una muger sin hon-

ra. El resultado de ambos desafios es quedar Valerio herido de muerte y Clenardo en una mano, y presos él y su enemigo. Lelio se ha refugiado en un convento; sábelo Margarita, va á verle á la iglesia en ocasion que predicaba fray Domingo de Guzman, y la voz del santo orador hace tal efecto en la pecadora, que despojándose de sus atavios profanos públicamente, da lugar con sus descompasadas acciones y discursos á que el pueblo crea que se ha vuelto loca. Esta escena, que es la última del acto, pasa en la calle, á las puertas del convento, donde se hallan Celio, Pinardo, Pinabel, Ludovico y otros caballeros que han venido al sermon, mas por curiosidad que por inclinacion devota.

Calle.

*Salen, medio desnuda* MARGARITA, *y* POBRES *tras ella, y* LEONELA.

MARGARITA.

Afuera galas dañosas,
joyas torpes y lascivas,
plumas con que la corneja
prestada hermosura envidia.
Casa del demonio he sido;
y porque al huesped despida,
en fe de mudarse á ella
mi Dios, la desentapiza.
Tomad, pobres de mis ojos.

LEONELA.

¡Ah señora de mi vida!
¿En la calle te desnudas?
¿No adviertes en quien te mira?

MARGARITA.

Vestidos hizo el pecado,
que á Adan y Eva ensabenitan:
la verdad anda desnuda;
adornada la mentira.
En la calle han de ver todos
que la hermosura fingida

que en mí los encadenó,
prestada fue, que no mia.
Fue hermosura de alquiler:
pues claro está que la alquila
quien con galas es hermosa,
si sin ellas la abominan.

LEONELA.

Pinabel, Celio, Pinardo,
pues aquí estais, reducilda;
que se le va por la posta
la médula de la vida.

PINABEL.

Señora, volved en vos;
que no es bien que Margarita
tan bella, y que tanto vale,
la lloremos hoy perdida.

MARGARITA.

¡Qué bien en el uso estais,
idiotas, cuya dotrina,
cuando os ponderais de sabios,
la llama Pablo estulticia!
¿La parábola ignorais
de la muger afligida,
que descuidada perdió
la preciosa margarita;
y revolviendo la casa,
galas saca, cajas mira,
hasta que habiéndola hallado,
llama á voces las vecinas;
sale de sí, fiestas hace,
gasta, festeja, convida?
Pues si Margarita soy,
y perdiéndome en mí misma,
estaba fuera de mí
sin valor y sin estima;
y hoy dentro de mí me busco,
la luz del cielo encendida
de la palabra de Dios,
que fray Domingo predica;
¿qué mucho que para hallarme
arroje galas malditas,
barra el alma de sus culpas,

y sin mirar quien me mira,
(pues á mí misma me hallé
cuando en mí estaba perdida)
haga fiestas por las calles,
y dé á los pobres albricias?
Margarita soy hallada;
de Dios sigo la dotrina.
Amigos, hagamos fiestas;
á convidar voy amigas;
cantadme mil parabienes:

(*Baila.*)

bailemos; que el alegria
aquestos efetos causa:
todos celebren mi dicha.

LEONELA.

¡Miren cual anda el meollo!
Señora, ¿mas que nos tiran
pepinazos los muchachos,
y que nos van dando grita?

LUDOVICO.

¿Hay lástima semejante?

MARGARITA.

¿Esta es lástima, y la vida
que yo tuve y vos teneis,
os alegra y no os lastima?

LEONELA.

A su casa la volvamos:
¡mal haya nuestra venida!

PINARDO.

No os habeis de desnudar;
ni porque esteis convertida,
habeis de hablar disparates.

MARGARITA.

Quien es loca, que los diga.
¿Dónde me llevais?

CELIO.

A casa.
Tenelda, y vaya.

MARGARITA.

¡Oh! ¡qué linda
compañía me llevaba!
Afuera, gente lasciva;

que si se pegan los vicios
por las malas compañías,
no quiero que me pegueis
los vuestros, ya que estoy limpia.
Fuera digo, gigantones
del mundo, la seda encima
y la paja por de dentro,
amantes á la malicia,
que soy amante de veras.

PINARDO.

Dejalda, que desatina
y está furiosa.

*Voces de* GENTE *que acude por todas partes.*

A la loca.

MARGARITA.

Mi Dios, si hizo el mundo estima
de mi fragil hermosura,
hoy al menosprecio incita:
llámenme loca por vos;
seré la loca divina.
Albricias me pedid, cielos, albricias;
que si soy la perdida Margarita,
pues á la luz de la verdad me hallaron,
venga mi Dios, y le daré su hallazgo.



## ACTO TERCERO.

Sala en casa de Clenardo.

—

*Salen,* LEONELA *á lo beato, y* LELIO *y* BRITON *de peregrinos.*

LELIO.

Un año, Leonela, he estado
en el duro cautiverio
de la ausencia, y de Valerio
temeroso; él ha sanado,
y yo, por puntos peor,
moriré, pues Margarita
mudada, imposibilita
mi vida como mi amor.
¿Qué trueco de vida es este?
¿Qué llanto, qué soledad
marchita su mocedad,
porque la vida me cueste?

LEONELA.

¿Qué quieres? Todos andamos
á lo capacho; yo y todo,
como ves, ando del modo
que anda un domingo de Ramos,
suspirando por instantes,
vestida de devocion,
siendo en toda procesion
paso de disciplinantes,
y en fin, si en la vita bona,
que ya me hacen dar de mano,
fui bellaca á canto llano,
ya soy santa socarrona.

Todo se muda: el camino
de virtud sigo: ¿qué quieres?

BRITON.

Mejor medrarás si hicieres
fayancas á lo divino.

LEONELA.

El rosario y fray Domingo
han acabado esto y mas.

BRITON.

Hecha un almibar estás
del cielo; si en tí me pringo,
pegaráseme el ser santo.

LEONELA.

Pues llegue; que aquí hay cordon,
que tiene por devocion
diez ñuditos como un canto.

LELIO.

¿Que no se acuerda de mí
tu señora?

LEONELA.

No hay que hablar:
con rezar y mas rezar
al malo aparta de sí.
Trae al cuello de ordinario
mas cuentas que un buhonero.

LELIO.

De esa suerte, yo me muero.

LEONELA.

Conviértete tú en rosario,
y á su cuello te traerá.

LELIO.

¿Luego de nada ha servido
lo que de mí has recebido?
¿Luego en vano escrito te ha
en esta ausencia mi amor
que de su industria discreta
te aproveches?

LEONELA.

No hay receta,
por sabio que sea el dotor,
que aproveche, si el enfermo
no la quiere ejecutar:

no tienes que me culpar;
que en verdad que no me duermo.
No hay ocasion de nombrarte,
que encajándole la historia,
no le traiga á la memoria
lo mucho que debe amarte:
y aun hubo vez que mohina,
despues que me reprendió,
sin que ayunase, me dió
colacion de disciplina.
Viene fray Domingo á casa,
y endiósala de manera,
que si al mundo fue de cera,
para Dios es ya de masa.
Su padre está tan contento,
como antes estaba triste:
sayal ó estameña viste,
yerbas son nuestro sustento;
que carne no es ya comida
que á nuestras mesas acuda.

BRITON.

Opilóse con la cruda,
y págalo la cocida.

LEONELA.

No sé; lo que esperimento
es, que desde un año acá
solos rosarios me da
por salario y por sustento.
En lugar de letüario,
rosarios he de almorzar:
á comer, á merendar
y á hacer colacion, rosario.
Rosario al hacer labor,
rosario al agua bendita,
rosario cuando hay visita,
rosario si hace calor,
rosario si llueve ó hiela;
y en fin, me tiene tan harta,
que es cada hora ya una sarta
de rosarios en Leonela.

LELIO.

No sé que furia me incita,

y me trae como me ves.
Margarita mi bien es:
moriré sin Margarita.
No dudes de esto.

LEONELA.

Habla paso;
no sepa que estás aquí.

LELIO.

¿Qué importa?

LEONELA.

¡Pobre de mí!

LELIO.

Yo me muero, yo me abraso.
De peregrino he venido
para hallar facil la entrada
de esta casa tan mudada,
sin que sea conocido:
si á mi vida no das traza,
de mi muerte no te espantes.

LEONELA.

Pues menos la amabas antes.

LELIO.

Despues que asi se disfraza
y de estado y vida muda,
ó lo hace la privacion,
ó el infierno en su ocasion
me enciende.

LEONELA.

Aqueso es sin duda.
Mas yo, ¿qué tengo de hacer,
si tu nombre le repito,
ya en libros y horas escrito,
ya llegándole á esconder
en las mangas de la ropa?
Debajo la cabecera,
en la labor, en la estera,
el nombre de Lelio topa.
¡Qué golpes no me ha costado,
por mas que niego y reniego!
ni ¿qué importa encender fuego,
si lágrimas ha topado,
que cada instante que reza,

en estas cuentas derrama,
con que apagando la llama,
me quiebro yo la cabeza?
No sé cómo correspondas
con tu gusto.

LELIO.

Solo un medio
á mi mal dará remedio;
y es que esta noche me escondas
adonde mi persuasion
su áspera vida mitigue,
y á que me quiera la obligue
la fuerza de la ocasion.

LEONELA.

¡Y que me llueva á mí acuestas!

LELIO.

Con decir que nada sabes,
cumples.

LEONELA.

Si tengo las llaves,
y no hay otras puertas que estas,
¿qué he de responder?

LELIO.

Responda
esta cadena por tí.

LEONELA.

Si me eslabonas ansí,
cuando en el alma te esconda,
no es nada. —¡Buen cabestrillo! —
Éntrate allí dentro, anda.
¿Qué postema no se ablanda
con este inguente amarillo?
Yo te cerraré con llave
dentro de aquel aposento.

BRITON.

¿Y yo?

LEONELA.

Tengo cierto cuento
que decille: ya él lo sabe.

BRITON.

Ahí te las tienes todas.

LEONELA.

Aun ansí te quiero bien.
Lelio, con ella te aven:
veamos cual te acomodas;
que yo con esto he cumplido.

LELIO.

La vida te soy á cargo.

BRITON.

¿Soy tu amargo?

LEONELA.

Y muy mi amargo.
Entra presto; que he sentido
gente.

BRITON.

¡Qué linda beata!
*(Escóndense Lelio y Briton.)*

LEONELA.

Aunque se vista de seda
la mona, mona se queda;
que el mercader siempre trata.

—

*Sale* MARGARITA *en hábito honesto.*

MARGARITA.

Leonela.

LEONELA.

Señora mia.

MARGARITA.

¿En qué entiendes?

LEONELA.

En pasar
de un lugar á otro lugar
una y otra Ave-Maria.

MARGARITA.

¿Has aprendido del modo
que el rosario que es entero
se divide?

LEONELA.

Aunque es grosero

mi ingenio, ya lo sé todo.

MARGARITA.

Repite, pues, la licion
que acerca de esto te dí.

LEONELA.

Agora la repetí:
estoy haciendo oracion.
Soy muy flaca de cabeza;
mejor fuera merendar.

MARGARITA.

Leonela, ya no hay jugar:
deja las burlas, y empieza
si quieres que el bien te cuadre
con que Dios el alma ayuda.

LEONELA.

Soy, señora, por ser ruda,
buena para el alma de madre:
y segun me haces comer
rosas, debes de pensar
que he menesterme purgar.
Yo no puedo padecer
tanto; que Lelio es testigo...

MARGARITA.

¿No te he mandado que el nombre
no mientes aquí de ese hombre?

LEONELA.

Bien sé yo por qué lo digo;
que como Lelio es discreto,
todas las veces que pasa,
que son hartas, por tu casa,
viendo mi flaco sugeto,
me dijo: «no ayune tanto,»
porque si una vez desquicio
los umbrales del jüicio,
enloqueceré á lo santo;
y no es bien que pague mal
á Lelio, que bien te quiere.

MARGARITA.

Leonela, cuando te oyere,
sin hacer de mi caudal,
nombrarme otra vez ese hombre,
no has de estar mas en mi casa:

ya de los límites pasa
tu atrevimiento; ni el nombre
he de oir del instrumento
de mi torpe perdicion.

LEONELA.

¿Pues yo...?

MARGARITA.

No des ocasion,
Leonela, á mi sufrimiento:
usa bien de mi paciencia,
ó despídete.

LEONELA.

Señora,
si nombrase desde agora
á Lelio, ni en tu presencia,
ni ausente, aunque Lelio sea
tan galan y gentil-hombre,
(pues te da de Lelio el nombre
enfado, y no te recrea),
plegue á Dios que Lelio venga
á estar en casa escondido
por mi mal, y que perdido
el seso, tan poco tenga,
que Lelio y tú estando juntos,
porque yo fui la ocasion
tú me des un bofeton,
y Lelio estampe los puntos
del zapato en mi barriga:
porque Lelio ¿qué me ha dado?
Si es Lelio ó no es Lelio honrado,
el mesmo Lelio lo diga.

MARGARITA.

Ó que me enoje apeteces,
ó loca debes debes de estar:
¡mándotele no nombrar,
y nómbrasle tantas veces!

LEONELA.

Escucha y no seas crüel,
ni por nombrarle te ofendas;
que hago carnestolendas
para despedirme de él.

MARGARITA.

Dejemos, Leonela, gracias;
híncate aquí de rodillas,
y sabrás las maravillas
que contra nuestras desgracias
aqueste rosario encierra.

LEONELA.

En fin, ¿nos hemos de hincar?
(*Aparte.* ¡Válgate Dios por rezar!)
(*Arrodíllanse las dos.*)
Hincada estoy en la tierra.

MARGARITA.

Los misterios del rosario
son quince: ¿sábeslos?

LEONELA.

Sí.
(*Aparte.* Jugar al quince aprendí
en casa de un boticario.)

MARGARITA.

Los primeros, que son cinco,
son gozosos.

LEONELA.

No hay tal gozo...
(*Aparte.* Como el dar la mano á un mozo
blanco y rubio como un brinco.)

MARGARITA.

¿Qué dices?

LEONELA.

Que cinco son
los que son gozosos solos;
pero no cinco de bolos,
cinco sí, de devocion.

MARGARITA.

Los otros cinco se llaman
dolorosos.

LEONELA, *aparte.*

¡Qué dolor
es gastar mi edad en flor,
cuando dos lacayos me aman,
hincada aquí como estaca!

MARGARITA.

Los otros son los gloriosos.

LEONELA.

¡Oh misterios generosos!
(*Aparte.* Pues que soy tan gran bellaca,
levantadme de aquí presto.)

MARGARITA.

Los cinco primeros, pues,
quiero enseñarte, y despues
los otros.

LEONELA, *aparte.*

¡Buena me han puesto!

MARGARITA.

La soberana embajada
del paraninfo Gabriel
contempla, que desde Abel
tan pedida y deseada
fue, hasta este punto divino.
¡Qué lágrimas no vertian
los que á las nubes pedian:
«lloved, cielo cristalino,
el rocío celestial
que nuestras penas consuele,
y en la concha se congele
soberana y virginal.»
¡Ay! ¡qué soberano ejemplo,
dais, amoroso señor,
de vuestro infinito amor!—
¿No contemplas?

LEONELA.

Ya contemplo.
(*Duérmese.*)

MARGARITA.

¿Qué es eso?

LEONELA.

Estoy contemplando.

MARGARITA.

¿En la embajada?

LEONELA.

¿Pues no?
(*Aparte.* En la que Lelio me dió.)

MARGARITA.

¿Qué dices?

LEONELA.

Digo que ando
agora en cuando del cielo
el angel se despedia
de los deudos que tenia,
haciendo jornada al suelo.
¡Lo que llorarian con él!
Paréceme que los veo
decir: «que volvais deseo
muy rico de allá, Gabriel.»

MARGARITA.

Leonela, los que acá bajan,
siempre gozan la presencia
de Dios y su eterna esencia:
no hay llanto allá; no trabajan.

LEONELA.

¿Luego no se despidió
el angel de esotros bellos?

MARGARITA.

Si estaba siempre con ellos,
¿para qué?

LEONELA.

Engañéme yo.
(*Ruido dentro de carrera.*)
Mas, ¿qué es esto? ¿carrerita?
(*Aparte.* No la pienso yo perder.)
(*Levántase.*)

MARGARITA.

¿Dónde vas?

LEONELA.

A ver correr.

MARGARITA.

¿Estás loca?

LEONELA.

Estoy contrita;
pero esto de cascabeles
inquiétame de ordinario.

MARGARITA.

Cuando rezas el rosario,
¿es justo que te desveles
en cosas vanas? ¿Qué intentas?

LEONELA.

Todo es pura devocion,
pues los cascabeles son
redondos como las cuentas;
y de los dos imagino
que son (y no es dicho en vano)
el pretal rosario humano,
y esotro pretal divino.

---

*Sacan* PINARDO *y* ALBERTO *á* VALERIO *desmayado, y asiéntanle.*

PINARDO.

Si es verdad que vive en vos
la piedad con que Florencia
vuestra fama reverencia;
y amando ya á lo de Dios,
sois al mundo ejemplo nuevo
que vuestra vida acredita;
no es posible, Margarita,
que mirando este mancebo
cual está, de una caida
que dió, un caballo corriendo;
su desgracia socorriendo,
no intercedais por su vida.
Pruebe en vos la devocion
lo que médicos no pueden. (*Vase.*)

ALBERTO.

Vuestras oraciones queden
con él, pues bastantes son
á volvelle en sí; y Leonela
y yo iremos á buscar
agua con que despertar
su desmayo.

LEONELA.

(*Hablando aparte con Alberto.*)
¿Qué cautela
es esta?

ALBERTO.

Por agua ven,
y sabráslo de camino.

LEONELA.

Ir por ella determino
al mar.

ALBERTO.

Y estarále bien
á Valerio, porque tardes;
que no es el suyo desmayo.

LEONELA.

¿No? ¿pues qué?

ALBERTO.

Amoroso ensayo.
Oye y ven, porque no aguardes.

(*Vanse Leonela y Alberto.*)

MARGARITA.

¿Qué enmarañada invencion
quiere inquietar mi sosiego?
¡Junto á la pólvora el fuego!
¡la hacienda junto al ladron!
Si es Valerio, y la ocasion
puede tanto, ¿qué he de hacer?
Agua fueron á traer
los que de mí no hacen caso:
traigan agua, que me abraso
sin saberme defender.
¿Iréme de aquí? Mas dejo
á Valerio desmayado:
y si le halla en este estado,
¿qué dirá mi padre viejo?
Quedarme no es buen consejo:
pues no irme ni quedarme,
y consentir abrasarme.
Mi afrenta vuelvo á temer;
que estoy sola, soy muger,
y no hay que poder fiarme.
¡Ah, Leonela! —Pero fue
por agua, y no volverá;
que sobornada estará
porque á mi mal tiempo dé.
Aconsejadme: ¿qué haré,

cielos piadosos, aquí?
¿Huiré este peligro? Sí;
que si Valerio cayó,
no es razon que caiga yo,
y que me lleve tras sí.
Desmayado está: no quiero
aguardar á que en sí vuelva,
y que torpe se resuelva
á lo que intentó primero.

VALERIO.

*(Levantándose.)*

Espera, entrañas de acero,
si te obligan á esperar
lágrimas, que despertar
este desmayo han podido.
¿Es posible que yo he sido
quien tuvo en tu amor lugar?
Mas sí; que en esta desgracia,
no por tan peligroso hallo
la caida de un caballo,
como el caer de tu gracia:
la hermosura que te agracia
no es razon que esté empleada
en la vida despreciada
que con ese trage adquieres,
porque no te digan que eres
la bella mal maridada.
Yo fui tu primero dueño;
ser quiero tu esposo agora:
Valerio es el que te adora,
aunque en méritos pequeño:
el alma otra vez empeño
que á los principios te dí;
no es bien que borres así
entre esa estameña obscura,
Margarita, una hermosura
de las mas lindas que ví.

MARGARITA.

Valerio, volved en vos;
mudad de intento y de estado:
por Dios solo os he dejado;
no hagais competencia á Dios.

Solos estamos los dos;
si pasar la vida en flores
quereis, no las hay mejores
que las que en mis cuentas veis:
aquí amores hallareis,
si habeis de tomar amores.
Si de mi pasado yerro
os vine cómplice á hacer,
locura será volver
al vómito como el perro:
á Dios por amante encierro;
dentro del alma le oí
decirme: «mi gracia os dí;
y pues que entre los del mundo
soy amante sin segundo,
no dejeis por otro á mí.»

VALERIO.

Pues si por ruegos no basto,
por fuerza hoy, crüel, verás
del mal pago que me das,
un castigo poco casto.
En balde palabras gasto;
ú de intento ó vida muda...

MARGARITA.

¡Cielos! ¿no hay quien me dé ayuda?

—

*Sale* LELIO, *con el bordon desenvainado.*

LELIO.

¿Cómo te puede faltar
donde yo estoy, que á estorbar
tu agravio, quiere que acuda?

MARGARITA.

¡Lelio en mi casa! ¿Qué es esto?

VALERIO.

¿Qué ha de ser, sino señal,
hipócrita desleal,
de tu trato deshonesto?
Tu fama en el vulgo has puesto
hasta el cielo; y escondido

tu vil galan atrevido,
á tu viejo padre engañas;
que con tan torpes hazañas
tu santidad has fingido.
El hábito honesto deja;
que para Dios no hay engaño;
pues para hacer mayor daño,
viene el lobo en piel de oveja:
vuelve á tu costumbre vieja,
pues no tienes que perder,
y volverá el vulgo á hacer
burla de tu torpe vida,
que la honra una vez perdida,
mal la cobra una muger.
Con Lelio en público trata,
si en secreto á hablarte vino;
que bien viene un peregrino
con una falsa beata.

LELIO.

Mientes, y refrena ó ata
la lengua descomedida,
ó quitaréte la vida.

VALERIO.

Aquí no: vente tras mí
porque satisfaga en tí
tu atrevimiento y mi herida.
Y tú, hipócrita, no dudes,
pues tan convertida estás,
que he ocuparme de hoy mas
en pregonar tus virtudes;
y aünque á su casa acudes
á servir á Dios, desde hoy
haré en la ciudad que estoy,
que sus vecinos te alaben...

LELIO.

Ya sabes á lo que saben
mis manos.

VALERIO.

Ven.

LELIO.

Tras tí voy.—
(*Vase Lelio.*)

Margarita, no es razon,
ya que en tu defensa cuerda
la vida pierda, que pierda
antes de ella la ocasion:
si una justa obligacion
á mi amor basta á moverte,
y el salir á defenderte
te mueve, paga mi fé,
ó antes que me la dé
Valerio, verás mi muerte.
Solo tu amor ha podido
disfrazarme como ves;
tu amor, Margarita, es
quien hoy aquí me ha escondido:
Valerio se va ofendido
á decir por la ciudad
que con fingida amistad
pagas mi amor torpemente;
y pues le ha de crêr la gente,
haz su mentira verdad.

MARGARITA.

No permitas, Lelio, que haga
á Dios y al rosario ofensa.

LELIO.

No he de forzarte; mas piensa
que si asi mi amor se paga,
ha de acabarme esta daga;
y hallándome aquí sin vida,
la ciudad de tí ofendida
te llamará descompuesta,
con Valerio deshonesta,
y conmigo mi homicida.
Paga bien voluntad tanta.

(*Se arrodilla.*)

MARGARITA.

¡Oh torcida inclinacion!
¡oh fuerza de la ocasion!
Sola estoy; Lelio, levanta.
Devocion piadosa y santa,
¿qué lobo deja la presa,
por mas que ayunar profesa?
¿qué tesoro el avariento,

ó qué manjar el hambriento,
cuando le ponen la mesa?
Soy muger, bástame el nombre;
frágil es mi natural;
ni acero ni pedernal
será razon que me nombre;
de la costilla del hombre
la muger recibió el sér;
al centro quiero volver
que mi inclinacion dispone.
Dios y el rosario perdone.

LELIO.

¿Que mi amor vino á vencer?
Déjame poner la boca
en estas manos; los brazos
sean de este cuello lazos,
donde mi alma su bien toca.

(*Abrázanse.*)

—

*Salen* LEONELA *y* ALBERTO *con agua, y quédanse en el fondo hablando aparte.*

ALBERTO.

¡Ay mudanza torpe y loca!
Á buen tiempo el agua viene,
si acaso sed tu ama tiene;
que habrá sido el calor mucho.

(*Desconociendo á Lelio.*)

¿Mas qué veo?

LEONELA.

Y yo ¿qué escucho?

ALBERTO.

Hecho me he quedado grulla,
en un pie. ¿Con quién se arrulla
la santa?

LEONELA.

Es un avechucho
que en figura de romero
no le conoce Galvan.

ALBERTO.

¿No es Lelio este, aquel galan

de Margarita? ¿Qué espero?

LEONELA.

¿Y el desmayado?

ALBERTO.

Eso quiero
preguntar.

LEONELA.

¡Gentil ensayo!

ALBERTO.

¿Mas que tienes su lacayo
con el mismo fingimiento
aquí?

LEONELA.

Como se lo cuento.

ALBERTO.

Pues yo tambien me desmayo.

LEONELA.

¿Dónde Valerio estará?

ALBERTO.

Sabello será mejor.

LEONELA.

(*Mirando á la puerta.*)
¡Ay que viene mi señor!

ALBERTO.

¿Cómo?

LEONELA.

En la sala entra ya.

ALBERTO.

Leonela, dime: ¿no habrá
desvan ó zaquizamí
adonde me escondas?

LEONELA.

Sí.

¡Oh lo que ha de hacer el viejo!
Mas haga; allá me los dejo.

ALBERTO.

Escóndeme.

LEONELA.

Ven tras mí.

(*Vanse Alberto y Leonela.*)

---

*Sale* CLENARDO.

CLENARDO.

(*Para sí al salir.*)

¡Valerio descolorido
de mi casa, y descompuesto
contra mis canas! ¿Qué es esto?
¿Aun no ha escarmentado herido?—

(*Reparando en su hija y Lelio.*)

Pero no sin causa ha sido,
segun lo que llego á ver.
¡Ah inconstancia de muger!
No es mucho, si en tales lazos
se toma el honor á brazos,
que otra vez vuelva á caer.
¡Qué presto te arrepentiste
de la virtud que profesas!
Al vicio pusiste presas;
pero presto las rompiste:
la estameña que te viste,
no es honra en tí, mas baldon;
que el hábito y religion
no hace santo al que le muda,
si al vestirle no desnuda
su perversa inclinacion.
Tambien tú te has disfrazado;
pero bien fue que viniera
un romero á una ramera,
como ella disimulado:
corta estacion has andado
para el trage que desdora
tu fama; mas porque agora
escuses jornada tanta,
por no ir á la casa santa,
vienes á la pecadora.
A tan devota estacion,
justo es que luces encienda;
yo encenderé con la hacienda
la imagen de devocion.

No ha de haber mas ocasion
en mi casa de pecar;
toda la quiero abrasar,
aunque la vida me cueste;
que es hacienda, al fin, de peste,
y la manda el rey quemar.
Sacar de aquí una hacha quiero.

—

*Alza un tapiz y descubre á* BRITON *de peregrino, y á* ALBERTO, *y sentada en medio á* LEONELA.

CLENARDO.

(*Dando una voz, á la cual vuelven la cabeza Margarita y Lelio, y quedan inmóviles.*)
¿Qué haceis de esa suerte?

BRITON.

Al son
que nos hacen nuestros amos,
tambien los mozos bailamos.

CLENARDO.

¿Vió el mundo tal perdicion?
Ya ni hay seso ni razon
que el darme la muerte impida.
¡Ay casa! ¡ay honra perdida!
¡ay hija torpe y liviana!
Si fray Domingo no os sana,
yo me quitaré la vida.
(*Vase: los criados huyen despues.*)

LELIO.

No he tenido para hablalle
cara ni lengua.

MARGARITA.

Eso puede
la razon que al vicio escede,
y le enfrena, porque calle:
no sé cómo he de miralle
al rostro desde hoy.

LELIO.

Repasa
la violencia que me abrasa,

á pesar de mi valor,
y obligaráte mi amor
á dejar por mí tu casa.
Tu padre es determinado,
y está indignado contigo;
solo la muerte es castigo
del padre ó marido honrado:
pues si á fray Domingo ha dado
de estas liviandades cuenta,
¿cómo sufrirás la afrenta
con que es fuerza te dé en cara?
Huye; que su mal repara
quien ha pecado y se ausenta.
En Nápoles viviremos,
que es Babilonia del mundo;
huye el ímpetu segundo
de tu padre.

MARGARITA.

¡En qué de estremos
los que pecamos, caemos!
. . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

LELIO.

¿Qué determinas?

MARGARITA.

Forzoso
lo que dices ha de ser:
morir quiero y no me ver
ante el rostro riguroso
de mi padre.

LELIO.

Venturoso
fin has dado á mi amor hoy.
Pues esperándote estoy,
¿qué aguardas?

MARGARITA.

¡Ay amor loco!
Déjame aqui sola un poco.

LELIO.

Date prisa. (*Vase.*)

MARGARITA.

Tras tí voy.

Al poner por obra la temeraria resolucion, se acuerda la culpable de la Vírgen Santísima, y en un soneto tan malo como el designio que traza, promete á la madre del Salvador, que aunque no ha rezado el rosario aquel dia, no dejará de hacerlo despues, porque en el instante de la culpa no se atreve. Este buen pensamiento la salva: tres veces se encamina á la puerta para huir de la casa, y tres veces cae en el suelo. Aparécesele entonces el angel de la Guarda, cuya divina hermosura y amoroso lenguaje destierran del corazon de Margarita todo pensamiento mundano. Convídala el celestial espíritu á desposarse con él, no en esta vida caduca, sino en la que jamás acaba; acepta la pecadora arrepentida, y el angel se remonta con ella al empíreo. Muere Margarita: el espectáculo de su dichoso tránsito mueve á su padre, á Roselio y aun á Leonela, Briton y Alberto á abrazar la vida religiosa: Valerio, reconciliado con Lelio, se casa con una hermana de este. El título de la comedia se funda en estos versos que dice Margarita al tiempo de ser conducida por el angel Custodio á las celestes esferas.

¡Ay esposo celestial! . . . .
si á tal suerte, á dicha tanta
llega al gozaros mi vida,
diga mi feliz caida:
«quien no cae no se levanta.»



# FRAGMENTOS.

DE

# LOS LAGOS DE SAN VICENTE.

I.

*En lo alto de unos riscos* PASCUAL, *villano, muy á lo grosero, con un baston y una honda. Por la mitad de los riscos el rey* DON FERNANDO, *de caza.*

PASCUAL.
¡Aho! que espantais el cabrío.
¡Verá por dó se metió!
Valga el diabro al que os parió.
Echá por acá, jodío.
Teneos, el abigarrado.

FERNANDO.
Enriscado me perdí.
Pastor, acércate aquí.

PASCUAL.
Sí, acercáosle.—¡Qué espetado!
Pues yo os juro á non de san,
que si avisaros no bonda,
y escopetina la honda
tres libras de mazapan,
(mejor diré mazapiedra...)
¡Aho! que se mos descarria
ell hato.

FERNANDO.
Escucha.

PASCUAL.
Aun seria
el diabro. ¡Verá la medra
con que mos vino! Arre allá,
hombre del diablo: ¿estás loco?
Ve bajando poco á poco;
no por ahí, ancia acá.
Voto á san, si te deslizas...

FERNANDO.

Acerca, dame la mano.

PASCUAL.

Que has de llegar á lo llano
bueno para longanizas.

(*Alárgale el baston para que se tenga á él.*)

Agarraos á este garrote.
¿Quién diabros por aquí os trujo?
Teneos bien; que si os rempujo,
no doy por vueso cogote
un pito.

FERNANDO.

¿Qué sierra es esta?

PASCUAL.

La Bureva de Castilla.

FERNANDO.

¡Notables riscos!

PASCUAL.

Mancilla
vos tengo.

FERNANDO.

¡Qué estraña cuesta!

PASCUAL.

Llámase espanta roínes.

FERNANDO.

No sé yo que haya en España
tan escabrosa montaña.

PASCUAL.

Mala es para con chapines.
Dad acá la mano.

FERNANDO.

Toma.

(*Van bajando.*)

PASCUAL.

(*Reparando en el guante del rey.*)

¿Hay mano con tal brandura?
Ó sois vagamundo, ó cura.
Echad por aquesta loma.
Con tiento, aho; que caereis.

FERNANDO.

¡Hay peñas mas enriscadas!

PASCUAL.

¿Manos de lana, y peinadas
guedejas? ¡Aho! no me oleis
á poleo: pregue á Dios
que no encarezcais la leña.

FERNANDO.

No malicies.

PASCUAL.

Pues ¿hay dueña
que las tenga como vos?

FERNANDO.

¿Nunca viste guantes?

PASCUAL.

¿Qué?

FERNANDO.

(*Vase descalzando el guante.*)
Estos. (*Aparte.* Simple es el villano.)

PASCUAL.

¡Aho! que os desollais la mano.
¿Estais borracho? A la hé
que debeis ser hechicero.
¡El pellejo se ha quitado,
y la mano le ha quedado
sana, apartada del cuero!
Las mias, ell hazadon
las ha eñforrado de callos:
pues que sabeis desollallos,
hedme alguna encantacion,
ó endilgadme vos el cómo
se quitan; que Mari Pabros
se suele dar á los diabros
cuando la barba la tomo.

FERNANDO, *aparte.*

¡Sazonada rustiqueza!

PASCUAL.

Por aquí; que poco falta
de la sierra.

FERNANDO.

Ella es bien alta,
y asombrosa su aspereza.

PASCUAL.

Y decid, por vuesa vida:

¡qué! ¿se puede desollar
la mano sin desangrar,
quedando entera y guarrida?

FERNANDO.

Anda, necio; la que ves,
es una piel de cabrito
ó cordoban.

PASCUAL.

Sí, bonito
soy yo...

FERNANDO.

Adóbanla despues,
y ajustándola á la mano,
del aire y sol la defiende.

PASCUAL.

¡Qué bueno! Ó sois brujo ó duende.
¿Pensais aunque só serrano,
burlarme? ¿No está apegada
con la carne acotra? (1)

FERNANDO.

No.

PASCUAL.

¿No os la ví desollar yo?

FERNANDO.

Estaba en ella encerrada
como tu pie en esa abarca.

PASCUAL.

Si las atais por traviesas,
dejáradeslas vos presas,
ó metidas en el arca.
Mari Pabros me pedia
la mia de matrimeño;
y yo como amor la enseño,
dándola aquesta vacía,
burlada se quedará
si por Olalla la dejo;
que hay mano que da el pellejo,
pero no la veluntá.
Y porque ya estais abajó,
á Dios; que all hato me vó.

(1) Esotra, esa.

FERNANDO.

Quiero desempeñar yo
las deudas de tu trabajo.
Toma este anillo.

PASCUAL.

¿Este qué?

FERNANDO.

Anillo es de oro.

PASCUAL.

¡Verá!
De prata los hay acá
mejores; se le daré
á Mari-Pabros, señor. —
¿Qué es esto que relumbrina?

FERNANDO.

Un diamante, piedra fina.

PASCUAL.

¿Lo que llaman esprendor
el cura y el boticario?

FERNANDO.

¿Quién?

PASCUAL.

Un par de entendimientos,
que á falta de pensamientos,
mos habran tras-ordinario;
y hay en nueso puebro quien
mos avisa: «estos que oís,
echan al pan negro anís,
para que mos sepa bien.»

—

*Sale* DON TELLO, *desnuda la espada y en cuerpo.*

TELLO.

Quien no cumple obligaciones
de valor y de amistad,
pague asi su deslealtad,
y vengue sus sinrazones.

FERNANDO.

Tened, don Tello: ¿qué es esto?
¿Vos con la espada desnuda?

TELLO.

Señor, un agravio muda
leyes que amor habia puesto.
Cazando os habeis perdido;
pero podreisos hallar
á vos mismo, si escusar
sentimientos sois servido
de quien valor interesa
y busca satisfaccion:
cazad, Fernando, el blason
de igual, que es sabrosa presa,
digna de las magestades
en que se retrata Dios:
verdades huyen de vos;
seguid, señor, las verdades.

FERNANDO.

Pues ¿á qué fin es todo eso?

TELLO.

Don Diego, favorecido
de vos, muchos ha ofendido;
que el privar ofusca el seso;
y yo que de él confié
prendas de la voluntad,
quejoso de su amistad
en esta sierra saqué
con su sangre el sentimiento
de mi agravio: no sé yo
si vive; sé que quedó
herido, y con escarmiento.
Temo el poder coronado
de un rey que se subordina
á leyes que amor inclina
contra la razon de estado.
Siento seguirme su gente,
y el riesgo no da lugar
á poderos declarar
la ocasion que tuve urgente.
Si vos la verdad seguís
que os suplico que busqueis,
en los yermos la hallareis;
y si templado la oís,
sabreis el agravio mio;

mas si os tiene el favor ciego
de doña Blanca y don Diego,
aunque enemigo, os la fio.

FERNANDO.

Don Tello, esperad.

TELLO.

No puedo,
gran señor, aunque os adoro;
que os he ofendido: al rey moro
voy á servir de Toledo. (*Vase.*)

---

*Sale* DOÑA BLANCA.

BLANCA.

Fernando generoso,
á quien debe Castilla
el título de reino,
si el de condado olvida;
y en hermandad eterna
acuartelados pintas
castillos y leones
en unas armas mismas;
escucha agravios tuyos,
porque entre injurias mias,
á tí te satisfagas,
á mí me des justicia.
Mi nombre es doña Blanca,
ya blanco de desdichas,
á quien airados cielos
con triste aspecto miran:
señora de estos montes,
de estas sierras altivas,
mis padres castigaron
por heredarlos hija.
Única fui: en Briviesca,
solar y casa antigua
de mis antepasados,

notoria fue su estima.
Mis años eran pocos,
y menos la noticia
forzosa á una doncella,
ya madre de familias.
Don Tello de Velasco,
cuyas tierras vecinas
le hicieron, si no deudo,
doméstico en mi villa,
multiplicaba en ella
frecuencias compasivas,
á que le ocasionaban
el verme sola y rica.
Menesterosa entonces
de quien con manos limpias
mi hacienda administrase,
que en huérfanos peligra,
tomóla por su cuenta;
y al paso que crecian
mis réditos y censos,
creciendo sus visitas,
menguó en vulgares lenguas
la fama que lastiman
con sombras de verdades
hipócritas mentiras.
Llegaron estas nuevas
despacio á mi noticia;
puesto que siendo malas,
suelen llegar de prisa.
Y como la advertencia
despues de la pericia,
en juventudes nobles
lo lícito limita,
en lo que no lo era,
por refrenar malicias,
quise, si no atajarlas,
honrada reprimirlas.
Para esto vergonzosa
llamé á don Tello un dia,
y entre vislumbres árduas
examinando cifras,
le dije: «diligencias

que alientan cortesías,
y desinteresadas,
si no empeñan, obligan,
han dado al ocio infame
sospechas y premisas,
que á mi opinion se atreven,
que vuestra fama eclipsan.
Ya suele juzgar verde
la nieve quien la vista
por verdes vidrïeras
socorre cuando mira:
¿qué mucho si villanos
ociosos nos registran
con maliciosos ojos,
que juzguen á malicia
desvelos de nobleza,
queriendo que se midan
con sus intentos torpes
acciones comedidas?
El veros tan afecto
diligenciar prolijas
agencias de mi hacienda
por vos restituida;
remiso en vuestra casa,
solícito en la mia,
cuidando mis aumentos,
y frecuentar venidas,
no siendo nuestra sangre
por vínculos propincua,
la edad ocasionada
en vos, y en mí florida,
vos hombre, muger yo,
y en ellas perseguida
la fama; si nos notan,
no os cause maravilla;
que yo os juro, don Tello,
que á no ser presumida,
aventurara aciertos
de este confuso enigma:
porque oficiosas muestras
despues de tantos dias,
con tal perseverancia,

aunque el silencio oprima
señales acrêdoras,
por sí mesmas me avisan
que agencias sin retornos
ó mueren ó se entibian.
Ya yo me he declarado:
quien debe y noble libra
hidalgos desempeños,
no quiere trampear ditas.
Los vuestros reconozco,
y sé que se acreditan
con el cortés silencio;
que cuando beneficia
el bien nacido, calla:
porque ajustar partidas
de amantes pretensiones,
serán mercadurías.
Mirad en este caso
lo que la vuestra arbitra;
y sea, desmintiendo
los que nos fiscalizan,
ó limitando el verme,
ó de mi casa y vida
(si administrador) dueño,
creciendo á mi amor dichas.»
Dije: y él cortesano
con lengua agradecida,
(no oso afirmar, con alma;
que tal vez son distintas
palabras de intenciones)
encareció la estima
de mis ofrecimientos,
y con respuesta ambígua
enmarañó esperanzas;
puesto que yo ya via
que amante que no otorga,
es fuerza que despida.
Partióse á vuestra corte,
y en ella comunica
secretos á don Diego,
cuya amistad antigua
abrió puertas al alma,

si es lícito el abrirla
en daño de tercero
quien guarda cortesías.
Dijo que si me hallase
(volviendo) maravilla
de ausentes, con firmeza,
entonces dispondria
su amor y mis deseos;
porque aunque se edifica
de piedras una casa,
se cae si no se habita.
Partió Tello á la guerra,
y mientras se ejercita
en merecer laureles,
acá le descaminan
la paz curiosidades,
que siempre patrocinan
amores cuando el ocio
á la ocasion prohija.
Habíame alabado
don Tello por la cifra
de hermosas y discretas;
estaba yo ofendida
de necias dilaciones
que plazos diferian,
pecando de groseras
por sobra de advertidas.
Vino don Diego á verme
cuando esta monarquía,
por descansar tus hombros,
en él su peso alivia.
Su amigo fue don Tello;
mas siendo (como afirman)
en ellos sola un alma
gobierno de dos vidas,
debió tener por cierto
que le pertenecia
la accion de pretenderme:
y para proseguirla,
ocasionó frecuencias:
sirvióme algunos dias;
correspondíle grata,

sus prendas conocidas;
y el interés de verle
que con tu alteza priva,
me hicieron estimarle
con fé tan escesiva,
que cohechando al sueño,
gozaba en él su vista.
Pasáronse dos meses;
volvió (ya reducida
Galicia á tu obediencia)
don Tello á esta provincia;
hallóme ya prendada,
y supo que admitia,
en fe de sus tibiezas,
al dueño de su envidia.
Disimuló pesares,
hasta que vengativa
su espada, en esta caza
le hiere y me lastima.
A tu favor se atreve,
contra mi amor conspira,
y huyendo tus venganzas,
las imposibilita.
Despacha, rey, enojos,
que vuelen y le sigan:
alas de fuego lleva
la espada de justicia.
Todo el poder lo alcanza:
á Dios, Fernando, imita
la furia de los reyes,
que igualmente castigan
agravios coronados,
privanzas ofendidas,
sin reservar lugares
los rayos de su ira.

II.

—

*Salen* TRES MOROS, *peleando con* DON TELLO, *y deteniéndolos* ALÍ PETRAN, *tambien moro.*

ALÍ.

Dejalde, deteneos;
que para tal Alcides sois pigmeos.
Por Alá soberano,
que vibra Jove rayos en su mano.
¿Hay valor semejante?
Bárbaros, retiraos; quitaos delante.

LOS TRES MOROS.

Muera.

ALÍ.

¿Cómo que muera?
¿A vuestras manos? desdichado fuera.
¿Hay mas bizarro aliento?

MORO PRIMERO.

Cuatro alcaides ha muerto.

ALÍ.

Fueran ciento,
fueran mil, y aun son pocos
para el esfuerzo suyo. Apartad, locos:
retiraos, ó á su lado,
hareis por fuerza, lo que no de grado.
¿De cuándo acá, atrevidos,
me desobedeceis?

MORO SEGUNDO.

Muertos y heridos
piden justa venganza.

ALÍ.

¡O infames! por Mahoma, si os alcanza
la cimitarra mia,
que habeis de llorar trágico este dia.

MORO PRIMERO.

Eres príncipe nuestro:
obedecerte es fuerza.

(*Vanse los moros.*)

ALÍ.

Envidia muestro
á tu valor: sosiega,
recóbrate, descansa; que no ciega
la emulacion honrosa,
pues tambien hay envidia generosa.

TELLO.

Mayor me la ha causado
tu noble proceder: ya he respirado
del riesgo que corria:
descanso en brazos de tu cortesía,
porque en el bien nacido,
lo mesmo es obligado que rendido.
Logra vitorias, toma.

(*Vale á dar la espada.*)

ALÍ.

No has de vencerme en todo, por Mahoma:
basta que en lo hazañoso
salgas, Marte cristiano, vitorioso.
Envaina el noble acero,
y págale mejor; que mas te quiero,
cuando obligarte trato,
conmigo armado, que con él ingrato.
¿A dónde ibas? ¿Quién eres?

TELLO.

Yo soy un escarmiento de mugeres,
juego de sus mudanzas,
verdugo de mis mismas esperanzas.
Por una que me quiso,
me destierra el amor del paraiso
de su hermosura ingrata:
una inconstancia ausente me maltrata,
una amistad aleve
paga en traiciones la lealtad que debe,
un rey á quien hechiza
ciego, sus desaciertos autoriza;
y porque satisfago
injurias, me destierra, y llevo el pago

que dan pasiones reales;
mas ¿cuándo se premiaron los leales?
Yo, moro generoso,
huyo, en efeto, amando por celoso,
por noble vengativo,
por vasallo de un rey ponderativo
de quejas de privados
que injurian amistades destemplados.
Determiné en Toledo
dar lugar al rigor, sagrado al miedo,
lástima á su rey moro,
contento ausente á la beldad que adoro,
pesar á mis amigos,
venganza á envidias, al amor castigos,
al olvido licencia,
y el alma á los milagros de la ausencia.
Partí desesperado,
pues todo es uno, loco y desdeñado:
asaltóme esta tarde
tu campo sin oirme, y hizo alarde,
no el valor, la locura,
de enojos que juzgaba por ventura;
pues siendo el morir cierto,
mas honroso blason es quedar muerto
á manos de escuadrones,
que de olvidos, agravios y traiciones.

ALÍ.

Mucho á tu rey le debo
por el agravio que me avisas nuevo;
mucho á tu falso amigo,
pues mi dicha estribaba en su castigo;
mucho mas á tu dama,
pues te conozco porque te desama;
aunque será escelente,
si es tan hermosa como tú valiente.
Si el rigor coronado
vienes huyendo que irritó un privado,
y en el rey de Toledo
libras tu amparo, príncipe le heredo;
Alí-Petran me llamo,
Almenon es mi padre, nobles amo,
y á tí, que sobre todos

resucitas blasones de los godos,
la inclinacion de Marte
en tu amparo me trujo hácia esta parte;
que no es la vez primera
que me recibe el Tajo en su ribera,
y en sus márgenes rojos
ovacion (si no triunfo) de despojos,
con risueñas señales
me sale á hacer á aplausos de cristales.
Ya han visto mis hazañas
de la ulterior Castilla las montañas;
ya han llorado su estrago
los elevados cerros de Buitrago;
pero ninguna presa
la fama de mis armas interesa
como la que hoy consigo
en merecer ganarte por amigo.
Marchemos á Toledo,
si no es que amante persuadirte puedo
á que con diez mil hombres
tu reyno asaltes, tu enemigo asombres,
tu misma patria tema,
Burgos te dé en su silla su diadema,
y asombrando tu fama,
te adore por reinar tu facil dama.

TELLO.

Príncipe generoso,
de puro desdichado soy dichoso.
Dame esos pies.

ALÍ.

¿La mano
no es mejor? Por Mahoma soberano,
que me inclinas á amarte
de suerte, que me atrevo á entronizarte
en la cristiana silla
del reino (antes condado) de Castilla.
¿Quieres hacer hoy prueba
de mi amistad?

TELLO.

Mi lauro es que tan nueva,
contigo pueda tanto.
La lealtad es blason ilustre y santo:

nobleza me acompaña:
no ha de infamar segunda vez á España
otro Julian segundo,
oprobio del bautismo, asombro al mundo.
Reine infinitos años
Fernando, y dénle luz los desengaños
que eclipsa un lisonjero.
De cuantos me prometes, solo quiero
un favor que me llama
á nueva dicha.

ALÍ.

¿Y es?

TELLO.

Robar mi dama,
que será facil cosa,
porque cerca de aquí, ni recelosa
de asalto semejante,
ni con pesar de que olvidó á su amante,
al pie de la Bureva
mora una quinta, donde Flora nueva,
los planteles que pisa,
rosas la sirven, y la adulan risa.
La sociedad ociosa
y la sierra de suyo tan fragosa,
que al cielo besar piensa,
de sí misma presidio, es su defensa.
Si de sus sierras altas
franqueamos estorbos, y la asaltas
en el silencio obscuro,
de agravios y de celos me aseguro,
mis pesares mitigo,
venganza cobro, injurio á mi enemigo;
y viendo que pudiera
destruirle este reino si quisiera;
dejándole sin daño,
obligo al rey, si no le desengaño;
con que ofrecerte puedo
perpetua esclavitud, vuelto á Toledo.

ALÍ.

No digas mas: mis moros,
mi voluntad, mis armas, mis tesoros
son tuyos: la fortuna

patrocine tu amor; cubra la luna
presunciones de plata
aquesta noche á tus intentos grata.

TELLO.

Pon tus pies en mi cuello.

ALÍ.

Alza, y marchemos. ¿Llámaste?

TELLO.

Don Tello.

(*Vanse.*)



DE

# LA VIDA DE HERODES.

*Salen* MARIADNES *y* HERODES, *de pastor.*

MARIADNES.

Deja, pastor, que el sol sus flechas quiebre
en las yerbas menudas que marchita,
y á ese caballo dan fértil pesebre;
y mientras el tirano solicita
mi deshonra y su bárbara venganza
por la ocasion que tu valor le quita;
entre estas sombras que el rigor no alcanza,
y en cuyas hojas leves representa
á los tiempos el viento su mudanza;
premiada tu lealtad tome á su cuenta
principios de favores que te debo;
y porque los asiente, aquí te asienta.

HERODES.

Afrentaránse de favor tan nuevo
estos cedros y palmas, grán señora,
de la ventaja y dicha que les llevo;
quisieran ellos humillar agora
sus elevadas cumbres y cabezas
para besar tus pies que el mundo adora.

MARIADNES.

El campo siempre obliga á las llanezas
que la ambicion desprecia, dando silla
á la soberbia hinchada con grandezas.
De aquí á Jerusalen habrá una milla:
siéntate; que de noche entrando en ella,
aseguro peligros.

(*Siéntase, y hinca él la rodilla.*)

HERODES.

La rodilla
hincada, como á imagen de amor bella,
es mejor que te adore, agradecido
á mi propicia y venturosa estrella.

MARIADNES.

Este es mi gusto, acaba.

(*Siéntase él.*)

HERODES.

¡Que ha podido
mi dicha verme junto al sol sentado!
Amorosa deidad, perdon os pido.

MARIADNES.

Agora, pues, que nos convida el prado
á divertir agravios del estío
y dar lícitas treguas al cuidado,
quiero que dejes satisfecho el mio;
que en mil contradicciones, te prometo
se quiere persuadir á un desvarío.
Mil cosas he mirado en tu sugeto,
tan opuestas y nuevas como estrañas:
si rústico, ¿cómo eres tan discreto?
No niego yo que á veces las montañas
no fertilice el cielo, dando en ellas
al ingenio valor y á las hazañas;
comunes son á todos las estrellas,
y entendimientos hay que entre sayales,
en cuerpos toscos cubren almas bellas;
pero por mas que influyan naturales,
no retóricas lenguas, que consisten
en idiomas de corte artificiales:
los que antiparas cortas cual tú visten,
con palabras groseras satisfacen
á los que en techos míseros asisten;
que aunque es verdad que los ingenios nacen
delicados tal vez en cualquier parte,
los oradores con el uso se hacen,
ó la naturaleza pule el arte:
tú, pues, sin él, que afrentas la elocuencia,
y á Demóstenes puedes compararte,
¿cómo falto de letras y esperiencia,
sutilizas conceptos y palabras,
y á Atenas hurtas el lenguaje y ciencia?
Y aunque el misterio á mis enigmas abras,
con respuestas que ignoro y dificulto,
dime: si al sol y al aire riges cabras,
y su inclemencia por el monte inculto

los rostros tiraniza, pues los hierra
como si el ver sus rayos fuera insulto;
si el cultivar la siempre fértil tierra
paga surcos en callos, que en las manos
por la dureza imitan á la sierra;
¿cómo injurias afeites cortesanos,
siendo escepcion de generales leyes?
¿Tú solamente culto entre villanos?
Manos groseras que, al arado y bueyes
acostumbradas, el trabajo tuesta,
¿pueden en tí afrentar las de los reyes?
Cara que á la del sol adusto opuesta,
jamás huyó el encuentro á sus rigores,
¿compite con la dama mas compuesta?
A tu trage desmienten tus colores,
por mas, pastor, que intentes con negallo
encubrirte entre engaños labradores.
Cuando agora la silla del caballo
(1) la sed me hizo dejar de aquella fuente
que de tí murmuraba lo que callo,
y tú templando del calor ardiente
la furia rigurosa con su risa,
bañaste en su cristal manos y frente,
testigo contra tí fue la camisa,
que por el cuello libre, del ultraje
con que la encierras en sayal me avisas
no dicen bien las puntas de su encaje
con el buriel hipócrita que aforra
en blanco lino el penitente trage.
Decláname este enigma, si no borra
tu poca confianza en el secreto
lo que te debo; asi el cielo socorra
tus esperanzas con dichoso efeto.
Las dudas satisface; di: ¿cómo eres,
si rústico pastor, galan discreto?

HERODES.

Ya que apurar mis pensamientos quieres,
curiosa por saber sucesos mios,

---

(1) *Sed de* una fuente, por *deseo de beber de* ella.

por imitar á las demas mugeres,
oye de la fortuna desvaríos,
que ya que no te admiren, te entretengan
mientras aquestos árboles sombríos
por huesped bello tu hermosura tengan.
Ya que el sutil ingenio
hijo de esa alma noble,
curioso inquisidor
de celos y de amores,
sacando del sagrado
donde el secreto absconde
sucesos de mi vida,
discreta los conoce;
sabrás, hermosa infanta,
que el rey del sacro monte
que á Salomon dió cedros
que para el templo corte,
y Hiram el mundo llama,
se honra con el nombre
de padre mio, puesto
que injuria estos blasones.
Fertilizó su sangre
en himeneos conformes
el cielo con tres hijos,
los dos de ellos varones;
y siendo yo el pequeño,
mis años corresponden
al grado en que he nacido,
que en dichas son menores.
Como perdí el derecho
al reino, que dispone
su herencia al mayorazgo
porque los demas lloren,
mis quejas satisfizo
con darme en fuerzas dobles
para un alma de cera
un corazon de bronce.
Dispúsome á la guerra;
que en ella inclinaciones
dan á segundos hijos
riquezas y opiniones;
y haciendo alarde al viento

de plumas y atambores,
de galas á Cupido
y á Marte de escuadrones,
salí contra el de Arabia,
que descuidado entonces
pagaba en verdes años
censo á deleites torpes.
Vencíle... (brevemente;
que ahorrando digresiones,
no con prolijos cuentos
pretendo que te enojes.)
Dándole, pues, la muerte,
á su vivir conforme,
dí á mis hazañas reinos
y á mi valor renombres;
y mientras que permito
que afrenten y despojen
tesoros y hermosuras
soldados vencedores,
en una galería
entré, que en artesones
dorados, era suma
del cielo y de sus orbes.
Colgaban sus paredes
pinceles triunfadores
de la naturaleza,
cuyas ostentaciones
bellezas celebraban,
robaban corazones,
y daban almas vivas
á lienzos y colores.
En medio estaba un cuadro,
y en él (no sé cómo ose
pintarle sin su injuria
mi lengua agora torpe)
un fenix de belleza:
poco dije; perdone
la diosa enamorada
que en rosa volvió á Adonis.
Yo sé que si la viera
el dios del cuarto coche,
causara nuevos celos

á Clicie y á Leucote.
Menospreciara á Onfale
el que la rueca pone
por el mayor trofeo
de sus trabajos doce.
Mas para no cansarte,
si quieres que la copie,
mírate en el espejo
de ese cristal que corre;
que estando tú presente
porque su vista goce,
no hay para qué sutiles
buscar comparaciones.
Metiéronla en el alma
ojos aduladores,
pagando como el griego
hospicios con traiciones;
y yo sin mí y con ella,
volví á ostentar pendones,
dando á mi patria vuelta;
que con festivas voces
sus Venus y Narcisos,
de amor aduladores,
alegres me esperaban
con triunfos y ovaciones.
Mi padre y dos hermanos
(no sé si así los nombre)
quisieron por mi cuello
desocupar balcones;
y oyendo parabienes,
gozando aclamaciones,
cantándome victorias
Homeros y Anfiones,
veo á mi padre ingrato
(¡ay si muriera entonces!)
del rey Orbel de Lidia
honrando embajadores.
Traíanle el retrato
de la princesa Doris,
y el sí con él de esposa
para mi hermano Orontes.
Pagaba el rey albricias

con gracias y con dones,
y el príncipe lozano
exageraba amores,
cuando los dos me dicen:
«á tus victorias nobles
añade, Perïandro,
la dicha que hoy conoces
en tu mayor hermano,
pues es ya su consorte
el sol que á Lidia alumbra
en tálamos conformes.»
Dejáronme el retrato; (1)
solícitos disponen
recibimientos reales;
mandan que palios borden;
triunfales arcos labran,
con versos y con motes;
y á ingenios muestran prendas
que premien invenciones.
Partiéronse al fin todos,
y yo, como quien oye
la capital sentencia
si imprÓvido le coge,
estatua fui de marmol,
por dos horas inmóvil;
que repentinas penas
suspenden las acciones.
Pero volviendo en mí,
furioso de que roben
tesoros de esperanzas
tiranos salteadores,
cual onza que los hijos
le llevan cazadores,
partí desesperado,
y sin saber por donde:
sin seso y sin camino,
mil veces con mis voces

(1) Acaso falten aquí unos versos, en los cuales diria que mirando el retrato, conoció en él á la beldad incógnita cuya imagen le habia enamorado en la galería del rey vencido.

enmudecí las aves,
y lastimé los montes.
Llegué al fin á un desierto,
rasgando el trage noble,
(que mal sufrirá abrigos
quien un volcan absconde)
y allí, á no socorrerme
solícitos pastores,
fuera sin duda presa
de tigres ó leones.
En fin, determinado
de huir soberbias cortes,
destierro de verdades
y amparo de ambiciones,
compuse una cabaña
de ramos y de adobes,
donde pobrezas ricas
huyen riquezas pobres.
Pero cuando gozaba,
en vez de aduladores,
por dulces compañeras
mis imaginaciones,
una apacible tarde,
umbrales de la noche,
que el cielo se vestia
rosados arreboles,
veo venir huyendo
una muger de un hombre,
(si aquel que gustos fuerza,
es digno de este nombre.)
Opúseme á su furia
con pasos tan veloces,
que á un tiempo le alcanzaron
mis pasos y mis voces;
y siendo el instrumento
de su castigo un roble,
á su torpeza y vida
dió fin un solo golpe.
Volví á ver mi agraviada,
y hallé que los colores
de nieve y rosicleres,
con un desmayo inorme

en gualdas y violetas
trocaba, dando entonces
premisas á la muerte,
obsequias á las flores.
Pero reconociendo
sus eclipsados soles,
originales bellos
de aquella imagen noble
que el alma me ha robado,
agravios y favores
agradecí con quejas
al ciego amor sin órden.
¡Que hallazgo tan divino
con tal pesar congoje!
¿Mas cuándo dió el amor
deleites sin dolores?
Cogíla alegre y triste
en brazos, y sirvióme
al cuello de cadena,
libre en tales prisiones;
y en mi grosero albergue
sobre unas pajas pobres
deposité aquel cielo,
de amor primero móvil.

MARIADNES.

Pastor ilustre, espera,
primero que provoques
sospechas que en el alma
engendran mis temores.
Con la verdad me engañas,
pues pienso que propones
sucesos de mi vida,
trocando el reino y nombres.
Dí si lo que refieres,
(antes que al cuento tornes)
para pintar mi historia
te da falsos colores.
Yo debo ser sin duda
la que llamando Doris,
cuando á Faselo aguardo,
me das por dueño á Orontes.
¿Qué es esto?

HERODES.

Infanta bella,
sosiega, y no te asombren
sucesos que á las veces
hermanan ocasiones.
No es esta la primera
que en dos distintos hombres
naturaleza sábia
un mismo rostro forme.
¿Qué mucho pues que así
amor sugetos forje,
con cuya semejanza
enjendre admiraciones?

MARIADNES.

No sé qué diga en eso;
tú mismo te responde,
y acaba de sacarme
de tantas confusiones.

HERODES.

Quedaba de mi historia...

MARIADNES.

En que dejaste á Doris
dando con su desmayo
á amor ponderaciones.

HERODES.

Viéndola, pues, ansí,
y que para que goce
cabellos la ocasion,
al viento los descoge;
su poca resistencia,
la soledad de un monte,
y en fin, amor, que ciego
casi imposibles rompe,
por poco me vencieran
con necias persuasiones
á que el valor olvide,
y que la honra postre.
Mas la razon que cuerda
noblezas reconoce,
ató al atrevimiento
deseos y ocasiones;
pues solo satisfecha

con que la vista goce
despojos, sin injuria
del sol que es bien que adore,
licencia dió á los labios
para que mientras cogen
el ámbar de su aliento,
se impriman en sus flores.—
Pero antes que prosiga
mis lícitos amores,
bellísima señora,
¿qué hicieras tú si entonces,
volviendo del desmayo,
sirvieran de eslabones
tus brazos de marfil
al cuello de quien oyes;
y mas si satisfecha
de las obligaciones
con que amparó tu fama,
supieras que aquel hombre,
abeja de tus labios,
atrevimientos nobles
ejecutando en ellos,
gozó tales favores?

MARIADNES.

Aunque con tal pregunta
en confusion me pones,
y á sospechosas dudas
indicios das mayores,
no sé si agradecida
á que por él no llore
mi honra restaurada
agravios violadores,
pagara resistencias
de un apetito torpe
con dalle honestos frutos
á quien sus rosas coge.
Y si al contrario de esto
contigo lo hizo Doris,
y ingrata dió á tu hermano
de esposa mano y nombre,
engaño á su honor hizo,
pues necia defraudóle

primicias usurpadas
de labios ya traidores.
Mas de eso ¿qué coliges?

HERODES.

¡Oh! juez sin pasion, oye...—
Mas no podrás; que vienen
tus viles ofensores:
mi vida con tu fama
á cargo el valor tome,
pues no es bien que consienta
que nadie te deshonre.

MARIADNES.

¡Ay Dios! ¿por dónde vienen?

HERODES.

Vuelve los claros soles;
podrá ser que los ciegues:
veráslos que trasponen
aquel verde collado.

MARIADNES.

Y yo, porque te asombre,
pues el valor me anima
de mis antecesores,
ofreceré á las aras
que el mundo al honor pone,
la vida antes, que el mio
sus viles manos toquen.
Mas ¿qué es de ellos?

*(Mientras ella vuelve á ver los que vienen, se quita él el sayo, y queda en calzas y jubon de tabí muy bizarro.)*

HERODES.

Aquí
tus ojos vencedores,
de amor siempre invencible
verán metamorfosis.
Yo soy, hermosa infanta,
quien triunfos y blasones,
como á deidad suprema,
hoy á tus plantas pone.
Pintada me rendiste,
y viva echas prisiones
á un alma que allí tienes,
¡feliz si la conoces!

Halléte casi muerta,
y sin testigos, donde
pudieran apetitos
vencer obligaciones.
Pero mi amor hidalgo
alegre contentóse
con que pagasen labios
deseos acrêdores.
Juez fuiste de tí misma
en tribunal de flores;
sentencias ejecuta,
y agradecida ponme
en posesion de gustos;
que como trueque el nombre
de amante en el de esposo,
en láminas de bronce
escribirá á los tiempos
de Doris y de Orontes
engaños verdaderos
tu siempre esclavo Herodes.

MARIADNES.

Basta, que en Palestina
tambien nacen Sinones,
que ofrezcan entre enredos
á Troya Paladiones.
No quiero revocarte
sentencias que dí á Doris,
y paga Marïadnes;
no con ponderaciones
culpar atrevimientos,
agradecer favores,
loando resistencias,
encareciendo acciones.
Ya Febo ha permitido
que sus caballos mojen
sus crines en el mar,
y estrellas da á la noche.
Ocupa, infante ilustre,
de aquese los arzones;
que yo alegre en sus ancas,
hoy mostraré á la corte
que amor es coyuntura,

sus dichas ocasiones,
sus armas cortesías,
mudanzas sus blasones.
Perdonará Faselo;
y cuando no perdone,
¿qué importa, como sea
esposo mio Herodes?

HERODES.

Dame á besar cristales,
mientras que se corone
mi cuello de tus brazos.

MARIADNES.

Celosa estoy de Doris,
con ser dama fingida.

HERODES.

¿Por qué, si no es Orontes
quien idolatra en tí?

MARIADNES.

¿Pues quién eres?

HERODES.

Herodes. (*Vanse.*)



DE

# LA DAMA DEL OLIVAR.

*Salen* DON GUILLEN, *con hábito de Santiago*, *y* LAURENCIA *como que ha cernido.*

LAURENCIA.

Déjeme cerner mi harina.

GUILLEN.

Laurencia hermosa, cerned
pensamientos de mi amor,
porque la harina apureis
de esperanzas candeales,
que con el agua amaseis
de mis ojos, y cozais
en el horno de mi fe.
Celos serán levadura,
tan agria cuanto crüel,
que os dará pan blanco y tierno.

LAURENCIA.

No le como si (1) trechel.
Mire que he de amasar hoy:
vaya con Dios su mercé,
y á las bobas diga amores,
porque yo ya sé quién es.

GUILLEN.

¿Quién soy?

LAURENCIA.

Amante comun,
que enamora cuantas ve;
meson que todo lo acoge;
fuente que da de beber
á gente de toda broza;
prado concejil, en quien
pacen de comunidad
yerba que mata despues.
Yo no tengo mas de una alma;

---

(1) Sino.

solo un dueño ha de tener,
que con una voluntá
á una sola quiera bien.

GUILLEN.

Sola vos sois, sol hermoso,
en quien me siento encender,
fenix sola en hermosura.

LAURENCIA.

Vaya, señor don Guillen,
y venda esos morrimullos
á Constanza y á Isabel,
burladas de sus promesas
como Polonia y Inés;
y perdone, que me vo,
porque hay mucho que cerner.

GUILLEN.

Aguardad un poco.

LAURENCIA.

Mire...

GUILLEN.

¿Qué?

LAURENCIA.

Que le enharinaré.

GUILLEN.

Yo sé cuando ménos dura
me escuchábades.

LAURENCIA.

Cerré
las orejas con candados.

GUILLEN.

¿Pues por qué es tanto desden?

LAURENCIA.

Porque tien el corazon
muy ancho, y caben en él
á gruesas, como botones,
las pastoras que mantien.
Caballero es de Arágon,
sobre su pecho se ve
la cruz que de Montalvan
le encomendó nuesa fe;
pero ¿qué importa que traiga,
mostrando que es hombre fiel,

á los pechos la cruz roja,
si en ell alma el diablo tien?
Los que son comendadores
y caballeros como él,
damas sirven de palacio
con estrado y con dosel.
Deje villanas groseras
de sayal y de buriel;
que no es bien coma truchuela
quien truchas puede comer.

GUILLEN.

En fin, ¿ya me despedís?
En fin, ¿ya no me quereis?

LAURENCIA.

No, que da mal fin á todas,
y un mal fin es de temer.

GUILLEN.

Escúchame una palabra.

LAURENCIA.

Ya le he oido mas de diez,
y no quiero escuchar once.

GUILLEN.

Acabad.

LAURENCIA.

Apartesé.

GUILLEN.

No puedo.

LAURENCIA.

Pues por mi vida...

GUILLEN.

¿Qué?

LAURENCIA.

Que le enharinaré.

GUILLEN.

Pues en esquiva habeis dado,
y vos sola en Estercuel
no estimais mi voluntad,
á Dios.

LAURENCIA.

Luego ¿vase?

GUILLEN.

¿Pues...?

LAURENCIA.

Vaya con la maldicion.

GUILLEN.

¿Qué mas maldicion quereis
que partirme, y no obligaros?

LAURENCIA.

¿En fin se va?

GUILLEN.

¿Qué he de hacer?

LAURENCIA.

Volved acá, caballero,
no seais tan descortés;
que los noes al principio
son síes en la muger.
No estais ducho en conocernos,
y pues no lo estais, sabed
que las palabras que habramos,
han de entenderse al revés.

GUILLEN.

¿Pues qué quieres?

LAURENCIA.

Que no os vais.

GUILLEN.

¿Pues tiénesme amor?

LAURENCIA.

Sí, á fé.

GUILLEN.

¿Mucho?

LAURENCIA.

Mucho, que es con celos.

GUILLEN.

¿Quién te los causa?

LAURENCIA.

Isabel.

GUILLEN.

Aborrézcola.

LAURENCIA.

Mentides.

GUILLEN.

Mucho sabes.

LAURENCIA.

Mi mal sé.

GUILLEN.

¿Dónde la ví?

LAURENCIA.

En el moliño.

GUILLEN.

¿Yo? ¿Cuándo?

LAURENCIA.

Vos, y antiyer.

GUILLEN.

¿Enamorado?

LAURENCIA.

Y perdido.

GUILLEN.

¿Pues qué la dije?

LAURENCIA.

Mi bien.

GUILLEN.

¿Y qué respondió?

LAURENCIA.

Mi mal.

GUILLEN.

¿Hubo mas de aqueso?

LAURENCIA.

¿Pues...?

GUILLEN.

¿Qué hubo?

LAURENCIA.

La embracijasteis.

GUILLEN.

Eso ¿qué importa?

LAURENCIA.

¡O crüel!

GUILLEN.

Pues ¿un abrazo...?

LAURENCIA.

Es luchar....

GUILLEN.

¿Para qué?

LAURENCIA.

Para caer.

GUILLEN.

Si tú me quieres...

LAURENCIA.

¿Qué hará?

GUILLEN.

Aborrecella.

LAURENCIA.

¿Y despues?

GUILLEN.

Ser amante tuyo.

LAURENCIA.

¿Y luego?

GUILLEN.

Adorarte á tí.

LAURENCIA.

¡Qué bien!

GUILLEN.

Yo lo juro.

LAURENCIA.

¿De qué modo?

GUILLEN.

Por tus ojos.

LAURENCIA.

Burlas ven.

GUILLEN.

Por el cielo.

LAURENCIA.

Está muy lejos.

GUILLEN.

Por mi fé.

LAURENCIA.

No guarda fé.

GUILLEN.

Por mi vida.

LAURENCIA.

Moriráse.

GUILLEN.

Por esta cruz.

(*Pónese la mano en la del pecho.*)

LAURENCIA.

No la crey.

GUILLEN.

Por Dios.

LAURENCIA.

Es un mal cristiano.

GUILLEN.

¿Pues por quién quieres?

LAURENCIA.

No sé.

GUILLEN.

Fia en mí.

LAURENCIA.

¿Sobre qué prendas?

GUILLEN.

Sobre el alma.

LAURENCIA.

Irasemé.

GUILLEN.

¿No es prenda segura?

LAURENCIA.

No.

GUILLEN.

¿Por qué?

LAURENCIA.

Porque no se ve.

GUILLEN.

¿Quieres otra?

LAURENCIA.

Como fuere.

GUILLEN.

Mis brazos.

LAURENCIA.

Arrediesé.

GUILLEN.

¿Qué recelas?

LAURENCIA.

Que he cernido...

GUILLEN.

¿Pues?

LAURENCIA.

Y le enharinaré.

GUILLEN.

Echemos cosas á un lado:
Laurencia, de amor laurel,
de quien es mi amor Apolo,

aunque mas dichoso que él;
un mes ha que estoy perdido
por tí, juzgando este mes
por siglos de dilaciones,
propiedad del bien querer.
Yo he sabido que tu padre,
de mi amor padrastro infiel,
casándote darme intenta
con celos muerte crüel.
¿Será pues razon, serrana,
que esperanzas que sembré
goce un tosco labrador,
de quien esposa has de ser?
¿Que un rústico sea hortelano
que coja de tu vergel
la flor primera, debida
á la imágen de mi fé?
Primero que tal consienta,
he de abrasar á Estercuel,
y en venganza de mis celos
Neron seré aragonés.

LAURENCIA.

¿Pues qué quereis que yo haga?

GUILLEN.

Que esta noche entrada des
á atrevimientos de amor
que facilita el querer.
Por las tapias de tu casa
confiado subiré
de que desvelada esperas
en tu huerta; y si una vez
las primicias de tus gustos
gozo, en bronce escribiré
obligaciones que el tiempo
jamás pueda deshacer.
¿Qué respondes?

LAURENCIA.

Que no vengas.

GUILLEN.

¿No dices? Si te he de crêr,
y el no en la muger es sí,
porque hablais siempre al revés,

tu no misterioso adoro.
Llega y dame...

LAURENCIA.

Apartesé,
que está muy lumpio.

GUILLEN.

¿Qué importa?

LAURENGIA.

¿Qué? que le enharinaré.



DE

# LA REPÚBLICA AL REVÉS.

LIDORA *y* CLODIO.

CLODIO.

Tan lleno de pesares
quedé cuando partiste,
que con el menor de ellos
fue mucho no morirme.
Maldije al griego imperio,
y á la infanta maldije,
que fue ocasion, señora,
de aquella ausencia triste.
En ella de mi pena
pensaba divertirme
con ejercicios varios,
sin tu presencia viles.
Salí á cazar mil veces,
y otras tantas volvíme,
porque me daban caza
pensamientos terribles.
Perdia si jugaba;
que como perdió Chipre
tu agradable presencia,
perdiéndose él, perdíme.
Quisieron mis amigos
con pláticas sutiles
entretener mis penas;
mas como siempre aflige
al que es discreto el necio,
al soberbio el humilde
y al avariento el pobre,
así al amante el libre.
Con otras hermosuras
poner remedio quise
al fuego que en el alma
en viéndote encendiste;
mas era echar mas leña;

porque es necio el que dice
que el amor mas constante
con otro amor se rinde.
En fin, cuantos remedios
en su *arte amandi* escribe
Ovidio el desterrado,
tantos propuse y hice;
mas como al que es de muerte,
de tormento le sirven
las medicinas varias
que el médico apercibe,
empeoré con ellos:
¡mal haya amen quien dice
que es remedio la ausencia
para que amor se olvide!
¡Qué de veces rondaba
las paredes felices
que habitacion te dieron
cuando mi mal oiste,
y qué de veces, loco,
desde tus rejas quise,
llamándote Anajarte,
representar un Ifis!
Las sabrosas palabras
y prendas que me diste,
eran de mi naufragio
la tabla convenible.
Mas todo aquesto era
sin verte, hermosa Circe,
cual vela que se acaba,
arder para morirme.
Víme, en fin, tan enfermo,
tan desahuciado víme,
que hacer una novena
á tu hermosura quise.
Llegué á Constantinopla,
y apenas de un esquife
á tierra salté, cuando
en un carro sublime
de perlas, marfil y oro,
mil ojos hechos linces,
te ví llevar debajo

de un rico palio.—¡Ay triste!
creí que me engañaba;
lleguéme á un hombre y dije:
«¿Carola no es aquella,
hija del rey de Chipre?»
Respondió: «no es la infanta;
que esa dama infelice
trujo consigo el daño
que su ventura oprime.
Una criada es suya,
á quien el Cesar rinde
la cerviz de su imperio,
porque es de su amor Circe.»
Quedéme casi muerto,
y ví que el vulgo libre
te echaba maldiciones,
y aun yo ayudalle quise;
y de mi muerte cierto,
pues miro ya imposible
mi débil esperanza,
antes que se marchite
busqué ocasion de darte,
crüel mas que Busiris,
el parabien del lauro
que en tu cabeza ciñes.
¿Quién duda que si antes
amando me tuviste
en Chipre por tu Adonis,
aquí seré Tersites?
Ya pisas oro y perlas,
diamantes y rubíes,
¿quién duda que con ellos
tambien mis dichas pises?
Castíguente los cielos...—
Pero no te castiguen,
sino que con mi muerte
de tanto mal me libren.



DE

# TODO ES DAR EN UNA COSA,

## Y HAZAÑAS DE LOS PIZARROS.

---

### I.

*Salen* CARRIZO, PULIDA, *su muger*, CRESPO *y* BERTÓL *pastores.*

PULIDA.

Él ha de ser escribén,
ó sobre eso...

CARRIZO.

¡Dalle, dalle!
Polida, vos llevais talle
de alguns tunda. No tien
de ser, si macho parís,
escribén. Mirá, Polida,
que el crergo tien buena vida.

PULIDA.

¿Por qué?

CARRIZO.

Porque está en un tris
de ser cura de Garcías,
y aun de obispar en Meajadas.

PULIDA.

*(Dale cuatro higas.)*
Tomad para vos; sí: ¡aosadas!
no lo verán vuesos dias:
escribén será, ó sobre eso
morena.

CARRIZO.

Mirad, Polida...

PULIDA.

Ó no parirlo en mi vida,
ó escribén.

CARRIZO.

Tened mas seso,
ó yo os juro á non de Dios
que os cueste la paridura.
El mochacho ha de ser cura.

PULIDA.

¡Malos años para vos!
El diabro me lleve, amen,
por mas que deis en reortir,
que ogaño no he de parir
en no héndole escribén.

CARRIZO.

Mas que nunca lo parais;
porque no ha de ser si cura,
que con una hisopadura
coma y cene. No me hagais...

BERTÓL.

¿Sobre qué estais altercando?
¿Sabeis vos lo que ella tien
en el vientre?

PULIDA.

Á un escribén.

BERTÓL.

Pues ¿de dó lo vais sacando?

PULIDA.

¿De dó? Siéntole dar vueltas
de dia y noche.

BERTÓL.

Pues bien...

PULIDA.

Luego ha de ser escribén
quien mis tripas trae revueltas.
Desque preñada me siento,
se me antoja levantar
testimuños, y arañar
cuanto topo; en todo miento;
y en cualquiera falsedad,
si se conciertan conmigo,
á cuantos lo dudan, digo:

«yo doy fé de que es verdad.»
Un proceso sé esconder
un mes, por menos de un cuarto:
si es tramposo antes del parto,
despues de él, ¿qué vendrá á ser?

CARRIZO.

No mos andemos cansando:
crergo tien de ser, Polida;
que en fin ganan la comida
lo mas del tiempo cantando.
Catá que os daré un puñete,
que os haga...

PULIDA.

¿Qué me heis de her?

CARRIZO.

Apenas le vea nacer,
cuando le encajo el bonete.

PULIDA.

Pues no le pariré yo.

CRESPO.

¿Hay riña mas estremada?

BERTÓL.

¿Y si estais de hija preñada?

CARRIZO.

¡Malos años! eso no.
La primera condicion
con que mos casamos, hué
que cada que en cinta esté,
ha de parirme un garzon.

PULIDA.

Por eso no quedará;
que ayer el cura me dijo;
«¡ay, Polida! os bulle un hijo.»

CARRIZO.

¿Véislo? pues cura será.

PULIDA.

Luego el escribén tambien
con la mano me tentó,
y al punto el rapaz saltó:
luego ha de ser escribén.

CARRIZO.

No en mis dias.

POLIDA.

Sí en los mios.

CARRIZO.

¡Dalle, tigeretas: dalle!—
¡Polida...!

POLIDA.

¡Carrizo...!

CARRIZO.

Talle
llevais...

CRESPO.

Dejad desvaríos.
¿No es locura que riñais
por lo que está por nacer?

POLIDA.

Escribén tiene de ser,
ó lo tengo de abortar.

CARRIZO.

No tien de ser sino cura.
(*Va á ella.*)

BERTÓL.

Teneos.

CARRIZO.

No puedo sofrillo.

POLIDA.

Ó escriben, ó malparillo.

CARRIZO.

Yo os sacaré la criatura
por el cogote.

POLIDA.

Llegá.

CARRIZO.

¿Qué llegue? Verá si llego.
(*Dala.*)

POLIDA.

¡Ay del rey!

CARRIZO.

¿Mas que os despego
la escribanura?

CRESPO.

Arre allá:
teneos, Carrizo, Polida.

CARRIZO.

Crergo ha de ser, si sopiese...

PULIDA.

Escribén, aunque os repese.

CARRIZO.

Dejádmela dar.

PULIDA.

Por vida
de esto que acá me rebulle,
si os llegais, que he de sacaros
los ojos, y rastrillaros
la cara.

CARRIZO.

Aunque mas barbulle
el tema que loca os tien,
he de salir con la mia.

PULIDA.

¡Mas nonada!

BERTÓL.

¡La porfía!

CARRIZO.

Crergo dije.

PULIDA.

Yo escribén.

CARRIZO.

¡Oh! ¡qué pan como unas nueces
se os apareja!

CRESPO.

¿Hay locura
semejante?

PULIDA.

Escribén.

CARRIZO.

Cura.

PULIDA.

Escribén, quinientas veces.

## II.

—

*Salen* HERNANDO CORTÉS, *mancebo, y* DON GONZALO.

GONZALO.
¡Hernando Cortés! ¡sobrino!
¡vos en la Zarza! ¿A qué fin?
Juzgábaos yo en Medellin.

HERNANDO.
Tras sí me lleva el camino
que Fernando é Isabel,
reyes nuevos de Castilla,
hacen á la maravilla
de Guadalupe, y en él
busco galas cortesanas.

GONZALO.
Ya estais grande.

HERNANDO.
Y pesaroso
de que estándolo, no haya hecho
cosa hasta aquí de provecho.

GONZALO.
Sois estremeño animoso;
heredais de vuestra tierra
y sangre el noble verdor
que enciende vuestro valor:
pronósticos hay de guerra
con Portugal; brevemente
se os cumplirá ese deseo.

HERNANDO.
Esa ocasion, segun creo,
trae los reyes con su gente
á presidiar sus fronteras,
porque Alfonso portugues
pide á Castilla, despues
que fundándose en quimeras

del cuarto Enrique, se casa
con doña Juana su hija.

GONZALO.

Ese nombre la prohija
quien por la opinion no pasa
que Enrique en Castilla deja;
pero desinteresados,
contra los apasionados,
la llaman *la Beltraneja.*

HERNANDO.

No sé en eso lo que os diga:
siempre he guardado respeto
á mis reyes.

GONZALO.

En efeto,
cada cual su parte siga;
que si hay guerra, no tan malo
para los que no tenemos
otra herencia.

HERNANDO.

Ya que os vemos
aquí, señor Gonzalo
(digo, en España), despues
que en Nápoles habeis dado
muestras de tan gran soldado
desbaratando al francés,
¿qué haceis en pueblo tan corto?

GONZALO.

Esperimentar engaños
de amor, despues de doce años
de ausencias: penas reporto
que me causa una hermosura,
de quien me juzgaba dueño.

HERNANDO.

¡Hermosura en tan pequeño
lugar, y no está segura!
Si es noble, ¿quién puede aquí
usurpárosla?

GONZALO.

Mudanzas
que ofenden mis esperanzas.
Palabra de buscar dí

á un mancebo, y os prometo
que me importa el sosegar
mil sospechas. Dad lugar
á que averigüe un secreto,
y volvámonos á ver.
Iremos á Guadalupe
juntos.

HERNANDO.

Nunca de amor supe:
gran cosa debe de ser,
pues tanto os desasosiega.
Si quereis que os acompañe...

GONZALO.

Cuando dudas desengañe,
os diré hasta dónde llega
el rigor que me amenaza;
pero conviéneme ahora
ir solo: dentro de una hora
podreis buscarme en la plaza,
y haremos nuestro camino.

HERNANDO.

Será apacible con vos:
yo os buscaré luego.

GONZALO.

A Dios. (*Vase.*)

HERNANDO.

¡Qué poco al amor me inclino!

—

*Salen* CARRIZO *y* PULIDA.

CARRIZO.

¡Sí; escondelde; que es la pieza
digna de guardar!

PULIDA.

¿Pues no?

CARRIZO.

El diabro acá mos le echó:
¡verá qué temprano empieza!

PULIDA.

Todo mochacho travieso
viene, cuando grande, á ser
hombre de pro y de valer.

CARRIZO.

¡Descalabrar su maeso!
Pardiez que no hiciera mas
Roberto el diabro: crialde,
moríos por él, regalalde.

PULIDA.

Carrizo, pesado estás.
Si ell otro agravio le hacia,
y le llamó desechado...

CARRIZO.

¿Vos, en fin, no le heis criado!
Cual ell ama, tal la cria.
Pues yo os juro, si le coge
el viejo, que tras él anda,
que ha de llevar una tanda
cual digan dueñas.

PULIDA.

Se enoje
ó no, yo le tengo acá,
y aunque venga la josticia,
no le he de dar.

CARRIZO.

¡De codicia
es el niño!

PULIDA.

Sí será.

CARRIZO.

Par Dios, que no tien mas miedo
que Gayferos á Sanson.

PULIDA.

Es de bravo corazon.

CARRIZO.

Pues ¡decir que se está quedo!
Apenas los bolos vió,
y á los zagales jugando,
cuando la bola agarrando,
todos nueve los birló.

PULIDA.

Sabe mucho, y es pracer
ver que de doce años solos
venza á todos.

CARRIZO.

Sí, á los bolos,
es verdad; mas no á leer.

—

*Salen* CRESPO, BERTÓL *y otros* PASTORES *contra* PIZARRO, *y él con una bola de bolos tras ellos.*

PIZARRO.

Nadie se me descomida,
si no es que tiene pesar
de vivir.

CRESPO.

¡Descalabrar
á su maeso!

PIZARRO.

Por vida
de don Francisco Cabezas
mi señor...

HERNANDO.

Tened: ¿qué es esto?

PIZARRO.

Que al que llegue descompuesto...

HERNANDO.

Jamás consentí bajezas.
Apartaos allá, villanos.
¡Contra uno tantos!

PIZARRO.

Ya digo
que no se metan conmigo,
ó se guarden de mis manos.

CARRIZO.

¡Tomaos con el rapacito!
Polida, ved el zagal
que criais.

PULIDA.

No le hagan mal,
y él no le hará. Francisquito,
buena pascua te dé Dios:
al que te la hiciere, dale.

BERTÓL.

Á fe que si el viejo sale...

PIZARRO.

Á fe, si os llegais los dos...

HERNANDO.

Bárbaros, quitaos allá:
¿cómo no teneis empacho
de venir contra un muchacho
tantos juntos?

CRESPO.

Porque está
endimuñado.

BERTÓL.

Hijo, en fin,
de una encina.

PIZARRO.

Madre es mia;
mas no hay encina judía,
como quizá algun rüin
de los presentes.

CRESPO.

Por vos
lo dijo, Carrizo.

CARRIZO.

Apelo.

PIZARRO.

Yo tengo por padre al cielo,
una encina debo á Dios
por amparo, que de cuna
me sirvió; si infame fuera
quien me parió, no sintiera
desgracias de la fortuna,
ni al desierto me arrojára;
luego noble debió ser:
quien no tiene que perder,
poco en hazañas repara.
¡Vive Dios, que el que otra vez

encinas me ose nombrar,
que le tengo de ahorrar
de achaques de la vejez!

HERNANDO.

¿No sabremos lo que ha hecho
este muchacho?

CARRIZO.

Es muy luenga
esa historia: no habrá luenga
que dejándoos satisfecho
os cuente sus aventuras.

BERTÓL.

Hará aquí, si se le encaja,
por quitame allá esa paja,
treinta descalabraduras:
no se puede averiguar
todo este puebro con él.

CARRIZO.

¡Malos años! es la piel
del diabro.

CRESPO.

Quísole dar
licion agora el maeso;
y sobre dalla ó no dalla,
le metió, por atajalla,
todo un cochillo hasta el hueso:
huyó á casa de Polida,
que es esta que le dió el pecho;
y como si no hubiera hecho
cosa nenguna en su vida,
con mucha frema se puso
á birlar bolos: ell amo
(ansí á un caballero llamo
que le ha criado), confuso
de tan grande atrevimiento,
mos ha enviado á buscarle,
porque quiere castigarle;
mas él, que no está contento
con lo hecho, mos la jura.

HERNANDO.

¿Que á quien le enseñaba hirió?
Eso no lo apruebo yo.

CARRIZO.

No tien respeto ni al cura.

HERNANDO.

Azotarle.

BERTÓL.

Llegaos, hola.

PIZARRO.

Ténganse; que estoy resuelto....

CRESPO.

Llegad.

PIZARRO.

¿Mas que si la suelto,
que me llevo tres de bola?

(*Llega Hernando Cortés á quitarle la bola, y porfian los dos con ella.*)

HERNANDO.

Suelta, rapaz.

PIZARRO.

Hola, hidalgo,
no os metais (que no os conviene)
en lo que no os va ni viene.

HERNANDO.

Acaba.

PIZARRO.

¿Apostemos algo
que os he de birlar los cascos?

HERNANDO.

¿Hay atrevimiento igual?
¡Vive Dios!

PIZARRO.

Soy natural
de encinas y de carrascos;
pegóseme su dureza:
si por fuerza la quereis,
guardad que no la lleveis
encajada en la cabeza.

HERNANDO.

No sufro locuras yo.

PIZARRO.

¡Oh! pues yo soy muy sufrido:
tomadla.

HERNANDO.

Suelta, atrevido.

(*Tiran de la bola, cada uno para sí: pártese y quédase cada uno con la mitad.*)

¿Qué es esto?

PIZARRO.

En dos se partió.

CARRIZO.

¿Hay cosa igual?

CRESPO.

Pues no estaba
hendida, y de encina se hizo.

BERTÓL.

¿Qué decís de esto, Carrizo?

CARRIZO.

¡Brava cosa!

BERTÓL.

¡Y cómo brava!

HERNANDO.

¿Quién eres, rapaz valiente,
que tanta fuerza has tenido?

PIZARRO.

¿Mas quién sois vos, que habeis sido
para tanto?

CARRIZO.

¡Hola! ¿qué gente
es esta que va llegando?

---

*Sale* UN PAGE.

PAGE.

Los reyes en el lugar:
venid, veréislos pasar.

HERNANDO.

¿Quién?

PAGE.

Isabel y Fernando,
que han de entrar hoy en Trujillo.

HERNANDO.

No puedo dejar de vellos,
si bien voy por los cabellos.
(*Aparte.* Confuso me maravillo:
misterio debe esconder
suceso tan raro y nuevo.)
¿Quereis, gallardo mancebo,
que nos volvamos á ver?

PIZARRO.

¿Yo? ¿por qué no?

HERNANDO.

Pues á Dios;
que ya os miro con respeto,
y hemos de ser, os prometo,
grandes amigos los dos. (*Vanse.*)

PIZARRO.

¡Válgame Dios! ¿Daré fé
á presagios contingentes?
No, que en fin son accidentes,
sin que causa se les dé.
Pero tambien de otros sé
(si he de creer lo que oí)
que sucedieron así,
verificando apariencias;
para Dios no hay contingencias;
mas para los hombres sí.
Ninguno en el mundo ha habido
de principios prodigiosos,
que con hechos hazañosos
no se haya opuesto al olvido;
contar de Abidis he oido,
rey de España celebrado,
que á las fieras arrojado
por su abuelo, al viento, al mar,
despues, viniendo á reinar,
fue como Dios adorado.
Un globo, bola ó esfera
es la insignia, en que sucinta
su figura el mundo pinta;
en su mano la venera
el César: ¿será quimera
el creer que la mitad

del mundo, felicidad
á mi esfuerzo prometió?
Esta bola se partió
por medio; alma, adivinad.
Aquel mancebo se lleva
la una parte, y me ha dejado
con la otra nuevo cuidado,
y en él esperanza nueva:
quien dificultades prueba,
felicidades conoce;
conquiste Alejandro y goce
el mundo, venciendo estraños;
que si empezó de doce años,
yo le imito de otros doce.
Seré Alejandro Segundo.
¿Fué mas de un hombre? Hombre soy;
con el medio mundo estoy;
conquistaré medio mundo.
Fortuna, en esto me fundo;
vida espero prodigiosa;
favoréceme amorosa;
que en los pechos invencibles,
para acabar imposibles,
todo es dar en una cosa.

---

*Sale* DOÑA BEATRIZ.

BEATRIZ.

Gracias á Dios que los reyes
el enojo han divertido
de mi padre, que intentaba
con mi llanto tu castigo:
su venida á nuestra aldea
me permite darte aviso
de misterios que no sabes,
mientras á verlos ha ido.
Aquel hombre (si merece

este título, Francisco,
quien por no guardar palabras
perderme y perderte quiso),
aquel con quien te dejé
cuando mi pena te dijo
que injurioso bienhechor
juntó á agravios beneficios,
es tu padre; ¡y ojalá
que juntando al apellido
de tu madre el de su esposa,
disculpara desatinos!
No fuí digna de este nombre,
puesto que sí el ser principio
de tu vida y mis desgracias,
de tu agravio y sus olvidos.
Lograba yo verdes años
que autorizaba floridos
el recato siempre honesto
de las damas de Trujillo;
aunque sin madre, segura
entre los cuerdos retiros
de una casa, cuyo alcaide
fue el honor, cuyo presidio
fueron honrados respetos,
por confianzas perdidos;
cuando (¡ay rigurosos cielos!)
Gonzalo Pizarro vino
á mi patria, (de esta suerte
se llama quien causa ha sido
de desdichas incurables)
con galas ostentativo,
dadivoso con los pobres,
cortesano con los ricos.
Visitónos una vez,
doméstico por vecino,
discreto por estudiante,
conversable por amigo;
y puesto que en Salamanca
repudió escuelas y libros
por plumas y espadas nobles,
engaños trajo consigo,
profesion de sus escuelas,

que sirviéndole de hechizos
vencieron descuidos castos,
desdichados por sencillos.
Conformidad de deseos,
correspondencia de signos,
igualdad florida de años,
comunicacion de niños,
juntándose la ocasion
y añadiéndose artificios,
¿qué murallas combatieran
que les negasen portillos?
Obligáronme asistencias,
engañáronme suspiros,
inclináronme papeles,
y dispusiéronme olvidos
de mi padre en darme estado;
que muchas veces ha sido
la tardanza en el remedio,
de los descuidos castigo.
Solicitó á doña Juana
de Añasco (de quien es primo
y de quien sobrina soy,
bien que por grados distintos)
á que pidiese á mi padre
que al celebrar un bautismo
de quien madrina la hicieron,
gozase ratos festivos.
Concediólo; fui á su casa,
y en ella escondió al peligro,
para asaltar inocencias,
el interes persuasivo.
Halléme sola con él,
resistiéndose al principio
respetos de honor honestos;
pero venciéronse tibios
á hechiceras diligencias,
y á juramentos fallidos
de honestar con yugo santo
amorosos descaminos.
Creíle (que no debiera),
y rendí á este engaño antiguo
prendas que por confiables,

lloran despues desperdicios.
Volví, al paso que injuriada,
amante, y llevé conmigo,
si no el arrepentimiento,
la pena de mi delito;
pues como el caballo griego,
admitieron riesgos vivos
de mi vida mis entrañas,
tiranizando su hospicio.
Creció el tumor con el tiempo;
y si bien el artificio
palïó publicidades,
se acercara ejecutivo
el plazo de mis afrentas,
si el cielo, á un tiempo benigno
y riguroso, no fuera,
cuando fiscal, mi padrino.
Una noche que á mi hermana
rondaban intentos limpios
de quien ahora es su dueño
y entonces su amante, digno
de recíprocos cuidados,
tu padre que con indicios
celosos, mas no con causa,
dió crédito á desvaríos,
y alentando desconciertos
le imaginó amante mio,
á mis puertas, en efecto,
sosegados sus vecinos,
añadió á palabras obras
que le dejaron herido;
y achacándome mudanzas,
tomó de Italia el camino,
fiando hazañoso en Marte
remedios contra Cupido.
Cenaba mi padre entonces;
y alborotado á los gritos
que daban á sus umbrales,
si no el temor, los peligros,
abrió las puertas, y en ellas
riguroso y compasivo
congeturaba la muerte,

disfrazada en parasismos.
La vejez, que toda es honra,
y esta toda discursivos
recelos, imaginó,
si le hallaba en aquel sitio
la malicia de la plebe,
riesgos de fama; que el vidrio,
en manos del vulgo loco,
amenaza precipicios.
Mandó aderezar caballos
á un coche, y dentro de él hizo
que el casi cadaver metan,
y antes que el sol diese aviso
de nocturnos desaciertos,
sin permitir prevenirnos,
á esta aldea nos traslada,
sacando yo por indicios
del caso y su condicion,
que intentaba vengativo,
por no oir deshonras muertas,
sepultar temores vivos.
Buscaba para este efecto
cómplice, que siendo amigo,
secretos no profanase;
y mientras que toda arbitrios
discurria la venganza
el cómo, cercado vino
de riesgos y de dolores
el plazo, si antes temido,
ya en mi pena ejecutado,
amenazando castigos
cunas que túmulos fuesen,
mortal fin, vital principio.
Cobró la necesidad
esfuerzo: ¡qué mal que dijo
quien llamó al temor cobarde!
mejor dijera atrevido.
Mi padre fuera de casa,
y yo en riesgo tan preciso,
salí, ahogando en el silencio
mil pregoneros gemidos,
al desierto por la huerta;

abrióme el cielo un postigo;
la casa estaba en el campo,
como el sueño en el dominio
de las tinieblas piadosas;
siendo esta noche propicios
montes, tinieblas, secretos
á desgracias sin registros.
Naciste, en fin, en los brazos
de la fortuna; y convino
fiarte de sus mudanzas,
permitiéndote á su arbitrio
por no fiarte á tu abuelo;
y envuelto entre los armiños
de un rebozo, que la noche
mas que el discurso previno,
el cóncavo y duro tronco
de una encina fue, Francisco,
sucesor de mis entrañas,
puesto que áspero, benigno.
Dejéte, crüel piadosa,
llorando tus desabrigos;
y apresurando los pasos,
diligencias solicito
á que mi ausencia reparen;
y apenas de tí divido
los ojos, pero no el alma,
cuando en mitad del camino
dos hombres hallo: fiéme
en su piedad: ¡qué prodigios
en tu estraño nacimiento
no vencen los inauditos!
Con el socorro de un manto
cubierta, al mas viejo pido
que te ampare, disfrazando
verdades con dos sentidos:
prosiguiéndolas estaba,
cuando (escucha otro peligro)
conozco, casi mortal,
que es mi padre á quien las digo.
Turbóme el riesgo impensado
de suerte, que compasivo
casa y amparo me ofrece,

que yo agradezco y no admito:
roguéle que me guardase
el tesoro que escondido
confiaba á su nobleza;
díle las señas del sitio,
y ausentándome animosa,
hallé en casa regocijos,
sucesores de mi llanto,
y á tu abuelo, que contigo
en los brazos, admirado,
tu hallazgo (nunca otro visto)
contaba, tan amoroso
como si hubiera sabido
que sin riesgo de su fama,
eras su nieto y mi hijo:
¡disposicion de los cielos,
que asi eslabonan prodigios!
Afirmónos que una cabra
te daba leche, y previno
pronósticos tal milagro
que en tí asombren este siglo:
profetizaba ignorante
lo que fuiste, pues me dijo
que cual madre te criase;
yâ tú ves si lo he cumplido.
Doce años las esperanzas
de tu desagradecido
padre, que legitimarte
siendo mi esposo no quiso,
entretuvieron deseos,
que consolados contigo,
resistieron persuasiones
de quien con ruegos continuos,
con preceptos y obediencias,
siendo mi esposo, ha podido
obligarme á nuevo imperio,
por no ocasionar castigos.
Caséme, y volvió tu padre
cuando te imposibilito
á legitimar tu fama;
mira si con razon digo
que á don Gonzalo le debes

mas que á otro hombre, siendo su hijo,
y si hay á quien debas menos,
pues pudiendo, no ha querido
darte el blason que te falta;
que yo á segundo dominio
sujeta, es fuerza olvidarte,
si en tanto amor cabe olvido.
Padre tienes generoso;
tu abuelo, por mal sufrido
y travieso, te aborrece;
acostumbrado á peligros
estás; no sabrás temerlos;
de portentosos principios
naciste; sigue tu estrella;
y si los consejos mios
apruebas, pues que tu padre
fue tan severo contigo,
herédale en las hazañas;
serás hijo de tí mismo. (*Vase.*)

PIZARRO.

Madre, yo lo cumpliré,
si el valor á que me inclino,
los presagios que me amparan,
las esperanzas que animo,
no me salen mentirosas.
Yo, que repudiado he sido
de tí, cuyo honor no quiere
que me intitule tu hijo,
yo del ser que me han dado,
los empeños desobligo,
pues avariento mi padre
ha injuriado mi apellido.
Hijo de ninguno soy,
no tengo padres, no admito
ascendientes que me agravien:
en mis obras legitimo
el nuevo ser que restauro,
las hazañas á que aspiro.
Deudor de mí mismo soy;
hijo seré de mí mismo.
Yo malograré mis años
(¡viven los cielos propicios!)

si á pesar de inconvenientes,
medio mundo no conquisto.
No tendré nombre hasta entonces;
no sabrán de qué principios
procedo; no temeré
ejércitos de enemigos,
montes de dificultades,
naufragios jamás creidos,
desiertos nunca pisados,
árduos, hasta el cielo, riscos.
La media esfera que gozo,
es medio mundo; asi esplico
el pronóstico que en ella
todo un orbe ha dividido.
Yo he de dar desde hoy en esto:
ó morir, ó conseguirlo:
todo es dar en una cosa;
donde hay valor, no hay peligros.



9

DE

# LAS AMAZONAS EN LAS INDIAS,

## Y HAZAÑAS DE LOS PIZARROS.

### I.

*Razonamiento de la Amazona* MENALIPE *á* GONZALO PIZARRO.

Mas há de trescientos siglos
que de las Scitias remotas,
la asiática y la europea,
salieron, dejada Europa,
á apoderarse de la Asia
las naciones belicosas
de cuyos troncos y líneas,
si no ramos, somos hojas.
Despoblaron por la guerra
los varones las montuosas
provincias que baña el Tánais
y el Termodonte corona:
sin hombres, pues, nuestra patria,
quedaron en su custodia
las mugeres, bien seguras
de que agenas plantas pongan
en sus límites sus sellos;
porque á la fama le consta
que solo distinguió el sexo
sus hombres de sus matronas.
Aquellos, pues, divididos
por el Asia en varias copias,
sujetaron, desde Armenia
hasta la India y sus aromas,
cuantas naciones osaron

resistirse á las heróicas
violencias de su milicia,
tiranizando coronas
y despoblando ciudades,
siendo contra sus victorias
lo que á las llamas la cera
las Menfis y Babilonias.
Señores ya del Oriente,
pacíficos en su zona,
y felices sus conquistas,
quisieron que sus esposas
presentes participasen
delicias, que no se gozan
mientras distantes las almas,
la unidad no las conforma.
Enviaron á traerlas
un ejército en la flota
que al Archipiélago hurtaron,
llena de presas y joyas;
y el mar con ellos humilde,
(que tal vez hacen lisonjas
á la dicha y la fortuna,
como los hombres, las olas)
tomaron tierra en su patria,
poblándose nuestras costas
de arrogancias y laureles
al son de cajas y trompas.
Pero como acostumbradas
las mugeres, por sí solas,
al imperio de su gusto,
exentas de las argollas
que anudó naturaleza
al cuello frágil que doman
opresiones varoniles,
pues si alegran, aprisionan;
por no asegundar coyundas,
rebeldes las armas toman,
soberbias al campo salen,
valientes el parche tocan,
horribles los archos flechan,
resueltas dardos arrojan,
ingratas su sangre asaltan,

bárbaras sus dueños postran;
y en breve tiempo, verdugos
de su carne y gente propia,
viudas por sus manos mismas,
triunfando á su casa tornan.
Erigen despues un templo
á la crueldad, y por diosa
llevándola sangre humana,
con sacrificios la adoran,
estableciendo preceptos
(que hasta hoy ninguna deroga)
de no admitir en sus tierras
hombre que sus leyes rompa
y su libertad oprima;
solo en los meses que adorna
de flor Amaltea los campos
y el sol al Géminis dora,
de la nacion mas cercana
tantos varones convocan,
cuantos basten á suplir
las que la muerte nos roba,
sucediéndolas fecundos
individuos que antepongan
al gusto la libertad,
siempre en los nobles preciosa.
Los que mugeres no nacen,
desde el pecho á las congojas,
desde la cuna á las aras,
desde la luz á las sombras,
siendo su madre el ministro,
filos al acero embotan,
y al simulacro dedican
blanca sangre en leche roja;
pero la que sale á luz
hembra feliz, alboroza
con regocijos el pueblo,
conduciéndola la pompa
festiva al templo y sus aras,
donde la queman ó cortan
el pecho izquierdo, que al arco
el noble ejercicio estorba.
Creció á número infinito

la república matrona,
(que la templanza en la Venus
mas fértiles frutos logra),
y conquistando provincias
comarcanas, las remotas,
siempre invencibles; debelan,
hasta que el solio colocan
de su imperio formidable
en la ciudad que ambiciosa
al orbe leyes impuso,
y el cielo escalar blasona.
Si antigüedades leiste,
¡o gran Pizarro! no ignoras
que ocuparon sus laureles
tantos reinos como historias:
Lampridia y Martesia reinas
hicieron temblar á Europa;
Oritia y Pentesiléa
aseguraran á Troya
que no llorara cenizas
viviendo ella, si patrona
de Aquiles, que la dió muerte,
no fuera la ciega diosa.
Esta (que de la hacha de armas
y la rodela inventora
fue) vinculó en Menalipe
hazañas que á Grecia asombran,
pues abrasando el milagro
en que Éfeso á Cintia invoca,
en oprobio de los griegos
dió llantos al Asia toda.
Monarcas del orbe, en fin,
triunfaban las Amazonas,
cuando en Atenas Teseo
les oscureció victorias,
venciéndolas su fortuna,
no sus fuerzas; que envidiosas
hasta hoy tiemblan las esferas
que en sus luces los pies pongan.
Armáronse á la venganza
las que en Scitia belicosas
quedaron, y al elemento

de sal una armada arrojan
de innumerables preñeces;
pero enojándose el Bóreas
de que le usurpen sus quillas
riscos de cristal, aborda
por todas partes los leños
donde oprimidas zozobran,
porque en túmulos de vidrio
celebre el valor sus honras.
Las reliquias derrotadas,
sin que aproveche la sonda,
sin que el timon obedezca
ni el aire velas recoja,
siguen incógnitos rumbos;
y sin saber su derrota,
piélagos un mes naufragan,
hasta que al fin las emboca
por ese mónstruo de rios,
ese hidrópico, que agota
pecheras inmensidades
que pródigo al mar otorga.
Cincuenta leguas de anchura
le miden entrambas costas
cuando besa los umbrales
de las occéanas ondas.
Venciendo, pues, con la industria
las argonautas heróicas
horribles dificultades,
guian las brumadas proas
trescientas leguas arriba,
hasta la ribera hermosa
de esta provincia, que oculta,
les feria el puerto que toman.
Fundan pueblos, labran campos,
república y reino forman,
y prosiguiendo sus leyes,
ínclitas progenitoras
fueron nuestras, conquistando
sus descendientes famosas
cuantas naciones vecinas
sus montes y valles moran.
Esta es mi antigua ascendencia;

en mis sienes su corona
veneraciones conserva;
quien á Menalipe nombra,
que es mi fatal apellido,
la rodilla al suelo postra,
y como á casi deidad
pone en la arena su boca.
Martesia, sacerdotisa
y mi hermana, prodigiosa
en las armas y en las ciencias,
la diadema de estas goza;
tan sábia, que si conjura
esas aguas, esas rocas,
esos brutos, esas plantas,
los fuerza á que la respondan
y avisen de cuanto pasa
desde la adusta Etïopia
hasta la helada Noruega,
que el sol seis meses ignora.
Esta, pues, diversas veces
de la nacion española
ponderándome noticias
y refiriéndome historias,
me avisó de tus hazañas,
tu prosapia generosa,
el valor de tus hermanos,
las conquistas que los nombran,
si en guerras de Italia Aquiles,
Alejandros de la zona
que dándoles otro mundo,
su globo por medio corta.
Sé del marques don Francisco
las hazañas peligrosas,
la constancia en los trabajos,
el celo á la ley que adora,
la lealtad para sus reyes,
y que á sus plantas les postra
mil leguas, todas de plata,
y un occéano de aljofar.
Sé que en España la envidia
bárbaramente aprisiona
al ínclito don Fernando,

(¡que asi se premian victorias!)
despues de haber defendido
seis meses, de inmensas copias
la imperial ciudad del Cuzco,
á pesar de la ponzoña
de la hidra desleal,
cuyas cabezas destronca.
Sé, en fin, que buscando fama
vienes, español, ahora
en nuestro descubrimiento
y de las plantas preciosas
que la canela tributan,
y por estas sierras toscas
á las que el Maluco esquilma
imitan en flor y en hojas.
Aquellas empresas doce
que las fábulas pregonan
de Alcides, son con las tuyas
lo que con el sol la sombra:
celebraránlas las plumas,
serán al mundo notorias,
y á eternas posteridades
darán materias gloriosas,
si en esta region te quedas,
si el paso atras no revocas,
como á mi amor satisfagas,
como á mi fé correspondas;
pues si al Perú das la vuelta,
riesgos mortales convocan
la deslealtad y la envidia,
que á tus virtudes se opongan.
Llevóte el falso pariente
el bajel, tesoro y ropa:
sin él, ¿cómo vencerás,
cuando por los montes rompas,
imposibles formidables,
ya en la tierra, ya en las olas
de ese casi mar inmenso?
Admíteme por tu esposa;
derogaránse mis leyes,
juzgaránse venturosas
á tus pies estas provincias;

diamantes que al sol se opongan,
te rendirán estos cerros;
perlas el mar de sus conchas;
á montes la plata pura,
el oro á cargas, que brotan
esos rios, esas fuentes;
esmeraldas, pluma, aromas...
y un alma nunca rendida,
que dueño te reconozca.



## II.

---

*Relacion de* FRANCISCO CARAVAJAL *al presidente* VACA DE CASTRO.

Deseoso de ensanchar
la cesárea monarquía
de España el marques Pizarro,
renunció (asistiendo en Lima)
en don Gonzalo el gobierno
de Quito, cuyas provincias
eran el límite entonces
de las cristianas conquistas.
Dióle quinientos soldados
de la gente mas lucida
que alistó para estos orbes
el valor y la codicia:
con ella, pues, y su esfuerzo
hácia el oriente encamina
cuatro mil indios armados;
y alegres con la noticia
de que pasadas las sierras,
á las márgenes y orillas
del monarca de las aguas... (1)
(Perdone vueseñoría
si escedo ponderador,
porque ahora no se estilan
discursos en canto llano
mientras no se hiperbolizan.)
Digo, pues, que codiciosos

(1) El rio Marañon.

con la fama recibida
de los árboles canelas
que aquellos peñascos crian,
marchamos al son del parche
hasta una tierra que el Inga
Gainacan rindió á su imperio;
pienso que se nombra Quinja.
Recibiéronnos de guerra;
mas cuando ven que los brindan,
en vez de vino y jamones,
confitones de Castilla,
fantasmas desaparecen
y en un instante se enriscan
donde ó el infierno los traga,
ó nos bambollan la vista;
porque cuantos en su busca
diligencias esquisitas
hacen, sin hallar persona,
tiempo y pasos desperdician.
Apénas, pues, se nos vuelan,
cuando aquella noche misma,
conjurándose los cielos,
elementos amotinan;
porque la tierra temblando
de los rayos que granizan
al son de atambores truenos
tenebrosas culebrinas,
hasta su centro abre bocas
que bostezan ó respiran
diluvios de azufre en llamas
entre alquitran y resina:
como quien se sorbe un huevo,
quinientas casas pajizas
se merendó, cual si fuera
tiburón y ellas sardinas.
Tocó despues á rebato
el hambre en la gente viva;
y saliendo á pecorea
nuestro ejército en cuadrillas,
el regalo mas sabroso
que nos guisó la desdicha,
fue, á falta de gallipavos,

culebras y lagartijas.
Salimos cual digan dueñas
de aquella region maldita,
y fue escapar de Caribdis
para tropezar en Scila;
porque el mar del Sur á un lado,
y al otro sierras prolijas
con cuyas cumbres se ahorrara
Nembrot de la torre egipcia,
de manera se eslabonan,
que la esperanza nos quitan
de proseguir ni tornarnos;
porque el hambre ejecutiva
nos amenaza á la vuelta,
y atreverse á la subida
de las estrellas sin alas,
aun pensarlo atemoriza.
Empeñados de este modo
en agua y sierras, anima
el gran Pizarro la gente,
y llevándole por guia,
trepamos, gatos monteses
volatines, por las picas,
hincando tal vez las dagas
por troncos y redendijas,
y tal echando á los ramos
las cuerdas y las pretinas
para guindarnos por ellos,
porque el pobre que desliza,
de risco en risco volando
de tal manera le trinchan,
que aun no valen sus migajas
despues para hacer salchichas.
Venció, en fin, dificultades
la industria; y subiendo arriba,
el que sudó de congoja,
helado despues tirita;
porque hallamos nieve tanta,
que de las escuadras indias,
cantimploras de la muerte
dejamos ciento en cecina.
Encaramados, en fin,

sobre las cándidas cimas
de los peruleros Andes,
pudimos tender la vista
por infinidad de tierras
cuyas poblaciones ricas,
templos, palacios y casas
nos parecieron hormigas;
y bajando, con los ojos
en los pies, catorce dias
gastamos en vericuetos,
ya á gatas, ya de cuclillas.
Dimos en un valle al cabo
que el Marañon fertiliza
de yucas y de maizales,
cuyas gentes se apellidan
Zumacos, donde un volcan
sobre una sierra vomita
cerros enteros de llamas
la vez que se encoleriza.
Alojámonos en él,
haciendo que nos reciban
á puros escopetazos
los bárbaros que le habitan,
donde estuvimos dos meses
que nos duró la comida,
sin que el sol en este tiempo
su cara ver nos permita,
ni las nubes taberneras
cesen de echarnos encima
diluvios inagotables,
que hasta el alma nos bautizan.
Cayeron los mas enfermos,
porque, las ropas podridas
con el eterno agua-vá,
nos dejó en las carnes vivas.
Buscamos temples mejores,
hasta que la apetecida
canela, en montes inmensos
descubierta, nos alivia.
Son unos árboles estos
que á los laureles imitan
en las siempre verdes hojas,

con ramas tan presumidas,
que se burlan de las flechas
sin que se osen á sus cimas:
su corpulencia tan grande,
que no es posible la ciñan
tres personas con los brazos;
su flor blanca y amarilla;
su fruto ciertos capullos
que se aprietan y arraciman
formando mazorcas de ellos,
y en cáscaras quebradizas
conservan menudos granos
que sembrados son semillas.
Es su forma de bellotas,
y con una virtud misma
raices, hojas, cortezas,
flor y fruto, se asimilan
en el sabor y sustancia
á la canela que cria
el Oriente, y por Europa
Portugal nos comunica.
Hay selvas y bosques de ella;
mas la que se beneficia
y con cuidado se labra,
segun los indios afirman,
es mucho mas escelente:
en fin, los que la cultivan
fundan su caudal en ella,
porque acuden las vecinas
naciones á su comercio,
y les dan por adquirirla
maiz, algodon, venados
y mantas con que se vistan.
Crecen de modo estas plantas,
que llevándose á Castilla
un arbol solo, pudiera
sazonar cuantas cocinas
tiene la gula en España;
y estarále agradecida
á don Gonzalo Pizarro,
que descubrió su conquista;
pero atrévase á buscarla

como él quien le tiene envidia,
y sabrá, sudando sangre,
á cómo sale la libra.
Volvió el hambre á ejecutarnos;
(porque ¿de qué nos servia,
faltando el arroz y leche,
canela que muerde y pica?)
y andando á caza de gangas,
la necesidad nos guisa
zambos, monos, papagayos,
pericos y catalinas.
En mas de doscientas leguas
que caminamos, á vista
del Briareo Marañon,
no hallamos otras delicias
que ñames, agies, papayas,
guayavos, cocos y piñas,
porque iguanas y alcatraces
fuera pedir gollorías.
Llegamos al cabo de ellas
á un salto, que precipita
la soberbia inmensidad,
sus aguas todas ceñidas
en la estrechez de dos sierras,
que le encarcelan y humillan
tanto, que no hay veinte pasos
de la una á la otra orilla.
Este, pues, con la impaciencia
de que dos cerros le opriman,
docientos estados salta,
y á unos llanos se derriba
con estrépito tan grande,
que las gentes convecinas
oyen su fatal estruendo
distantes de él veinte millas.
Determinamos pasarle
por las angosturas dichas,
juntando á entrambas riberas
una puente levadiza,
y haciendo cortar maderos,
(¡á qué nó se determina
el valor necesitado!)

nos dió la industria tal prisa,
que armándola aquella noche,
y de bejucos y pitas
(hay mucha en aquellos campos)
torciendo sogas rollizas,
la atamos el dia siguiente,
y á fuerza de ingenio y grita
á la otra banda la echamos,
causando á los indios grima.
Proseguimos en efecto
aquella costa prolija
dos meses, cuyos trabajos,
hambres, lluvias y fatigas
han de pasar, si las cuento,
en los que ociosos nos fisgan,
si no plaza de novelas,
por vislumbres de mentiras;
pero, voto á Dios, señor,
que entre plagas infinitas
que nos brumaron las carnes,
(sus cicatrices lo digan)
cuando sufriéramos solo
enjambres de sabandijas,
morciégalos de á dos varas,
arañas, tábanos, niguas,
mereciéramos coronas
de mártires, á adquirirlas
en los siglos dioclecianos
por la fé, y no la codicia.
Mosquitos hay tan valientes,
que taladran, cuando pican,
una bota de baqueta,
porque son alesnas vivas;
gigenes hay aradores,
que imposibles á la vista,
dan mas dolor, si se ceban,
que una azagaya morisca.
Pruébelo quien lo dudare;
que nosotros hechos cribas
y en *puribus*, conquistamos
Mainas, Guemas, Urariñas,
Cerbataneros, Cocamas,

Tronchetos, Guaynos, Paninas,
y otros mil, que á la ignorancia
darán, si los nombro, risa.
Resolvióse don Gonzalo
á una cosa, solo digna
de los caprichos Pizarros:
porque temoso fabrica
un bergantin que asegure
los enfermos que peligran,
llevándolos agua abajo
con el fardage y comida.
Cimentó dos fraguas y hornos;
árboles quema y derriba
con que carbon amontona,
y que le den solicita
las armas de los que han muerto,
cascos, arneses, cuchillas,
herrage de los caballos;
y hasta las propias pretinas
deshierra, forjando luego
todo lo que necesita
un bajel, de esta materia:
¡ tanto puede una porfia !
Don Gonzalo era el primero
que porque todos le sigan,
ya en el taller, ya en la fragua,
trabaja, sopla, martilla,
compasa, mide, dispone,
desbasta, asierra, acepilla;
porque en tales ocurrencias
mas noble es quien mas se tizna.
Bejucos sirven de jarcias,
y la goma que destilan
los árboles de las selvas,
suplió la brea y resina:
para que no falte estopa,
mantas de algodon deshilan
que el casco calafatean;
y de las rotas camisas
velas remendadas hacen,
con que logrando fatigas,
al agua alegres le arrojan,

y en él su remedio libran.
A Francisco de Orellana,
por ser persona de estima,
de su sangre y de su tierra,
el gobierno le confia;
y con cincuenta españoles
le manda que á toda prisa
por el Marañon abajo
descubrimientos prosiga,
y que á las ochenta leguas
aguarde; porque le avisan
que allí con el Marañon
dos rios pierden la vida.
Partióse el falso pariente,
y en perdiéndonos de vista,
con el bajel se levanta,
la gente toda amotina,
y al padre Caravajal,
de la sagrada familia
del mejor Guzman de España,
(porque de su tiranía
los escesos reprehende)
echa tierra; y fue harta dicha
que no pereciese de hambre,
pues no comió en cuatro dias.
Llegamos al cabo de ocho
por tierra á la referida
region, y encontrando al fraile,
nos cuenta la fuga, indigna
de tal hombre y tal nobleza,
con que en efecto nos pilla
mas de cien mil pesos de oro,
que nos dieron las conquistas.
En carnes y sin hacienda,
juzgue vuesa señoría
la cara que en los soldados
la pobreza hereje pinta;
que de vinagre las nuestras,
con reniegos y por vidas
impaciencias desfogamos,
(permision de la milicia);
cuando al querer dar la vuelta,

nos asaltan infinitas
legiones de hembras armadas,
en los rostros serafinas,
pero en las obras demonios;
pues tanta piedra llovizuan,
tantos dardos nos arrojan,
tantos flechazos nos tiran,
que si no se enamorara
de la airosa bizarría
de don Gonzalo Pizarro
su hermosa reina ó cacica,
y de mí su bruja hermana,
por Dios, que nos desvalijan
de las almas, y que hambrientas,
ó nos asan ó nos guisan,
porque comen carne humana
mejor que nosotros guindas.
Estas son las Amazonas
que las historias antiguas
tanto ensalzan y ponderan,
y allí viven sus reliquias.
Picadas, en fin, las dos
de nosotros, nos convidan
á que su tierra poblemos,
y de repente nos brindan
con el santo maridage,
ofreciéndome la mia
en dote cuantos demonios
sótanos de azufre habitan.
Era, aunque hermosa, hechicera
de suerte la diablininfa,
que habló en lengua castellana
mejor que las de Sevilla,
y apretaba el matrimonio;
mas con escusas fingidas,
guarnecidas de requiebros,
don Gonzalo las obliga
á que nos dejen volver
á Quito, y que nos permitan
alistar mas gente y armas,
jurando que en breves dias
tornaremos á sus ojos,

porque alegres nos reciban,
no en los puros cordobanes,
sino con galas lucidas.
Concediéronlo por fuerza,
y llorando enternecidas,
por otros rumbos echamós:
no me consientan que diga
las desgracias de la vuelta,
pues fueron tan inauditas,
que las juzgarán patrañas:
Trujillo se las repita,
que nos recibió esqueletos;
y aunque ropas nos envia,
no quiso nuestro Pizarro
que ninguno se las vista,
sino que para trofeo
del valor que le eterniza,
manda que entremos en carnes
desde el cuello hasta la cinta.
Amábanle de manera
sus vecinos, que sabida
su resolucion, salieron
los mas de la suerte misma
á recibirle en pelota:
triunfo parece de risa,
pero fineza es de España
que en bronce la fama escriba.
Esta fue la tal empresa,
para nosotros maldita;
mas para España dichosa:
si ganarla solicita
quien canela apeteciere,
al rey su gobierno pida;
porque yo le voto á Dios
de no probarla en mi vida.

# DE

# LA LEALTAD CONTRA LA ENVIDIA,

## Y HAZAÑAS DE LOS PIZARROS.

DON FERNANDO PIZARRO *y* DON GONZALO DE VIVERO.

FERNANDO.

Ved en qué serviros puedo,
pues solos nos han dejado.

VIVERO.

De vuestro cortés agrado
con nuevas envidias quedo;
pero no habeis de enojaros,
si apasionado y celoso
me advirtiéredes curioso
en lo que he de preguntaros.

FERNANDO.

Escusad esa advertencia,
porque yo ya há muchos años
que entre peligros y daños
aprendí á tener paciencia;
mas, celoso... sentiria
haberos yo ocasionado
á mal tan desesperado.

VIVERO.

Vos causais la pena mia.
¿A cuál de las dos hermanas
que os hospedan, quereis bien?

FERNANDO.

A entrambas, porque no esten
quejosas; que en cortesanas
obligaciones, no hay tasa
que reprima al liberal,
ni fuera bien querer mal
á quien me admite en su casa.

VIVERO.

No os deis por desentendido,
si sabeis la diferencia
que hace la benevolencia
al amor correspondido.
¿De cuál de estas sois amante?
¿Quién vuestro cuidado obliga?

FERNANDO.

No sé, por Dios, lo que os diga
á pregunta semejante;
pero podréos afirmar
que cuando hiciera el deseo
en una ó en otra empleo,
oso tan poco fiar
á ninguno mis afetos,
que aunque dentro el alma moran
mis pensamientos, ignoran
unos de otros los secretos:
ved si será desvarío,
no siendo amigos los dos,
que os fie el secreto á vos
que al pensamiento no fio.

VIVERO.

Comunicando cuidados
amor, su alivio procura.

FERNANDO.

Sí; mas los de Estremadura
somos en todo estremados,
y en semejantes desvelos
hay quien afirma (y no mal)
que amor nació en Portugal,
y en nuestra patria los celos.
Estos, huyendo ocasiones
que con sospechas maltratan,
son tales, que se recatan
de sus imaginaciones.

VIVERO.

Los que traigo ejecutivos,
puesto que no tan avaros,
me obligan á provocaros,
entre otros, por dos motivos.
La envidia de vuestra fama

es el uno, porque temo
que siendo con tanto estremo,
me olvide por vos mi dama:
el otro, la enemistad
que causa la competencia:
hablan de vuestra esperiencia
esfuerzo y capacidad
con tanta ponderacion;
cuentan de vuestras hazañas
tan inauditas y estrañas
cosas, que fábulas son.
Dicen que en el Occidente
vuestro ánimo varonil
mataba de mil en mil
los indios, y que su gente
temblando el nombre español,
por deidad os adoraban,
y que en fé de esto os llamaban
primogénito del sol;
que un ejército vencísteis
vos solo (seria de estopa);
pero sin armas, ni aun ropa,
á poco riesgo os pusísteis;
que en la hazañosa prision
del bastardo Atabaliba,
sobre las andas en que iba
hallásteis de oro un tablon
que pesaba diez quintales;
y que el rey por redimir
su prision, hizo venir
cargados de los metales
que han hecho tantos delitos,
sumas de indios que llenaron
el salon que señalaron,
de tesoros infinitos;
y puesto que sin provecho
obligaros pretendió,
desde el suelo se atrevió
el oro y plata hasta el techo;
que en el Cuzco despojásteis
un templo al sol, cuyo muro,
de tablones de oro puro

guarnecido, aun no apagásteis
la sed, que avarienta hechiza;
y que en otro de la luna
os concedió la fortuna
vigas de plata maciza,
tan grandes, que las menores
de cuarenta pies pasabán;
que unos huertos le adornaban,
cuyas plantas, yerbas, flores,
con propiedad prodigiosa,
troncos, ramos, hojas, frutos,
peces, pájaros y brutos,
imitando en cada cosa
la misma naturaleza,
era todo de oro y plata:
sume el que en números trata,
si puede, tanta riqueza,
ó vos que fuísteis testigo
con los demas castellanos;
que hasta las trojes y granos
del maiz (que es nuestro trigo),
de ciento en ciento arrimadas,
oro afirma quien las sueña;
hacinas habia de leña
al natural imitadas,
que siendo de este metal,
solo por ostentacion
de su vana religion,
agotaron el caudal
al sol, que produce el oro;
esmeraldas se quebraron,
que doce libras pesaron....
¿Atrévense á tal tesoro
las novelas de estos dias
con que la verdad se infama?
¿leyó la crédula dama
libros de caballerías,
que osasen contar quimeras
tan indignas de creer?
Pues como cada muger
juzga estas burlas por veras,
y agrada todo lo nuevo,

ya cada dama en Medina
que tiene en vos imagina
un caballero de Febo,
un Artús, un Amadís,
y que si os llega á obligar,
en dote le habeis de dar
tres ó cuatro Potosís.
Aumentais este deseo
con las suertes que lográsteis
en los toros que matásteis,
y en lo airoso del torneo:
la dama que socorrísteis,
os confiesa obligacion;
su hermana os muestra aficion;
de toda la plaza oísteis
aplausos que hasta los cielos
vuestra alabanza subliman;
y solo á mí me lastiman
penas, envidias y celos.
Yo adoro á una de las dos,
que me obligó á preguntaros
cuál de ellas bastó á prendaros;
y pues no alcanzo de vos
noticias que me encubrís,
tampoco quiero deciros
su nombre; que intento heriros
por los filos que me herís;
mas aseguraros puedo
que puesto que no admitido,
no me quejo aborrecido.
Entre Medina y Olmedo
mi patria, la vecindad
y frecuencia de sus nobles
suele hacer con lazos dobles
parentesco la amistad;
esta, y amor que me abrasa,
me ha obligado á que recele
el riesgo que causar suele
un competidor, y en casa,
á esperanzas que hay de fuera,
marchitándolas en flor:
como es frecuencia el amor,

distante se desespera.
Solo un reparo procura
mi resolucion honrada,
que es, por medio de la espada,
probar con vos mi ventura;
pues muriendo á vuestras manos,
gano, en lugar de perder,
con quien supo merecer
tantos laureles indianos;
y si os doy, por dicha, muerte
(que estos lances son acaso),
toda vuestra fama paso
á mi venturosa suerte;
pues dando nuevo valor
al esfuerzo, siempre han sido
las hazañas del vencido
despojos del vencedor.

FERNANDO.

Desacertados desvelos
mi cólera han provocado,
puesto que quedo vengado
con haberos dado celos;
mas porque advirtais cuán lejos
me teneis de castigaros,
quiero, en lugar de enojaros,
serviros con dos consejos.
El uno es, que en ocasiones
semejantes, procureis
ser, antes que os empeñeis,
señor de vuestras acciones;
pues si contra el ofendido
os arrojais destemplado,
el reñir desbaratado
es lo mismo que vencido.
El segundo, que primero
que tomeis resolucion,
averigüeis la ocasion
con que sacais el acero;
porque arriesgar vida y fama
sin certeza del agravio,
ni es accion de pecho sabio,
ni medrará vuestra dama

sino es la publicidad
que con desdoro indiscreto
en ofensa del secreto
eclipse su honestidad.
Respetos de la hermosura
piden atento el cuidado;
que honor y vidrio quebrado
nunca admiten soldadura;
y las de quien huesped fuí
(que de hoy mas no lo seré)
conservan el suyo en pie
de suerte, que es frenesí
imaginar que conmigo
den átomos de ocasion
á vuestra imaginacion;
porque es el cielo tèstigo
que puesto que he examinado
por lo estèrior los afetos,
que dentro el alma secretos
no siempre encierra el cuidado,
jamás en la que es mi dueño
pudo un descuido ó mudanza
dar alas á mi esperanza;
porque el agrado risueño
que una muger principal
muestra al huesped de valor,
si es el regalo mayor,
no por eso da señal
con que pasando de raya,
su amor intimarle pueda;
que quien sin agrado hospeda,
dice al huesped que se vaya.
Ya os constará, segun esto,
cuán poco seguro estoy
de que preferido soy
á vuestro amor; mas supuesto
que con empeños mayores
se agravian vuestros recelos,
(que el cuerdo no pide celos
si antes no adquirió favores)
porque yo estos no os impida,
os doy mi fe de buscar

color con que despejar
la casa, si agradecida,
no profanada por mí,
ó ausentándome mañana,
á vuestra sospecha vana
satisfacer; mas si así
aun no basto á aseguraros,
ya veis que el puesto y la hora,
de vuestra dama desdora
la opinion que ha de obligaros.
Volved cuando enmudeciendo
la noche lenguas al dia,
honeste vuestra porfia
con valor y sin estruendo;
que á las doce, sin dar nota
á la gente que nos vé,
en el terrero estaré
del castillo de la Mota. (*Vase.*)

VIVERO.

Este hombre juntó al valor
la prudencia y el respeto:
obligando en lo discreto,
dá en lo valiente temor;
mas yo con celos y amor,
¿cómo podré en su alabanza
desbaratar mi venganza,
mientras no supiere de él
que no es mi doña Isabel
el blanco de su esperanza?
Colijo por conjeturas
que quiere bien donde vive;
pero ignoro á quién recibe
por dueño de sus venturas:
si de las dos hermosuras
me encubre la que me toca,
lo que me niega su boca,
mi industria averiguará;
que con celos, mal podrá
ser muda la deidad loca.
Esta noche ha de aguardarme,
como ofrece, en el terrero:
buscar un amigo quiero

que en esto pueda ayudarme.
¿Qué mucho que á atormentarme
llegue el dudar y el temer,
mi opuesto rico, muger
la causa de mi cuidado,
él todo oro, ella mercado,
y amor comprar y vender?

## II.

*Salen* DON GONZALO DE VIVERO *y* PADILLA.

VIVERO.

Ya vienes enterado
en lo que has de decirle.

PADILLA.

Ya he estudiado
tu pensamiento todo:
yo he de llegar á hablarle; mas de modo,
que crea que imagino
que te hablo á tí.

VIVERO.

Sacarle determino,
Padilla, de esta suerte
si á mi Isabel adora, ó con su muerte
asegurar desvelos.

PADILLA.

Valiente es; pero mas lo son los celos.—
Daréle de tu dama
el fingido recado; pues si la ama,
fuerza es que sentimientos
manifiesten ocultos pensamientos.

---

*Sale* DON FERNANDO.

VIVERO.

Este es sin duda.

PADILLA.

Sea.

VIVERO.

Aqui me aparto porque no me vea.—
Padilla, sé discreto,
y averigua ingenioso este secreto;
que si sirve á la hermana de mi prenda,
señor puedes llamarte de mi hacienda.

(*Retírase.*)

FERNANDO.

Las doce el reloj ha dado;
ya vendrá mi opositor.
¡Qué poco duerme el amor
con sospechas desvelado!

(*Llégase Padilla rebozado, y habla á don Fernando.*)

PADILLA.

Don Gonzalo de Vivero,
doña Isabel, mi señora,
como los celos no ignora
que os ha dado el forastero,
me previno que saliese
á este sitio á aseguraros:
harto se holgara de hablaros;
mas si su huesped viniese,
que aguardan para cenar,
ocasionara malicias:
mándame que os pida albricias,
y bien me las podeis dar,
porque se parte mañana
el estorbo que temeis;
si de su boca quereis
informaros, la ventana
frecuentada os dará audiencia,
volviendo antes que se ria

la aurora, madre del dia:
añadid á la paciencia
que hasta ahora habeis tenido,
la que os pide hasta este plazo;
que harto siente el embarazo
que estas noches ha impedido
el hablaros, pues sin vos
no hay cosa que la consuele.
Ya sabeis por donde suele
hablaros; volved, y á Dios. (*Vase.*)

FERNANDO.

De inadvertido tercero
se fió esta vez amor.
Basta, que mi opositor
es don Gonzalo Vivero.
¡Ah cielos! no tan severo
quisiera yo el desengaño;
pues aunque cure este engaño
mi perdida libertad,
tal vez en la enfermedad
hace el remedio mas daño.
Amor, ¡celos al partirme!
¡desengaños por la posta!
¡Qué mala ayuda de costa
para poder divertirme!
¡Qué bien hice en resistirme!
¡qué mejor en recelarme!
¡Qué cuerdo en no declararme!
¡qué sin prudencia en perderme!
¡qué ignorante en detenerme!
¡qué infeliz en ausentarme!
Privilegiada crecia
de amor la honesta beldad
que amé; pero en esta edad
con ellas nace y se cria:
creer que hay plaza vacía
en bellezas con sazon,
es ignorante opinion:
pretendan amantes tiernos
en damas, como en gobiernos,
la futura sucesion.
Yo dejaré malograda

mi memoria inadvertida,
como prenda que se olvida
al salir de la posada.
Doña Isabel obligada
á don Gonzalo, ha deshecho
máquinas que sin provecho
mi locura edificó;
que amándola antes que yo,
no he de usurparle el derecho.
(*Acércase Vivero á don Fernando.*)

VIVERO.

(*Aparte.* Con mis intentos salí,
mis dudas certifiqué,
sus querellas escuché,
su discrecion advertí:
sentenciado ha contra sí;
la razon me favorezca
sola esta vez.) No os parezca
que descuidado ó cobarde,
os vengo á buscar tan tarde.

FERNANDO.

No lo es mientras no amanezca;
si bien, primero que vos
cierto desengaño vino,
que siendo nuestro padrino,
en paz nos puso á los dos.
Don Gonzalo de Vivero,
de cierto aviso he sabido
que quereis y sois querido;
y en esta parte prefiero
la justa accion que teneis;
porque yo (puesto que amante
de vuestra dama) ignorante
del favor que poseeis,
aunque os fui competidor,
hasta este punto no he dado
indicios de mi cuidado,
ni he merecido favor
de que poderme alabar
que me haya á vos antepuesto;
pero tengo, fuera de esto,
algunas quejas que os dar;

que el noble favorecido
de su prenda tan sin tasa,
que á las rejas de su casa
cada noche es admitido,
con damas de gerarquía
como la que vos servís,
mientras que ni veis ni oís
desdoros, no es cortesía
ni fineza de discreto
arrojaros á creer
de ella lo que pudo ser,
ni aun lo que es, si está secreto;
pues mientras tuvistes de ella
imaginacion tan vana,
la sospechastes liviana,
que sobró para ofendella;
y la muger principal
que recatada y honesta
su voluntad manifiesta
á quien se la muestra igual,
es, la vez que se declara,
tan á fuerza de rigores,
como afirman los colores
que amanecen en su cara.
Esta ofensa es suya y mia,
porque contra la eleccion
que hizo en ella mi aficion,
sospechastes que podia
inconsiderado amar,
llevado de su hermosura,
dama tan poco segura,
que se pudiese mudar:
ofenderla y ofenderme
son dos delitos en uno;
pero no es tiempo oportuno
este de satisfacerme;
que quiere ya amanecer,
y os espera vuestra dama
donde otras veces: mi llama,
que no llegó á merecer
lo mucho que envidio en vos,
quiere servirla hasta en esto:

habladla; que en este puesto,
en vez de reñir los dos,
he de alcanzar con su hermano,
puesto que hoy he de partirme,
que vuestras dichas confirme,
y os dé de esposa la mano.

VIVERO.

Puesto que en todo bizarro,
don Fernando generoso,
intenteis salir airoso,
celos del valor Pizarro
mas que de doña Isabel,
mudaron los de mi amor;
ya yo os soy competidor,
no en la dama, sino en él.
Ni doña Isabel me espera,
ni el recado que en mi nombre
os dieron suyo, os asombre;
que todo esto fue quimera
de mi sospecha, inventada
para averiguar la prenda
que adorais: ni esto os ofenda,
ni la victoriosa espada
enmiende temeridades
ya reformadas en mí;
los hidalgos brazos sí,
que eternicen amistades.
Restauraos á la esperanza
que mi envidia os malogró;
que no he de competir yo
con quien en todo me alcanza.
Vos supísteis merecerla,
en las fiestas obligarla,
en los peligros librarla,
en la opinion defenderla;
vos reprimir mis pasiones:
yo me doy por convencido;
que mas fama han adquirido
que las armas, las razones.
Al Perú he de acompañaros;
esto habeis de concederme.

FERNANDO.

Si cortés pensais vencerme,
amigo intento imitaros:
hoy habeis de ser esposo
de doña Isabel, por Dios.

VIVERO.

Vive el cielo, que si en vos,
con los demas generoso,
falta esta virtud conmigo,
que aqui me habeis de quitar
la vida: ya no sé amar,
ya en vuestra milicia sigo
las armas, que el ocio infama.
Ó darme muerte, ó seguiros.

FERNANDO.

Con la vida he de serviros,
y....

VIVERO.

No digais con la dama,
que esa os toca de derecho.

FERNANDO.

Ya mi camarada os nombro.

VIVERO.

Con tal blason seré asombro
del Nuevo-Mundo: esto es hecho.






DE

# LA NUERA MAS LEAL

## Y MEJOR ESPIGADERA.

---

### I.

RUT *y su padre* EL REY *de Moab.*

RUT.

Padre amoroso, (que el nombre
de padre, siempre apacible,
es conjuro del amor
bastante para que obligue
á conservar en su imagen
el noble ser que me diste,
en quien la naturaleza
quiere que te inmortalice)
si tuvieras muchos hijos
en quien vieras repartirse
la voluntad que me tienes
porque en mí tu sangre vive,
no me espanto que me amaras
menos; que si se divide
en muchos brazos un mar,
no son sus vados terribles;
mas si una pequeña fuente
viene en un lago á ceñirse,
y con corrientes eternas
le paga censo aunque humilde,
añadiendo siempre arroyos,
hace su paso imposible.
Si muchos hijos tuvieras,
viendo tu amor dividirse,

cupiérame poca parte;
sola soy, solo en mí vives:
siendo, pues, esto verdad,
¿qué mucho que deposites
en mí, como en cifra tuya,
el noble ser que me diste?

REY.

Escusa, mi Rut, rodeos,
que al corazon solo sirven
de tormentos dilatados
que la esperanza me afligen,
y asegúrete mi amor
que la corona sublime
de todo el orbe mortal,
las victorias mas insignes,
las riquezas mas copiosas,
con ser tan apetecibles,
con el amor que te tengo,
son prendas bajas y viles.
Si es que nó amas á Timbreo,
y los cielos no permiten
que con su amor te conformes,
ni á ser su esposa te inclines,
antes que le dés la mano,
y en lazadas apacibles
enrede amor lazos tiernos,
cautiverio de almas libres,
retrocediendo su curso
el Dios amante de Clicie,
contradirá al primer móvil
sin que violentado gire.
Quéjese de tí Timbreo
y del amor, que consiste
en conformarse las almas,
pues el querer es unirse;
que cuando á un pastor quisieras
(que es el mayor imposible
que de tu altivez conozco)
tosco, estrangero y humilde,
la voluntad que te adora,
sobre mi trono sublime
colocándole, le diera

la corona que á Moab rige.

RUT.

Dame esa mano, honrará
estos labios en que imprimes
agradecimientos nobles
para promesas felices;
y en fé de esa real palabra,
que en ser tuya será firme,
oye sucesos que amor
te manda que facilites.
Entre los muchos esclavos
que en la guerra que tuviste
con las tribus de Israel,
tu reino ilustran y sirven;
en fé de lo que me quieres,
una cautiva me diste,
parienta del gran Booz,
juez noble que á Belen rige:
Booz, aquel patriarca,
que segun los hebreos dicen,
de la mayor tribu es padre
que trae de Abraham su origen.
Como era discreta y moza,
y hace el cielo que me incline
con natural influencia
á aquella nacion insigne,
recibíla en mi privanza;
que cuando vienen á unirse
en conformidad los gustos,
hace amor sus lazos firmes.
Desde entonces, juntas siempre,
ya de noche en los jardines,
ya de dia en la labor,
mientras en hilos sutiles
desentrañábamos copos
de algodon y seda virgen,
ninguna conversacion
nos era tan apacible
como el tratar de Israel,
de sus hijos varoniles
y los hechos de sus duques,
bastantes á hacer que quiten

la posesion de sus reinos
á tantos pueblos gentiles.
Siempre, pues, que en estas cosas
procuraba divertirme
de pensamientos que al ocio
indigna entrada aperciben,
mirándome atentamente,
tal vez alegre y tal triste,
de misteriosos secretos
me daba muestra infalible.
Una vez que entre otras ví
con los afectos decirme
lo que la lengua no osaba,
animándola, la dije:
«¿qué enigmas, Abra, son estas,
¿qué partos el alma oprimen,
que por los ojos pretenden
inobedientes salirse?
Si deseos naturales
de ver tu patria te afligen,
(que no hay feliz cautiverio
que se iguale al vivir libre)
dímelo, cautiva hermosa;
que aunque del gusto me prive
que de tu apacible trato
mi amor sociable consigue,
te enviaré llena de joyas,
que para que nunca olvides
la memoria que me debes,
á mi amor te necesiten.»
«Mal (dijo), señora, pagas
la voluntad que en servirte,
no en el olvido, se funda,
disculpa de pechos viles:
la patria mas natural
es aquella que recibe
amorosa al estrangero;
que si todos cuantos viven
son de la vida correos,
la posada donde asisten
con mas agasajo, es patria
mas digna de que se habite.

Si tantas veces suspensa,
con la vista, Rut, te dije
lo que nunca osó el temor,
freno que la lengua oprime,
misterios son con que el cielo,
si no es que amor desatine,
en historias y en estátuas
quiere que te inmortalices.
Booz, de quien prima soy,
para que la dicha estimes
que de tan ilustre deudo
á mi valor se le sigue,
una noche entre los brazos
del sueño, sobre cogines
que el alba borda de perlas
y flores que mayo pise,
soñaba (si en los profetas
merecen atribuirse
á sueños misterios altos
que Dios en ellos les dice),
soñaba que de una piedra
que con el cielo compite,
y del generoso tronco
que á Judá dió Real estirpe,
con influencias celestes
vino un monte á producirse
tan alto, que se igualaba
al trono en que Dios asiste.
Bajó á pacer de su yerba
un cordero que se viste
de mas cándidas guedejas
que las que adornan al cisne;
despertó lleno de gozo,
y á los profetas les pide
que de este oculto misterio
los secretos profeticen.
Échanse en oracion todos,
y convienen en decirle
que es el tronco de Judá
que el sueño alegre predice,
la casa real de Booz;
y que la piedra sublime,

de quien nacerá la vara
que el mas alto cielo humille,
será una muger gentil
de Moab, bella y humilde,
que casándose con él,
al cordero amante obligue
que de los pastos sabrosos
donde *ab eterno* reside,
al monte de Judá baje
para que á Dagón derribe:
por una idólatra, en fin,
y un príncipe de la estirpe
de Booz, ha de gozar
el mundo al que el cielo rige,
y llamándose el Mesías,
hará hazañas que conquisten
desde la cuna del sol
hasta su túmulo triste.
Viendo, pues, princesa amada,
cuán bien estas cosas dicen
con tu nombre, pues *Rut* es,
cuando en mi lengua le esplique,
lo mismo que *piedra*; siempre
que á tu presencia me admites,
alborotándose el alma,
viene casi á persuadirse
que tú has de ser esta piedra,
á quien amor apercibe
ramas del ilustre tronco
de Booz, cuyas raices
el monte pronosticado
producirá, en que se crie
el cordero que Israel
há tantos siglos que pide.
¡Ay, princesa generosa!
si es justo que te suplique
quien desea que tu fama
los tiempos inmortalicen,
no te cases si no fuere
con quien no haga imposibles
las esperanzas de ver
que esta verdad salga firme.»

Cesó, al paso que crecieron
mis deseos, porque siguen
la inclinacion que á Israel
me obliga que ame y envidie:
y para aumentarlos mas,
si crecen con imposibles,
á casarme con Timbreo,
padre y rey, me persuadiste.
Tu sobrino es; no me espanto;
pero siendo aborrecible,
¿quién juntará voluntades
que la inclinacion divide?
De esto nació mi tristeza;
y si quisiera decirte
hazañas de amor que el tiempo
á la lengua no permite,
me disculparas piadoso,
lastimándote apacible,
obligándote clemente,
y persuadiéndote libre;
pero no quiero cansarte,
sino solo persuadirte
que si el amor que me tienes,
es bien que mi vida estime,
no esperes que esposo llame,
mientras mis venas anime
el corazon que te adora
y en quien tu imagen imprimes,
á quien no fuere efrateo,
y del escogido origen
de Judá no descendiere;
pues cuando el cetro me quites
que pienso heredar de tí,
y matarme determines,
¿qué importa que el cuerpo muera
mientras la libertad vive?

## II.

---

RUT, BOOZ *y varios labradores.*

BOOZ.

Bendigan tu hermosura
los cielos cristalinos,
hermosa espigadera,
como yo te bendigo.
Peregrina piadosa,
enamorado hechizo,
princesa del amor,
si de Moab lo has sido,
á tus hermosas plantas
las de este claro rio
humillen, por besarlas,
los cuellos mas altivos:
vuelva á brotar el prado
jazmines, rosa y lirios,
coronas de tus pies,
de mi esperanza grillos:
no quede ruiseñor,
pintado jilguerillo,
calandria y oropéndola
en árboles y en nidos;
que alegres y bizarros,
de amor y plumas ricos,
no ofrezcan á tus plantas,
en vez de labios, picos.
Mil veces venturosas
las hazas de mis trigos,
los pagos de mis mieses,
pues ver han merecido
primicias de sus partos

en el cristal bruñido
de aquesas manos bellas
á quien el alma rindo.
No ausentes de mi siega,
por otras que ya envidio,
los soles de tu cara
risueños y benignos;
que sin llegar á colmo,
en fé de tal castigo,
se anublarán las mieses
que viéndote han crecido.
Sigue mis labradoras,
que en fé de que te sirvo,
solícitas y alegres
las pongo en tu servicio:
recoge espigas rojas;
serán plumages ricos
de oro, que tus brazos
guarnezcan cristalinos.

RUT.

¡Oh generoso hebreo!
¿de dónde ha merecido
una romera pobre
tus ojos ver propicios?
La tierra humilde beso
que honraron tus vestigios,
ilustre patriarca
del pueblo circunciso.
(*Aparte.* Retrato es verdadero
y espejo donde miro
de mi difunto esposo
el simulacro vivo;
pero si de Booz
mi Masalon fue primo,
¿qué mucho que una sangre
de dos haga uno mismo?)
¿Quién, noble betlemita,
te obliga á que benigno
ampares estrangeros
y hospedes peregrinos?

BOOZ.

Ya, moabita hermosa,

hazañas he sabido
de tu piadoso pecho,
de tu valor benigno;
ya sé que el reino dejas
á tu virtud debido;
la patria en que naciste;
el tálamo ofrecido;
la ley, que cuerda truecas
por la que el dedo ha escrito
de Dios, que dió á Moisés,
nuestro primer caudillo;
la caridad mas nueva
que vieron nuestros siglos,
que con tu suegra usaste;
pues al humilde oficio
de espigadera pobre
el trono has reducido.
Colme de bendiciones
el Señor infinito,
que «Dios» Israel llama,
trabajos tan lucidos,
mudanza tan dichosa,
amor tan inaudito;
mas sí hará; que en sus alas
te dá su sombra abrigo.

RUT.

Ya yo la esperimento,
pues ha hallado contigo
gracia mi buena suerte,
juez amoroso y pio:
mi alma has consolado,
mi pecho enternecido,
pues liberal ensalzas
mis méritos indignos;
aun ser esclava tuya
mi amor no ha merecido,
la tierra que has pisado,
el aire que respiro.

BOOZ.

¡Hay humildad tan grande!
¿hay mas bello prodigio
en cuantos celebraron

imágenes y libros!
(*Gritan dentro.*)
RUT.
Ya vuelve á su tarea
el escuadron sencillo
de nuestros segadores:
si gustas, señor mio,
siguiendo sus trabajos,
proseguiré mi oficio.
BOOZ.
Y igualarás tus gracias
á sus granos de trigo:
vé, hermosa espigadera,
despoja el vellocino,
que á la desnuda tierra
dió Ceres por vestido;
saquea á mis gavillas
los fertiles racimos
que en órdenes dispuestos
componen granos limpios,
y en cada huella tuya
produzca el amor niño,
contra el calor, que abrasa,
claveles y narcisos.
(*Vase Rut.*)
Lisis, Gomor, espera,
escucha, Herbél, amigo;
asi tu mesa cerque
amor de alegres hijos,
que de esta espigadera
cuideis tan advertidos,
que muestre su regalo
que sois zagales mios.
Cuando de Ceres fértil
corteis el fruto opimo,
desperdiciad manojos
de industria perdedizos;
llenadla el devantal,
y servirá su lino
de mesa que al amor
ponga en manteles limpios.
Si la sed rigurosa

agravios del estío
formare, id á las fuentes
del bosque mas vecino,
brindadla, mis zagales,
con su raudal nativo.
Si el rústico vinagre
y el fruto del olivo
con líquidos abrazos
diere al calor alivio;
cuando mojeis el pan,
rogadla comedidos,
llamadla diligentes,
servidla agradecidos:
mirad que vive en ella
mi alma, y que consigo
me lleva el corazon
ganado por perdido.



12

DE

# LA MUGER QUE MANDA EN CASA.

I.

DORBÁN, ZABULON, LISARINA, CORIOLIN *y otros pastores.*

DORBÁN.

¡Ah del monte! ¡ah de la sierra!
Al valle, al valle, á la junta.

CORIOLIN.

¡Dado le han!—¿A qué se junta,
si sabeis, toda la tierra?

ZABULON.

A ver si remedio hallamos
al hambre que padecemos.

DORBÁN.

Tres años há que no vemos
nube en el cielo.

LISARINA.

Acá estamos
todos.

CORIOLIN.

Lisarina, vos
¿á qué venís?

LISARINA.

Las mugeres
tambien damos pareceres.

ZABULON.

¿Y serán buenos?

CORIOLIN.

Par Dios,
si los vuesos son del talle
que los que Jezabel dá,
el dimuño os trujo acá.

Ya habemos bajado al valle:
¿qué tenemos?

DORBÁN.

Coriolin,
la falta de bastimentos
á personas y á jumentos
amenaza triste fin.
Sentaos, y busquemos modos
como no muera la gente.

CORIOLIN.

Dadme vos con que sustente
el estuémago que todo
se me desmaya de cuajo,
ó, pues son impertinentes,
alquiladme boca y dientes
con la oficina de abajo,
que en mí no tienen que her.

LISARINA.

Ya estamos todos sentados.

DORBÁN.

Pastores, ya no hay ganados
que esquilar, ni que comer;
á nadie el hambre reserva;
los cielos estan con llave;
ni por el viento vuela ave,
ni alegra á los campos yerba;
no hay arroyo que no trueque
en polvo el agua que borra,
rio que á manchas no corra,
fuente que ya no se seque.
Todos la vida nos tasan
por quitarnos el sosiego;
que son los pecados fuego
y hasta las fuentes abrasan.
No se enmiendan nuestros reyes,
y asi crecen nuestras quejas:
comímonos las ovejas,
no perdonamos los bueyes.
Si yo á persuadiros basto
lo que vos vengo á decir,
y se nos han de morir
las bestias por no haber pasto,

mejor es que las matemos,
y á costa suya vivamos,
pues como las dividamos,
el pueblo socorreremos.
¿Qué os parece?

ZABULON.

Hábeis habrado
como Sanlimon, pardiobre.
No perezca el puebro pobre,
y mas que no haya ganado.

DORBÁN.

Yo tengo una yegua flaca.

ZABULON.

Yo una mula.

LISARINA.

Yo un jumento.

CORIOLIN.

Yo un rucio; pero no intento
(aunque ell hambre no se apraca)
que por ingrato me arguya,
y tan mal pago le den;
que es un borrico de bien:
mi ánima como la suya
cuando de este mundo vaya.

LISARINA.

Por votos heis de pasar.

CORIOLIN.

¿Votos?

LISARINA.

No hay que repricar
como la suerte vos caya.

DORBÁN.

El mas mozo es Coriolin
del puebro; voto por él.

CORIOLIN.

Dorbán, siempre sois criiel.

DORBÁN.

Yo entregaré mi rocin
despues que hayamos comido
vueso burro.

LISARINA.

Yo eso quiero:

muera su burro primero.

CORIOLIN.

Y á vos ¿quién os ha metido
en los votos del concejo?

LISARINA.

Yo, que tambien só presona.

ZABULON.

A nadie el hambre perdona:
hed repartir el pellejo
para almorzar, por la gente,
y el burro el siguiente dia
vaya á la carnicería
donde se pese igualmente;
que este es nueso voto y gusto.

CORIOLIN.

De capa os sirvió el pellejo;
vote, mi burro, el concejo
sobre la capa del justo;
que yo moriré con vos,
pues que libraros no pudo
el mi amor.

LISARINA.

Venga el menudo,
aderezaréle.

CORIOLIN.

A Dios,
el mi jumento dell alma.
¿Vivo queda quien vos pierde?
Mas porque de vos me acuerde,
yo colgaré vuesa enjalma
del cravo do está el mi espejo;
vueso ataharre traeré
al cuello por banda, en fé
que no os olvido aunque os dejo.

DORBÁN.

Esto está bien ordenado:
venid, daréisnosle.

CORIOLIN.

¡Yo
traidor á quien me llevó
en somo de sí asentado!
¿Con qué vergüenza pudiera

decirle al mio jumento:
«yo del vueso prendimiento
corchete soy?» ¿Qué dijera
entonces el rucio mio?—
Vaya el concejo á llevarle,
pues se atreve á sentenciarle.

DORBÁN.

Dejad ese desvarío.
¿Estais en vos?

ZABULON.

Ea, venid.

CORIOLIN.

Pues que ya llegó su plazo,
Zabulon, dadle un abrazo,
y en mi nombre le decid,
cuando le deis el segundo...

LISARINA.

Coriolin, cansado estás.

CORIOLIN.

Que no mos veremos mas,
si no es en ell otro mundo. (*Vase.*)



## II.

CORIOLIN *y* ABDÍAS.

Murria me viene de ahorcarme
sin vos, el mi rucio amado,
el mi lindo compañero.
¿Vos, mi burro, al carnicero?
¿vos por él descuartizado?
¡Que habeis de morir, en fin!
¡que ya mi amor no os aguarda!
¿Qué hará sin vos ell albarda,
si no la trae Coriolin?
¿Qué la burra, ó vos sin ella,
de mi comadre Darinta,
que estaba por vos en cinta,
viuda hoy y ayer doncella?

ABDÍAS.

Oye, detente, pastor.

CORIOLIN.

Si de un lazo no me escurro...

ABDÍAS.

¿Estás loco?

CORIOLIN.

Estó sin burro.

ABDÍAS.

¡Qué simple!

CORIOLIN.

Mire, señor,
pues que no le ha conocido,
no se espante si le lloro;
que era como un pino de oro:
jumento tan entendido
no le tuvo el mundo.

ABDÍAS.

Acaba.

CORIOLIN.

¿Piensa que miento? Decian
que las burras le entendian
cuantas veces rebuznaba.
Pues, ¿honesto? En mil sucesos
que con las hembras se halló,
nunca en la carne pecó;
que estaba el pobre en los huesos.
Pues la vez que caminaba,
tan cuerdo hué de dia en dia,
señor, que en todo caia,
ó al de menos, tropezaba.
Pues, ¿sofrido? No hubo her,
por mas palos que le diese,
que alguna vez se corriese;
que él jamás supo correr.
Pues aunque huese de prisa,
si á su jumenta oliscaba,
al cielo ell hocico alzaba,
que hué una boca de risa;
y con tener estas gracias,
y otras que callo, señor,
me le llevan, ¡ay dolor!
la cola y orejas lacias,
á morir al matadero,
do el carnicero le sise,
y el hambre despues le guise:
¿hiciera mas un ventero?

### III.

—

*Salen* ZABULON, DORBÁN *y* LISARINA, *y á lo soldado gracioso* CORIOLIN.

CORIOLIN.

¿Cuidais vosotros que es barro
ser sueldado?

ZABULON.

¿Que el lugar
dejas solo, y sin llorar?

CORIOLIN.

Tengo ell alma de guijarro.
La sierra ¿no me quintó?
¿no vo por ella á la guerra?
pues llore por mí la sierra;
que no pienso llorar yo.
Aqueste oficio me cuadra.

LISARINA.

¿No mos verás mas, de vero?

CORIOLIN.

No, hasta ser emperadero,
ó si no, cabo de escuadra.

LISARINA.

¿Cabo de qué?

DORBÁN.

De cochillo.

CORIOLIN.

Eso mesmo pescudó
una vieja que alojó
en casa á un medio caudillo.
Estaba una compañia
en la su aldea hendo gente,
y aun hurtos, y ella inocente

de manera le servia,
que decentó una tinaja
de un tinto, que con pies rojos
diz que saltaba á los ojos.
Era tahur de ventaja
en esto de alzar de codo
el tal cabo, su alojado;
y del tinto enamorado,
le resquebraba de modo,
que en el alma le metia;
pero porque no se hallaba
bebiendo solo, brindaba
á toda la compañia.
Llevábalos á su casa
dos á dos y tres á tres;
estuvieron allí un mes;
andaba el brindis sin tasa:
sospiraba cada instante
la vieja el daño presente,
viendo la sed en creciente
y la tinaja en menguante.
Mas ¿qué mucho que el sentido
perdiese, si aquel licor
suplia con su calor
las faltas de su marido?
Huése el huesped importuno,
tocando á marchar la caja;
que ell espirar la tinaja
y ellos irse, hué todo uno.
«Vaya con la maldicion,»
la viuda pobre decia,
«¡guay de vos, tinaja mia,
agotada hasta ell hondon!
Sin vos, ¿qué ha de ser de mí?
¿quién habrá que me mantenga?
Que mala pascua le venga
á quien vos ha puesto ansí.—»
«Tratad al soldado bien,»
dijo uno muy presumido;
«que el huesped que habeis tenido,
es cabo de escuadra.» — «¿Quién?» —
«Quien sirve al rey, y trabaja,

y es cabo de escuadra.» — «Igual,»
respondió, «dirá ese tal,
que es cabo de mi tinaja.» —
Y porque no es para mas,
á Dios; que me vó á romper.

LISARINA.

Pues ven acá: ¿sabrás ser
suelgado tú?

CORIOLIN.

¡Buena estás!
Yo sé tocar las baquetas,
comerme un horno de bollos,
hurtar gallinas y pollos,
vender un par de boletas,
echar catorce reniegos,
arrojar treinta por vidas,
acoger hembras perdidas,
sacar barato en los juegos;
y en batallas y rebatos,
cuando se toman conmigo,
sé enseñar all enemigo
las suelas de mis zapatos.

ZABULON.

Eso es ser gallina, en suma.

CORIOLIN.

Decís, Zabulon, lo vero:
¿por qué pensais que el sombrero
llena el suelgado de pruma,
si (1) porque huyendo despues
que la batalla se empieza,
volando con la cabeza
corre mejor con los pies?
Esta es de gallo, y trabajo
por darla aqui, en somo, estima;
que como el gallo va encima
y la gallina debajo,
soy gallina en esta empresa
que sabré cacarear,
porque al comer y al cenar
haya gallina en mi mesa.

(1) Sino.

LISARINA.

Dios te vuelva á nuestros ojos.

LOS DOS.

Coriolin, á Dios.

CORIOLIN.

A Dios.

LISARINA.

Acordaos de mí.

CORIOLIN.

¿De vos?
Dejadme agarrar despojos;
que yo os llenaré el corral
de las gallinas que hurtare;
y si en la guerra finare....

*(Llora.)*

LISARINA.

¿Lloras?

CORIOLIN.

¡Y cuémo! En señal
de que mi alma se condena,
antes dell amanecer
prometo de irvos á ver
en fegura de alma en pena.

LISARINA.

No, Coriolin, eso no;
yo os perdono la vesita.

CORIOLIN.

Quiéroos yo; que sois bonita.
De allá os pienso llevar yo
dos diablitos como un oro
que vos barran, que vos rieguen,
que vos guisen, que vos frieguen.

LISARINA.

Tirte ahuera.

CORIOLIN.

¡Ay! ¡cómo lloro!
¿Pensais que la guerra es paja?
Embracijadme, y á Dios.

LISARINA.

¿Que os me vais, el zagal, vos?

CORIOLIN.

A ser cabo de tinaja. *(Vanse.)*

13

DE

# LA FINGIDA ARCADIA.

DON FELIPE *á la condesa* LUCRECIA.

Yo sé de cierto señor
algo regalado y tierno,
que acostándose el invierno
despues que el calentador
la cama le sazonaba,
se levantaba en camisa,
y dando causa á la risa,
desnudo se paseaba.
Burlábase de él su gente,
y juzgaba á desvarío
que tiritase de frio
y diese diente con diente
quien abrigarse podia;
mas él, despues de haber dado
sus paseos, casi helado
á la cama se volvia,
diciendo: «para estimar
el calor que agora adquiero,
es necesario primero
el frio esperimentar.» —
Ya que su escelencia sabe
tanto de corte y grandeza,
pruebe aqui nuesa llaneza
mas humana y menos grave,
y sabrále allá mas bien
el trato y soberbia real;
que quien no ha probado el mal,
poco ó nada estima el bien.

DE

# EL CABALLERO DE GRACIA.

## I.

RICOTE *al* CABALLERO DE GRACIA *su amo.*

Dicen que en cierta nacion
era por rey adorado
aquel que á cuestas tenia
la cosa de mayor peso,
saliendo con el suceso
quien mas tiempo la sufria.
Una vez se convocó
el pueblo á elegir cabeza,
y hubo quien tal fortaleza
entre los demas mostró,
que un ébano entero tuvo
dia y medio, sin que hubiese
quien competir se atreviese
con él; y al tiempo que estuvo
casi el reino en su poder
y el pueblo le engrandecia,
salió otro que traia
á cuestas á su muger;
y la gente convocada
en su favor sentenció:
que con la muger, no halló
otra cosa mas pesada.

## II.

—

### EL CABALLERO DE GRACIA *y un* CAPITAN.

CAPITAN.

En fe, señor, de la ayuda
que no há mucho que me hicístes
cuando mi honor socorristes,
es fuerza que agora acuda
á ejecutar la palabra
que á mi pobreza habeis dado.
En Nápoles he alcanzado
(que en fin la paciencia labra
de la justicia los pechos)
la conduta que pedí;
y para salir de aquí
y pagar los gastos hechos,
fuera de la cantidad
que me distes y vos debo....
Culpad, si veis que me atrevo,
mi mucha necesidad.—
Otros docientos ducados...—
Si me los dais, entended
que escusais con tal merced
atrevimientos soldados;
que con algun desatino
haré, negándolos vos,
cosa en ofensa de Dios
que remedie mi camino.

CABALLERO.

Huélgome que despachado
de Madrid salga tan bien,
y que en Nápoles le den

premios de tan buen soldado;
pero vuesa merced viene
en coyuntura terrible:
por agora es imposible
socorrelle; que no tiene
esta casa un solo real;
pero procure volver
mañana, que podria ser
acudille.

CAPITAN.

¡Pesia á tal!
¿A mañana, y con podria,
me remite? Juro á Dios
que he salir á las dos
de la noche.

CABALLERO.

Por un dia
no es mucho que se detenga.

CAPITAN.

Voto á Dios, que aunque procure
hurtallo...

CABALLERO.

Paso, no jure.

CAPITAN.

Pues no me diga que venga
tantas veces; que un hidalgo
de mis prendas y valor
suele...

CABALLERO.

Dígame, señor,
por dicha ¿débole algo?

CAPITAN.

Débeme mucho si mide
el empacho que me mueve,
porque al noble se le debe
lo que con vergüenza pide.
Mas no importa; que escalando
un par de casas, tendré
con que pagar, y me iré
de hipócritas murmurando.
Voto á Cristo, que quien ruega
á quien guerras nunca ha visto...

CABALLERO.

Pues ¿qué culpa tiene Cristo
de lo que un hombre le niega?

CAPITAN.

Es costumbre envejecida.

CABALLERO.

Prométame no jurar
por su vida, y le haré dar
lo que pide.

CAPITAN.

¿Por mi vida?
¿Es censo? Aqueso seria
morirme yo.

CABALLERO.

¿Y por un año?

CAPITAN.

Es un siglo.

CABALLERO.

¡Vicio estraño!
Un mes.

CAPITAN.

Tampoco.

CABALLERO.

¿Y un dia?

CAPITAN.

Por un dia, aunque es tormento,
vaya, yo lo cumpliré.

CABALLERO.

¿Jurará?

CAPITAN.

No juraré,
por el santo sacramento.

CABALLERO.

Pues ¿jura?

CAPITAN.

Esto es despedirme
del juramento postrero.

CABALLERO.

Vuelva por ese dinero
luego.

CAPITAN.

Tengo que partirme

esta noche.

CABALLERO.

Haré empeñar
cuanto tengo.

CAPITAN.

Voy seguro;
mas voto...

CABALLERO.

¿Jura?

CAPITAN.

No juro.
Voto á Dios que iba á votar.



# NOTICIAS

## ACERCA DE LAS COMEDIAS DE TELLEZ

NO INCLUIDAS

## EN ESTA COLECCION.

## EL ARBOL DEL MEJOR FRUTO.

Este arbol es la cruz del Salvador. Yendo Constantino hijo del emperador Constancio á casarse en Grecia con la princesa Irene, le matan embozado unos bandoleros en el camino, y se apoderan de cuanto llevaba: habiéndole conocido despues de muerto, huyen del paraje donde cometieron el atentado, y hallan en un pueblo á un labrador llamado Cloro, que es el vivo retrato del príncipe difunto. Proponen al villano que finja ser Constantino y vaya á casarse con Irene, aprovechándose de su semejanza y de las cartas que llevaba el malogrado joven; Cloro, mal hallado con su condicion humilde, y persuadido de que han de ser emperadores él y su amigo Licinio por habérselo anunciado asi una voz misteriosa, se presta á la ficcion y se presenta á la infanta de Grecia, que á pesar de hallarse poco dispuesta á quererle, se le aficiona. Cuando el falso Constantino llega á vista de Constancio con su desposada Irene, acaban de traer al emperador el cadaver del Constantino verdadero; sin embargo, la semejanza es tal que le hace dudar si está ó no viendo á su hijo: infórmase de un rústico necio que viene con Cloro, sa-

be la verdad y manda prender al impostor; pero la madre de Cloro, Elena, sobreviene muy á tiempo para declarar que fue en su juventud amada de Constancio, de quien tuvo á Cloro, cuyo propio nombre es tambien Constantino, como lo fue del que murió, á quien no es estraño se pareciera, siendo ambos hijos de un padre. Queda, pues, Cloro confirmado con el nombre de Constantino y declarado César. El tirano Majencio en tanto guerrea con el emperador: al darse una batalla decisiva entre su ejército y el de Constancio, se le anuncia prodigiosamente á Constantino, cristiano ya de fé, que vencerá con el estandarte de la cruz: la prediccion se cumple, y Constantino en agradecimiento promete ir á Palestina en busca del sagrado madero.

En efecto, habiendo fallecido Constancio, parte Constantino á Jerusalen con su madre Elena é Irene, y con Licinio á quien en premio del valor que mostró en la batalla contra Majencio, ha asociado al imperio. Los judios de Jerusalen que saben donde estan escondidas la cruz del Redentor y las de los dos ladrones, se niegan al pronto á señalar el sitio; despues intentan entregar una cruz falsa en lugar de la que se les pide; por último, puestos en el tormento, revelan la verdad. Cavado el monte que ocultaba el inestimable tesoro, aparecen tres cruces iguales: ¿cuál será la de Cristo? Un milagro deshace la duda. Licinio acaba de espirar á manos de Constantino, en pena de haber perseguido á los cristianos; un judío propone, aunque sin fé, que apliquen las tres cruces á un cadaver, porque si una de ellas le resucita, no será posible dudar de que el hombre que fue clavado en ella era Dios. Constantino acepta, y manda traer el cadaver de Licinio, el cual apenas es tocado por el árbol santo, cuando recobra el muerto la vida, siendo sus primeras palabras confesar la divinidad de Jesus. A vista de maravilla tan alta, Irene hasta entonces idólatra, y los judios presentes al hecho, abrazan la ley del Crucificado.

# EL MAYOR DESENGAÑO.

Es el que recibió san Bruno al saber la condenacion del canónigo Raimundo Diocres, revelada milagrosamente por él mismo despues de su muerte; pues habiendo fallecido Diocres en opinion de santidad, y estando celebrándosele las honras, el cadaver del difunto se incorporó por tres veces, y dijo que habia sido acusado en el juicio de Dios, sentenciado y condenado á las penas eternas. El desenlace, pues, de esta composicion es la escena representada en el terrible cuadro que Vicente Carduccio pintó por el tiempo en que Tellez escribió su comedia, y que traido desde la Cartuja del Paular á Madrid, se halla en la galería superior del Museo de la Trinidad.

LA REINA DE LOS REYES.

QUIEN HABLÓ, PAGÓ.

SIEMPRE AYUDA LA VERDAD.

LOS AMANTES DE TERUEL.

CAUTELA CONTRA CAUTELA.

LA MUGER POR FUERZA.

DON ÁLVARO DE LUNA, 1.ª *parte.*

DON ÁLVARO DE LUNA, 2.ª *parte.*

---

Dadas ya por de Tellez las cuatro comedias de *Amor y celos hacen discretos*, *Por el Sótano y el Torno*, *Esto sí que es negociar*, y *El Condenado por Desconfiado*, las ocho de arriba, insertas por él en el tomo II ó 2.ª parte de su Teatro, deben ser aquellas ocho que Tellez mismo afirmó ser agenas, entre las doce del volúmen; y no perteneciendo á nuestro autor, no hay aqui motivo para ocuparnos con ellas especialmente. La de *Siempre ayuda la verdad* fue refundida por Matos Fragoso con el título de *Ver y creer*; la de *Cautela contra cautela* sirvió de original á Moreto para *El mejor amigo el rey*; la de *Los Amantes de Teruel* fue imitada por Montalvan, y á las dos ha debido el que escribe estas notas auxilios de no poco valor en el drama que ha publicado con igual título que ellos. Hay ademas sobre este asunto una tragedia de Andres Rey de Artieda, anterior á la comedia del anónimo, otra tragedia escrita en el siglo pasado, un drama en un acto y un monólogo. Consta asimismo en los catálogos de Medel y de Huerta una comedia de *Los Amantes de Teruel* atribuida á Vicente Suarez.

# LA MEJOR ESPIGADERA.

Drama de argumento bíblico: la heroina es Rut, á quien el autor supone hija de un rey de Moab. El betlemita Elimelec, en quien Tellez representa un avaro parecidísimo al Nineucio de *Tanto es lo de mas como lo de menos*, fatigado de las importunidades que sufre en su tierra, donde siendo rico acuden á pedirle socorro mil infelices acosados del hambre que devora á Israel, se marcha al pais de los moabitas con su muger Noemí, á cuya caridad quiere poner tasa, y con sus dos hijos Mahalon y Quelion. Muere Elimelec en Moab á manos de unos ismaelitas que se apoderan de sus riquezas: Rut se prenda de Mahalon y se casa con él anteponiéndole á Timbreo, joven de sangre real con quien el rey tenia tratada la boda de la princesa.

Timbreo disimula sus celos por espacio de diez años que vive el rey de Moab despues del casamiento de Rut; pero muerto el monarca, mata á Mahalon y á su hermano, y reduce á la princesa á la clase de pastora. En el tercer acto, que principia con la esposicion de estos sucesos, está puesta en accion toda la historia de Rut desde su venida á Israel con su suegra Noemí hasta su casamiento con Booz, siguiendo con puntualidad el testo sagrado.

# LA ELECCION POR LA VIRTUD.

En esta comedia, que es la crónica de Sisto V hasta ser elegido cardenal puesta en buenos versos, hay á vueltas de los numerosos incidentes que abraza, alguna cosa notable, como son los vaticinios diversos que recibe el protagonista acerca de su grandeza futura, los cuales principian desde que siendo pastor con el nombre de Felix, oye unas palabras que responden á una pregunta que él se hacia á sí mismo sobre su suerte, y le anuncian que ha de ser pontífice: elegido rey de unas fiestas por los de su pueblo Castel Montalto en la pascua de Navidad, un aldeano queriendo tomar la corona de un san Luis en la iglesia, coje y pone á Felix en la cabeza la tiara de la efigie de un papa. Es tambien interesante la situacion del joven Felix estudiando á escondidas de su padre, vistiéndose de escolar para asistir á las aulas, y tomando luego el trage de campesino para volver á su casa; pero sobre todo es bello el amor y respeto filial de Felix, que aun vestido de la púrpura cardenalicia, llega sin reparo á tener el estribo al viejo para que se apee del caballo. Tellez ofrece al fin de esta comedia una segunda parte en que termine la historia de Sisto: se ignora si llegó á escribirla.

Matos Fragoso hizo una imitacion de la primera, y le dió el título de *El Hijo de la Piedra.*

# LA FINGIDA ARCADIA.

Una condesa italiana, grande admiradora de los versos de Lope, tiene la ocurrencia de declarar á los diversos pretendientes que hay á su mano, que solo ha de dar su corazon al galan que reuna las prendas con que Lope de Vega adornó al pastor imaginario de su Arcadia llamado Anfriso. Para complacer á la condesa toman todos los amantes nombre y trage pastoril, de cuya competencia resulta preferido al fin un español que estaba disfrazado de jardinero entre la servidumbre de la condesa, como el don Hernando que figura en la *Huerta de Juan Fernandez*, de cuya comedia hay en esta repetido un trozo. Otro pasage hay que tiene semejanza con una escena de *El Médico por fuerza*, que escribió Molière. Habiéndosele trastornado el juicio á la condesa por celos, viene á curarla, fingiéndose médico, un criado del galan español, que trae á su amo vestido de pasante, y le manda pulsar á la enferma para que tenga ocasion de hablarla, mientras el supuesto Hipócrates discurre desatinadamente acerca de la enfermedad con los otros interlocutores. Se ve que á esta situacion se asemeja la que hay en la escena 6.ª del tercer acto del *Médico por fuerza*, donde Sganarelle hace pasar á Leandro por boticario, á fin de proporcionarle una entrevista con Lucinda, so color de tomarla el pulso.

## LA MUGER QUE MANDA EN CASA.

Esta muger es Jezabel, presentada en la comedia como el móvil de todos los delitos de su esposo Acab. Nabot hace aqui un papel muy importante: la reina le ama, y le ofrece partir con él el trono; rehúsalo Nabot, y por esto y haber negado al rey venderle una viña, muere apedreado, suerte que esperimenta Jezabel al fin del drama, precipitándola del balcon de su palacio los soldados de Jehú á vista de los espectadores. Los otros personages principales de la comedia son Raquel esposa de Nabot, y el profeta Elías.

# ANTONA GARCIA.

Es el mismo argumento de *La Heróica Antona García* de Cañizares, que mejoró el plan de Tellez y el carácter de la heroina; pero se quedó muy atrás en lenguaje y versificacion.

Antona es una labradora marimacho que se casa y pare dos hijas casi en la escena, que las lleva mas adelante en unas alforjas, y pelea como un Cid contra los portugueses. El que quiera saber los desafueros de la soldadesca española en el siglo XVI, que lea esta comedia.

## FAVORECER Á TODOS Y AMAR Á NINGUNO.

## DOÑA BEATRIZ DE SILVA.

Por el título de esta obra se debia creer que era de carácter, y que el autor se habia propuesto representar en la protagonista una coqueta. No es sino una sierva de Dios, favorecida milagrosamente por el cielo, y fundadora de una orden.

Doña Beatriz de Silva dama portuguesa, prima de la reina Isabel muger de don Juan II de Castilla, era obsequiada por su rara hermosura de cuatro caballeros castellanos, á quienes solia conceder algun favor honesto y de pura cortesanía, porque los miraba con indiferencia á todos: el mismo rey don Juan, que se prenda tambien de la hermosa portuguesa, obtiene de ella aun menos que sus competidores. Sabedora la reina de la inclinacion de don Juan, se venga en la inocente camarera de un modo terrible: la encierra en un armario, y la tiene allí tres dias sin comer, beber ni respirar, donde hubiera muerto bien pronto, á no interponerse la mediacion divina. La Virgen la socorre, y la aconseja se retire del mundo: obedece Beatriz, huye de Tordesillas á Toledo, y aparécesela en el camino san Antonio de Padua, que le anuncia que saldrá del convento de santo Domingo el Real para fundar la Orden de la Concepcion.

# HAZAÑAS DE LOS PIZARROS.

(TRES PARTES.)

*Todo es dar en una cosa*, *Las Amazonas en las Indias*, *y La lealtad contra la envidia* son tres comedias en que está compendiada la historia del conquistador del Perú y la de sus hermanos Hernando y Gonzalo: la del último está muy desfigurada, y en los tres dramas se descubre el empeño de engrandecer á esta ilustre familia mas de lo que necesita y mas de lo que permite la verdad. Francisco Pizarro, héroe de la primera parte, no está pintado en el teatro de sus glorias, sino en España: los amores de su padre, y la niñez, adolescencia y singulares travesuras del hijo llenan los tres actos de la comedia, que acaba siendo de edad de quince años el que despues habia de destruir imperios y fundar ciudades.

# LA PEÑA DE FRANCIA.

El hallazgo de la imagen de nuestra Señora, que lleva la advocacion de la Peña de Francia, parece que es el principal objeto que se propuso Tellez en esta comedia; pero la ocupan casi toda las rivalidades amorosa y política de los infantes don Enrique y don Pedro, hermanos de don Juan II de Castilla; entre los cuales asoma de cuando en cuando el bienaventurado Simon Vela, que fugitivo de París su patria por no casarse, habia venido en trage de romero á Castilla, donde un aviso del cielo le mandaba buscar la Peña de Francia. Danle razon de ella unos carboneros en cuya compañía marcha al humilde confin que pone término á su peregrinacion cerca de Salamanca. Llegado á él se siente con hambre, y la peña se divide ofreciéndole dentro, para que repare su necesidad, una mesa con manjares; esperimenta sed, y brota agua de la peña. Duérmese despues de haber comido, y entonces se desgaja de un risco un pedazo de piedra que descalabra á Simon para hacerle despertar; y mirando al sitio de donde se desprendió el cascote, descubre una concavidad donde yacia oculta una imagen de la Virgen desde la irrupcion de los sarracenos. Sácanla de allí los aldeanos cuyo auxilio reclama Simon para apartar las piedras; y el rey don Juan que llega á aquel parage en busca de don Enrique, ofrece fundar allí un convento. Don Enrique habia sacado de Salamanca á doña Catalina hermana de don Juan, de la cual estaba enamorado: el rey perdona y casa á los amantes. Hay en la comedia un traidor que muere á puñaladas á manos de don Enrique, y declara antes de morir haber calumniado á este por servir á don Pedro: hay un conde de Urgel anciano, prófugo de su prision y ocupado en el ejercicio de carbonero, con una hija tan linda y tan pispireta como todas las villanas de Tellez, la que segun la costumbre del autor, se deja galantear de un infante, y se casa al fin con el que menos ella y el lector hubieran presumido.

# SANTO Y SASTRE.

Es la historia de san Homobono, ó mas bien son los principales rasgos de la historia del santo escogidos con acierto y puestos en accion con bastante tino, en buenos versos y sin estravagancias. Dorotea, doncella rica, hija de un mercader de Cremona y pretendida de muchos galanes, se enamora del joven Homobono la primera vez que le vé, y asi se lo declara y se ofrece á ser su esposa, abrazándose con él al tiempo de dejarse tomar la medida de la cintura: el santo huye como José, dejando la capa. Sobreviene Roberto su padre: le dice la desenvuelta dama que Homobono ha intentado profanar su honor, y muestra la capa en prueba: créelo el anciano, cual otro Putifar ó Teseo, y afirma que ha de matar á su hijo: asustada Dorotea con la amenaza confiesa la verdad á Roberto, y le pide que la case con su hijo. La boda se hace, y Dorotea esclava de su amor, se sujeta á todas las exigencias de la religiosidad de su marido: un incendio destruye la casa donde se celebraba el enlace de los felices esposos; pero se salvan milagrosamente de las llamas Dorotea y los convidados asiéndose á la ropa de Homobono, á quien respeta la voracidad del fuego. Pobres Dorotea y Homobono, perdida la hacienda con la pérdida de la casa, Dorotea se queja ágriamente á su marido porque gran parte del tiempo que debia emplear en el trabajo, lo gasta en devociones y obras de misericordia, y porque todo lo que gana, lo da á los pobres. El cielo responde á esta acusacion: mientras Homobono acude á la casa del Señor ó visita al enfermo, ángeles cosen por él; cuando le falta limosna que dar, el arca del pan se le llena por milagro; cuando un amante de su muger quiere robársela persuadido de que Homobono no cuida de

ella, el ángel del señor defiende la casa del santo. El autor cuando bien le parece, concluye de golpe la comedia con la muerte de su héroe; y para que no deje de aparecer entre lo mas grave y religioso alguna chispa de su malicia, se despide de los espectadores con los versos siguientes:

Esta historia nos enseña
que para Dios todo es facil,
y que en el mundo *es posible*
*ser* un hombre *santo y sastre.*

# ESCARMIENTOS PARA EL CUERDO.

El desastrado suceso que se vé al fin de esta comedia, recae sobre el caballero portugués don Manuel de Sosa, que habiendo triunfado del pundonor de dos damas principales, se casa con la una, dejando perdida á la otra como era preciso. Doña Maria, la infeliz muger abandonada, madre del niño Diego, á quien lleva en su compañia don Manuel al embarcarse en Goa, donde pasan los actos primero y segundo, echa al pérfido la maldicion siguiente:

DOÑA MARIA DE SILVA.
(*Muy lejos.*)
Plegue al cielo que no tengas,
crüel, próspero viage;
el mar enriscando tierras,
tus pilotos desatine,
desmenuce tus entenas;
tus velas el agua arroje,
tus jarcias todas revuelva;
no te quede mástil sano,
no te deje tabla entera;
diluvios sobre tí caigan
porque zozobres en ellas,
en su piélago agonices,
y si llegares á tierra,
estériles playas llores,
encuentres Libias desiertas,
caribes tu esposa agravien,
indios roben tus riquezas,
la sed mate á tus amigos,
de hambre tus ministros mueran.

Las prendas que mas estimes,
esas en pedazos veas
pasto de hambrientos leones,
de tigres mortales presas.
No sepan de tí las gentes,
ni otra sepultura tengas
que las silvestres entrañas
de las mas bárbaras fieras.
Mas ¡ay crüel! tus maldiciones mesmas
son estas: no te alcancen, que me llevas
la prenda mas querida;
por ella ampare Dios tu ingrata vida.

Tán vengativos deseos quedan cumplidos: don Manuel, Leonor su esposa y el niño Diego naufragan en la costa de Cafrería, y separados por los negros, vienen á morir de necesidad en las selvas, sirviendo de pasto á los tigres el cadaver del infiel amante. El naufragio de Sosa acaeció á mediados del siglo XVI.

# LOS LAGOS DE SAN VICENTE.

Tiene por asunto principal la vida de santa Casilda, hija de un rey moro de Toledo, la cual para curarse de una dolencia, obtuvo de su padre que la permitiese ir á bañarse en los Lagos de san Vicente en tierra de Briviesca; curada allí, se hizo cristiana y pasó el resto de sus dias en una hermita que mandó construir en aquel paraje, sin haber querido nunca volver al palacio del rey su padre. La conversion de Casilda á la fé católica en vista de los absurdos que notaba en la creencia del islamismo, los milagros de la santa, y los amores de la doña Blanca y el don Tello que figuran en el primer trozo inserto en este volumen, forman la accion del drama.

# EL AQUILES.

Ocupan el acto primero las locuras fingidas de Ulises para escusarse de concurrir á la guerra de Troya, y los desahogos de Aquiles, criado por Quiron en unas ásperas montañas que le han comunicado su natural silvestre. En el acto segundo Tetis ha puesto á Aquiles disfrazado de muger en casa del rey Licomedes, temerosa de que perezca si va al sitio de Troya. El caracter violento y fogoso de un joven de espíritu marcial está bien pintado en la persona de Aquiles: su madre le enseña á hacer una cortesía de dama, y él hace una á lo soldado; los zapatos de tacon le estorban, y al querer hacer mejor la reverencia, se cae; un amante de Deidamia, la hija de Licomedes, del cual Aquiles está celoso, le dice algunas galanterías y le pide una mano; él al dársela, aprieta la del galan tan recio, que le hace gritar de dolor. En el acto tercero viene Ulises disfrazado de mercader á descubrir á Aquiles, trayendo entre muchas joyas una lanza y una rodela, de las cuales se apodera Aquiles al punto que las vé. Descubierto de este modo, marcha con Ulises á Troya, sin hacer mucho caso de Deidamia á quien antes queria, y que va en su busca al campo griego vestida de hombre. La comedia acaba sin desenlace del modo siguiente. Hector desafia desde las murallas de Troya con mil cumplimientos á Aquiles, y le arroja un guante; al querer Aquiles alzarlo con no menor cortesanía, se adelanta Patroclo y lo recoge; Policena echa otro guante al hijo de Tetis en señal de favor, y Deidamia, cubierto el rostro, se apodera del guante de la princesa troyana. Aquiles quita á Deidamia y á Patroclo el guante que cada cual ha recogido, porque él solo quiere pelear con Hector, y poseer el favor de Policena: Patroclo sostiene que él ha

de combatir con Hector antes. Hector dice que no tiene inconveniente, y así, que le esperen que baje de la muralla; cae el telon, y ambos desafios se quedan para otro dia en una segunda parte de la comedia que el autor ofrece escribir, y que no sabemos si escribió en efecto. Hay motivos para creer que Metastasio tuvo presente la comedia de Tellez para su *Achille in Sciro.*

# LA REPÚBLICA AL REVÉS.

Los desórdenes y tropelías del emperador Constantino VI Porfirogeneto, hijo de Irene, forman la accion de este drama. Constantino lanza del trono á su madre para ocuparlo, la destierra, y mas adelante manda quitarle la vida: desposado con Carola, hija del rey de Chipre, se enamora de una dama de la princesa, y la admite en su lecho haciendo poner en prisiones á la emperatriz. Reconvenido por su suegro y su cuñado, acusa de adulterio á Carola, y dispone que el padre y el cuñado de la calumniada esposa se maten el uno al otro: autoriza á los ladrones para robar, establece de que de cuatro en cuatro años puedan anularse los casamientos, disuelve el senado, manda poner á la vergüenza á los senadores vestidos de mugeres, y renueva la heregía de los iconoclastas. El trastorno y confusion general que produce en el imperio de Oriente la tiranía de este mónstruo, es lo que da lugar al título de la comedia, en la cual se vé en efecto un estado ó república enteramente fuera de su quicio. Por fin los griegos se amotinan, proclaman á Irene y se apoderan de Constantino, á quien su madre manda sacar los ojos y encerrar en carcel perpetua. De las comedias de Tellez escluidas de nuestra coleccion, esta es la de mejor plan y de las mejor escritas: las torpezas de que abunda, aunque repugnantes, no son agenas por cierto de la corrompida época en que el autor eligió su héroe.

# LA VIDA DE HERODES.

Guerreando Herodes en Armenia por orden de Antípatro su padre, vió en un castillo un retrato de la hermosísima Mariamne, princesa de Jerusalen, y enamoróse de ella. Volviendo victorioso á Ascalon, supo que Faselo su hermano iba á ser esposo de Mariamne, noticia que irritó vivamente su caracter arrebatado y celoso. Determinado á estorbar las bodas de Faselo, parte de Ascalon á Jerusalen, y tiene la fortuna de socorrer á la princesa, que habiendo salido á caza, se habia caido del caballo y quedádose del golpe sin sentido. Disfrázase de pastor Herodes para ir poco á poco descubriendo su amor á Mariamne, que al fin le prefiere á Faselo, el cual deseando vengarse de su hermano y servir á Marco Antonio, que le pedia en una carta se apoderase de Herodes y se lo enviará preso, cumple el encargo del triumviro y prende á Herodes. Augusto al marchar á Egipto contra Marco Antonio, libra á Herodes que era parcial suyo, le hace nombrar rey de Jerusalen, y le constituye árbitro de la suerte de Faselo. Mariamne entre tanto habia quedado encomendada por Herodes al cuidado de Josefo: cae en manos de Herodes una carta que le hace sospechar de la virtud de su esposa; oye una conversacion á Mariamne y Josefo en que se decian amores inocentemente, porque Josefo representaba el papel de Herodes mismo; y el celoso monarca sin oir disculpas, condena á los dos á muerte. Danle en esto noticia de los tres magos que guiados por una estrella vienen á adorar al nuevo rey de los judios, y ordena la degollacion de los niños menores de dos años, la de todos los descendientes de David, y hasta la muerte de su propio hijo para asegurarse del riesgo de ser destronado. El Salvador que ha nacido en Belen, recibe la adoracion de los pastores y los reyes, y Herodes muere rabiando, abrazado con dos niños á quienes él propio habia quitado la vida ahogándolos. En el *Tetrarca* de Calderon se ven recuerdos del *Herodes* de Tellez.

# LA DAMA DEL OLIVAR.

Mas conocida es esta comedia por el título de *Lorenza la de Estercuel*, puesto por don Ramon Mesonero á la refundicion que de ella hizo, y que se estrenó en el teatro de la Cruz á 28 de Junio de 1827. A Maroto, vecino del pueblo de Estercuel en el reino de Valencia, y devotísimo de Nuestra Señora, trata Niso de reducir á que se case con su hija Laurencia; Maroto, aunque poco afecto al matrimonio, no lo rehusa. Laurencia queria á un caballero llamado don Guillen, y hablándose los dos una noche, los oye Maroto; impide al galan que entre en casa de Laurencia, dando voces de que hay ladrones; y cuando salen los vecinos, y entre ellos Niso, cuenta al viejo que ha tenido un sueño que le quita las ganas de tomar estado, concluyendo con estas palabras:

Primero que yo me case,
aunque me lo rueguen mas,
torciéndome la cabeza
llevaré la cara atrás.
Esposo entonces seré
cuando en aquel olivar
nazca, en lugar de aceituna,
mi esposa: no hay mas que hablar.

Deshecho el tratado enlace de Laurencia con Maroto, don Guillen la roba, la quita el honor y la echa de su lado ignominiosamente. Laurencia para vengarse, se hace gefe de una cuadrilla de bandoleros, á cuyas manos vienen á parar don Guillen y Maroto, que son por Laurencia condenados á muerte, el uno porque la deshonró, y el otro porque no quiso ser su esposo, en cuyo caso la

hubiera salvado la honra. Acometidos los bandoleros por los labradores de las cercanías, que consiguen librar á don Guillen, queda Maroto atado á un olivo; pide auxilio á la Virgen santísima en aquel trance, y la Virgen se le aparece, le libra y le encarga que mandé á los vecinos y al señor de Estercuel que edifiquen en aquel sitio un templo para la orden de la Merced. No creen los habitantes de Estercuel á Maroto; quéjase él á Nuestra Señora, y la Virgen le manda repetir el encargo, asegurándole que le creerán entonces cuanto diga; y al decir estas palabras la Virgen, se le vuelve á Maroto la cabeza al revés, quedándosele el rostro á las espaldas. A vista de tal prodigio, todos acuden llenos de fé al olivar, rezan devotamente la Salve, aparéceseles la Virgen, déjales su imagen, y á Maroto restituida la cabeza á su primitiva y natural posicion. Laurencia, llamada por una voz milagrosa, viene tambien al mismo sitio, se arrepiente de sus culpas, y ella y Maroto renuncian al mundo. La *Dama del Olivar* es Nuestra Señora.

# LA SANTA JUANA.

(TRES PARTES.)

En estas tres comedias está repartida toda la historia de santa Juana de la Cruz desde la edad de trece años hasta su muerte.

La última parte quedó inédita, y los originales autógrafos de las tres existen entre los manuscritos de la numerosa y escogida biblioteca del Excmo. Sr. duque de Osuna.

La última plana de la parte primera contiene la curiosa nota que va copiada exactamente abajo, y que nos declara por fortuna cuándo la escribió Tellez y dónde. La tercera parte, remitida tambien á la censura como las anteriores en el año 1613, es una de las obras que habian de formar sin duda la sesta parte que ofreció el sobrino del autor en el prólogo de la quinta; pero aquel tomo no llegó á publicarse.

en Toledo a 30. de mayo de 1613
omnia subjiciens S. Romane ecclesie et
censure omnibus eis filiis qui
cum charitate et sufficientia illa
correxerint. Fr. Gabriel Tellez.

# LOS BALCONES DE MADRID.

Esta era una de las comedias mas raras de Tellez; pero reimpresa, aunque muy mal, el año 1837, se ha hecho comun. Su mérito es escaso, porque pertenece al drama de enredo é intriga, y esta es débil y mal dispuesta; pero hay tres cosas muy curiosas en ella, dos de las cuales se han repetido luego no poco. La primera es el ardid de un padre que hace creer á su hija que la lleva de Madrid á Illescas, y haciéndola entrar en un coche, cerradas las cortinas, da la vuelta desde Torrejon á la corte, y la trae á su misma casa, donde le habia preparado un cuarto sin vistas á la calle y adornado con muebles desconocidos para la reclusa. Véase cómo describe las circunstancias del viaje la dama, respondiendo á la criada que le pregunta si ha visto por dónde venia.

DOÑA ELISA.

¿Cómo, si hasta el resplandor
del cielo mi padre airado
me limitaba? Aun de noche
no nos permitió que al coche
corriesen un encerado.
Yo á la popa, él junto á mí,
de dia en una posada
tan oculta y retirada
que aun los huéspedes no ví;
apenas llegué á esta villa,
cuando me sale á la puerta
(tambien para mí encubierta)
de esta posada una silla;
y entrando á oscuras en ella,
para que todo lo dude,

aun la escalera no pude
ver cuando subí por ella.

La otra es una ocurrencia de la criada para que oculte su señora un manto de los que llamaban entonces de gloria, que eran sutilísimos, temiendo ambas que el padre mire si le oculta entre los vestidos, y conozca que su hija ha salido á la calle. La criada deshace á Elisa el rodete del peinado, cíñele al tronco el manto, prende sobre él otra vez las trenzas; y el pobre viejo que no dá en la travesura, pide á su hija perdon del agravio que le ha hecho creyendo que la habia visto en la calle, tapada.

La tercera, que dá título á la comedia, es la comunicacion que establecen dos amantes por medio de dos balcones inmediatos en un mismo muro, poniendo un tablon del uno al otro, que les sirve de puente para reunirse.

# CÓMO HAN DE SER LOS AMIGOS.

Don Manrique de Lara, hijo del conde de Candespina el que fue favorito de la reina doña Urraca, y don Gaston conde de Fox, son el Pílades y Orestes de esta comedia. Don Manrique enamorado y correspondido de Armesinda hija del duque de Narbona, renuncia á su mano cuando sabe que don Gaston la ama: invadidos los estados de don Gaston y puesto él en prisiones, don Manrique recobra aquellos y vuela á salvar á su amigo, y cuando le hacen creer que ha muerto, á vengarle. Reunido al fin con él, y llegado el caso de irse á desposar don Gaston y Armesinda, bien á despecho de la dama, don Manrique postrado por el gran esfuerzo que le cuesta el separarse de la que adora, pierde el juicio. Noticioso don Gaston de que el frenesí de su amigo nace de amor, le cede la mano de Armesinda, y se casa con otra hija del duque de Narbona.

Don Vicente Rodriguez Arellano, refundidor de la comedia de Lope titulada *Lo cierto por lo dudoso*, una de las mas populares en España, incluyó en ella un buen número de versos del pasage en que bosquejó Tellez la demencia de don Manrique. De Tellez es aquel diálogo que Arellano puso en boca de don Enrique y Chichon, en el cual tantos aplausos han recibido los graciosos de nuestros teatros públicos y caseros:

—Por mi culpa, por mi culpa.
—Y por tanto pido y ruego.
. . . . . . . . . . . . . . . .
—Ven acá, cuando da el alma

un hombre, ¿no queda muerto?
—Asi lo dijo un albeitar,
tomando el pulso á un jumento.

De Tellez es la revista de las cofradías que se hace en aquella escena, y todos los versos buenos ó cómicos que contiene hasta el fin del acto; y no ha faltado quien no hallándolos en Lope, se los haya atribuido al refundidor, por no tener noticia de la comedia de Tellez que sin embargo no es rara.

# LA ROMERA DE SANTIAGO.

Don Ordoño II habia tratado el casamiento de su hermana doña Linda con el conde don Lisuardo, á quien antes de celebrar las bodas envia con una embajada á Inglaterra. Esto era á tiempo que el conde de Castilla Garci-Fernandez enamorado de la infanta habia venido á Leon disfrazado, como embajador de sí mismo, con el ánimo de hacerse amar de doña Linda. Partido de Leon el conde Lisuardo, halla en el camino á doña Sol prima del conde de Castilla, que en cumplimiento de un voto iba en romeria á Santigo; apasiónase Lisuardo de la peregrina, y atropella su honor. Garci-Fernandez mal acogido de la hermana del rey fiel á su desposado, se halla presente en Leon cuando la triste doña Sol pide al rey justicia contra el autor de su deshonra. Descubre entonces Garcia su verdadero nombre, y tomando la defensa de su deuda Sol, reta en duelo al embajador ausente: Ordoño manda á todos callar el suceso, y promete castigar al culpable. Vase con efecto Garci-Fernandez á Burgos; vuelve Lisuardo á Leon, condénale el rey á muerte, líbrale de la prision la infanta. Entre tanto el conde de Castilla se hallaba otra vez á las puertas de Leon: persuadido de que el rey ha facilitado la fuga á Lisuardo, desafia á Ordoño: acude el monarca al reto; pero al tiempo de medir las armas, se presenta en el campo el fugitivo dispuesto á hacer frente al castellano. La infanta impide la pelea dando la mano á Garci-Fernandez, y don Lisuardo entonces casa con doña Sol. Hay ediciones de esta comedia en que se atribuye á Luis Velez de Guevara; y examinándola bien, parece en efecto que hay en ella trozos de otra mano que la de Tellez.

# EL COBARDE MAS VALIENTE.

Es aquel sobrino del Cid que figura en varias comedias de nuestro antiguo teatro, principalmente en la que se titula *Vida y muerte del Cid y noble Martin Pelaez*, y en una que escribió el siglo pasado el cómico José Concha para hombres solos, la cual se repetia mucho antes por los aficionados de los barrios bajos de Madrid. El mismo pensamiento ha servido recientemente de base á *La Hija del Cid*, tragedia en tres actos de Casimiro Delavigne.

# EL HONROSO ATREVIMIENTO.

El rasgo mas interesante de la comedia y del cual toma su título, es el mismo que forma el desenlace de la que escribió Montalvan con el de *No hay vida como la honra*; á saber: un caballero cuya cabeza está pregonada, que se presenta á la justicia para recibir la paga ofrecida á quien le entregue, con el fin de que el dinero que gane á costa de su vida salve de los peligros de la miseria á su esposa.

# SUTILEZAS DEL AMOR

# Y MARQUES DEL CAMARIN.

Por equivocacion se incluyó el título de esta comedia en la lista de las que se sabe que son de Tellez: no tengo noticia alguna de ella. En lugar suyo debia de haber ido el título de *Las Quinas de Portugal.*

# LA VENTURA CON EL NOMBRE.

Un rey de Bohemia, á quien el autor da el nombre de Adolfo, habiendo muerto á su hermano Primislao por sucederle en la posesion del reino y de la esposa, se hace tan aborrecible á los grandes, que uno de ellos le mata en el campo y arroja el cadaver á una laguna. Dando el regicida cuenta del hecho á otro áulico, escucha la conversacion un aldeano llamado Ventura, joven de despejo y aun algo instruido, el cual encontrándose despues con Basilisa, esposa de Adolfo, esperimenta la mayor sorpresa cuando la reina le habla como si él fuera su marido, y le pregunta la causa de haberse disfrazado en trage campestre: la completa semejanza de Ventura con el difunto Adolfo es causa de esta equivocacion, y del espanto que luego padece el matador cuando cree ver á su víctima. Ventura se deja llevar á la corte, donde hace creer á los que estan en el secreto de la muerte del rey, que es él, que murió en efecto y ha resucitado. Mientras tanto las aguas de la laguna han arrojado el cuerpo de Adolfo; y habiéndolo hallado los habitantes de la aldea donde vivió Ventura, creen que es su convecino, que habria robado aquel trage, siendo muerto despues al cometer algun otro delito: de modo que cuando Ventura vuelve al pueblo, todo el vecindario que le ha visto enterrar, se persuade tambien que ha vuelto del otro mundo. Con la desaparicion del rey resucitado, se hace forzoso revelar la muerte de Adolfo y elegirle sucesor: los sajones invaden el reino, Ventura vuelve á presentarse á los bohemios, los acaudilla, y vencedor de los enemigos de su patria, declara que es un mísero pastor, y pide que se le deje volver á la vida pacífica de la aldea. Oportunísimamente se ha descubier-

to poco antes que su semejanza con Adolfo nacia de que eran ambos hijos del rey Segismundo: por lo cual los súbditos de su padre le elevan al trono sin reparar en la bastardía de su nacimiento, suficientemente reparada con la prudencia y valor que ha mostrado al reinar bajo el nombre de Adolfo.

---

# EL CABALLERO DE GRACIA.

Jacobo de Gracia ó de Gratiis es, como anuncia el título, el protagonista de este drama devoto, cuyo primer acto pasa en Módena y los restantes en Madrid. Lamberto cuñado de Jacobo quiere casarle, y le lleva á vistas á una quinta donde se halla la novia: la resistencia de Jacobo al casamiento, su empacho al hablar á la muger que le destinan, y las reprehensiones que la dirige porque jura, dan una semejanza grande á esta parte de la comedia con la de *Santo y Sastre.* Habiendo entrado á ser secretario de un cardenal, viene enviado por el mismo á Madrid para traer unas reliquias á la infanta doña Juana, hermana de Felipe II, de quien consigue á pesar de grandes dificultades que de una casa de mancebas se haga donacion á los padres carmelitas para fundar el convento que despues dió nombre á la calle del Carmen: funda tambien un hospital de pobres, acoge á los clérigos menores en su casa, y cediendo á las insinuaciones de su protectora doña Juana, se hace eclesiástico, y el autor acaba la comedia ofreciendo una segunda parte.

# LA JOYA DE LAS MONTAÑAS.

Se reduce esta comedia, muy lánguida y mal versificada, al viaje que la princesa de Bohemia Orosia ó bien Eurosia hace á España para casarse con Fortunio hijo del rey de Aragon García Iñiguez, casamiento que no se verifica porque en los Pirineos se apoderan los moros de la princesa, y por constante en la fé la quitan la vida.

# QUIEN DÁ LUEGO, DÁ DOS VECES.

La novela de Cervantes, titulada *La señora Cornelia*, puesta en accion, variados los nombres y algunos incidentes. El acto primero y el segundo, aunque sobrado libres, estan bastante bien versificados.

# LA CONDESA BANDOLERA.

Tambien es comedia de asunto piadoso. La condesa Ninfa, enemiga de los hombres primero, y deshonrada despues por el duque de Calabria, se hace bandolera y comete mil atrocidades, hasta que avisada por un angel en un peligro de muerte, reconoce sus pecados y hace penitencia de ellos en un bosque, donde la duquesa de Calabria la hiere por equivocacion, arrojándola un venablo en una cacería, creyendo lanzárselo á una fiera: Ninfa muere de la herida, y el niño Dios, que se le aparece en su tránsito, la declara ninfa del cielo.

# LAS QUINAS DE PORTUGAL.

Esta composicion, mezcla singular de trozos líricos, épicos y de farsa, pero todos bastante bien escritos, tiene por protagonista á don Alfonso Enriquez, conde y despues rey de Portugal por aclamacion de sus súbditos. La esposicion principia con los mismos versos que la de *Los Lagos de San Vicente*, insertos en este volúmen, hasta donde dice:

Estos que oís,
echan al pan negro anis
para que mos sepa bien.

Alfonso buscando á una dama de quien tiene dos hijos, se estravía en los montes de Braga; y partiéndose prodigiosamente unos peñascos, sale de ellos un viejo que le recuerda las glorias de su casa, y le anima á adquirir otras nuevas. Entusiasmado el conde y venciendo su amorosa flaqueza, jura y hace jurar á los suyos no desnudar el arnés hasta lanzar á los moros de Portugal. En cumplimiento de la promesa toma á Santaren por asalto, y uniendo lo religioso con lo valiente, funda conventos y asiste á los oficios divinos con el zelo que el sacerdote mas fervoroso. Desafiado por un rey moro de Estremadura á batallar de poder á poder en los campos de Ourique, gana con el favor de Dios en ellos una gran victoria, en cuya celebridad instituye la orden militar de Avis. Este triunfo ha sido profetizado á Alfonso por un Crucifijo que desclavando la diestra, le ha entregado la bandera de las Quinas traida por un angel, diciéndole estas palabras:

Las armas que á Lusitania
otorga mi amor propicio,
en cinco escudos celestes
han de ser mis llagas cinco.

En forma de cruz se pongan,
y con ellas, en distinto
campo, los treinta dineros
con que el pueblo fementido
me compró al avaro ingrato;
que despues en otro siglo
tu escudo con el Algarbe
se orlará de sus castillos.

En la Biblioteca Nacional de Madrid hay un manuscrito de esta comedia, parte de una letra y parte de otra muy distinta, que tiene al fin la nota siguiente:

*Todo lo historial de esta comedia se ha sacado con puntualidad verdadera de muchos autores, ansí portugueses como castellanos, especialmente del Epítome de Manuel Faría y Sousa, parte* 3.ª *cap.* 1.º, *en la vida del primero conde de Portugal* (*pág*. 339) *don Enrique, y en el cap.* 2.º *de la del primer rey de Portugal don Alfonso Enriquez, pág.* 349, et per totum.—Item: *del librillo en latin intitulado* De vera Regum Portugaliæ Genealogia, *su autor Duarte Nuñez, jurisconsulto, cap.* 1.º de Enrico Portugaliæ Comite, *folio* 2, *y cap.* 2.º de Alfonso primo Portugaliæ Rege, *folio* 3.—*Pero esto y todo lo que ademas de ello contiene esta representacion, se pone con su autor á los pies de la Santa Madre Iglesia, y al juicio y censura de los que con caridad y suficiencia la enmendaren. En Madrid á* 8 *de marzo de* 1638.

*El Maestro Fray Gabriel Tellez.*

*Finis coronat opus.*

# ÍNDICE DEL APÉNDICE.

Págs.

## TABLA ALFABÉTICA

### QUE COMPRENDE LOS TÍTULOS DE LAS COMEDIAS DE ESTE TEATRO ESCOGIDO.

## NOTA Ó CORRECCION AL TESTO.

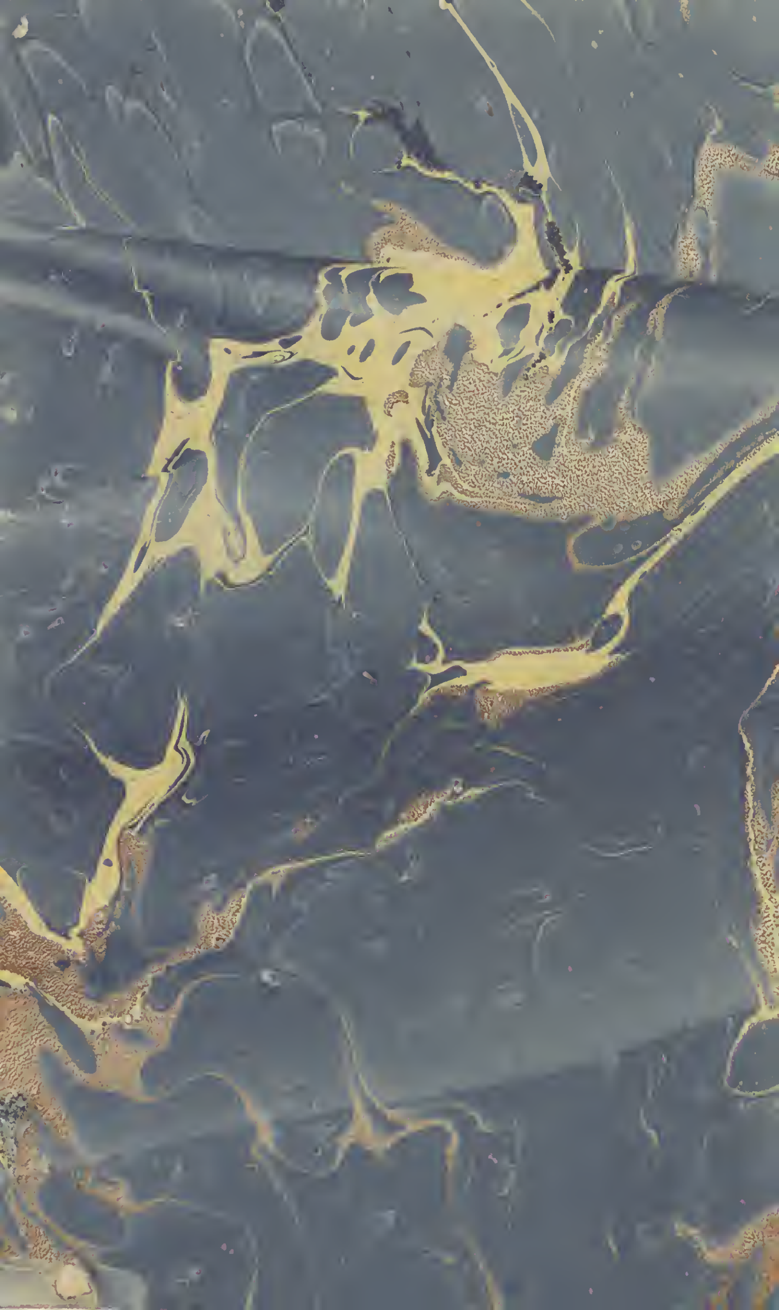
En el tomo I, páginas XVII y XVIII de los Apuntes biográficos, queda dicho que la parte 1.ª y la 2.ª de las comedias de Tellez salieron á luz el año 1616. Si los autores de quienes se copió esta noticia no erraron la fecha, si en efecto existe alguna edicion que aparezca como de ese año, de seguro es furtiva y la fecha apócrifa. *La Villana de Vallecas* pertenece á la 1.ª parte, y no fue ni pudo ser escrita hasta el año 1620: véase lo que advertimos en su examen, tomo 6.º, pág. 281. La edicion mas antigua de la 1.ª parte que hemos llegado á ver últimamente, tiene concedido el privilegio en Madrid á 12 de marzo de 1626, la tasa con fecha de 20 de noviembre del propio, y la portada es del año siguiente. Se imprimió, pues, en 1626, y se publicó en 1627; aun tal vez esta impresion era ya segunda, y la original habria salido en el año 1626 mismo, en cuyo caso los que la dan por del 1616 pueden haber equivocado un número.

## ERRATAS DE ESTE TOMO.

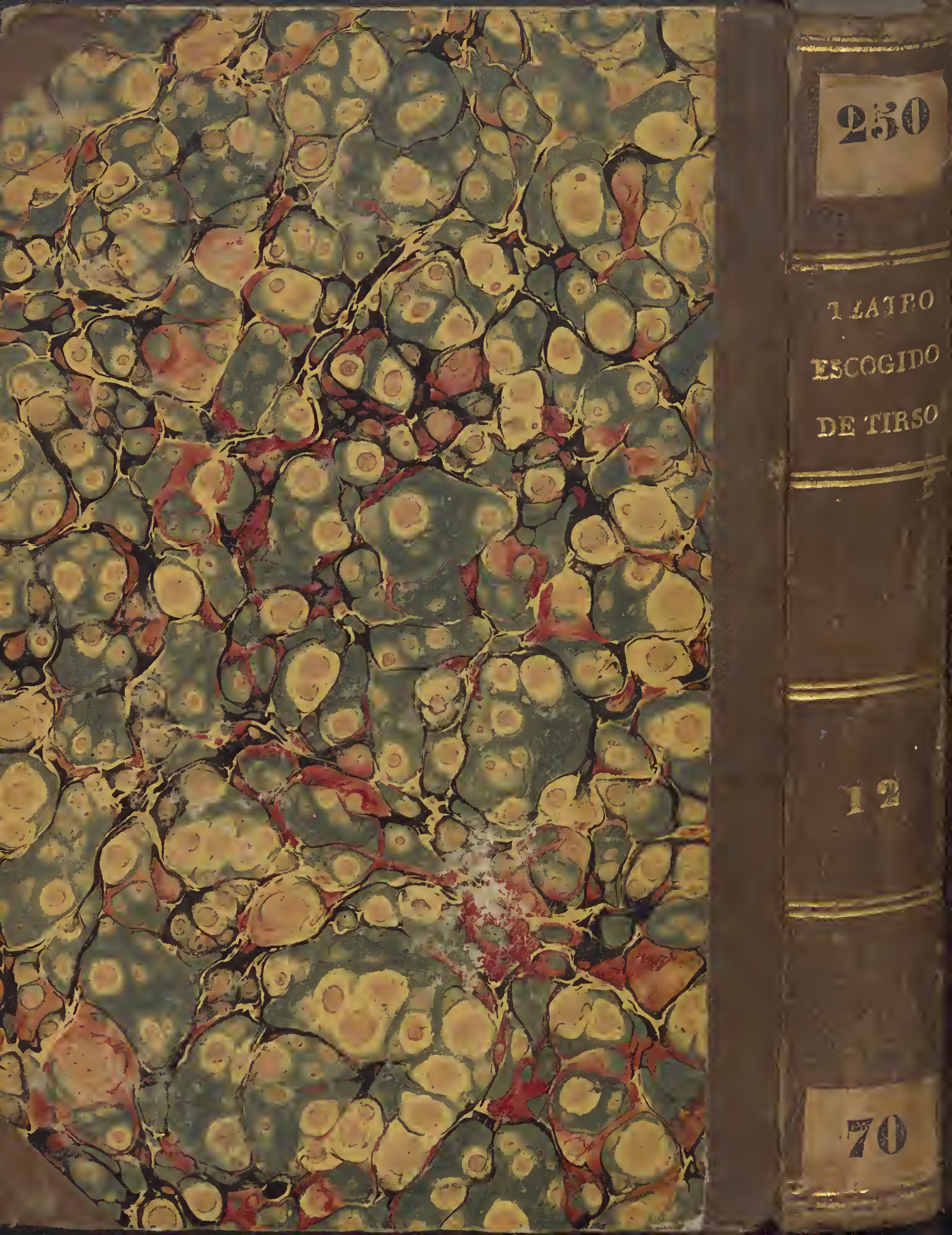
| *Página.* | *Línea.* | *Dice.* | *Léase.* |
|---|---|---|---|
| 7 | 23 | *Tercera* | *Primera* |
| 29 | 40 | egïcia, | egìcia, |
| 63 | 12 | cuestra | cuesta |
| 82 | 9 | GATALINON, | CATALINON, |
| 89 | 1 | II. | I. |
| 192 | 18 | alma | mal |
| 224 | 5 | amando | amando, |
| 231 | 27 | avisas | avisa: |
| 251 | 9 | LAURENGIA. | LAURENCIA. |
| 325 | 35 | Masalon | Mahalon |

*En algunos ejemplares.*

| | | | |
|---|---|---|---|
| 34 | 18 | hay | haya |
| 36 | 2 | losj ueces, | los jueces, |
| 40 | 10 | Alejandr | Alejandría. |
| 82 | 34 | escuc h. | escucho. |






250
TEATRO
ESCOGIDO
DE TIRSO
12
70